

Hermes H. Benítez

PENSANDO A
ALLENDE

Escritos interpretativos y de investigación



RiL editores

PENSANDO A ALLENDE

RIL editores
bibliodiversidad

HERMES H. BENÍTEZ

Pensando a Allende

*Escritos interpretativos
y de investigación*

CON LA COLABORACIÓN DE
Juan Gonzalo Rocha



RiL editores

320.983 Benítez, Hermes H.

B Pensando a Allende. Escritos interpretativos y de investigación / Hermes Benítez. -- Santiago : RIL editores, 2013.

246 p. ; 21 cm.

ISBN: 978-956-284-959-3

I ALLENDE GOSSENS, SALVADOR 1908-1973-PENSA-
MIENTO POLÍTICO Y SOCIAL



PENSANDO A ALLENDE.
ESCRITOS INTERPRETATIVOS Y DE INVESTIGACIÓN
Primera edición: febrero de 2013

© Hermes Benítez, 2013
Registro de Propiedad Intelectual
N° 221.056

© RIL® editores, 2013
Los Leones 2258
CP 7511055 Providencia
Santiago de Chile
Tel. Fax. (56-2) 222 38 100
ril@rileditores.com • www.rileditores.com

Composición, diseño de portada e impresión: RIL® editores
Imagen de portada: fotografía tomada del libro *Salvador Allende*,
de J. Lavretski, publicado en 1978 por la editorial Progreso de Moscú.

Impreso en Chile • *Printed in Chile*

ISBN 978-956-284-959-3

Derechos reservados.

Índice

DEDICATORIA	11
AGRADECIMIENTOS.....	13
PRESENTACIÓN	
Allende en la transición política chilena	17
PRÓLOGO	23
1. Allende: su legado político esencial	27
2. Enterrando a Allende	35
3. El temple moral de Allende	39
4. La muerte del presidente Allende, treinta años después	43
5. Allende en los libros. Vistazo a una bibliografía de tres décadas	51
6. Salvador Allende nació hace 98 años.....	61
7. La verdadera muerte de Allende. Respuesta a Camilo Taufic	65
8. Breve respuesta a Hugo Moreno Peralta	77
9. «Las armas de ayer», libro de Max Marambio.....	81
10. Para comprender la decisión final de Allende	87
11. «Allende. El hombre y el político». Memorias de Ozren Agnic	95
12. Las últimas fotos de Allende con vida	101
13. Los infartos de Allende. Una nota médico-detectivesca.....	111
14. 35 años después del golpe aparece el primer estudio científico de la muerte de Allende.....	125
15. Últimas reflexiones en torno a la muerte del presidente Allende	141
16. Muerte de Allende ¿un caso cerrado?	149
17. Los verdaderos nombres de Allende	153
18. El presidente Allende, ese héroe incomprendido	165
19. «La firmeza serena de la dignidad hecha hombre»	175
20. Crónica de una investigación judicial anunciada	181
21. La querrela sobre la muerte del Presidente Allende.....	187

22. ¿Podemos confiar en la investigación judicial de la muerte de Allende?	193
23. La centralidad de la dimensión moral del gesto final del Presidente Allende.....	201
24. ¿Quiénes fueron los pilotos golpistas que bombardearon La Moneda el 11 de septiembre?	209
25. Por qué es importante saber cómo murió Allende	215
26. El fusil del Presidente Allende no era un AK 47.....	221

ANEXO

Al fin es revelada la identidad de quien tomó aquellas históricas fotografías de Allende en el interior de La Moneda el 11 de septiembre (presentación).....	227
--	-----

La historia del fotógrafo Leopoldo Vargas <i>el día del Golpe, y después</i> . Según el relato recogido y recontado por sus hijos Polo, Marcos y Alex.....	230
--	-----

BIBLIOGRAFÍA ESCOGIDA	241
-----------------------------	-----

«El hombre de nobleza descubierta –aquel que intentó llegar en América Latina a una sociedad justa, nueva, a través de un camino que no pasara por el duro tramo de las armas– plantea todavía a los historiadores muchas incógnitas, una tarea larga: la búsqueda de su verdad profunda, por encima de los enmascaramientos de la actualidad y las mixtificaciones de la interpretación parcializada. A grandes trechos, Allende es aún una personalidad por descubrir, un hombre-continente a la espera de exploraciones más hondas y de síntesis cabales».

Volodia Teitelboim

«Contra los agentes del olvido, contra los asesinos de la memoria y la distorsión deliberada del registro histórico, contra los conspiradores del silencio y la invención de pasados mitológicos al servicio de los poderes de la oscuridad, contra los enmendadores de enciclopedias, contra aquellos que pueden, en la maravillosa imagen de Kundera, cubrir de pintura la fotografía de un hombre, de manera que no quede más que su sombrero; contra todo ello, sólo el historiador con sus austera pasión por los hechos, la prueba, la evidencia, puede montar guardia eficazmente para evitar que el ángel del olvido descienda sobre todos nosotros».

Joseph Yerushalmi

*A la memoria de mi padre,
Héctor Benítez Freyhof (1921-2007),
masón, socialista y allendista de toda la vida.*

Agradecimientos

Deseo expresar aquí mis sinceros agradecimientos, en primer lugar, al colectivo del periódico electrónico *piensaChile.com*, en el que fueron publicados, a lo largo de varios años, la mayoría de los artículos y ensayos que componen este libro.

Agradezco a mis adorados nietos Francesco y Valeria, porque que si bien me robaron algo de tiempo durante la preparación del presente escrito, la hicieron, también, más feliz y significativa. Por obra de la historia reciente de Chile ambos nacieron en Canadá, pero estoy seguro, que alguna vez, en el futuro, ellos se preguntarán quién fue aquel chileno universal del que siempre escucharon hablar a su abuelo.

A mi amigo Paul Walder, por su gentileza, al escribir la presentación que encabeza esta colección de escritos.

A los editores de RIL Editores, de Santiago de Chile, por haber hecho posible la publicación de este que es el cuarto libro mío que sale de sus activas prensas.

A mi prima Elga, por las molestias que se dio realizando en Santiago importantes diligencias, necesarias para publicación del presente libro.

A Rolando Vergara, por facilitarme el acceso a algunos materiales bibliográficos que no se encontraban en la bien provista y siempre creciente sección de mi biblioteca dedicada a los libros de y sobre el Presidente Allende.

El autor
Edmonton, Alberta, Canadá
Invierno 2012-2013

*«Un gran hombre condena a otros
hombres [menores] a explicarlo».*

G.W.F. Hegel

*«Es más fácil matar a los seres humanos que
a los mitos que los sobreviven».*

Ariel Dorfman

*«Por la libertad, así como por la honra,
se puede y debe aventurar la vida».*

Don Quijote a Sancho Panza.

*«... el hecho subsiste: Allende eligió el suicidio.
Y es esta decisión la que resignifica
su vida, obligándonos a una lectura más
profunda de todos sus gestos».*

Alejandra Rojas

PRESENTACIÓN

Allende en la transición política chilena

Hacia finales de marzo, cuando el dirigente social de Aysén, Iván Fuentes, caminó desde la sede de la ANEF en la Alameda hacia la reunión que sostendría en La Moneda con los Ministros Hinzpeter y Chadwick, se detuvo unos minutos en la Plaza de la Constitución ante la estatua de Salvador Allende. Tal vez como señal, inspiración o rito secreto, el dirigente de los pescadores australes posó junto a Allende antes de la cita, que sería clave para el curso del movimiento ciudadano regional.

Fuentes pertenece a una nueva generación de dirigentes sociales apartados de los partidos tradicionales. Tal como el año pasado emergió un movimiento de estudiantes, a partir del año en curso lo ha hecho un movimiento ciudadano que demanda el reconocimiento de derechos sociales y económicos. En ambos casos, y en muchos otros más, la negación de aquellos derechos tiene su origen en la dictadura con la instalación del modelo neoliberal, el que fue extendido y reforzado durante los veinte años de los gobiernos de la Concertación.

La segunda década del siglo XXI ha destapado en Chile, con rasgos explosivos, a una sociedad comprimida casi durante los últimos 40 años. Un período no solo lleno de contradicciones, sino también de opacidades y oscuridad, de acomodos y traiciones. Los procesos sociales que vivió este país durante el siglo XX y que alcanzaron su clímax durante el gobierno de Salvador Allende, cayeron en un abismo a partir del golpe de 1973 y la posterior dictadura de Pinochet, para ingresar en un estancamiento embozado durante los años de la Concertación. Es un período incómodo, de una aparente tranquilidad, colmado de falsos ídolos. Un período postdictatorial, que se desarrolla bajo la mirada directa de Pinochet y, más tarde, de la imagen proyectada del dictador.

Pensando a Allende. Escritos interpretativos y de investigación, del autor Hermes Benítez, con la colaboración de Juan Gonzalo Rocha, es una colección de ensayos que cruzan este opaco período de la reciente historia nacional, que se extiende por veinte años con el peso de una mochila incómoda pero invisible, que contiene la gran tragedia chilena del siglo XX. La transición democrática, obsesionada con el neoliberalismo, la inversión extranjera y la política de los consensos, solo mantuvo una mirada rígida en los mercados futuros, pero jamás tuvo ojos para evaluar la magnitud de su pesada carga. Es en esta andamiaje político artificioso en el que transcurre, primero como fantasma y más tarde como presencia, historia y pensamiento, la figura de Salvador Allende, muerto en La Moneda el 11 de septiembre de 1973.

Estos ensayos no son una indagación sobre el pensamiento de Allende, ni sobre su gobierno, sino de cómo la coalición política gobernante modeló y opacó tras su muerte su figura, para mantener los consensos con la derecha, los antiguos golpistas y los centinelas del mercado. Una segunda área de investigación, extensa y detallada, estudia y analiza en profundidad las circunstancias de su muerte.

Es en torno a la magnitud de esta falla histórica en la que se desarrollan los años y décadas siguientes. Es un punto de quiebre en el que se expresan todas las fuerzas que vinieron perfilando durante el siglo XX este país. Es un episodio descomunal y también traumático, que supera a los protagonistas anteriores, así como a los contemporáneos, y se proyecta hacia los futuros.

Pensando a Allende mira con atención y se detiene en el instante y las circunstancias de su muerte, el núcleo más denso, pero no el único, de nuestra tragedia. Pero es también, decimos, un relato de cómo aquel drama social y político se expande y amplifica en los años y décadas siguientes, cómo se reacomoda y oculta la catástrofe mediante una forzada amnesia, que ha sido también desmenuzamiento y selección de los hechos pasados.

Este es un relato fúnebre, que vuelve varias veces al lugar y al cuerpo del sacrificio. Atiende a rituales y pactos de los albores de la transición a espaldas de las corrientes ciudadanas aún prendidas en el delirio del reciente fin de la dictadura, los que tendrán impensables efectos posteriores. Así es el episodio del segundo funeral de Allende realizado en 1990, una mimesis elaborada por los nuevos gobernantes.

tes orientada a sellar y sepultar su posible legado. «No se necesita tener una gran perspicacia para darse cuenta que lo que en realidad perseguía el gobierno postdictatorial era simplemente manipular el desnaturalizar los funerales de Allende con el fin de sepultar su legado político junto con sus restos mortales», escribe Benítez.

Pero la tachadura, la raspadura sobre la figura de Allende no era suficiente. También había que enredar, confundir, colocar todo bajo el mismo prisma postmoderno y neoliberal. Un ejercicio que levantaba el crecimiento económico y la apertura de mercados como fin, última y sacralizada meta que justificaba todos los medios para alcanzarla. Así, en los albores de esta transición hacia los mercados los nuevos gobernantes no tuvieron pudor en elogiar el modelo económico instalado por la dictadura, el que se erigía sobre miles de asesinatos y desapariciones, entre ellos el de Salvador Allende.

Allende, que fue descalificado durante la dictadura, ahora era borrado, como lo fue durante aquellos años el mismo pasado político. Allende y su pensamiento eran parte de una historia que necesariamente debía hundirse bajo el peso de la política de los consensos y las transacciones de las elites. «Dar vuelta la página», «cerrar el capítulo», era la concesión que hacían a la derecha y a los golpistas esas cúpulas demócrata-cristianas y socialistas para mantenerse y gozar del poder. Pero bajo la superficie de estos hechos, dice Benítez,

puede percibirse la presencia semioculta de las tareas, los logros y el legado de la época de Allende. Porque, curiosamente, Allende no ha dejado de estar presente, de una manera u otra, en ninguno de los conflictos políticos de los últimos años. En tal sentido, se confirma aquí, también, que el pasado reciente de Chile no está muerto, ni olvidado.

Aquel funeral de Allende en los albores de la transición a la democracia vuelve a revivir en estos ensayos, no como crónica histórica, sino que contiene el estupor de un pueblo expresado por Benítez, quien, como muchos, creyó por un momento, que con el fin de la dictadura vendría también la sanación de la tragedia y sus mártires. Pero es allí, en aquellos instantes, en donde comienza a modelarse el perfil de los gobiernos de las próximas dos décadas.

No podíamos sino equivocarnos en nuestra predicción, que se basaba en la ingenua creencia de que el primer gobierno postdictatorial chileno permitiría, siquiera por un día, la genuina y libre expresión de la admiración y respeto que el pueblo de este país siente hacia el líder máximo de la izquierda.

Porque Allende, vivo en el recuerdo del pueblo, también estaba vivo en la mala conciencia, tanto de los viejos golpistas autopromovidos a la categoría de demócratas, como en la de los así llamados «socialista renovados», que ya olvidaron que alguna vez se propusieron la abolición del capitalismo en nuestra patria.

La expansión de la figura de Allende es ya imparable durante esos años pese a todos los intentos por reducirla. Un proceso que se expresa también en el número de libros escritos sobre el político socialista, que ya superan los 400 en diversas lenguas. Tras el golpe de Estado, recuerda el autor, los primeros libros sobre Allende escritos y publicados en Chile tuvieron por objetivo no solo denigrarlo, sino también justificar el sangriento complot de la derecha. Los que denunciaron el golpe entonces se publicaron fuera de Chile.

Las denuncias del golpe y la dictadura, así como las apologías del gobierno de Allende, fueron reemplazadas progresivamente por reflexivos análisis del carácter y las debilidades de la estrategia de la Unidad Popular y del proceso de construcción socialista en Chile. Sin embargo, constata Benítez en uno de sus ensayos escritos durante los gobiernos de la Concertación en pleno fragor neoliberal, esta coalición no tuvo ni el interés ni la voluntad política de hacer público este debate, ni dismantelar la gruesa capa de mentiras construidas durante la dictadura mediante campañas del terror (recordemos el Plan Z) y desprestigio de Allende. La censura que ejerció TVN para impedir la difusión de documentales sobre el golpe de Estado y la dictadura, o la comprobada campaña para debilitar y suprimir los medios de comunicación de izquierda, son ejemplos del interés de esos gobiernos por silenciar el legado de Allende, justificar el golpe y amortiguar la bestialidad de la dictadura. «Pero que nadie se engañe pensando que esta situación pudiera mantenerse indefinidamente, escribe al autor hacia la primera década del siglo XXI. «Las nuevas generaciones están dando ya sus primeras muestras de que no están dispuestas a dejarse

engañar en este astuto juego de las elites políticas dominantes. Y al hacerlo no solo invocan la figura y el ejemplo de Allende, sino que por medio de su acción le rinden el más grande de los homenajes».

Son sin duda los instantes que rodean la muerte de Allende los que ocupan la mayor parte del libro que introducimos. Aquí están trabajados y explicados los detalles entregados por los diversos testigos e investigaciones forenses. Benítez expone todas las teorías y la pasión de los diferentes puntos de vista sobre las causas de la muerte, esclarece cuál fue el arma, revisa las conclusiones de la primera autopsia y polemiza con otras teorías sobre la muerte del Presidente.

Ante este núcleo de la polémica, que derivó en la exhumación de los restos para la realización de nuevas pericias, Benítez proyecta su mirada hacia aquel hoy lejano 11 de septiembre de 1973, poniendo en evidencia la figura de Allende no solo como mártir político y visionario del socialismo del siglo XXI, sino también como un héroe moral hasta ahora insuficientemente comprendido:

Desde el primer momento Allende eligió el combate, que se prolongó por cuatro horas y media, pero cuando casi agotada la munición comprendió que ya no era posible seguir resistiendo sin exponer a sus colaboradores a una muerte inútil, los conminó a que depusieran las armas y se rindieran a las fuerzas golpistas, mientras él se encerraba en el Salón Independencia, donde minutos antes de que ingresaran allí los militares, se quita la vida, privando así a sus enemigos de la satisfacción de vejarlo y humillarlo. Pocos actos hay de mayor dignidad y valor.

Paul Walder

Prólogo

Quisiera contar a mis lectores/as cómo surgió la idea de publicar conjuntamente estos escritos en forma de libro. Se originó en una experiencia que tuve hace algún tiempo en una tienda de libros de segunda mano ubicada en el barrio donde resido con mi familia, en la moderna ciudad de Edmonton, en el oeste de Canadá. Ocurre que Darrell Prins, el propietario de esta librería, que sabe que mi primera lengua es el español, me pidió un día si acaso podía yo ayudarle a establecer la temática de un enorme libro del siglo XVI escrito en latín, que deseaba clasificar y poder ubicar en su estante correspondiente, pero cuyo título no conseguía descifrar. Gracias a mi rudimentario conocimiento de esta vieja lengua madre del castellano, y del resto de las lenguas romances, logré determinar que se trataba de un libro de historia eclesiástica.

Al tomar entre mis manos aquel grueso y pesado volumen, con empaste de cuero, e impreso en hojas de un papel amarillento, pero intacto, gracias a su alto porcentaje de trapo, comprendí de pronto por qué, más allá de las expresiones de quienes han sido hechizados por la magia de actuales medios electrónicos, el libro impreso tiene su futuro asegurado, y no desaparecerá nunca, al menos mientras exista la especie humana. Y la razón es bastante simple: el libro impreso posee una permanencia y una durabilidad que jamás podrá tener ningún medio electrónico, o libro virtual, cuya existencia depende por entero de un complejo sostén tecnológico que lo hace posible y lo mantiene, de modo semejante a como, según los teólogos medievales, Dios mantendría al mundo en existencia. Si aquel sostén desaparece, el texto, o libro virtual, también se extingue, así como la totalidad del mundo desaparecería si Dios no lo hiciera posible en cada instante, en un verdadero acto de creación continua, según afirmaba el filósofo católico René Descartes. El libro impreso, en

cambio, se autosostiene, y puede mantener su integridad y ser leído, siglos después de que ha sido escrito, o publicado, sin requerir de otro apoyo que el complejísimo *hard drive* humano, es decir, el cerebro, de algún lector, o lectora.

Fue aquel insólito «descubrimiento» lo que me hizo pensar en que era importante poder editar en forma impresa los veintiséis escritos que componen este libro, la mayoría de los cuales fueron originalmente publicados, (y profusamente reproducidos), en una variedad de periódicos electrónicos, tanto de Chile como de varios otros países de habla hispana. Lo que en buenas cuentas significa que, inevitablemente, en unas pocas décadas, estos escritos serán inaccesibles, y no podrán ya ser leídos, cuando hayan desaparecido los periódicos electrónicos en los que fueron publicados. O una vez que su autor, como corresponde a todo ser finito, haya hecho abandono de este injusto mundo, en el que lo único en verdad permanente es el cambio, es decir, la impermanencia.

El presente libro es, en parte, una continuación y desarrollo de la temática que cubriera en mi escrito anterior, publicado el 2006, bajo el título de *Las muertes de Salvador Allende*, pero abarca un territorio más amplio y variado y tiene un carácter más reflexivo que histórico. Porque si bien el tema de la muerte del Presidente sigue ocupando aquí un lugar de importancia, lo hace ya no tanto en lo que se refiere al hecho mismo, en sus diferentes dimensiones, sino fundamentalmente en cuanto a la cuestión de la forma cómo los izquierdistas chilenos han comprendido y procesado en sus mentes la desaparición del líder popular, así como en lo referente a los acontecimientos, forenses y legales, producidos posteriormente al 2006, respecto al establecimiento de las verdaderas causas de su muerte.

Otro aspecto digno de ser destacado en este prefacio, es la importancia que se le concede en la presente colección de escritos a las obras sobre Allende, escritas por diferentes autores y en diferentes lenguas, lo que se expresa en los comentarios que le dedicamos a dos libros testimoniales, parcial o enteramente dedicados al Presidente, así como a la inclusión de un extenso ensayo relativo a la siempre creciente bibliografía sobre Allende, su vida, pensamiento, gobierno, muerte y legado, la que, hasta donde hemos podido constatarlo, sobrepasa ya los 400 títulos, solo en español, inglés y francés. Asimismo, al final hemos incluido una pequeña bibliografía de los libros más

importantes de y sobre Allende, aunque la lectura de las abundantes notas al pie de cada uno de los diversos artículos y ensayos permitirá al lector atento familiarizarse con los títulos de las principales obras acerca del Presidente que hemos consultado, utilizado o comentado.

Uno de los propósitos centrales de este libro es comprender por qué un gran número de chilenos de izquierda, a pesar del largo tiempo transcurrido desde el Golpe, no consiguen aún reconciliarse con la muerte de Allende, para poder llegar a aceptar que su acto final en La Moneda pudo haber adoptado la forma de un suicidio, el que casi siempre es entendido como un acto repudiable que le restaría grandeza a su vida y a su legado. De allí que dediquemos un considerable espacio a refutar dichas creencias, mostrando que ellas se basan, en una importante medida, en un inadecuado conocimiento de las motivaciones y fundamento ético de la decisión final del Presidente, así como en un razonamiento moral incorrecto.

Otra de las principales preocupaciones de este libro es la cuestión del esclarecimiento de las verdaderas circunstancias de la muerte del Presidente, a la que se le dedica, también, unas buenas páginas, entre las que se destaca un extenso examen del polémico informe metapericial de la autopsia de Allende hecho por el doctor Luis Ravanal, así como una media docena de artículos y ensayos en los que se reflexiona y polemiza en torno a los planteamientos de diversos periodistas y escritores sobre la muerte de Allende.

En lo referente al aspecto investigativo de este libro, se incluyen en él un par de extensos escritos que contienen los resultados de sendas investigaciones acerca de dos importantes aspectos de la vida de Allende. La primera de ellas (hecha en conjunto con mi amigo, el periodista y escritor Juan Gonzalo Rocha) está dedicada a establecer cuáles fueron sus verdaderos nombres, en respuesta a la especie de «mito urbano» que sigue circulando hasta hoy, dentro y fuera de Chile, según el cual Allende había sido bautizado por sus padres con una serie de nombres piadosos. En este contexto conseguimos dilucidar otra curiosa interrogante acerca de Allende: aquella que se refiere al verdadero lugar de su nacimiento. En un escrito posterior se incluyen los resultados de una investigación documental acerca de los preinfartos o infartos cardíacos que afectaron a Allende durante los últimos ocho años de su vida, que proyecta una interesante luz sobre su personalidad, valor y dominio de sí.

En una nota algo diferente –valiéndonos de una fuente indirecta, así como de la información latente contenida en aquella conocida fotografía de Allende en La Moneda, la mañana del 11 de septiembre, portando casco y fusil, mientras es flanqueado por dos de sus escoltas, armados con fusiles AK 47–, conseguimos establecer la hora exacta en que ella fue tomada, y a partir de ello concluimos (como luego se verá, erróneamente) que esta no habría sido la última fotografía de Allende con vida. Como complemento de estos pequeños descubrimientos, reproducimos en un anexo el texto de las revelaciones hechas recientemente por los hijos de Víctor Vargas –el verdadero autor de aquella fotografía histórica–, quienes dan a conocer la identidad y la historia, hasta ahora desconocidas, de su padre, que se desempeñara por muchos años como fotógrafo de la Presidencia de la República.

En uno de los escritos finales logramos identificar, con nombre y apellido, cada uno de los pilotos de la FACH que bombardearon La Moneda el mediodía del 11 de septiembre, lo que hicimos en los mismos momentos en que el alto mando de esta institución armada se negaba a revelarlos al juez Mario Carroza, quien los solicitara en el contexto de la investigación judicial de la muerte de Allende.

En el último artículo ponemos en evidencia la casi universal confusión existente hoy acerca de cuál fue el verdadero fusil de asalto soviético que Fidel Castro obsequiara al Presidente Allende. Confusión que, como lo mostramos aquí, es compartida incluso por el perito balístico Inglés John Prior, quien participó como experto internacional «estrella» en aquella investigación judicial.

Una observación final acerca de las abundantes notas que acompañan a la mayoría de los escritos que componen este libro, muchos de los cuales contienen, además de las obligadas referencias bibliográficas, informaciones, comentarios u observaciones, sobre importantes detalles, generalmente poco conocidos, de los diferentes aspectos de la temática tratada. Es nuestra creencia que el lector que no tenga la paciencia de leer aquellas notas se formará una representación incompleta, no solo de las ideas y planteamientos de este libro, sino incluso de la disposición intelectual de su autor, enfrentado a la difícil y compleja tarea de recuperación de la memoria colectiva acerca de algunos de los hechos más cruciales de la historia reciente de Chile.

1. Allende: su legado político esencial (*)

«Sobre Allende se han vertido en Chile toneladas de basura suficientes para enterrar para siempre a un personaje sin su grandeza histórica».

Jesús Manuel Martínez

En su libro clásico sobre Lenin, publicado originalmente en 1924, el gran teórico marxista húngaro Georg Lukács sostiene que la esencia del pensamiento y la práctica del gran líder bolchevique puede resumirse en lo que denomina su «conciencia de la actualidad de la revolución» (1). Es decir, en haberse dado cuenta, en contra de la tradición reformista de la Segunda Internacional, que la revolución socialista se encontraba ya a principios del siglo XX en la agenda histórica rusa. De un modo semejante y guardando las debidas proporciones, personales e históricas, podría decirse que la esencia del legado político de Salvador Allende, lo que constituye su contribución más permanente a la historia de la lucha social en Chile, consiste en haber comprendido mejor que nadie dentro de la izquierda que la sociedad chilena estaba madura para la instalación del socialismo, y haber actuado en consecuencia con dicha convicción por más de 40 años.

Por cierto, la comparación es limitada, entre otras razones porque Lenin fue el líder máximo de una revolución victoriosa, mientras que Allende murió defendiendo heroicamente una revolución derrotada. Quizás su ello mismo está mostrando la justeza de las vías que uno y otro eligieron con el fin de poder alcanzar el socialismo, pero es indudable que ambos persiguieron el mismo fin: la instalación de una sociedad socialista, aunque lo hicieran bajo circunstancias históricas, políticas y geográficas enteramente diferentes.

Tal vez esta comparación entre Lenin y Allende parezca menos descabellada si se recuerda que en su primer mensaje al Congreso Nacional del 21 de mayo de 1971, el propio Presidente comparó

el proceso chileno con la Revolución de Octubre, en los siguientes términos:

Las circunstancias en Rusia en 1917 y en Chile en el momento presente son muy diferentes. Sin embargo el reto histórico es similar.

... como en Rusia en aquel entonces, Chile enfrenta hoy la necesidad de iniciar nuevos métodos de construcción de una sociedad socialista. Nuestro método revolucionario, el método pluralista, fue anticipado por los teóricos marxistas clásicos pero nunca antes puesto en práctica.

...Sin embargo, una vez más la historia ha permitido un quiebre con el pasado y la construcción de un nuevo modelo de sociedad, no sólo allí donde se han creado las más favorables condiciones concretas para su realización. ...Hoy Chile es la primera nación de la tierra que ha puesto en práctica el segundo modelo de transición a la sociedad socialista. (2)

La Historia, cruel maestra, se encargaría de demostrar, por cierto, que la factibilidad de este segundo modelo en Latinoamérica era una pura ilusión, al menos en el corto o mediano plazo.

Tal como lo prueban su resistencia armada a la insurrección de la burguesía y su sacrificio final, Allende prefirió morir antes que renunciar a las aspiraciones socialistas que encarnaba como líder máximo del Gobierno Popular. Porque Allende no murió defendiendo la decrepita democracia burguesa chilena, como lo afirmara con justa indignación, pero erróneamente, Gabriel García Márquez, en un famoso artículo que escribiera pocos días después del Golpe en Chile. En realidad, Allende no murió defendiendo la democracia burguesa chilena, sino el mandato socialista que el pueblo chileno le había confiado, y comprendió que su último sacrificio sería interpretado por las actuales y futuras generaciones como una ofrenda a la causa del socialismo chileno, tal como lo expresó tan bellamente en su último discurso radial con aquella metáfora de las grandes alamedas.

Pero no solo Allende comprendió la trascendencia histórica de aquel momento, y el mensaje que su valerosa acción dejaría en la conciencia de nuestro pueblo. También así lo entendieron, desde el

primer momento, los enemigos del socialismo y de la causa popular, quienes de inmediato se dieron cuenta que no era suficiente haber creado las condiciones para precipitar la muerte del Presidente, sino que también había que enlodar y asesinar su imagen de hombre y de político. Pues al desprestigiar a Allende se deslegitimaba al mismo tiempo la causa por la que había luchado por más de 40 años y a la que había ofrendado, finalmente, su vida: el socialismo.

La precisas circunstancias de la muerte de Allende en La Moneda, presenciada por unos pocos testigos leales, los que luego caerían en manos de los golpistas, el hecho de que solo sus enemigos tuvieron acceso inmediato a los detalles de la muerte, los que manipularon desde el primer momento en beneficio propio, la circunstancia de que las fotografías del presidente muerto en el Salón Independencia nunca se han dado a conocer públicamente, la implausibilidad de ciertos detalles forenses, etc., etc., contribuyeron a configurar un cuadro de incertidumbre que ha dado pie a dos versiones divergentes de la muerte del Presidente, ninguna de las cuales ha sido hasta hoy definitivamente confirmada (3). Esto ha facilitado, por cierto, la labor denigratoria de los golpistas y sus ideólogos civiles quienes han tratado de presentar una muerte heroica y digna como el acto de desesperación final de un individuo impulsado a la autodestrucción por su propia vanidad. Así por ejemplo, el golpista Mario Arnelo declararía con toda impudicia ante la prensa internacional poco después de la muerte del Presidente:

Nunca pensé que Allende, a pesar de su estilo de vida frívolo se resignaría a una salida no dramática. Su ambición por jugar un rol histórico era demasiado fuerte.

Allende fue un hombre que buscó siempre la manera de satisfacer su tremendo ego. Este ego influyó incluso en el momento de su muerte. Era bien consciente que tenía techo de vidrio y que sería fácil destruir su imagen, porque hacía no una doble sino una triple y cuádruple vida y porque su manejo de los fondos públicos fue dudoso. (4)

Sin pasar por alto la manifiesta infamia de las acusaciones gratuitas de frivolidad y deshonestidad lanzadas por este oscuro personaje en contra del Presidente, he aquí una típica muestra del

procedimiento falaz y calumnioso empleado por los enemigos de Allende para descalificar su conducta heroica, enfrentado en desigual combate con aquellos mismos que horas antes le juraban lealtad. Lo que ellos nos quieren hacer creer es que todo se explicaría en términos del tamaño del ego de Allende y de su supuesta afición por los gestos dramáticos. No se trataría de que Allende haya sido un hombre valiente, fiel a sus principios y al mandato del pueblo, sino simplemente que el Presidente tenía sueños de grandeza. Para el derechista no se trata, tampoco, de que este comprendiera la enorme responsabilidad histórica que en aquellos dramáticos momentos cargaba sobre sus hombros, sino simplemente que a Allende lo dominaba el deseo de «pasar a la historia». Como el derechista juzga las acciones del Presidente enfrentado a una situación límite desde la estrecha óptica de sus mezquinos intereses personales y de clase, no está, por cierto, en condiciones de apreciar ni la grandeza ni el valor de su conducta.

Pero, contrariamente a lo que sostiene aquí el golpista Arnello, no ha sido fácil para los enemigos de Allende poder destruir su imagen, la que con el paso del tiempo ha ido agigantándose más y más. A esto ha contribuido, sin duda, la publicación de numerosos e importantes libros, artículos y testimonios, tanto sobre la experiencia de la Unidad Popular como sobre la vida y luchas del Presidente en los que se destacan con nitidez su rectitud, honestidad, consistencia y valor a lo largo de su dilatada carrera política.

Pero la explicación derechista en términos puramente psicológicos de las motivaciones que habrían impulsado a Allende a quitarse la vida luego de haber combatido en La Moneda, por más de cuatro horas y media, ha hecho escuela entre los responsables directos y co-responsables de la destrucción de la vieja democracia chilena. Así por ejemplo, Patricio Aylwin, presidente del Partido Demócrata Cristiano en 1973, declaró a la prensa a pocos días del Golpe que él «Recordaba algo que Allende le había dicho una vez en una de las tantas reuniones sostenidas [entre él y el Presidente] con el fin de alcanzar un acuerdo. «Esta carne está hecha de mármol, senador», al tiempo que se golpeaba el muslo varias veces. Aylwin declaró también en aquella misma oportunidad que «el suicidio de Allende puede explicarse por el curso frívolo y de auto-engrandecimiento en el que se había embarcado el Presidente» (5).

Pero, sin duda, nadie ha dado una expresión más insidiosa de esta cínica explicación psicológica de los supuestos motivos de la muerte del Presidente que el propio Eduardo Frei Montalva. Aquella explicación volvió a aparecer en una serie de entrevistas que le hiciera en 1989 al ex senador y ex Secretario General del Partido socialista, Carlos Altamirano, la periodista demócrata-cristiana Patricia Politzer, que fueron posteriormente publicadas en forma de libro, y de las que reproducimos aquí algunos pasajes escogidos:

Periodista: Allende insistió en muchas oportunidades en que moriría en el Palacio de Gobierno, incluso lo expresó públicamente. ¿No tendrán razón quienes le atribuyen una cierta tendencia al martirologio?

Altamirano: Se pueden hacer muchas interpretaciones al respecto, pero creo que el tema es demasiado serio para emitir juicios ligeros. Lo que sí puedo asegurar es que esas declaraciones de Allende reflejan una actitud pesimista que no era conveniente ni para la Unidad Popular, ni para el país,

Periodista: Más que pesimismo, ¿no sería un tremendo sentido de la trascendencia, un deseo de pasar a la historia como un hombre que dio la vida por la causa?

Altamirano: No me atrevería a concluir que Allende tenía vocación de mártir, pero no me cabe duda de que sí tenía un alto sentido de responsabilidad histórica. Y es precisamente la lealtad con que asumió esa responsabilidad lo que le da un enorme valor político y moral a su figura.

La interpretación de Eduardo Frei [Montalva] al respecto, en una de sus últimas entrevistas, es que Allende era un ciclotímico, que pasaba por altos y bajos, que tenía un cierto afán autodestructivo. Yo niego rotundamente esta percepción. Allende jamás fue un hombre temperamental, de grandes depresiones y grandes euforias; en general era un hombre equilibrado y optimista, por eso tampoco me convence la idea de un deseo oculto de martirologio o autodestrucción.

Periodista: Sin embargo su último discurso es tan perfecto, tan elaborado, que no parece un discurso improvisado

en aquel momento de enorme tensión. Da la impresión que Allende había pensado muchas veces en aquellas palabras.

Altamirano: Sin duda, Allende pensó muchas veces en lo que significaba la decisión de no entregar el poder en forma ilegítima. No estaba dispuesto a ceder ante lo que consideraba un crimen de «lesa patria». Ese era el sentimiento fundamental que lo dominaba, pero no creo que buscara la muerte. (6)

Nadie está, por cierto, menos calificado para juzgar la conductas de Allende el 11 de septiembre que los responsables directos e indirectos de su muerte. Pero lo que es aún más claro es que la explicación freísta no es más que un cínico pase verbal concebido para hacer recaer sobre la víctima la responsabilidad de su propia muerte, y así desviar la culpabilidad que le corresponde a la Democracia Cristiana en el Golpe.

Pero las respuestas de Altamirano a Patricia Politzer, a pesar de que muestran el carácter falaz de la explicación freísta, no pueden dejarlo a uno enteramente satisfecho. Porque sus respuestas evidencian que el ex senador socialista se ha colocado en una posición inadecuada para defender efectivamente la figura y el legado político de Allende. Esto está mostrando que hay maneras más sutiles de desvirtuar su legado socialista que la simple descalificación derechista de su muerte.

Como Altamirano no desea herir a sus lectores demócrata-cristianos, se abstiene de señalar aquí a Frei como uno de los co-responsables directos de la muerte del Presidente. Lo que contrasta, por ejemplo, con lo que planteara años antes en su libro *Dialéctica de una derrota* (México, D.F., Editorial Siglo XXI, 1977), en el que denuncia con gran energía la participación de Frei en las maquinaciones previas y posteriores al Golpe, y su silencio cómplice de casi tres años frente a las barbaridades y atropellos a los derechos humanos cometidos por la dictadura militar. Este giro, claro está, no es algo puramente casual sino que se explica a partir del cambio de posición de Altamirano frente a la Democracia Cristiana (7).

En uno de sus últimos libros Jorge Arrate ha expresado, como al pasar, algo de gran importancia para poder juzgar en toda su profundidad la posición, no solo de Altamirano, sino de la totalidad de los socialistas «renovados» ante el legado político y moral del Presidente

Allende. Escribe Arrate: «Las derrotas no son nunca completas salvo cuando los vencidos olvidan las razones por las que lucharon» (8). La presencia de sectores mayoritarios del Partido Socialista en el gobierno de la Concertación está mostrando como muchos de aquellos que una vez respaldaron el gobierno popular han olvidado las razones por las que una vez lucharon. Es cierto que estos sectores se siguen autodenominando socialistas, pero en los hechos han abandonado toda voluntad de trascendencia del capitalismo en Chile, y su reemplazo por formas de organización socialistas de organización social, política y económica. Negando así, precisamente, lo que constituye la esencia del legado histórico y político de Allende: la construcción de una sociedad socialista en nuestro país.

Pero quienes hoy reniegan, abierta o solapadamente, de este objetivo supremo, están renegando al mismo tiempo de aquello que diera su sentido más profundo a la lucha de Allende y de nuestro pueblo en casi medio siglo de historia. Y los que así proceden hacen del sacrificio heroico del Presidente Allende precisamente aquello que los derechistas y golpistas siempre han afirmado que fue: un acto inútil, autodestructivo e intrascendente.

NOTAS

- (*) Publicado originalmente, bajo el pseudónimo de Alexander Zalmak, en el número 6, Año 2, Mayo-Junio 1990, de la revista *Entrelíneas*, editada en Edmonton, Alberta, Canadá, por Rolando Vergara y Hermes H. Benítez.
- ¹ Georg Lukács, *Lenin. A Study on the Unity of his Thought*, London: New Left Books, 1970. (*Lenin. Un estudio sobre la unidad de su pensamiento*). Hay edición castellana: *Lenin. La Coherencia de su pensamiento*, Barcelona, Editorial Grijalbo, 1974.
 - ² Regis Debray, *The Chilean Revolution. Conversation with Allende*, New York: Pantheon Books, 1971, págs. 170-171. Puede verse, también, «Primer Mensaje al Congreso Pleno». La vía chilena al socialismo, en *Salvador Allende 1908-1973 Obras Escogidas*, Gonzalo Martner (Compilador), págs. 324, 325.
 - ³ Esto lo escribimos originalmente en 1991, pero seguimos pensando que a pesar de la investigación judicial, hecha en el 2011, no puede afirmarse que se haya alcanzado una confirmación satisfactoria y definitiva de su muerte.
 - ⁴ J. M. Vergara y Florencia Varas, *Coup. Allende Last Days*, New York: Stein and Day Publishers, 1976, pág. 117. (En castellano: *Golpe. Los últimos días de Allende*) Sin duda que en las palabras de Arnello encontramos ecos de la entrevista dada por Eduardo Frei M. al diario español *ABC*, el 10 de octubre de 1973: He aquí el pasaje atingente: «¿Por qué se ha mentido en el mundo? ¿Por qué en Europa, donde no conocían a Salvador Allende ni estaban al tanto de nuestros dramas –que son muchos dramas– se idealiza a un hombre tan frívolo, más frívolo políticamente que moralmente, como Allende?». *Op. Cit.*, pág. 117.
 - ⁵ Patricia Politzer, *Altamirano*, Buenos Aires, Ediciones Melquíades, 1989, págs. 51 y 52.
 - ⁷ Sin embargo, en la serie de entrevistas que le hiciera recientemente el historiador Gabriel Salazar, Altamirano vuelve a su posición original y responsabiliza al Partido Demócrata Cristiano chileno de contribuir al desencadenamiento del Golpe, identificando a Patricio Aylwin como el hombre puesto por Eduardo Frei Montalva para que desempeñara un rol intransigente ante el gobierno de Allende. Véase, Gabriel Salazar, *Conversaciones con Carlos Altamirano*, Santiago, Editorial Debate, 2010. Capítulo 6, en especial página 33.
 - ⁸ Jorge Arrate, *La fuerza democrática de la idea socialista*, Barcelona, Ediciones Documentas / Santiago de Chile, Ediciones del Ornitorrinco, 1985, pág. 19.

2. Enterrando a Allende (*)

«*Los huesos de los muertos / pueden más
que la carne de los vivos*».

Gabriela Mistral

En un número anterior de esta misma publicación, anticipamos algo temerariamente que la ceremonia de reseputación de los restos mortales del Presidente Allende, que tuvo lugar el 4 de septiembre de 1990, así como los actos públicos asociados con este acontecimiento, darían origen a una de las manifestaciones populares más grandes de la historia política chilena. Hoy queremos explicar por qué esto no fue así, y mostrar las causas y razones que hicieron que nos equivocáramos en nuestra predicción.

En primer lugar, hay que señalar que las exequias del Presidente Allende no tuvieron un carácter popular; por el contrario, fueron conscientemente diseñadas por el gobierno de Aylwin como una ceremonia oficial, solemne y elitista. *Oficial* porque fue organizada por el actual gobierno chileno; *solemne* porque se le dio un carácter más propio de un político católico y burgués, que el de un líder popular, socialista y masón; y *elitista* porque calculadamente no se permitió la libre y espontánea participación del pueblo en la ceremonia principal, el que fue dejado enteramente al margen. Esto se consiguió no solo centrandolo en los participantes oficiales y los invitados extranjeros, sino, además, impidiendo que la gente se acercara a la urna presidencial y que se uniera al cortejo durante el recorrido desde el cementerio Santa Inés, de Viña del Mar, hasta el Cementerio General de Santiago (1), el que, deliberadamente, se hizo a gran velocidad, no lentamente como es tradicional. Y como si esto no fuera suficiente se cerraron las puertas del Cementerio y se apaleó al pueblo de manera salvaje (2), como en los peores tiempos de la dictadura, ante el menor intento de romper o sobrepasar el masivo cerco policial tendido a su alrededor.

No se necesita tener una gran perspicacia para darse cuenta que en realidad lo que perseguía el gobierno postdictatorial era simplemente manipular y desnaturalizar los funerales de Allende con el fin de sepultar su legado político socialista junto con sus restos mortales, asimilando así su imagen y ejemplo dentro de los estrechos marcos ideológicos de la alianza democristiano-socialista, una vez que aquellas fueron depuradas de los valores clasistas y revolucionarios por los que Allende luchara por más de 40 años, y a los que, finalmente, ofrendara su vida.

Quién podría sorprenderse hoy de que los funerales del presidente socialista hayan tenido este carácter, si se considera que dentro del gobierno de Aylwin ocupan una posición hegemónica aquellos mismos que no solo pavimentaron el camino de la dictadura y que una vez ocurrido el golpe e instalado el nuevo e ilegítimo régimen, o lo apoyaron o simplemente guardaron silencio por muchos años, ante los crímenes y barbaridades del fascismo criollo. El propio Aylwin no pudo ser más explícito en su posición antiallengista cuando en el discurso oficial en la plazoleta del Cementerio General, declaró, ante la rechifla popular, que si se volvieran a repetir las condiciones que precipitaron el Golpe en septiembre de 1973, él volvería a ubicarse en la oposición al gobierno de Allende, en otras palabras, que volvería a buscar el derrocamiento de un gobierno constitucional y democrático, como fue el de la Unidad Popular.

He aquí las exactas palabras de Patricio Aylwin:

Como todo el país sabe, yo fui adversario político de Salvador Allende ¡a aquellos que silban les digo: el único lenguaje en que podemos entendernos es el lenguaje de la verdad. Estoy aquí para dar testimonio de verdad!; eso no me impidió respetarlo como persona, reconocer sus merecimientos, coincidir en muchas cosas y mantener con él relaciones amistosas. Ello es la esencia de la vida democrática. Fui severo opositor a su gobierno, lo que tampoco nos impidió ni a él ni a mí dialogar en busca de fórmulas de acuerdo para salvar a la democracia.

Debo decirlo con franqueza: si se repitieran las mismas circunstancias, volvería a ser decidido opositor. ... (3)

Así las cosas, no podíamos sino equivocarnos en nuestra predicción, que se basaba en la ingenua creencia de que el primer gobierno postdictatorial chileno permitiría, siquiera por un día, la genuina y libre expresión de la admiración y respeto que el pueblo de este país siente hacia el líder de la izquierda. Pero, tal como se vino a demostrar el cuatro de septiembre pasado, ello no era posible porque junto con haber penetrado profundamente en la conciencia y el corazón del pueblo, Allende sigue también vivo en la mala conciencia, tanto de los viejos golpistas autopromovidos a la categoría de «demócratas», como en la de los así llamados «socialistas renovados», que ya olvidaron que alguna vez se propusieron la abolición del capitalismo en nuestra patria.

La ceremonia popular de despedida a Salvador Allende aún sigue pendiente. Ella solo será posible cuando la vieja izquierda hoy en el gobierno, rompa con el proyecto y el bloque social de la burguesía, y retorne a su programa socialista y revolucionario, que nadie supo encarnar tan cabalmente como el presidente mártir (4).

NOTAS

- (*) Publicado originalmente, bajo el pseudónimo de Alexander Zalmak, en noviembre de 1990, en el *Boletín de la Cooperativa Habitacional Los Andes*, de la ciudad de Edmonton, Canadá. El fundador y editor de este modesto medio impreso fue, hasta su prematura muerte, el chileno Mario Troncoso.
- 1 En el 2004, es decir, catorce años después de haber escrito este artículo, estando de visita en Santiago, encontré, en los archivos del diario *La Nación*, la confirmación documental de estas observaciones remotas mías:
El día anterior al funeral oficial la superioridad de Carabineros dirigió un comunicado a la población en el que, entre otras cosas, señalaba que el público sería «protegido por rejas [*sic*] para observar el desplazamiento del féretro», pero aclaraba que «por razones de seguridad no se permitiría al público marchar detrás de este, salvo a las autoridades pertinentes», y se recalca posteriormente que «las personas no estarán facultadas para integrarse al cortejo funerario ni a pie ni en vehículos». Véase, *La Nación*, lunes 3 de septiembre de 1990, pág. 2.
- 2 Este detalle poco conocido del funeral me fue comunicado por mi padre, quien, como varios miles de chilenos, concurrió al Cementerio General ese día, a despedir a su Presidente.
- 3 Tomado de *Por la Paz de Chile. Funeral oficial del ex Presidente de la República de Chile, Salvador Allende Gossens*, Fundación Salvador Allende, Santiago de Chile, Primavera de 1990, pág. 78. En honor a la Verdad (no a aquella invocada con fines puramente retóricos), Aylwin no fue adversario, ni opositor de Allende, sino uno de sus más encarnizados *enemigos* políticos (para emplear aquí la distinción de Carl Schmitt). Ni se conoce ninguna declaración suya que exprese respeto hacia Allende como persona, o una en la que Aylwin haya reconocido públicamente sus merecimientos. Tampoco se sabe de nada en lo que haya coincidido con Allende, ni menos que haya tenido relaciones amistosas con él. En cuanto a un supuesto diálogo con el Presidente con el fin buscar «fórmulas de acuerdo para salvar la democracia», no se trata más que de un puro cuento autojustificadorio, porque si en la DC hubo alguien que nunca estuvo dispuesto a dialogar de buena fe con Allende, ni menos a salvar la democracia, ese fue Patricio Aylwin.
Explicando la actitud de la Democracia Cristiana hacia Allende a partir del *Tancazo*, escribe el historiador Luis Corvalán Marquéz: «En cuanto a la DC, cabe decir que en esta coyuntura empezó a experimentar una importante inflexión en sus política. La colectividad, como se ha visto en los capítulos anteriores, se había caracterizado por una estrategia consistente en enfrentar al gobierno en el marco constitucional. Formalmente ello seguía siendo así. Pero en el fondo algo había cambiado con la asunción de la directiva de Patricio Aylwin [el 13 de mayo de 1973]. La DC, en efecto, no sólo se había negado a aprobar la declaración de Estado de Sitio, sino que rechazó luego toda posibilidad de diálogo con el Ejecutivo, aunque el objetivo de dicho diálogo fuese el fortalecimiento del orden legal, como lo planteara el Presidente de la República». L. C. Marquéz, *Los partidos políticos y el golpe del 11 de septiembre*, Santiago, Ediciones ChileAmerica-CESOC, 2000, pág. 326.
- 4 Para un desarrollo de las observaciones y comentarios que sirven de base a este breve artículo, véase *Las muertes de Salvador Allende*, Capítulo 8.

3. El temple moral de Allende (*)

«Es preferible morir de pie que vivir de rodillas».

Emiliano Zapata

Han transcurrido treinta y ocho años desde aquel trágico 11 de septiembre, en el que el Presidente Allende enfrentó la muerte en el palacio de La Moneda, mientras su viejo edificio era consumido por las llamas y la humareda, provocadas por la metralla, los cañonazos y el bombardeo aéreo, ordenados por cuatro generales traidores alzados en contra de su gobierno constitucional.

Tomará aún muchos años comprender en toda su magnitud los efectos y el significado moral, político e histórico de este hecho, pero los millones de chilenos que esa mañana escuchamos por la radio el discurso final de Allende, y después el zumbido de los aviones y las explosiones, comprendimos en el acto la grandeza y el valor de la conducta del Presidente y líder de la izquierda.

No cabe duda que Allende tiene asegurado un lugar de honor en la historia de Chile así como en la historia de las luchas libertarias de los pueblos de Tercer Mundo. Los valores por los que dio la vida, su sentido de la dignidad y el honor serán apreciados y emulados mientras haya en este mundo hombres y mujeres amantes de la consecuencia, la virtud y la justicia.

Pero, ¿en qué consiste específicamente la grandeza de Allende? Como es manifiesto, a esta pregunta puede responderse de diversas maneras, según se haga referencia a sus distintas facetas como hombre, o como político y estadista. Pero hay una especial cualidad suya que se proyecta en cada una de estas dimensiones, nos referimos a la profunda moralidad que caracterizó siempre cada una de las grandes decisiones de su vida personal y política.

Como lo registra su biografía, Allende, que había nacido en el seno de una familia de larga tradición de profesionales burgueses progresistas, se hizo socialista al tomar conciencia de los sufrimientos y

postergaciones de las clases trabajadoras chilenas y latinoamericanas. Esa decisión suya se basaba en una actitud de indignación y rechazo moral de la desigualdad y la injusticia, que se manifestó inicialmente en él bajo la forma de un compromiso ético contraído con su padre en 1932, ante cuya tumba juró dedicar su vida a la lucha social.

Pero es evidente que esa indignación ante las injusticias de la sociedad era solo la expresión parcial de una profunda disposición moral, que dominaba la totalidad de su identidad de hombre y su personalidad. Es esta disposición constitutiva suya la que lo inclinó en su juventud hacia el socialismo, pero al mismo tiempo lo hizo vincularse tempranamente a una institución semisecreta como la masonería, inspirada en los valores éticos, intelectuales y políticos de la Ilustración. En un estudio publicado en Chile en el año 2000, Juan Gonzalo Rocha ha investigado con gran acuciosidad esta faceta poco conocida de la vida de Allende, y ha intentado comprender la relación que sus creencias masónicas guardaban con sus convicciones políticas marxistas.

Si se examina la personalidad de Allende a la luz de su decisión final, se ponen de manifiesto a lo menos tres valores característicos suyos: su dignidad de hombre, de Presidente y de líder de la izquierda chilena; la consistencia de sus ideas y convicciones, y su valentía. Junto a estos tres valores personales, se destacan en el Presidente tres actitudes morales hacia los demás: la compasión por el oprimido, la tolerancia hacia las ideas y creencias ajenas, y su respeto por la vida humana.

Fue su profunda dignidad personal lo que lo llevo a elegir la muerte antes que rendirse y entregarse a sus enemigos, sentimiento que se potenciaba en él en una aguda conciencia de la dignidad que conllevaba su cargo de Jefe del Estado. Una persona es consistente, o consecuente, cuando su conducta no hace sino confirmar sus creencias, palabras y promesas. Allende había dicho muchas veces en público, que solo matándolo podrían impedirle terminar su mandato, pero demostrar coherencia entre sus palabras y su conducta aquella tarde en La Moneda demandaba una valentía a toda prueba. Por eso, en aquella famosa entrevista que le hizo Regis Debray en 1971, refiriéndose al *Che* Guevara, Allende formularía inconscientemente un juicio que podría ser aplicado a él mismo, cuando dice: «no creo que haya existido un hombre en la historia latinoamericana que haya demostrado tanta consistencia en sus ideas, tanto coraje, tanto desinterés» (1).

De las tres referidas actitudes morales de Allende hacia los demás, la primera de ellas, su compasión por el oprimido, nos permite dar cuenta de su permanente preocupación, como dirigente social y parlamentario, por los intereses, el bienestar y los derechos de las grandes mayorías postergadas. La segunda actitud moral, es decir, su sentido de la tolerancia, se expresó con gran claridad en su negativa a imponer por la fuerza su propia postura táctica a las distintas organizaciones de la izquierda, polarizadas antes del golpe en un empate catastrófico entre ultras y moderados, como lo ha mostrado de modo brillante el sociólogo Tomás Moulian (2).

En cuanto a la tercera actitud moral de Allende, esto es, su respeto por la vida humana, se reveló en su aspiración a poder realizar en Chile una revolución sin sangre; pero cobra un especial significado durante el Tancazo del 29 de junio 1973, y en el propio golpe del 11 de septiembre, en sus llamados a proteger la vida y la integridad física de los partidarios de su gobierno, en especial la de los trabajadores. Con todo, pocos hechos destacan mejor su profundo respeto por la vida ajena que su constante vigilancia y preocupación por sus compañeros y compañeras durante las horas más críticas de la heroica resistencia en La Moneda.

Pero la actitud viril del Presidente, no siempre adecuadamente comprendida, de no rendirse ni entregarse vivo a los golpistas, condenó en el mismo acto a la bancarrota moral a aquellos que se habían alzado en armas contra su gobierno. La superioridad ética de la conducta de Allende puso de manifiesto la bajeza de la conducta de sus enemigos, a los que deslegitimó para siempre, política y moralmente, ante la faz del mundo y de la historia.

¿Qué ocurrió con los valores morales de la dignidad, la tolerancia y el respeto a la vida humana a consecuencia del Golpe? La brutal irrupción militar en la política chilena vendría a manifestarse en la forma de una completa reversión de los valores que Allende había encarnado y que defendiera con su propia vida. La dignidad del hombre y del Presidente sería reemplazada por la bestialidad ignorante del tirano dotado de poderes omnímodos. La tolerancia hacia las ideas y convicciones ajenas se transformaría bajo la dictadura en la más salvaje y prolongada persecución y represión del pensamiento progresista, y de cualquier forma de disidencia, de la que se tenga memoria en la historia de nuestro país. Mientras que el respeto de

Allende por la vida humana vino a encontrar su más completa negación en la tortura sistemática, los asesinatos y desaparecimientos de miles de chilenos a lo largo de 17 años. Que cada cual saque de esto las conclusiones que sus luces y código moral le permitan.

NOTAS

- (*) Publicado originalmente, en versión algo distinta, en el periódico *La Nación*, de Santiago, el día martes 11 de septiembre de 2001.
- ¹ Regis Debray, *The Chilean Revolution. Conversations with Allende*, New York: Pantheon Books, 1971, pág. 76. La versión original de estas palabras de Allende es algo diferente:
Porque yo creo, indiscutiblemente, que en la vida de Latinoamérica, pocas veces, o quizás nunca, ha habido un hombre que haya demostrado más consecuencia con sus ideas, más generosidad, más desprendimiento. El *Che* lo tenía todo, renunció a todo para hacer posible la lucha continental. Citamos de: *Punto Final*, Año V-Martes 16 de marzo de 1971-No. 126. *Allende habla con Debray*, pág. 34.
- ² Nos referimos al iluminador libro de Moulian, titulado: *Conversación interrumpida con Allende*, Santiago, LOM Ediciones/Universidad ARCIS, s/f, pág. 54.

4. La muerte del presidente Allende, treinta años después ^(*)

*«Hay muchas cosas que no se saben [públicamente]
y que yo no voy a divulgar».*

Palabras del Comandante Sánchez,
edecán aéreo de Allende (1998)

Los resultados de una encuesta de opinión pública realizada a fines del año 2000 por investigadores de la Escuela de Sociología de la Universidad Católica de Chile, con el fin de determinar y cuantificar la visión que los chilenos tenían, hasta ese momento, del golpe de Estado de 1973 y de la muerte de Allende, no podían haber sido más reveladores y significativos: el 49.1 % de los encuestados manifestó no creer que el Presidente se hubiera suicidado en La Moneda, aquella tarde trágica, sino que habría sido muerto allí por los soldados que penetraron al segundo piso del viejo edificio por la puerta de Morandé 80; mientras que el 50.9 % de los entrevistado cree que, efectivamente, Allende se quitó la vida en dicho lugar.

¿Cuáles podrán ser las causas profundas de que, tres décadas después del Golpe, casi la mitad de los chilenos no crean en la versión oficial de la muerte del Presidente? No cabe duda que entre ellas habría que incluir, en primer lugar, la justificada desconfianza que un alto porcentaje de chilenos siente hacia cualquier información suministrada por la dictadura, que mintió desde el primer momento de manera descarada y sistemática sobre su responsabilidad en la suerte y el paradero de miles de compatriotas «desaparecidos», lo que aún sigue haciendo por boca de los actuales jefes de las FF.AA. Pero, curiosamente, esta desconfianza pública no afecta solo a la información proveniente de los aparatos de propaganda, de encubrimiento, o de «guerra psicológica», del régimen pinochetista, sino también a la información que fuera dada a conocer por los propios gobiernos «democráticos» postdictatoriales.

De otro modo no se explicaría que después de casi trece años de haberse realizado aquella operación político-publicitaria conocida como «inhumación y reducción» de los restos mortales del Presidente –posteriormente a la cual tuvo lugar, el día 4 de septiembre de 1990, el funeral oficial del presidente mártir, y se propagó *Urbe et Orbi* la noticia de que Allende se había suicidado el 11 de septiembre–, todavía haya tantos chilenos que se resisten a aceptar dicha versión igualmente oficial. Esto hace necesario revisar a continuación, aunque sea brevemente pero con mirada crítica, aquellos hechos.

Durante la segunda semana de septiembre de 1990, es decir, cuando ya se había realizado el «Funeral Oficial» en Santiago, el día 4 de septiembre la revista política chilena *Análisis*, hoy desaparecida gracias a Patricio Aylwin, dio a conocer por medio de un «Informe Especial», cuyas conclusiones fueron reproducidas casi textualmente en la prensa mundial, que Allende no había sido asesinado por miembros de las fuerzas militares que penetraron al Salón Independencia la tarde del 11 de septiembre, sino que este se había suicidado con el fusil ametralladora que le obsequiara, junto con sus correspondiente dedicatoria, Fidel Castro. La oportunidad de estas tardías «revelaciones», no fue por cierto algo puramente casual, pues se las presentó como el resultado de las diligencias realizadas secretamente en el Cementerio Santa Inés, de Viña del Mar, la medianoche del 17 de agosto. Es decir, de la así denominada operación de «exhumación y reducción» de los restos alojados en el mausoleo de la familia Grove, y de la ulterior «confirmación» de su identidad (1).

De acuerdo con la información recogida por la prensa, el doctor Arturo Jirón, médico de La Moneda y uno de los miembros del grupo que se encontraban cerca de Allende en sus últimos momentos, habría certificado allí mismo la «autenticidad» del cadáver del ex presidente, o de lo que quedaba de él, «en la primera oportunidad en que se abre la urna desde que fue depositada en el Campo Santo de Viña del Mar en 1973» (2). Sin embargo no se divulgó ningún detalle, ni se indicó el tiempo que habría tomado este supuesto reconocimiento *in situ*. No se requiere ser demasiado astuto, ni un experto en medicina forense, para darse cuenta de las dificultades que entrañaba el reconocimiento de un cuerpo que ha estado enterrado por 17 años. Es igualmente sospechoso que no se haya informado si los restos fueron sometidos a algún tipo de examen pericial (análisis óseo-dental, de ADN, etc.),

con el fin de poder determinar tanto su identidad como la causa inmediata que habría provocado la muerte del Presidente.

En las líneas finales del referido artículo de la revista *Análisis*, su autor, el periodista Francisco Martorell, extrae las siguientes conclusiones finales de los distintos hechos de esta misteriosa jornada: «el resultado de la exhumación y reducción de los restos del Presidente Allende, según ha trascendido, entre otras evidencias, demostró que el cadáver de quien fuera elegido presidente de Chile el 4 de septiembre de 1970, tenía un orificio en el cráneo que pudiera corresponder a un disparo de tipo suicida. Los que vieron los restos de Allende [¿quiénes?] y sumaron a ello los antecedentes [¿cuáles?] que tenían, están en condiciones de afirmar que Allende se quitó la vida.

Es manifiesto que las afirmaciones de persona sin nombre, que se basarían sobre antecedentes que ni siquiera se detallan, carecen del menor valor probatorio o evidencial, y en realidad no demuestran nada, ni sobre la muerte del Presidente, ni acerca de la identidad del cuerpo enterrado secretamente 17 años antes en el Cementerio Santa Inés de Viña del Mar. A menos que uno sea tan ingenuo que esté dispuesto a creer en las conclusiones de «quienes vieron los restos», quienquiera que hayan sido, habrían contado con ciertos misteriosos antecedentes, sobre los cuales tampoco se nos entrega la menor información (3).

He aquí una muestra de la patente falta de seriedad con que la Concertación ha venido manejando la verdad histórica de la muerte del Presidente Allende.

En realidad, aquellas supuestas revelaciones solo llegaron a producirse por obra de los requerimientos de la alianza entre amplios sectores de la izquierda chilena y el Partido Demócrata-cristiano, los antiguos enemigos del Presidente y la Unidad Popular. Ello le dio a estas «revelaciones» su singular carácter, e hizo que fuera necesario resolver, rápidamente, ciertos asuntos heredados del período dictatorial, al tiempo que la imagen y el legado político de Allende eran sometidos aceleradamente a un proceso de transformación y reciclaje, con el fin de ponerlo al servicio de la legitimación de la alianza concertacionista y su agenda.

Entre aquellos asuntos se encontraba, en primer lugar, la cuestión irresuelta de la verdad de la muerte de Allende y el entierro secreto de sus restos, y en segundo término, lo que se ha constituido en la

«espina en el costado» de la democracia tutelada, es decir, la cuestión del atropello sistemático de los derechos humanos bajo los 17 años de la dictadura, que hasta el momento se ha mostrado refractaria a toda solución «oficial».

Pero de lo que se trataba en este caso no era centralmente llegar a establecer la verdad de los últimos momentos del Presidente, de modo de suministrar un cause al duelo colectivo, sino más bien, mediante la realización de una serie de actos oficiales y burocráticos, facilitar y acelerar el proceso de olvido del incómodo pasado reciente del Chile dictatorial; de dar vuelta definitivamente esta página ensangrentada de la historia de nuestra patria, de manera que ya nadie se acuerde de aquellos traumáticos hechos, ni de los nombres de los principales responsables, o co-responsables, de la brutal destrucción de la vieja democracia chilena, ni de su secuela de represión y crímenes. Manipulación de las conciencias y de la historia necesaria para la legitimación ideológica y preservación en el tiempo de la actual «democracia tutelada».

Puesto que el gobierno de Patricio Aylwin y sus aliados, no fueron capaces de entregarnos más que un burdo simulacro de lo que habría sido una investigación de las verdaderas circunstancias de la muerte del Presidente, ¿cómo podemos llegar a saber lo que realmente ocurrió aquella tarde del 11 de septiembre en La Moneda?

Contamos, por fortuna, con varios testimonios confiables y algunos documentos fidedignos a partir de los cuales podríamos afirmar que Allende se quitó la vida, cerca de las dos de la tarde, en el Salón Independencia, minutos antes de que ingresaran al recinto efectivos militares al mando del general Javier Palacios. Si embargo todos estos testimonios y documentos están, inevitablemente, sujetos a interpretación, lo que puede afectar las conclusiones que de ellos se extraigan. En realidad la totalidad de las evidencias existentes se apoyan, en última instancia (4), en el relato del doctor Patricio Guijón quien, desde el pasillo que da al Salón Independencia, y en medio de la intensa humareda y el ruido ensordecedor de la balacera, de pronto ve alzarse violentamente el cuerpo de Allende por efecto del o de los disparos con los que se quita la vida. El médico ingresa corriendo al Salón con el fin de socorrer al Presidente, al que encuentra semitendido sobre un sillón de felpa roja (cuyo respaldo se apoyaba en el muro oriente del Salón, es decir, el que da a la calle Morandé)

con la bóveda craneana volada, y con su fusil AK entre las piernas. Instintivamente le toma el pulso, y sin darse cuenta de la gravedad y posibles consecuencias de su acción, toma el arma depositándola sobre el cuerpo sin vida. Posteriormente se sienta junto al Presidente muerto por unos 10 minutos, hasta que ingresan al lugar soldados de la Escuela de Infantería de San Bernardo, comandados por el general Palacios.

Interrogado por Guijón, le informa al general lo que él había visto y hecho allí, incluyendo su impensada interferencia en el escenario de la muerte. Posteriormente, cerca de las cuatro y media de la tarde, se apersona en el salón presidencial un equipo de la Brigada de Homicidios, supuestamente llamados por el propio general Palacios, quienes proceden a realizar un cuidadoso peritaje, que incluye la toma de muestras, mediciones, recolección de evidencias físicas, toma de 28 fotografías, y tres croquis, etc.

En algún momento, y por razones que solo podemos suponer, los funcionarios de la B.H. son relevados por detectives de la Policía Técnica de Investigaciones, pero estos, al redactar su informe, incorporan en él la totalidad de las observaciones y evidencias recogidas por los funcionarios de B.H. Este importante documento será dado a la luz pública por la periodista Mónica González, solo en septiembre del año 2000, es decir, 27 años después de haber sido redactado, como un anexo a su masivo libro sobre el Golpe y sus causas, titulado: *Chile. La Conjura. Los mil y un días del Golpe*.

Para nuestros propósitos actuales, la parte más importante de este informe, de solo tres y media páginas de extensión, es el pasaje siguiente, correspondiente al apartado 2.1.4, titulado «Proyectiles y Vainillas», que dice así: «El croquis No. 15.255 y foto S, señalan la posición en que los peritos ubicaron diversas vainillas y proyectiles. Además, la foto R, muestra un cartucho para pistola.

No se pueden proporcionar mayores antecedentes sobre estos elementos, por cuanto fueron entregados a personal militar a las órdenes del Señor General Javier Palacios R., conjuntamente con el arma antes citada» (5).

Este pasaje del Informe de Investigaciones nos confronta con lo que puede calificarse como siendo, al mismo tiempo, una importante revelación y un verdadero misterio. La revelación de un acto de apropiación indebida, por parte de los golpistas, de varias piezas

evidenciales: un cartucho de una pistola de calibre no identificado, vainillas y proyectiles igualmente indeterminados; sin contar el fusil ametralladora del Presidente, que aunque no quedó registrado en aquel documentos, también fue confiscado por el general Palacios. Mientras que el misterio se refiere, por cierto, a los posibles motivos que pudieron haber tenido los militares para requisar aquellos elementos evidenciales. Pero quizás lo más sorprendente sea aquí el hecho de que los funcionarios de la Policía Civil hayan tenido el valor y el profesionalismo de dejar inequívocamente estampado en su informe esta flagrante interferencia castrense. Lo que por lo demás le da una gran credibilidad a la totalidad del documento aquí examinado, porque muestra que a pesar de haberse encontrado sometidos a las presiones y circunstancias del día del Golpe, los detectives consiguieron mantener un alto grado de objetividad científica e independencia de juicio en la realización de sus peritajes.

Creemos que existe una sola hipótesis que pudiera explicar satisfactoriamente esta interferencia castrense en el escenario de la muerte del Presidente, tal como lo hemos tratado de demostrar *in extenso* en nuestro libro. La presentaré y explicaré aquí del modo más breve posible. No cabe duda que Allende se suicidó, en esto la deducción del doctor Guijón nos parece correcta (así como la del doctor Quiroga), al interpretar el súbito y violento alzamiento del cuerpo del Presidente como el momento en que se disparaba bajo la barbilla. Lo que el médico de La Moneda no pudo ver, porque se encontraba a algunos metros de distancia del sofá color granate, entre el humo y la oscuridad reinante, fue el arma con la que aquél se habría dado muerte. Al ingresar posteriormente al interior de Salón vio el fusil AK del Presidente entre sus piernas y asumió, a nuestro juicio erróneamente, que esta era el arma suicida. Sin embargo, es perfectamente posible que Allende haya utilizado un arma corta para quitarse la vida. ¿No sería ésta la misma pistola de cuyos cartuchos se apropiaron, inexplicablemente, los soldados golpistas?

NOTAS

- (*) Publicado originalmente en forma impresa en el Número 13, noviembre, 2003, de la revista *Laberinto*, de la Universidad de Málaga, España.
- ¹ Según lo consignó la prensa de aquellos días, esta operación habría, en realidad, constado de cinco partes: 1. Exhumación y reducción de los restos del Presidente (17 de agosto); 2. Confirmación de su identidad; 3. Traslado de aquellos a Santiago; 4. Funeral Oficial; y 5. Entrega de un Acta Notarial, aquel mismo día, a la familia Allende Bussi.
- ² Véase: Revista *Análisis*, Año XIII –No. 348, Francisco Martorell, «El suicidio de Allende», pág. 32.
- ³ Posteriormente se hizo público que aquel supuesto «reconocimiento», que no demoró más que unos pocos segundos, había sido hecho por el doctor Jirón. Puede verse aquel fugaz reconocimiento en el documental «Allende, caso cerrado», que fuera proyectado el 2010, en la Televisión española, pero que, hasta donde sabemos, nunca lo ha sido en Chile.
- ⁴ Al momento de escribir este ensayo, en septiembre del 2003, desconocía yo el testimonio enteramente independiente del doctor José Quiroga, quien, en una entrevista que le hiciera mi amigo el periodista Juan Gonzalo Rocha, en marzo del 2001, en la ciudad de Santiago, declaró:

Me encontraba en el segundo piso [de la Moneda], esperando salir por Morandé 80. Y entonces veo al Presidente Allende avanzar por el pasillo. Veo que entra al Salón Independencia, solo. Yo creo que pasaron algunos segundos, cuando alguien pregunta, que está haciendo [él] ahí solo? ... Y otro, de los que estaban en la fila, abre la puerta del Salón y pudimos verlo.

... ¿Qué alcanza a ver usted?

Veo al Presidente. Está sentado. Veo su inconfundible figura en medio del humo y de los gases que invaden el recinto. Está en un sillón, de frente. Y entonces, sin que se escuche nada, porque el ruido en el exterior es tremendo, su rostro desaparece, como si se desvaneciera dentro del humo.

... ¿Cree usted que ese es el instante mismo en se suicida?

... Si, si, siempre lo he pensado así.

Véase: Juan Gonzalo Rocha, *Allende, masón. Visión de un profano*, Santiago, Editorial Sudamericana, 2000, pág. 275.

- ⁵ Véase el texto completo del documento entre las págs. 126 y 130 de: Hermes H. Benítez, *Las muertes de Salvador Allende*.

5. Allende en los libros. Vistazo a una bibliografía de tres décadas (*)

«Hoy las obras del período de la Unidad Popular se han hecho escasas».

Pierre Kalfon, 1998.

Es innegable que no ha existido un solo chileno, ya sea en los ámbitos de la literatura, el arte, la ciencia o la política que, con la excepción de Pablo Neruda, haya concitado la atención y el interés universal que despertó el presidente Allende. Esto se ha traducido en el enorme número de libros publicados a lo largo de los últimos 30 años acerca de: 1) su vida, 2) su pensamiento político, 3) su época, 4) su gobierno y el Golpe de 1973. Esto pudimos comprobarlo personalmente, en el curso de la extensa investigación que realizamos con vistas a la redacción de nuestro propio libro sobre la muerte del líder popular (1), cuya primera edición contiene al final una bibliografía de 353 títulos, en español, francés e inglés, y la segunda edición sobrepasará los 400 títulos. Siendo la más amplia existente, esta bibliografía no es, ni muchos menos, completa, pero recoge las más importantes y conocidas obras, escritas por partidarios, opositores y enemigos, y que están dedicadas, total o parcialmente, a los cinco temas arriba indicados. Es innegable que esta cantidad de títulos representa una producción inigualada de libros acerca de un personaje histórico chileno, o de un acontecimiento ocurrido en Chile, de cualquier época.

De la producción arriba referida, en nuestra mejor estimación, no más de un centenar de libros llegaron a ser conocidos en Chile en estos treinta años, y suponemos que en la mayoría de los casos solo por un número bastante limitado de lectores interesados y estudiosos. Porque aunque se trató de obras escritas en su mayoría en nuestra lengua (175 de las 353 registradas fueron publicadas en español), ellas no llegaron a circular dentro del territorio chileno, por diferentes motivos: por haber sido editadas en el extranjero durante

los años de la dictadura su ingreso al país estuvo prohibido; porque no fueron ni publicadas ni distribuidas en Chile; porque no llegaron a ser traducidas al castellano, etc. Significativamente, estos libros siguen siendo hoy prácticamente inencontrables en nuestro país, tanto en librerías de primera como de segunda mano.

Sin embargo, en aquella misma época circularon profusamente en el Chile dictatorial, y en varios otros países de Latinoamérica, una serie de escritos en los que junto con suministrar una justificación intelectual del Golpe se denigraba la obra y figura del presidente mártir. Tal es el caso de libros como *Septiembre, Martes 11. Auge y caída de Allende*, de Luis Álvarez, Francisco Castillo y Abraham Santibáñez, editado el mismo año 1973 por las misteriosas Ediciones Triunfo, las mismas que publicaron en aquel año *El último día de Allende*, de Ricardo Boizard, o *Anatomía de un fracaso. La experiencia socialista chilena*, de los conocidos periodistas Emilio Filippi y Hernán Millas, que saliera el mismo año del Golpe de las prensas de la Editorial Zig-Zag; o el libro *Operación Chile*, de Florencia Varas y José Manuel Vergara, publicado por editorial Pomaire en 1974, cuya edición en inglés bajo el título *Coup!, Allende Last Day* vio la luz al año siguiente en Norteamérica, bajo el sello de Stein and Day publishers, de New York. A esta lista habría que agregar aquella verdadera diatriba antisocialista en la que, entre otras gracias, se compara a Allende con Hitler, escrita por el alemán Lothar Bossle, cuyo título, *Allende y el socialismo europeo* (Stuttgart, 1975), sería traducida al castellano por el historiador pinochetista Ricardo Krebs, y publicada en Santiago, en 1979, por la editorial Andrés Bello.

Los primeros libros escritos fuera de Chile desde posiciones de izquierda corresponden a denuncias del Golpe militar, tales como *Chile en la hoguera*, 1973. *Crónica de la represión militar*, de Camilo Taufic, publicado originalmente en Buenos Aires, en febrero de 1974 y *Estos mataron a Allende*, de Robinson Rojas, editado en Barcelona en octubre del mismo año. Esta ampliamente difundida investigación periodística vino a publicitar y legitimar el mito de que Allende había sido asesinado por los soldados que asaltaron La Moneda, y posteriormente envuelto en la bandera chilena por miembros sobrevivientes de su escolta. La primera gran denuncia internacional de la flagrante intervención del gobierno de Nixon en nuestro país se contiene en el mundialmente conocido *Libro negro de la intervención norteamer-*

ricana en Chile, del diplomático y escritor chileno Armando Uribe (México, D.F., Siglo XXI Editores, 1974), que por fortuna fue reeditado en el 2001 por la Editorial Sudamericana de Santiago, bajo el título de *Intervención Norteamericana en Chile. Dos textos Claves*, bajo la autoría de Armando Uribe y Cristián Opasso.

Es evidente que la publicación de libros y artículos sobre Allende, su vida, su pensamiento, su gobierno y su época, ha estado sometida al influjo permanente de los acontecimientos y cambios políticos ocurridos en Chile, es decir, por la lucha contra la dictadura, la así denominada «transición», y los avatares de la «democracia tutelada» postdictatorial. Por cierto, durante los 17 años de dictadura militar la figura y legado de Allende fueron simultáneamente silenciadas, reprimidas y distorsionadas al interior del país, incluso en los textos escolares de Historia, mientras en el mundo la imagen de Allende se agigantaba y se convertía para miles de exiliados en la principal bandera de lucha en contra de la tiranía pinochetista. De allí que la mayoría de los escritos publicados especialmente a comienzos de este período hayan tenido un carácter e intención centralmente denunciatoria, tal como se refleja, por ejemplo, en los títulos de dos de los siguientes libros editados, evidentemente, en el exterior: *Chile: Una traición al futuro*, de León Roberto García (México D.F., Editorial Epoca, 1973); y *Chile: Una tragedia Americana*, de Rogelio García Lupo (Buenos Aires, Editorial Crisis, 1974.)

En una segunda etapa, las denuncias del golpe y la dictadura, así como las apologías del Gobierno de Allende, fueron siendo progresivamente reemplazadas por reflexivos análisis del carácter y las debilidades de la estrategia de la Unidad Popular y del proceso de construcción socialista en Chile. Entre los que con el tiempo llegaron a ser más conocidos se destacan los libros de quien fuera asesor político del Presidente mártir, el español Joan Garcés. En primer lugar, *El Estado y los problemas tácticos en el gobierno de Allende*, publicado originalmente en 1974 por la conocida editorial Siglo XXI de España; y en seguida, *Allende y la experiencia chilena. Las armas de la política*, publicado en 1976, simultáneamente en España, Francia, Italia y Japón.

En una tónica semejante, se destaca el libro de Carlos Altamirano –Secretario General del Partido Socialista chileno– con el título *Dialéctica de una derrota*, editado en Ciudad de México en 1978 por

la editorial Siglo XXI, la misma que al año siguiente diera a conocer el estudio de Sergio Bitar, ex ministro de Minería del presidente Allende, titulado: *Transición, socialismo y democracia. La experiencia chilena*.

Aunque escritos desde una perspectiva centralmente crítica, debemos mencionar también aquí los libros de Susana Bruna, *Chile: La legalidad vencida*, y *La revolución desarmada. Chile 1970-1973*, de Gabriel Smirnow, ambos publicados por editorial ERA, de México, en 1976 y 1977, respectivamente.

En 1988, bajo el sello editorial del CESOC (Centro de Estudios Sociales), vio la luz en Santiago el libro del periodista Ignacio González Camus titulado *El día en que murió Allende*, que relata los últimos momentos de Allende y la serie de hechos que condujeron al golpe de 1973. Este libro, que se presenta como una investigación periodística y que encontró una considerable acogida entre el público lector chileno, no contiene, por desgracia, ninguna referencia a sus fuentes orales o escritas, lo que lo hace poco confiable desde el punto de vista histórico, a pesar de sus manifiestos méritos.

En años posteriores fueron apareciendo libros testimoniales y memorias del período, escritas por personas que guardaron, por muchos años, estrechos vínculos políticos y de amistad con el Presidente. Entre ellos se cuentan dos de los libros más leídos y comercialmente exitosos, con tirajes de muchos miles de ejemplares. El primero de ellos, escrito por Osvaldo Puccio Giessen y titulado *Un cuarto de siglo con Allende. Recuerdos de su secretario privado* (Editorial Emisión, 1987), contiene interesante información sobre la vida privada y dilatada actividad política del Presidente. En segundo término, se encuentra el idiosincrásico libro de Carlos Jonquera, quien fuera Secretario de Prensa de La Moneda, titulado *El Chicho Allende*, publicado en 1990 por las Ediciones BAT, de Santiago de Chile. En este libro testimonial salido de la pluma de un fiel amigo y colaborador de Allende, se revelan algunos aspectos desconocidos de su vida y personalidad, así como de su combate final en La Moneda. En una línea algo semejante se encuentra el menos conocido pero igualmente valioso librito testimonial de Jaime Suárez, Ministro Secretario General del Gobierno popular, titulado *Allende: Visión de un militante*, publicado en 1992 por Editorial Jurídica Conosur, de Santiago. A los anteriores habría que agregar el libro del cardiólogo del Presidente, el doctor Oscar Soto, titulado *El último día de Salvador Allende*, publicado en 1998

por editorial Aguilar, en el que se dan a conocer importantes testimonios de los médicos que acompañaron a Allende hasta el final en el palacio de gobierno, así como sobre las circunstancias de su muerte y sus últimos momentos.

Curiosamente, en aquel mismo año, al publicarse en forma de libro sus iluminadoras crónicas acerca de los hechos que condujeron primero a la crisis, y finalmente al quiebre de la vieja democracia chilena, que habían aparecido originalmente en las páginas del periódico francés «*Le Monde*», el periodista Pierre Kalfon se quejaba de que «hoy las obras del período de la Unidad Popular se han hecho escasas» (2). Pero, al parecer, esto no era más que un eclipse momentáneo de la publicación de obras sobre la experiencia socialista chilena, porque en ese mismo año se produciría una verdadera explosión de escritos sobre Allende y su gobierno. Así, en 1998, aparecerá en España el bellissimo libro, acompañado de excelentes fotografías, de la escritora chilena Alejandra Rojas, titulado *Salvador Allende, una época en blanco y negro*, publicado conjuntamente por editorial Aguilar y el periódico *El País*, ambos de Madrid. También en aquel año, las casas Planeta/Ariel publicarán en Santiago el libro de Alfredo Jocelyn-Holt, bajo el título de *El Chile perplejo. Del avanzar sin transar al transar sin parar*, en el que el historiador liberal interpreta la época de la Unidad Popular y la contrapone con la del período dictatorial y post dictatorial; por su parte la editorial LOM editaba casi simultáneamente las originales e iluminadoras reflexiones de Tomás Moulian, aparecidas bajo el título *Conversación interrumpida con Allende*.

Sin duda que uno de los libros más difundidos del año 98, y con múltiples ediciones, fue *Interferencia Secreta*, en el que la premiada periodista Patricia Verdugo reproduce, contextualiza y comenta las reveladoras transmisiones radiales intercambiadas por los principales cabecillas del golpe militar contra Allende, que al ser interceptadas y grabadas secretamente por radioaficionados de izquierda (3) pudieron ser dadas al conocimiento público veinticinco años después de ocurridos aquellos hechos.

Por su parte Demens & Sapiens publicaba en Santiago ese mismo año las reflexiones político-personales de Miguel Orellana Benado, tituladas *Allende. Alma en pena*, mientras el ex embajador de México en Chile, Gonzalo Martínez Corbalá, nos entregaba, conjunta-

mente, el relato de sus experiencias así como sus análisis de los años más críticos del Gobierno Popular, en su libro *Instantes de decisión. Chile 1972-1973*, publicado por la editorial mejicana Grijalbo. A estos escritos se sumarán los importantes estudios del historiador y académico Luis Corvalán Marquéz, titulados *Los partidos políticos y el golpe del 11 de septiembre en Chile* (Santiago, CESOC, Ediciones ChileAmérica, 2001) y *Del anticapitalismo al neoliberalismo en Chile* (Santiago, Editorial Sudamericana, 2001).

Entre otros de los títulos aparecidos en aquellos años se encuentran los libros de Paul W. Drake, sobre *Socialismo y populismo en Chile, 1936-1970*, que fuera publicado en 1992 por Universidad Católica de Valparaíso, y la republicación, por ediciones BAT, de Santiago, del importantísimo ensayo de Joan Garcés titulado *Allende y la experiencia chilena*, editado por primera vez en 1976 en la Ciudad de México.

Entre los años 1988 y 1992 se dieron a conocer en Chile dos buenas antologías de los escritos, documentos y discursos del líder popular: la primera, en dos tomos, a cargo del historiador Patricio Quiroga Zamora, bajo el título *Salvador Allende Gossens, Obras Escogidas*, cuyo primer tomo abarca los años 1933 a 1948, mientras que el segundo cubre entre los años 1970 a 1973. El primer volumen de esta antología fue publicado por Ediciones LAR, de Santiago, mientras que el segundo lo fue por Ediciones Grijalbo de Barcelona. La segunda antología, aparecida a la luz pública bajo el título *Obras escogidas de Salvador Allende. 1939-1973*, fue compilada por Gonzalo Martner y editada en 1992 por el Centro de Estudios Políticos Latinoamericanos Simón Bolívar y la Fundación Presidente Allende de España. Estas útiles ediciones vinieron a ser complementadas, a partir de 1990, por la publicación, por la Universidad Autónoma de Chapingo, México, del monumental *Archivo Salvador Allende*, en 20 volúmenes, bajo la dirección del historiador chileno Alejandro Witker.

En el 2001 aparecen en Santiago dos libros en los que, entre otras materias, se investiga y documenta el destino de los «prisioneros de La Moneda», nos referimos a *Compañeros. El GAP. La escolta de Allende*, de Patricio Quiroga Z., que fuera editado por Aguilar Chilena; y la acuciosa investigación a cargo de la doctora Paz Rojas, Viviana Uribe, María Eugenia Rojas, Iris Largo, Isabel Ropert y Víc-

tor Espinoza, titulada *Páginas en blanco. El 11 de Septiembre en La Moneda*, editada en Santiago por Ediciones B, Grupo Z.

Una de las obras más novedosas sobre el Presidente, aparecidas más recientemente, es el libro de Juan Gonzalo Rocha, titulado *Allende. Masón. Visión de un profano*, editado en el 2000 bajo el sello de la Editorial Sudamericana chilena, del que ya ha sido publicada en Bruselas, Bélgica, el 2003, una bella y bien traducida edición en lengua francesa. En este bien investigado y documentado trabajo, su autor logra sacar a la luz aspectos casi desconocidos de la vida masónica de Allende, al tiempo que busca dilucidar las relaciones que en su pensamiento habrían guardado sus ideas políticas socialistas y marxistas con sus convicciones masónicas.

Queremos manifestar aquí que nos ha parecido francamente decepcionante constatar el limitado número de obras nuevas sobre Allende, su vida, su carrera política, y el período de la Unidad Popular, que se publicaron durante el 2003, esto es, al conmemorarse los treinta años del derrocamiento del Gobierno Popular. Hasta donde sabemos, solo se editaron en este año cuatro libros dignos de mención. En primer término, el documentado estudio biográfico de la profesora Diana Veneros, titulado *Allende. Un ensayo psicobiográfico*, hasta la fecha la única gran biografía del presidente mártir, pues la primera biografía de Allende en cualquier lengua, el *Salvador Allende*, del historiador soviético Iosif Lavreski (Moscú, Editorial Progreso, 1978), si bien tiene sus méritos, no supera el nivel de una biografía elemental. En segundo lugar se halla el «best seller» de Patricia Verdugo, titulado *Allende. Cómo la Casa Blanca provocó su muerte*, editado por Catalonia, en el que la conocida periodista y escritora explica con gran claridad las acciones del gobierno de Richard Nixon en contra del Gobierno Popular. En tercer lugar tenemos el libro de Luis Corvalán Lépéz, titulado *El gobierno de Salvador Allende* (LOM Ediciones, Santiago, 2003), donde el ex Secretario General del Partido Comunista chileno nos presenta su testimonio y evaluación del proceso chileno, desde su posición de participante y observador privilegiado. Por último, el libro de Tito Drago *Allende. Un mundo posible*, publicado por RIL Editores, que además de otras debilidades, contiene algunos errores históricos de monta. Por ejemplo, la afirmación de que Allende habría sido miembro de la *Logia*

Lautarina, fundada y activa durante los años de la Independencia latinoamericana, es decir, durante las primeras décadas del siglo XIX.

Sorprendentemente, apenas un total de cuatro libros fueron publicados por las diferentes editoriales chilenas, en los momentos en que se cumplía el trigésimo aniversario del Golpe de 1973, mientras se realizaban en el país un gran número de actos recordatorios, seminarios, y conferencias, sobre Allende y la Unidad Popular. Esta relativa pobreza bibliográfica pudiera ser explicada a partir de de la estrechez de la producción local de libros tanto acerca del tema que nos ocupa, como de otros temas socio-políticos e históricos, pero su origen último pudiera encontrarse, tal vez, en el aparente distanciamiento de la cultura política chilena del legado y los valores izquierdistas que el Presidente Allende supo encarnar como nadie.

Por su parte, y al parecer en compensación por la falta de nuevos estudios sobre Allende y la experiencia socialista chilena, el CESOC reeditó en el 2003, con un epílogo de Julio Silva Solar, el libro del periodista Camilo Taufic titulado *Chile en la Hoguera, 1973*, referido más arriba. Este continúa siendo un importante documento de denuncia, pues fue el primer intento de parte de un periodista chileno, de articular un reportaje en gran escala del Golpe de 1973 y de sus consecuencias, pero para el lector actual se hará manifiesto que treinta años no han pasado en vano.

Queremos dejar constancia, finalmente, que dentro de la amplia producción bibliográfica de las tres décadas aquí examinadas, se detecta una omisión verdaderamente imperdonable: aparte del libro *Estos mataron a Allende* (1974), del periodista Robinson Rojas –carente de toda credibilidad y seriedad científica–, existen muy pocos libros dedicado por entero a la cuestión de la muerte del Presidente. Esto es por completo injustificable, si se considera que, según revelan encuestas relativamente recientes, casi la mitad de los chilenos mantiene profundas dudas acerca de la manera en que habría acontecido su muerte, aquella trágica tarde del 11 de septiembre de 1973. Curiosamente, el único, aparte del doctor Soto, que ha considerado este hecho digno de una investigación seria, no ha sido un autor chileno, sino Nathaniel Davis, el embajador norteamericano en Chile durante los años 1972-1973, quien, en el Capítulo 11 de su libro *The Last Two Days of Salvador Allende* (Ithaca, Cornell University Press, 1985) –publicado al año siguiente en su versión castellana por Plaza y Janés,

de Barcelona—, intenta determinar si el Presidente fue asesinado o si se habría suicidado.

Por desgracia el esfuerzo de Davis fue obstaculizado entonces por el hecho de no haber tenido acceso a importantes documentos oficiales y testimonios, que solo vinieron a aparecer en años recientes como anexos a la que constituye sin duda una de las más brillantes expresiones del periodismo informativo nacional, el masivo libro *La Conjura. Los mil y un días del Golpe*, de la periodista chilena Mónica González, publicado por Ediciones B/Grupo Z, el año 2000. En esta obra se le sigue la pista a los planes intervencionistas de Richard Nixon y sus aliados civiles y militares chilenos, los que fueron concebidos, financiados y puestos en acción, incluso desde antes de que Allende fuera elegido Presidente. Solo esperamos que nuestro propio libro, una vez publicado, pueda contribuir a llenar, siquiera parcialmente, el vacío que existe hasta hoy en la extensa y siempre creciente bibliografía sobre Allende, en lo referente a libros dedicados por entero al esclarecimiento de las verdaderas circunstancias de su muerte.

NOTAS

- (*) Publicado por primera vez, en forma impresa, en el número 14, mayo, 2004, de la revista *Laberinto*, de la Universidad de Málaga, España.
- ¹ El libro *Las muertes de Salvador Allende* fue publicado finalmente por RIL Editores, de Santiago, y su lanzamiento se realizó el día 4 de septiembre del 2006 en el Museo Nacional Benjamín Vicuña Mackenna.
 - ² Pierre Kalfon, *Allende. Chile: 1970-1973, Chronique*, Biarritz, Atlantica, 1998, pág. 14. Hay edición castellana, de la Editorial Foca, de Madrid, 1999.
 - ³ Posteriormente se ha llegado a saber que quienes interceptaron las transmisiones radiales de los golpistas aquel día no habrían sido simples radioaficionados chilenos, sino miembros de los servicios de inteligencia cubanos. Véase, Mario Casasús, «Los servicios de inteligencia cubana grabaron la conversación entre Pinochet y Carvajal durante el asalto a La Moneda». Entrevista a Guillermo Ravest, *La Jornada/El Clarín*, 21 de febrero de 2007.

6. Salvador Allende nació hace 98 años (*)

«Los hombres y países sin memoria, de nada sirven, porque ellos no saben rendir culto a los hechos del pasado que tiene trascendencia y significación; por eso son incapaces de combatir, y de crear nada grande para el futuro».

Salvador Allende (1938)

Cada año, al celebrarse aquí en Canadá, donde resido, el 11 de noviembre, lo que en inglés se denomina *Remembrance Day*, es decir, el Día de la Recordación, pueden verse desfilar orgullosos, con sus características chaquetas azules, cubiertas en sus pecheras por decenas de medallas multicolores, a los antiguos combatientes de la Segunda Guerra Mundial y de otras guerras en las que este país se ha visto involucrado desde 1914. Y cada vez que los veo, me conmueven las lágrimas de estos viejos soldados canadienses al recordar a sus camaradas muertos en lejanas batallas. Lejanas tanto en el tiempo como en el espacio, porque casi todos ellos perdieron violentamente sus vidas cuando eran adolescentes, ya sea en Flanders (Bélgica), en Normandía (Francia), en Holanda, en Italia o en África.

Es manifiesto que para estos curtidos y heroicos hombres el pasado no ha muerto, sino que sigue vivo y presente. Pues basta el estímulo de algunos sonos marciales, para que los sentimientos y recuerdos dormidos, a veces por más de seis décadas, vuelvan a irrumpir en sus memorias casi con la misma fuerza de aquellas terribles experiencias originales de la juventud.

Presenciar estos solemnes actos recordatorios siempre me hace pensar en la historia reciente de Chile, en la actitud «oficial» ante la época de la Unidad Popular y el legado y figura de Allende, tan lamentablemente expresado por la candidata concertacionista en la última campaña presidencial. Porque es innegable que a pesar de años de «olvido programado», de la invocación constante a «dejar atrás el pasado», a «dar vuelta la página» de uno de los capítulos

más brillantes pero también más sombríos de nuestra historia, por debajo de la superficie de los hechos y de las mundanas preocupaciones colectivas actuales, puede percibirse la presencia velada o semioculta de las tareas, los logros y el legado de la época de Allende. Porque, curiosamente, Allende no ha dejado de estar presente, de una manera u otra, en ninguno de los conflictos políticos de los últimos 33 años. En tal sentido, se confirma aquí, también, que el pasado reciente de Chile no está muerto, ni olvidado, como lo desean y pregonan algunos, sino, por el contrario, vivo y presente.

La fecha de hoy, 26 de junio, se encargará de traer una vez más a la conciencia de su pueblo la figura señera del Presidente Allende, pues hoy se cumplen 98 años de su nacimiento. Es significativo que, incluso, a quienes vivimos los mejores años de nuestra juventud bajo el gobierno de la Unidad Popular, nos parezca increíble que nos encontremos a escasos dos años de que se cumpla el primer centenario del natalicio de Allende. Por cierto, ya se cumplieron los 100 años del nacimiento de Pablo Neruda, quien era cuatro años mayor que el Presidente, y por lo tanto, debe tocarle su turno a este último, por una simple cuestión de aritmética.

Pero nuestra percepción de casi un siglo de historia nacional, y de la vida y luchas de varias generaciones, no se ajusta tan fácilmente a los simples cálculos numéricos. Quizás sea más fácil comprender lo que todo este largo tiempo significó en realidad, si dividimos estos 100 años en porciones más concretas y manejables puestas en orden histórico inverso.

Así, constatamos que han transcurrido 33 años desde que Allende muriera en La Moneda, a los 65 años de edad; 36 años desde que fuera elegido Presidente; 42 años desde su tercer intento presidencial; 48 años desde su segunda campaña presidencial; 54 años desde su primera campaña, lanzada cuando Allende tenía 44 años de edad; 68 años desde que triunfara el Frente Popular con el Presidente Pedro Aguirre Cerda, cuyo Ministro de Salud, como todo el mundo sabe, fue Salvador Allende, quien tenía entonces solo 30 años de edad; han pasado 73 años desde que se fundara el Partido Socialista y Allende se titulara de Médico en la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile, a los 25 años de edad; y 74 años desde que se declarara la República Socialista.

Noventa y ocho años parecen mucho tiempo para la limitada duración de las vidas humanas, pero para mi generación, Allende

fue, por cierto, un contemporáneo, y curiosamente, en más de algún sentido, aún lo sigue siendo 33 años después de su muerte. Y lo es, no solo porque tuvimos la fortuna de vivir bajo su gobierno de luchas y esperanzas, y de participar activamente por lo menos en tres de sus campañas presidenciales, sino porque crecimos, estudiamos y trabajamos en un Chile que sin Allende hubiera tenido una fisonomía completamente diferente.

Pero Allende ocupa un espacio tan amplio en nuestra historia que incluso la generación de nuestros padres ya fue afectada por su obra de ministro, parlamentario y senador, y lo conoció, y reconoció, como uno de los más importantes líderes de la izquierda chilena. Tanto es así, que todavía viven muchos de los que en 1938 votaron por el candidato del Frente Popular, e incluso salieron en defensa de su gobierno ante el intento de golpe militar del año siguiente. Tal como me lo confirmara recientemente mi padre, en una conversación telefónica, cuando me contara que en 1939, siendo él un joven de 18 años, al producirse el «Ariostazo», salió a la calle, junto a varios miles de compatriotas que entonces se congregaron frente a La Moneda, con el fin de defender el gobierno de don Pedro Aguirre Cerda. Esto ocurrió nada menos que hace 67 años, es decir, cuando Allende era un joven Ministro de Salud de solo 31 años. Fue entonces y allí mismo en La Moneda donde él vio al presidente radical defender con «serena dignidad» el mandato que el pueblo le había entregado; tal como él mismo lo haría, con casco y fusil ametralladora en mano, 34 años después.

Muchas son las tareas que a la muerte de Allende quedaron pendientes, mientras que otros de sus mayores logros fueron simplemente revertidos, como ocurrió con la nacionalización del cobre. Posteriormente al Golpe, el pinochetismo, civil y uniformado, se abocaron a la maquiavélica tarea de «refundar» nuestro país sobre bases neoliberales. Es decir, a transformar la constitución, el estado, la economía y la sociedad chilena de modo que ya nunca más fueran posibles intentos de transformación socialista como el que trató de implementar el presidente Allende bajo el gobierno popular; al tiempo que saqueaban y desnacionalizaban el país. Hoy ya no están en el poder, y sin embargo gran parte de la obra de la dictadura se mantiene intacta y vigente. Como es evidente, la Concertación no tiene ni el interés, ni la voluntad política de dismantelar y destruir

esta nefasta herencia, pues solo quiere corregir sus excesos. Pero que nadie se engañe pensando que esta situación pudiera mantenerse indefinidamente, porque las nuevas generaciones están dando ya sus primeras muestras de que no están dispuestas a dejarse engañar en este astuto juego de la elites políticas dominantes. Y al hacerlo, no solo invocan la figura y el ejemplo de Allende, sino que por medio de su acción le rinden el más grande de los homenajes.

(*) Publicado el 26 de junio de 2006 en *Le Monde.fr* / Blog abonné.

7. La verdadera muerte de Allende. Respuesta a Camilo Taufic (*)

ESTIMADO CAMILO:

Hubiera querido escribir una respuesta inmediata a tu extenso artículo titulado «Todas las muertes del presidente Allende», publicado con profusión de fotografías en la sección «Temas del Domingo», del diario *La Nación* de Santiago, correspondiente a la semana del 10 al 16 de septiembre del año en curso; pero en ese momento me encontraba de viaje en Chile, lejos de mi familiar computador y mi bien dotada biblioteca personal edmontoniana. Hoy, ya de vuelta en Canadá, procedo a contestarte.

Por cierto, no me siento en absoluto «propietario» del tema de tu artículo, pero creo que el hecho de haber escrito y publicado, un libro enteramente dedicado a la muerte de Allende, y a cuyo lanzamiento te refieres al pasar, me da alguna autoridad para manifestar públicamente mi opinión discrepante de tu interpretación, en lo que ella se refiere a los principales hechos y circunstancias de este tan litigioso como fascinante capítulo de nuestra traumática historia reciente.

TU INTERPRETACIÓN:

No reseñaré la totalidad de tu artículo, sino que, a continuación, me limitaré a resumir y a examinar críticamente aquellos que me parecen ser los aspectos centrales de la argumentación allí presentada.

1. Introduces la temática mediante una descripción de los aspectos principales de lo que constituye la así denominada «versión oficial», de la muerte de Allende, que me parece fidedigna, más allá de algunos detalles menores. Por lo menos hasta donde haces referencia a su entierro secreto en el Cementerio Santa Inés de Viña del Mar, el día 12 de septiembre de 1973. Pero a partir de allí, siguiendo a Robinson Rojas (1), tomas el camino equivocado, al intentar interpretar

la cuestión de la renuncia del general de Carabineros, Ernesto Baeza, como probatorio de que el suicidio de Allende no habría sido más que un montaje (2). Lo que parece no comprender es que al tomar dicho camino prejuizas cuál será el resultado final de tus búsquedas. Otros, antes que tú, han tratado de hacer sentido de este confuso y oscuro incidente, como es el caso del ex embajador norteamericano en Chile Nathaniel Davis, en el importante capítulo 11 de su libro sobre Chile bajo Allende, pero él ha sido muchísimo más cauteloso que tú, a la hora de extraer sus conclusiones finales. Más abajo me referiré nuevamente a esto, en otro contexto.

2. A continuación describes las circunstancias que condujeron a la realización del peritaje de los restos del Presidente en el Salón Independencia. Te refieres, correctamente, al hecho de que aquella tarde se produjo un relevo del personal de la Brigada de Homicidios, inicialmente a cargo de las diligencias, por parte de efectivos de la Policía Técnica de Investigaciones, tal como yo lo planteo en mi libro, pero extraes conclusiones incorrectas de ello, cuando afirmas que estos últimos habrían firmado «... un acta de análisis de las muestras halladas, de una carilla», agregando, –sin reconocer su autoría– el informe truncado de la BH [Brigada de Homicidios] (otras tres carillas, que aparecen con diferente numeración, y las iniciales de otro mecanógrafo, en la reproducción de todo el documento). El acta fue publicada el año 2000 por Mónica González, en su libro *La Conjura: los mil y un días del Golpe*.

Te confieso que tuve que echar mano de mi propio ejemplar del libro de Mónica González, porque me asaltó la duda de si acaso te referías al mismo documento reproducido fotostáticamente allí, o a otro diferente. Porque si examinas con cierto cuidado y detenimiento el texto del documento titulado «Acta de Análisis», que aparece entre las páginas 495 y 598 del referido libro, verás que no fue compuesto como tú afirmas (a partir de un errónea interpretación de su apariencia) mediante la simple sustitución de su primera página. Que esto es así es confirmado por el hecho de que en aquella página se encuentran ya indicados los nombres de los mismos cuatro peritos que firman al final, es decir, Jorge Quiroga Mardones, Carlos Davidson Letelier, Jorge Almazabal Mardones y Luis Raúl Cavada Eble. Ninguno de

los cuales eran miembros de la Brigada de Homicidios, sino de la Policía Técnica.

En el capítulo sexto de mi libro, conjeturo que la participación de los diferentes grupos de la Policía Civil en el peritaje realizado en el Salón Independencia, pudo haber sido motivada por las desconfianza de los golpistas hacia el personal de la BH, al que consideraban como proclive al Presidente y a La Unidad Popular, y por el hecho de que el solo nombre de este organismo policial podría ser interpretado, dentro y fuera de Chile, como un reconocimiento tácito de que Allende había sido asesinado por los soldados que sitiaron y asaltaron La Moneda. Pero lo central aquí es que el relevo de la BH por la Policía Técnica de Investigaciones en los peritajes realizados en la oficina de Allende, quedó registrado en el documento bajo examen, donde se menciona al Inspector Pedro Espinoza de la BH y se alude colectivamente al resto de los detectives bajo su mando, como a «los peritos informantes». Es decir, allí donde tú ves los vestigios documentales de un montaje del suicidio del Presidente por parte de los golpistas, yo veo las manifestaciones de un cambio en la repartición a cargo de los peritajes; y a partir de una lectura cuidadosa del texto del «Acta de Análisis», identifico la verdadera falsificación a la que fue sometido, no este documento, sino el escenario de la muerte del Presidente, según explicaré más abajo.

Por cierto que todas las consideraciones acerca del supuesto carácter truncado, o falsificado, del referido documento forense, tienen como propósito deslegitimar y rechazar las observaciones, conclusiones y autoridad última de este, sin haberse dado el trabajo de examinar una sola línea de su texto, procedimiento muy poco recomendable para un investigador serio.

3. Una vez descartada sumariamente la veracidad del Acta de Análisis, vuelves a retomar la cuestión de la renuncia de general Baeza, que como se ve constituiría el hecho central a partir del cual crees poder resolver al enigma de la muerte del Presidente. La supuesta renuncia de Baeza probaría, de acuerdo con tu interpretación, que los golpistas habrían hecho un montaje del suicidio de Allende, lo que, por cierto, no es otra cosa que la vieja e indemostrada tesis de Robinson Rojas, bajo un nuevo ropaje. Los dudosos y hoy añejos testimonios de Propper, David o Scherrer, no consiguen, sin

embargo, darle mayor credibilidad a esta tesis, de allí que procedas a examinar, a continuación, ciertas declaraciones del general Baeza en la que se describe la posición en que fue encontrado el cuerpo del Presidente, las que comparas con una foto de Allende muerto (la No. 1415/73-W), que, se nos dice, sin hacer referencia a su ubicación exacta, podría encontrarse hoy en Internet «sin indicación de de su procedencia y de autor anónimo». A tu juicio aquella fotografía mostraría la verdadera posición en que Allende fue encontrado muerto. En dicha foto no aparecería sentado, como lo afirma Baeza, sino más bien tendido sobre un sofá. Acerca de esto conjeturas que tal posición sería indicativa de que el Presidente fue arrastrado hasta el Salón Independencia, «cargado sobre una frazada doblada puesta bajo su espalda». Si te entiendo correctamente, al mencionar estos detalles lo que tratas de conseguir es darle plausibilidad a otra de las viejas tesis de Robinson Rojas, a saber, de que luego de haber sido muerto Allende habría sido sacado del lugar de su efectivo deceso y trasladado al Salón Independencia, donde se procedió a simular su suicidio.

4. En seguida sorprendes a tus lectores con una extraordinaria afirmación: tu supuesto descubrimiento de que el rifle AK del Presidente, contrariamente a lo que ha declarado el ubicuo general Baeza y otros testigos, «no tenía culata de madera» y por lo tanto si es que se ha afirmado que sobre ella se encontraba adosada la placa con la inscripción de Fidel Castro, el arma que se dice fue encontrada en La Moneda no podría ser aquella que le obsequió el líder cubano» (3). Curioso razonamiento que se refuta en un segundo con solo examinar la foto de Eduardo Paredes disparando en El Cañaveral, con el rifle AK del Presidente, mientras es observado por este, y al pie de la cual aparece dicha arma, con una burbuja de aumento, que muestra claramente como la placa con aquella inscripción no se encontraba fijada en su culata, sino en su empuñadura. Por si quieres verla, esta foto fue reproducida en las páginas finales, no foliadas, del libro de Mónica González, tantas veces citado.

De aquella falsa consideración extraes la siguiente conclusión:

«Aparentemente, del fusil ametralladora dedicado por Fidel Castro no salió ningún tiro el 11 de septiembre, ni el arma estuvo en La Moneda, al menos mientras Allende vivió. Desapareció el mismo día, y nunca más se la ha vuelto a ver, aparentemente destruida –junto a todas las otras pruebas físicas de las armas y proyectiles que pudieron intervenir en la muerte de Allende– por orden del general Javier Palacios, siguiendo instrucciones de la Junta Militar».

En prueba de que el arma de Allende nunca llegó a La Moneda, traes a cuento un extraordinario y nunca antes conocido testimonio según el cual «la metralleta obsequiada por Fidel Castro a Salvador», le habría confirmado Garcés a su amigo Víctor Pey (el dueño de *El Clarín*) «nunca salió de El Cañaveral, siempre estuvo allí, expuesta en una pared del living». Y en seguida agregas un nuevo dato: «la noche del 10 a 11 de septiembre, tanto Garcés como el periodista Augusto Olivares pernoctaron en Tomás Moro (la casa presidencial). En la madrugada (4) se trasladaron a La Moneda, tras los autos que llevaban al Presidente y su escolta, armados cada uno de sus integrantes con fusiles ametralladoras AKS. Estos eran 20 o 30, según distintas fuentes, pero el arma obsequiada por Fidel Castro seguía en El Cañaveral».

Y a continuación concluyes:

«Así, en el mejor de los casos, la metralleta de Fidel quedó secuestrada en la Intendencia, aunque lo más probable es que nunca haya salido del Cañaveral, como sostiene Joan Garcés. Pero desde la Intendencia o desde El Cañaveral pudo ser fácilmente trasladado ese AK a La Moneda, una vez concluida la batalla, disparar dos balazos en la muralla, atravesando el gobelino, e inventar la fábula del suicidio de Allende con el obsequio de Fidel que propagandísticamente asociaba –y en forma subliminal– el final de la vía pacífica con el castrismo».

Hasta aquí las citas de tu artículo.

MIS RESPUESTAS:

Supongamos ahora, con fines argumentales, que la interpretación que tú haces de la totalidad de los hechos y testimonios antes referidos sea la correcta. Es decir: a) la renuncia o supuesta renuncia del general Baeza el día 12 de septiembre hubiera estado motivada por su molestia ante los intentos del Servicio de Inteligencia Militar de hacer un montaje del suicidio de Allende en el Salón Independencia; b) el reemplazo de los peritos de la Brigada de Homicidios por personal de la Policía Técnica de Investigaciones, así como la (también supuesta) interferencia y adulteración del «Informe de Análisis», fueran indicativas de que habría existido tal montaje; c) el cuerpo del Presidente no fue encontrado en posición sentada, sino que su verdadera posición habría sido la de tendido sobre aquel famoso sofá color granate de la oficina presidencial; d) el fusil AK de Allende no hubiera salido nunca del Cañaveral, y por lo tanto no habría podido ser usado por este para darse muerte en La Moneda, como tú lo indicas, sino que fue llevado allí por los golpistas posteriormente a su supuesto asesinato, con el fin de simular su suicidio.

Suponiendo que todo aquello fuera verdadero, ¿cuáles serían las conclusiones que tendrían que extraerse de ello? En primer lugar, que la totalidad de las declaraciones y testimonios del doctor Guijón, el testigo clave del suicidio del Presidente, así como las declaraciones del resto de los sobrevivientes del combate de La Moneda serían absolutamente falsas. Esto es, las declaraciones y testimonios de La Payita –la primera en hacer pública su creencia en el suicidio–, del doctor Arturo Jirón, Enrique Huerta, Arsenio Pupín, el doctor Oscar Soto, Enrique Luis Pulido, Patricio Arrollo, Víctor Oñate y de los doctores Alejandro Cuevas y José Quiroga. Además, serían igualmente falsas las declaraciones entregadas en una entrevista que a este último le hizo en el año 2000 el periodista Juan Gonzalo Rocha, y, más recientemente, aquellas que hizo en su casa de Los Angeles, California, el 31 de diciembre de 2002, y que fueron publicadas en el diario *La Nación*, de Santiago, en las que el médico confirma la veracidad de las afirmaciones del doctor Guijón respecto al suicidio de Allende, al tiempo que hace su tardía *mea culpa* por no haberlo respaldado públicamente cuando su testimonio fue impugnado por los partidarios de la tesis del asesinato del Presidente.

Es difícil creer que ni uno solo de los referidos testigos –todos valientes y leales partidarios de Allende– nunca hubiera revelado la

verdad sobre su muerte. Es imposible aceptar que ellos pudieran haberse puesto de acuerdo, en lo que hubiera sido una verdadera conspiración para mentir, de manera tan craza y prolongada, acerca de un hecho de tanta importancia humana, política e histórica para Chile. En realidad fue el propio doctor Quiroga quien ha revelado que tal conspiración nunca existió, sino que después del Golpe los que acompañaron al Presidente hasta el final decidieron, independientemente uno del otro, guardar silencio sobre las verdaderas circunstancias de su muerte. Es igualmente imposible creer que en más de 30 años, y cuatro gobiernos de la Concertación, ninguno de los testigos aquí nombrados haya revelado la supuesta verdad del asesinato del Presidente.

¿Qué significaría, por otra parte, que el fusil AK no hubiera sido empleado por Allende en la defensa de La Moneda, ni tampoco utilizado como arma suicida? ¿Significaría, como tú crees, Camilo, que esta arma fue introducida por los milicos en el escenario de la muerte con el fin de hacer un montaje del suicidio de Allende, luego que fuera asesinado? Lo dudamos mucho.

En realidad, creo que aquí viene a manifestarse en su verdadera dimensión lo débil e insostenible del relato de Robinson Rojas, que tú tomas como punto de partida de la manera más acrítica. Porque no necesitamos recurrir a la explicación de un montaje del suicidio para poder explicarnos cada una de las oscuridades e incertidumbres que rodean el uso, y el paradero, del fusil de asalto del Presidente. Así como aquellas que se refieren a la curiosa renuncia del general Baeza. En cuanto al fusil AK obsequiado a Allende por Fidel Castro, por ahora, te diré que mientras no tenga yo una confirmación independiente del propio Joan Garcés, suspenderé mi juicio acerca de lo que afirmas, en el sentido de que aquella arma habría sido dejada en El Cañaveral el día del Golpe. Aunque parece inconcebible que el Presidente, o algún miembro de su escolta, no hubieran tratado de llevar aquel excelente fusil a La Moneda, dada la limitación del armamento con que contaban sus pocos defensores. Por cierto, siempre se podrá echar mano a alguna explicación alternativa *ad hoc*, por ejemplo, que el fusil AK de Allende pudo haber sido transportado por aquellos GAP (Grupo de Amigos Personales) que, junto con Enrique Roppert Contreras, el hijo de la Payita, fueron detenidos por carabineros antes de poder ingresar a La Moneda.

Creemos que toda la supuesta información y elementos de juicio que das a conocer en tu artículo, pueden ser fácilmente explicados por medio de la hipótesis que presento y argumento en mi libro, donde sostengo que el Presidente, aunque se quitó la vida, como lo afirman la totalidad de los sobrevivientes del combate de La Moneda, no lo hizo con su fusil AK, sino con un arma corta que debió haberse encontrado a su alcance aquella tarde (5). La interferencia y adulteración del escenario de la muerte por obra del general Palacios y los hombres bajo su mando, que quedó registrada en el propio informe de los peritajes realizado en el Salón Independencia, habría tenido por objeto ocultar aquella arma corta y convencer al mundo que Allende se había dado muerte con el fusil que le obsequiara Fidel Castro; y no como Robinson Rojas y tú creen, para simular el suicidio del Presidente. En otras palabras, el «montaje» no habría consistido en crear la apariencia de un suicidio, sino en ocultar el arma efectivamente empleada en él, y reemplazarla por el fusil AK de Allende. Porque como lo señalo en mi libro, ello le suministraba a los golpistas un poderoso simbolismo de derrota, que les servía para deslegitimar a quien, con su valerosa conducta, los había hundido moralmente ante la faz del mundo y de la historia, apareciendo además como una especie de castrista inconsistente. Que el fusil AK del Presidente pudo haber sido introducido en el escenario de la muerte por los propios golpistas es algo que no estoy en condiciones de poder establecer en este momento, pero es manifiesto que de comprobarse la veracidad de esto, mi hipótesis del suicidio con arma corta cobraría una fuerza explicativa aún mayor (6).

Creo que tu error, Camilo, así como el de Robinson Rojas, ha sido tratar de encontrar la punta del hilo de la madeja por el lado equivocado: el confuso incidente de la renuncia del General Baeza, cuando debieron haber empezado por un examen de los testimonios de los sobrevivientes de la batalla de La Moneda, cuya veracidad rechazaron *a priori*. Todo lo que tanto Rojas como tú conjeturan, o deducen, a continuación, no es más que la consecuencia lógica de este error metodológico inicial.

Una última observación: al costado de la amplia fotografía de La Moneda ardiendo, que aparece en la parte superior de la página 27 de *La Nación*, se incluye la siguiente frase que me imagino suscribirás: «Lo que nadie supo hasta el año 2003 –al menos públicamente– es

que en el momento de morir, Allende estaba en presencia de al menos ocho personas, la mayoría de ellos médicos».

Esto es manifiestamente incorrecto. Como lo he mostrado en detalle en mi libro, tales declaraciones inducen la creencia de que se trataría de una gran revelación, lo que en realidad no es. Pues desde hace mucho tiempo se sabía que varios colaboradores del Presidente así como algunos detectives se encontraban frente a la puerta del Salón Independencia, o en el pasillo que conduce a la escalera de Morandé 80, en el momento de su muerte, lo que no debe entenderse como que todos ellos lo presenciaron.

Pero, además, aquellas declaraciones deben ser correctamente interpretadas, porque si bien las personas indicadas por Quiroga, es decir, Enrique Huerta, Arturo Jirón, Arsenio Poupin, Hernán Ruiz Pulido, más Patricio Guijón y el propio Quiroga, y algunos detectives cuyos nombres no se mencionan, se encontraban cerca del lugar donde Allende se quita la vida —el pasillo que lleva a la escalera que da a la puerta de Morandé 80—, solo los doctores Guijón y Quiroga vieron, efectivamente, cuando él debió dispararse. El resto de los testigos, por así llamarles, no solo no presenciaron el súbito alzamiento del cuerpo del Presidente por efecto del disparo, en medio del humo y la semioscuridad, sino que ni siquiera ingresaron posteriormente al Salón Independencia. El único que tuvo la presencia de ánimo, y el valor, para hacerlo, fue el doctor Guijón, por lo que continúa siendo el testigo clave de la muerte del Presidente.

Quiero manifestarte, finalmente, Camilo, que a pesar de no compartir tus opiniones sobre la forma en que habría fallecido Allende, tu artículo me ha parecido interesante, y podría tener la virtud de incorporar algunos potencialmente valiosos elementos de juicio para la dilucidación de tan complejo caso. Por cierto, poder dar respuestas más definitivas a cada una de las interrogantes que aún quedan por despejar, demandaría el esfuerzo de gente interesada, como tú y yo, todavía por muchos años más.

NOTAS

- (*) Publicado originalmente el 13 de noviembre de 2006, en el periódico electrónico *piensaChile.com*
- 1 Es manifiesto, Camilo, que tu artículo se apoya fuertemente en la interpretación de la muerte de Allende presentada por Robinson Rojas en su libro titulado *Estos mataron a Allende*, publicado originalmente en 1974, por ediciones Martínez Roca, de Barcelona. Curiosamente, tú no haces la menor referencia a esta fuente. A lo largo de mi libro yo critico los planteamientos de Rojas en varias notas, y al final (páginas 200 a la 206) le dedico una sección especial.
 - 2 En el libro *Labyrinth [Laberinto]* de Eugenio Propper y Taylor Brunch (publicado originalmente por Penguin Books, en 1983) se afirma que el jefe de Investigaciones nombrado por la Junta el mismo día del Golpe, el general Ernesto Baeza, uno de los líderes de la conspiración militar, habría sido quien ordenó a los detectives de la Brigada de Homicidios concurrir a La Moneda con el fin de que realizaran una profunda investigación de la muerte de Allende. Esta orden suya habría provocado un conflicto entre los cabecillas del Golpe, quienes se habrían opuesto a que dicha investigación fuera dejada en manos de la policía de investigaciones, provocando la renuncia de Baeza a la Dirección de Investigaciones. Solo la oportuna intervención de Pinochet habría impedido que aquél renunciara a su cargo. Pero como lo observa Nathaniel Davis, «esta versión parece haber sido tomada en gran parte del libro de [Robinson] Rojas. Hay notorias similitudes en lenguaje y descripción. Brunch tuvo a la mano el libro de Rojas cuando escribió el recuento de *Laberinto*, y Branch y Propper se ajustan a las idiosincrasias interpretativas de Rojas en algunas áreas controversiales. Por ejemplo, la descripción de Baeza llamando a la Brigada de Homicidios que habría causado una «gran controversia entre los nuevos generales gobernantes» es en gran medida la versión de [Robinson] Rojas de lo ocurrido». Véase: Nathaniel Davis, *The Last Two Years of Salvador Allende*, Ithaca: Cornell University Press, 1985, págs. 299 y 300.
 - 3 Debemos consignar aquí que Camilo Taufic no ha sido el primero en afirmar que el arma utilizada por el presidente Allende en la defensa de La Moneda no fue aquella que le obsequiara Fidel Castro. Por ejemplo, en la página 14 de su libro titulado *Allende, un mundo posible* (Santiago, Ril Editores, 2003), escribe Tito Drago:

Mientras continúa el golpe, el cuerpo del compañero presidente... yace recostado hacia atrás en un sillón, con el fusil del carabinero jefe de su escolta [el capitán José Muñoz] caído a sus pies. Los golpistas dirán después que el arma es una metralleta con una dedicatoria de Fidel Castro, en un intento por demostrar que castrismo y allendismo son la misma cosa.

- 4 En realidad el 11 de septiembre el Presidente no se trasladó a La Moneda «de madrugada», sino entre las 7:15 y las 7:30 de la mañana. Para la más

completa y confiable cronología de los hechos de aquel día, puede verse: Pierre Kalfon, Op. Cit., págs. 261 a la 278.

- ⁵ En su libro testimonial el doctor Oscar Soto relata los momentos en que, luego de ser fuertemente presionadas por Allende, sus hijas Beatriz e Isabel se deciden a abandonar La Moneda sitiada. Lo hacen junto a Nancy Julián, Frida Modak, Verónica Ahumada, y Cecilia Tormo. Escribe el doctor Soto: «Nancy, al despedirse, le entrega a Enrique París su arma, una pistola Walter. Tati me entrega media caja de municiones y un pequeño revolver Colt Cobra que saca de su cartera» (*El último día de Salvador Allende*, Santiago, Aguilar, 1999, pág. 84). Este pasaje pone en evidencia la existencia de al menos de dos armas cortas que pudieron haber sido utilizadas por el Presidente para quitarse la vida.
- ⁶ Varios años después de haber escrito esta respuesta, llegaría a mi conocimiento la información que viene a refutar del modo más categórico la «teoría del fusil ausente» de Taufic. Véase el penúltimo párrafo del artículo No. 21 de este libro.

8. Breve respuesta a Hugo Moreno Peralta (*)

ESTIMADO SEÑOR MORENO:

A continuación daré respuesta a una comunicación suya en la que se contienen algunos juicios y comentarios sobre los planteamientos de mi libro titulado *Las muertes de Salvador Allende. Una investigación crítica de las principales versiones de sus últimos momentos*.

Es manifiesto para mí que usted no se dio el trabajo de leer en su totalidad el libro que comenta (1), o que lo hizo hasta tal punto enceguecido por sus propios prejuicios, que no ha entendido una sola línea de lo que leyó. De lo contrario no hubiera cometido los errores que comete, ni hecho las infundadas acusaciones que hace, en contra de las ideas del libro y de la posición de su autor acerca de la muerte del Presidente Allende.

Por ejemplo, si se hubiera dado la molestia de leer, siquiera, la presentación escrita por el historiador Sergio Grez, que encabeza el libro, habría entendido de inmediato que de cualquier cosa podría usted acusarme, menos de ser proconcertacionista, ni de que mi libro pudiera apoyar, defender o justificar, en modo alguno, lo que yo mismo he bautizado como la «versión oficial» de la muerte de Allende. Pero, claro está, como su visión completamente ideologizada de aquella posición no le permite distinguir el menor matiz, ubica mi libro y sus ideas en el campo equivocado.

A continuación usted me acusa de compartir lo que denomina (en su imperfecta sintaxis) como «la manoseada y sin fundamentos científicos tesis del apócrifo suicidio del Presidente [sic]». Desgraciadamente, aparte de sus adjetivos, no ofrece usted el menor argumento o prueba de que dicha tesis sea falsa, ni examina y refuta los argumentos y pruebas que en mi libro se presentan en su apoyo. Afirmar que yo debí haber titulado mi libro: «La justificación del suicidio del Presidente en la medida de lo posible», no solo es una insolencia, sino que revela de su parte una absoluta incapacidad para comprender la

orientación y el tenor de mi investigación, así como los argumentos y pruebas presentadas en el libro.

El único intento de suministrar alguna prueba de sus prejuicios demuestra de nuevo que usted no leyó el libro que comenta, o solo lo hizo parcial y superficialmente, porque utiliza con fines refutatorios de mi posición un relato personal de ciertas declaraciones de don Edgardo Enríquez de 1996, en Valparaíso (que venía haciendo desde los tiempos de su forzada estadía en Isla Dawson), en las que el ex rector de la universidad de Concepción expresa su escepticismo acerca de los variados testimonios del doctor Guijón (no del doctor Jirón, cuyo apellido escribe usted incorrectamente). La sustancia de esta historia se encuentra recogida en la página 35 de mi libro, con la ayuda de Ignacio González Camus, pero que yo interpreto correctamente.

Termina usted su pequeña diatriba con una invocación retórica a la ciencia, cuando es manifiesto que lo único que nos entrega son precisamente sus opuestos, es decir, el prejuicio y la distorsión ideológica. Es más, en las últimas líneas de su «comentario», hace usted un llamado que me parece perfectamente legítimo, y que yo también comparto, en cuanto a que se haga, finalmente, una verdadera investigación de la muerte del Presidente Allende, asumiendo erróneamente que yo me opondría a ello, cuando precisamente mi libro se propone ser una suerte de sucedáneo de aquella investigación oficial que hasta ese momento nunca se había hecho, y que aparecía muy poco probable que se hiciera. En efecto, señor Moreno, lo que hace falta en estas discusiones es más luz, tal como lo expresara Goethe en sus momentos finales con aquellas memorables palabras: *Licht, mehr licht* (Luz, más luz).

Finalmente, señor Moreno, como si sus opiniones y palabras no fueran suficientemente incoherentes, acabo de recibir un e-mail enviado por sus colegas de la Asociación Americana de Juristas, de Valparaíso/Aconcagua, que contiene un cordial saludo, junto con conceptos sumamente positivos sobre mi trabajo, que le recomiendo leer.

(*) Publicado originalmente el 22 de noviembre de 2006, en el periódico electrónico piensaChile.com

NOTAS

- ¹ El comentario de Moreno Peralta se inicia con la frase: «Yendo al grano, la publicación del Dr. Benítez técnicamente la estimo buena. ...este nuevo intento –más de lo mismo–, de encontrar la verdad sobre la muerte del Presidente de Chile Dr. Salvador Allende Gossens, me parece sofisticado y alambicado». Puede leerse en su totalidad aquel texto en *piensaChile.com*, del miércoles 22 de noviembre de 2006.

9. «Las armas de ayer», libro de Max Marambio (*)

«[Allende] necesita de un plazo mayor para que se revele su figura íntegra y su profunda condición humana. El futuro le hará más justicia, cuando la historia logre separar la paja del trigo».

Max Marambio

Comentar un libro es, por lo general, una tarea relativamente simple, pues para explicar o contextualizar el relato o las ideas presentadas por un autor, o autora, basta con escoger lo más relevante o digno de ser destacado de una obra; o de resumir su argumento central, dando así al lector, o lectora, una idea del carácter y tono del escrito reseñado, de modo que se formen una representación anticipada de lo que aún no han leído.

En el caso del libro autobiográfico de Marambio las cosas no son tan sencillas, porque aquí nos enfrentamos desde la partida con un problema especial. Sin excepción, todos los que hasta ahora han comentado por escrito el libro de Marambio en los diferentes medios electrónicos e impresos (que como todo el mundo sabe son controlados por el duopolio *El Mercurio/Copesa*, última empresa periodística que, curiosamente, editara el libro que reseñamos) parten refiriéndose a la manifiesta incongruencia que existiría entre la vida actual de su autor, y la que vivió y relata en las páginas de *Las armas de ayer*. Al parecer, para estos críticos no habría nada censurable en una existencia centralmente dedicada a los negocios y al enriquecimiento personal, pero que un hombre llegue a transitar de revolucionario a empresario, se les aparece como un pecado verdaderamente imperdonable. Más aún si se trata de un *businessman* asociado a Fidel Castro, verdadera *bete noir* de concertacionistas y derechistas.

En realidad tras estas observaciones se oculta un juicio político, porque en el fondo lo que los críticos en cuestión no puede perdonarle

a Marambio –de allí que busquen el modo de descalificarlo *a priori*– es que en su libro no solo no reniega de su pasado revolucionario, sino que, por el contrario, lo justifica, glorifica y enaltece. Yo no sé cómo Marambio conciliará en su pensamiento, y en su propia vida, aquella metamorfosis de revolucionario a exitoso empresario. Lo que sí sé, luego de leer su interesante libro, es que este hecho no lo inhabilita para escribir un relato inteligente y perceptivo de sus propias experiencias de joven revolucionario, y así de contribuir a iluminar importantes detalles de la historia reciente de Chile y de Latinoamérica.

De lectura fácil, este libro de 181 páginas de texto (1) cuenta con gran naturalidad y soltura, desconocidos aspectos de la fascinante vida de su autor, hijo del diputado socialista chileno Joel Marambio, la que transcurriera en una época marcada, primero, por la revolución cubana, luego por la guerrilla del Che Guevara en Bolivia y el gobierno de Allende y la Unidad Popular, que terminará por desembocar en el golpe de Estado en Chile en septiembre de 1973. Situado, por los contactos internacionales de su padre, y por sus propias convicciones revolucionarias, en el centro de estos importantes acontecimientos históricos, Marambio nos presenta su versión e impresiones de los hechos que le tocó vivir en su juventud, entre los que se destacan: su participación en el GAP, la guardia personal del Presidente Allende, sus experiencias el 11 de septiembre, el asedio militar a la Embajada de Cuba aquel día, su peligrosa y solitaria permanencia en el interior de la sede diplomática, luego que esta debiera ser abandonada por la totalidad de su personal a los pocos días del Golpe.

Casi siempre bien informado (2), desde su posición de protagonista comprometido, Marambio nos relata con gran veracidad cada uno de estos hechos, entregándonos desconocidos detalles que ayudarán a los historiadores de este significativo período heroico a formarse una visión más completa y fidedigna de lo entonces ocurrido. Ocupa un lugar especial aquí el relato de sus peligrosas aventuras, en torno y dentro de la Embajada Cubana, en los días y meses posteriores al Golpe.

En cuanto a la visión que el autor de este libro proyecta de Allende, como hombre y político, nos parece particularmente penetrante y perceptiva, aunque, por cierto, no desprovista de una evidente tensión interna, como aquella que se trasluce en el siguiente pasaje:

La muerte de Allende me dejó un dolor muy íntimo, que no pude compartir con aquellos que me rodeaban en el

momento de conocerse la noticia. No se me ocurrió solicitar un minuto de silencio ni cantar el himno nacional, ni decir una palabra en su memoria. En realidad ni siquiera el Presidente, con el afecto que le tenía, o quizás por eso mismo, se salvaba de mis rencores. Me molestaba que muriera en la porfía de no rendirse a la evidencia de que la derecha no aceptaría su revolución pacífica, ni concediese alguna legitimidad a la lucha armada. (pág. 114)

Curiosa la segunda frase de Marambio, porque si bien Allende «no aceptó *rendirse ante la evidencia*», apostando hasta el final por la revolución por los causes legales; tampoco aceptó *rendirse ante sus enemigos*, a los que combatió hasta el final con las armas en la mano, terminado así por legitimar de un curioso modo, la vía armada.

Pero este libro contiene, también, un reflexivo y equilibrado «ajuste de cuentas» con las posiciones rupturistas que Marambio subscribiera en el pasado como militante del Movimiento de Izquierda Revolucionaria, conjuntamente con una revalorización de la figura y ejecutoria del Presidente Allende. En cuanto a lo primero, Marambio dice, entre otras cosas, lo siguiente:

Al involucrarse en el debate político cotidiano, el MIR perdió su carácter insurreccional, descuido su preparación [militar] y socavó la autoridad del gobierno hasta devenir un polo opositor de izquierda. Esto complicó las relaciones de la organización con la UP y su papel en el inestable equilibrio político del momento. También la inhabilitó para desempeñar la función que habíamos decidido que nos tocaría frente al gobierno, que con razón creíamos inevitable. Por desgracia, a pesar de toda la entereza demostrada por los militantes, la organización resultó incapaz de enfrentar la violencia desatada tras el Golpe. (págs. 95 y 96).

Solo él [Allende] podía encabezar la resistencia a los golpistas, ya que más que ayudar, hicieron mucho daño las posturas radicalistas de ciertos sectores de la Unidad Popular, que demagógicamente empujaban hacia la izquierda, sin ser consecuentes con las implicaciones que de ello podía derivarse. (pág. 76)

Lo anterior pone en evidencia que Marambio suscribe hoy, respecto al papel jugado por el «polo insurreccional», una posición muy semejante a la que nos presenta el sociólogo Tomás Moulian en su luminosa *Conversación interrumpida con Allende* (3), según la cual la responsabilidad de la derrota de la UP recaería tanto en los «radicales» como en los «moderados», porque ella se debió tanto «a la ineficacia de la estrategia ‘moderada’, dirigida por el propio Allende, para conseguir negociaciones viables», como a la incapacidad del polo revolucionario para proponer [e implementar] soluciones radicales verosímiles». De modo que «no fue solo la estrategia radical la responsable de los errores políticos, [sino] la combinación [de ellas], su doble ineficacia», porque

por un lado estaba la retórica de los «moderados» que se hacían la ilusión (con Allende y el Partido Comunista a la cabeza) de la posibilidad de controlar sin costos la dinámica desplegada. Por otro lado estaba la retórica de los maximalistas que creían que se podía, con muy pequeños costos, realizar el eslogan de «avanzar sin transar». La política de los «moderados revolucionarios» fue ingenua y errónea, la de los izquierdistas del «polo revolucionario» fue irresponsable. Haciendo la guerra con palabras, careciendo de los recursos que podrían apoyarla, representaba una actitud autodestructiva. Significaba facilitar la posibilidad de la masacre, naufragar en la retórica de la muerte.

En cuanto a su revalorización de Allende como hombre y político, escribe Marambio:

Como era un hombre de honor, su decisión final fue consciente, murió defendiendo la institucionalidad chilena; otra cosa no formaba parte de su proyecto. (...) Hoy que vivimos en un mundo de políticos sin convicciones, al pensar en Allende siento nostalgia por su ausencia y lamento mucho nuestras incomprensiones de entonces. (pág. 80)

Mi relación personal con Allende no fue la de íntimos amigos ni la de un padre y un hijo. No estuvo marcada por una atracción visceral hacia él, sino por un compromiso con el hombre y los fines que perseguía, a pesar de mis diferencias en cuanto a los métodos escogidos para alcanzarlos.

Con el tiempo tengo la sensación de que lo quiero más que antes. Estoy consciente de que conocí a una persona excepcional. Que necesita de un plazo mayor para que se revele su figura íntegra y su profunda condición humana. El futuro le hará más justicia, cuando la historia logre separar la paja del trigo. (pág. 97)

Creemos, finalmente que, más allá de toda otra consideración, el libro de Max Marambio merece ser leído, reflexionado y discutido por toda persona interesada en el estudio y comprensión del período histórico que se cerró con la muerte de Allende, y del que aún nos queda tanto por conocer, a pesar de los largos años transcurridos desde entonces.

NOTAS

(*) Publicado originalmente en *El Clarín*, el día miércoles 18 de julio de 2007.

¹ Max Marambio, *Las armas de ayer*, Santiago. *La Tercera/Debate*, 2007. La segunda edición de este libro, publicada en el 2008 por la editorial Debate, tiene un total de 238 paginas, es decir, 48 más que la primera. Por desgracia hasta el momento no hemos conseguido hacernos de un ejemplar de ella.

² Cuenta Marambio que cuando él se retiró del GAP Allende le regaló un reloj *Rolex* «igual que el suyo», con una significativa inscripción. Hasta donde sabemos, Allende no poseía un *Rolex*, sino un finísimo reloj pulsera suizo marca *Jaeger le Coultre*, que llevaba puesto el día del Golpe y de su muerte, el que le fue robado por alguno de los soldados golpistas que asaltaron La Moneda.

Por otro lado, pareciera que Marambio pone demasiada fe en los resultados de su propia investigación del asesinato del Comandante Araya, que hiciera por encargo del propio Presidente, porque recientemente y gracias a los esfuerzos de los hijos del Edecán presidencial, han salido a luz importantes revelaciones sobre quién habría sido el verdadero autor de aquel alevoso crimen: un francotirador de la Armada.

³ Tomás Moulian, *Conversación interrumpida con Allende*, Santiago, LOM Ediciones /Universidad ARCIS, s/f. págs. 88, 97-98 y 100.

10. Para comprender la decisión final de Allende^(*)

*«Pero con toda seguridad, los más valientes
son aquellos que tienen
la más clara visión de lo que les espera,
así la gloria como el peligro,
y sin embargo salen a enfrentarlos».*

Tucídides

No creo exagerado afirmar que tres y media décadas después del hecho, un considerable número de compatriotas de izquierda aún no han conseguido reconciliarse con la muerte de Allende. No en el sentido de que un hijo, o hija, se niegan a aceptar la muerte del propio padre, y no logran adaptarse a un mundo en el que él ya no está más, aunque en algunos chilenos encontramos, incluso, algo de eso (1), sino en el sentido de no poder aceptar que el líder de la Unidad Popular hubiera elegido, finalmente, el camino del suicidio.

Como en realidad no comprenden adecuadamente el razonamiento moral subyacente a aquella dramática decisión del Presidente, muchos hombres de izquierda (y al parecer también unas cuantas mujeres), siguen aferrados a un relato mítico de su muerte en el que Allende es ametrallado por uno de los soldados que asaltaron el palacio de La Moneda aquel infausto día, a continuación es sentado, ya muerto, por sus fieles escoltas en el sillón presidencial, y cubierto con la bandera chilena, en una suerte de rito patriótico-revolucionario. Relato que es, por cierto falso, y hasta donde nos ha sido posible establecerlo, fue concebido por la fértil imaginación de Renato González, un joven miembro del GAP sobreviviente de la batalla de La Moneda, que viaja a Cuba en los días posteriores al Golpe, y hace llegar su relato a oídos de Fidel Castro, quien lo incorpora en gran parte a su bello discurso en La Habana, del día 28 de septiembre de 1973, con lo que alcanza una difusión casi universal (2).

Pero, ¿Cómo murió verdaderamente Allende? Esta pareciera ser hoy una pregunta ingenua, pero no cabe duda que subsisten todavía, en lo que se refiere a su muerte, una serie de enigmas y misterios que no han sido satisfactoriamente aclarados, o resueltos, hasta el momento. Sin embargo, por todo lo que se sabe hoy, a partir del examen de la totalidad de los relatos, evidencias y documentos existentes, podemos afirmar, con un alto grado de probabilidad, que Allende no fue muerto por sus enemigos, sino que se quitó la vida en el Salón Independencia, su oficina personal, muy cerca de las dos de la tarde del 11 de septiembre, disparándose uno, o dos, tiros, que salieron de un arma que él mismo apoyó bajo su barbilla y procedió a gatillar. No obstante, no existe hasta el momento evidencia, ni balística ni forense, ni tampoco un relato escrito o un testimonio oral confiable, que nos permita establecer más allá de toda duda, que se habría tratado positivamente de su propio rifle AK, o de alguna otra arma larga. Los fundamentos y pruebas de tales conclusiones los hemos presentado y examinado en detalle en el epílogo de nuestro propio libro publicado en el 2006.

Pero lo importante aquí es no solo llegar a conocer la forma cómo se suicida el Presidente sino, además, comprender las circunstancias en las que esta decisión es adoptada, así como el juicio moral del que es su inevitable consecuencia. En primer lugar, está el hecho escasamente conocido de que Allende se había preparado para esa eventualidad con mucha antelación. En realidad, si se comportó en sus últimas horas del modo que lo hizo, fue precisamente porque la resistencia en La Moneda no fue para él producto de una decisión casual o externamente impuesta, sino la consecuencia de una decisión libre y racionalmente adoptada mucho antes del Golpe. Es importante tener esto *in mente*, porque de lo contrario se entenderá al Presidente como un personaje trágico, pero en el sentido en que corrientemente se cree que la conducta humana era representada en el teatro griego clásico, es decir, como la de seres marcados por la fatalidad, de la cual son víctimas casi por entero impotentes. Tal creencia contiene un doble error, primero, porque este no era el sentido más propio de la tragedia griega clásica y, segundo, porque esa no es la conducta característica del verdadero héroe trágico. Como lo indica Edward G. Ballard:

El espíritu trágico aparece en la lucha de los héroes por seguir siendo fieles a sí mismos y mantener su dignidad humana, a pesar

de su malhadado destino; de este modo ellos consiguen transformar su derrota y su especie de subyugamiento en una suerte de victoria pírrica. (3)

Esta es la victoria en la derrota, característica de la vida de los héroes trágicos de todos los tiempos o, como les llama Volodia Teitelboim, de los «derrotados triunfantes», que han embellecido nuestra historia con su ejemplo y legado: Bolívar, O'Higgins, Martí y el Che.

No fue, entonces, ninguna fatalidad, sino precisamente la moralidad, el sentido del honor y el carácter de Allende los que lo llevaron aquel día a defender con las armas su gobierno y su investidura; pero no en cualquier lugar, sino justamente en el Palacio de La Moneda, «centro del poder del Estado y símbolo histórico del régimen institucional» [chileno], como lo definiera tan certeramente Joan Garcés. Pero esta decisión no la tomó apresuradamente el Presidente Allende la mañana del Golpe, sino más de un año antes, según se ha llegado a saber gracias a los relatos de diferentes personas cercanas a él, entre ellos algunos miembros del GAP.

Escribe la doctora Paz Rojas: «Durante años la izquierda no ha sabido interpretar el gesto simbólico de Allende y le fue más fácil negar la posibilidad de un suicidio y constituirlo en la primera víctima de la dictadura militar. Esto, seguramente, porque el suicidio, en general tiene una connotación negativa ligada a la concepción que de él tiene en el discurso cristiano-occidental. No obstante se olvida que en muchas otras culturas y concepciones del mundo, esto no es así. En muchos casos el suicidio es un acto de máximo valor y honor, al que acceden muy pocos hombres» (4).

Pero cuando el izquierdista niega que el presidente se hubiera quitado la vida en La Moneda, le niega simultáneamente su libertad de elección, y lo reduce a la condición de víctima pasiva de un destino preparado enteramente por sus enemigos, internos y externos. Es decir, en vez de considerar la muerte por propia decisión como la más noble y alta conducta moral, se la desvaloriza, poniéndola por debajo de la de una simple víctima pasiva (5).

En cuanto a la visión del suicidio como un acto en contra de la voluntad de Dios, y por lo tanto moralmente negativo, casi siempre se olvida que Allende no era un creyente cristiano, sino un socialista y un libre-pensador, que había sido un destacado miembro de la masonería chilena por treinta y ocho años, por lo que su conducta

no debe ser evaluada desde los parámetros de la moralidad cristiana, sino medido con la vara de sus propias creencias y valores seculares y racionalistas.

¿Cuáles fueron las opciones que el Presidente visualizaba aquella mañana? Porque es solo a partir de ellas que podemos formarnos una idea adecuada de su decisión final. Si afirmamos, por ejemplo, como lo hace el historiador Patricio Quiroga Z., que Allende habría barajado solo dos posibilidades de salida de la crisis: el plebiscito y el suicidio (6), simplemente nos privamos de toda posibilidad de poder explicar los más importantes detalles de la conducta de Allende aquel aciago día. Por nuestra parte, creemos que el Presidente, una vez que comprendió, después de las 8:30 hrs, que su suerte estaba echada, al escuchar la proclama de la Junta, que mostraba un alzamiento unificado de las tres ramas de las FFAA. y de Carabineros en contra de su gobierno, debió contemplar una tercera posibilidad, más acorde con su temperamento: morir luchando. Porque él pudo fácilmente haber muerto al ser alcanzado por las balas, los cañonazos o los rockets que sus enemigos dispararon sin la menor contemplación sobre el viejo edificio de Toesca, en más de cuatro horas y media de tan intenso como desigual combate, durante el cual Allende se expuso temerariamente en varias oportunidades, y más allá de los límites de lo razonable, al fuego graneado de las armas insurrectas.

He aquí el relato que nos entrega Carlos Jorquera de uno de estos episodios:

El presidente estaba tendido en el suelo, disparando con su metralleta por una ventana que daba a la Plaza de la Constitución, El doctor Arturo Jirón tuvo que tenderse también y tomar al «Chicho» por los pies y empezar a retirarlo de ese lugar por el que entraba un vendaval de balas. El Presidente gritó, sin volver la cara, ¡Déjame huevón de mierda!, ¡Déjame! Luego miró a quien lo estaba tironeando con tanta decisión [exclamando]: ¡Ah, eres tú, Jironcito!. (7)

Pierre Kalfon, el siempre bien informado periodista de *Le Monde*, cuenta que aquella mañana Allende se habría negado a ponerse un chaleco antibalas (8), lo que ha sido confirmado por Isabel Allende Bussi, y más recientemente por varios miembros del GAP, quienes

relataron este hecho en el documental titulado: «Septiembre», que fuera transmitido por *Chilevisión* el 27 de julio de 2007.

Estos hechos están mostrando que el Presidente no ingresó a La Moneda con una supuesta disposición suicida, como se ha afirmado repetidamente, sino con la resolución de combatir hasta la muerte, mientras que el suicidio no representaba para él otra cosa que una solución digna, la que por obra de las circunstancias, pero evidentemente, sin desearlo, se verá obligado a tomar horas más tarde. En otras palabras, desde el primer momento Allende eligió el combate, que se prolongó por cuatro horas y media, pero cuando, casi agotado el parque, comprendió que ya no era posible seguir resistiendo sin exponer a sus colaboradores a una muerte inútil, los conminó a que depusieran las armas y se rindieran a las fuerzas golpistas, mientras él se retiraba al salón Independencia donde, minutos antes de que ingresaran allí los militares, se quita la vida, privando así a sus enemigos de la satisfacción de vejarlo y humillarlo. Pocos actos hay de mayor dignidad y valor. De mayor dignidad porque en aquella circunstancia el suicidio representaba una manera sublime de defender la dignidad de su honor personal, su humanidad, y su investidura. De mayor valor porque requería una enorme sangre fría pegarse un tiro después de haber visto que, poco antes del bombardeo aéreo, su amigo René Olivares se había disparado en la sien derecha con su propia pistola ametralladora UZI, y agonizado por varios minutos antes de morir en los brazos del doctor Arturo Jirón (9).

Es característico de quienes aún creen, o quieren creer, en la muerte mítica del Presidente, que sean incapaces de entender que el suicidio no fue para él otra cosa que la culminación de su actitud de combate, de su decisión voluntaria y conscientemente asumida de morir antes que rendirse y entregarse a los golpistas. Significativamente, encontramos la misma incompreensión en la mente de los denigradores derechistas de Allende, quienes aún hoy hacen uso de argumentos como el siguiente, que he recogido recientemente de una página Web: «Los mártires, por definición, no se suicidan. Si al menos el ex Presidente hubiera muerto en combate podría denominarse mártir».

Como puede verse, este es un razonamiento falaz, dado que la definición de mártir no excluye el suicidio, porque dicha palabra es utilizada para indicar, simplemente, a la «persona que muere o padece mucho en defensa de sus creencias, convicciones o causa»,

según lo define el *Diccionario de la Real Academia Española* (online) de 1992. Es decir, de acuerdo con esta definición, el hecho de que el Presidente se haya quitado la vida, no lo hace menos mártir que si hubiera muerto asesinado por un soldado golpista.

Pero –y he aquí lo verdaderamente importante–, ¿podría ser considerada como moralmente superior la conducta de Allende si hubiera muerto al ser alcanzado por las balas enemigas en medio de aquel desigual combate, en vez de haberse quitado la vida al final del acontecimiento? Ciertamente no. Lo que nosotros sostenemos es justamente lo contrario, es decir, que en aquellas circunstancias tenía mayor valor moral quitarse la vida que ser muerto por sus enemigos, porque el primero fue un acto libre y voluntariamente asumido, mientras que el segundo hubiera sido simplemente el resultado de la voluntad y acción de los golpistas. Esto es, precisamente, lo que ni los porfiados creyentes en la muerte mítica o magnicidio del Presidente, así como sus denigradores derechistas, jamás han podido comprender.

NOTAS

- (*) Publicado originalmente el 24 de agosto de 2007, en el periódico electrónico *piensaChile.com*
- 1 Véase, por ejemplo, las reveladoras palabras de Tomás Moulian: «En el fragmento de una conversación imaginaria con Allende, relatada al principio de este libro, se le pregunta cómo ve a Chile desde la lejanía. (...) Mis preguntas fueron las de un hijo a un padre. Repito de esta forma el gesto narrativo de Hernán Valdés en su libro *A partir del fin*. El autor (...) clama [allí] contra la muerte de Allende, con la rabia del hijo abandonado» (T. Moulian, *Conversación interrumpida con Allende*, Santiago. LOM Ediciones/Universidad ARCIS, s/f, pág. 51).
 - 2 La más reciente confirmación del rol jugado por Renato González [Eladio] en el origen y difusión de este mito se encuentra en una entrevista a Luis Fernández Oña, el marido de Beatriz Allende, hecha a comienzos el 2001. Allí declara, entre otras cosas, lo siguiente: «Cuando fui a México a buscar a Tencha, Isabel, y Carmen Paz Allende, uno de los miembros del GAP que estuvo en La Moneda y que había viajado con ellas, quiso hablar conmigo. Me contó la versión que dio [posteriormente] Fidel. Yo la mandé a Cuba, Fidel la escuchó y después relató la misma versión [en su famoso discurso]». Véase la entrevista de Patricia Bravo publicada en la revista *Punto Final* del 2 de marzo de 2001, bajo el título «Luis Fernández Oña, el yerno cubano de Salvador Allende: soy revolucionario y punto». Por cierto, el miembro de GAP aquí referido no puede ser otro que Renato González.

- ³ Edward G. Ballard, «Sense of the Tragic», *Dictionary of History of Ideas*, Philip P. Wiener(editor), Vol IV, New York: Charles Scribner's Sons, págs 411-414.
- ⁴ Paz Rojas et al, *Páginas en Blanco, El 11 de Septiembre en La Moneda*, Santiago, Ediciones B/Grupo Z, 2001, pág. 106.
- ⁵ Releyendo el libro testimonial de don Miguel Labarca sobre el Presidente, me encuentro con las penetrantes observaciones siguientes:

Todas las opciones eran consideradas por Allende como co-yunturas que dirimía con total libertad. Tal actitud se conjugaba con el contexto de su estructura humana. A través de su dilatada vida política, este elemento sobresaliente de su carácter le permitió proceder en todo orden de cosas con inalterable consecuencia respecto de determinadas concepciones. Lo rubricó precisamente con su forma de morir. M. Labarca, *Allende en persona. Testimonio de una intensa amistad y colaboración*. Ediciones ChileAmérica - Cesoc, 2008, pág. 75

- ⁶ Patricio Quiroga Z., *Compañeros. El GAP: la escolta de Allende*, Santiago, Aguilar, 2001, pág. 141.
- ⁷ Carlos Jorquera, *El Chicho Allende*, Santiago, Ediciones BAT, 1990, pág. 343.
- ⁸ Pierre Kalfon, Allende, *Chile: 1970-1973. Chronique*, Biarritz, Atlántica, 1998, pág. 267.
- ⁹ Véase, Faride Zerán, «El suicidio de Allende fue un gesto político», *Rocinante* No. 58, Agosto 2003, pág. 4.

11. «Allende. El hombre y el político». Memorias de Ozren Agnic^(*)

En más de 34 años transcurridos desde la muerte del presidente Allende se han escrito, tanto en Chile como en el extranjero, una gran cantidad de libros, de variada intención, calidad y altura, acerca de su vida, época, ideas, obra, gobierno legado y muerte. Algunos de ellos no eran más que tendenciosas diatribas contra el líder popular, redactadas por plumarios de baja categoría al servicio de la dictadura. En realidad, en los primeros años post golpe estos insofisticados libros denigratorios, publicado en Chile por casas editoriales de extraños y desconocidos nombres, fueron prácticamente las únicas expresiones escritas de cierta extensión, aparte de las periodísticas, dedicadas a narrar la vida de Allende y su gobierno, que circularon en el país. Por cierto, eran parte de la campaña de falsificación histórica y desprestigio que la dictadura se propuso descargar contra sus víctimas, desde el mismo día de su brutal apropiación del poder en 1973.

Por muchos años no pudieron realizarse en Chile verdaderas investigaciones sociológicas o históricas sobre la época de la Unidad Popular, ni llegó a publicarse ni un solo libro, medianamente objetivo o serio, acerca del Presidente y su gobierno. Como nunca debe olvidarse, los milicos devenidos en gobernantes y sus aliados civiles, requisaron, o quemaron, la casi totalidad de los libros «políticos» escritos y publicados antes y durante la época de Allende, tanto los de las bibliotecas académicas y públicas, como los de las innumerables bibliotecas privadas que consiguieron asaltar y saquear en sus allanamientos; y durante los 17 años de su espurio gobierno ejercieron un férreo control y censura sobre la publicación de todo tipo de libros, especialmente de historia, ciencias sociales, teoría política, filosofía social, etc. Se trataba, obviamente, de «secuestrar la historia» de la época de Allende y su gobierno, en la acertada expresión de Vásquez Montalbán; esto es, de ocultar o falsificar la realidad de lo ocurrido en

cada uno de aquellos «mil días» de la Unidad Popular, al tiempo que se silenciaban sus logros y se denigraba la imagen de su líder máximo.

En razón de esta adulteración y censura, las primeras obras biográficas o testimoniales sobre Allende y el Golpe, escritas por personas estrechamente asociadas a él, solo comienzan a aparecer en Chile a partir de mediados de 1980, es decir, en el mismo momento en que hacen su entrada en la escena política chilena las masivas y exitosas «protestas» en contra de la dictadura. Entre estas obras se cuentan: el libro de Osvaldo Puccio, *Un cuarto se siglo con Allende. Recuerdos de su Secretario Privado* (1985), publicado en lengua castellana cuando su autor ya había fallecido en su exilio alemán; *El Chicho Allende* (1990), de Carlos Jorquera, el Secretario de Prensa de la Moneda; *Allende. Visión de un militante* (1992), de Jaime Suárez B., quien fuera Ministro Secretario General del Gobierno popular; y *El Último día de Salvador Allende* (1998), del cardiólogo del Presidente, el doctor Oscar Soto.

La primera biografía del Presidente, en cualquier lengua, titulada *Salvador Allende*, fue escrita por el historiador soviético J. Lavretski a los pocos años del golpe, pero a pesar de que fue traducida y publicada en lengua castellana ya en 1978, por la Editorial Progreso, de Moscú, permaneció por muchos años fuera del alcance de los lectores chilenos por efecto de la censura dictatorial.

A esta breve pero importante lista de libros testimoniales, vienen a agregarse hoy las *Memorias* de Ozren Agnic, que cubren los años en que este fuera secretario Privado de Allende (1957 a 1965), así como sus experiencias como observador participante durante los años del gobierno Popular, en su calidad de Presidente Ejecutivo del Banco de Concepción, y sus traumáticos 22 meses como preso político de la dictadura, hasta su final expulsión del país en junio de 1975.

Como es materialmente imposible reseñar o comentar cada uno de los aspectos, temas y pasajes de este libro de 321 páginas, nos limitaremos a reseñar aquellos puntos que nos parecen más relevantes e iluminadores, o allí donde se destacan mejor las contribuciones de su autor al conocimiento del Presidente, o de la historia del movimiento y gobierno popular.

Ozren Agnic inicia su relato con su primer encuentro con Allende en 1952, mientras cursaba su cuarto año de Humanidades en un colegio Jesuita de Antofagasta, que recuerdan las experiencias de otros

hombres que, antes y después, fueron atraídos por la personalidad y discursos políticos de este gran líder carismático que fue Allende. Cinco años después de aquel encuentro, Agnic es «matriculado» por el entonces senador para que trabaje para él en su segunda campaña presidencial –la de 1958– y lo nombra, posteriormente, su secretario privado en el Senado.

Este libro no solo es un interesante y revelador relato de las experiencias personales de su autor en su contacto diario con Allende por más de tres lustros, tanto en el Senado como en sus innumerables campañas, sino además contiene una explícita defensa del Presidente como persona y líder del movimiento popular chileno. De allí que en muchos pasaje de estas «*Memorias*» se contrapongan a menudo las significativas experiencias de primera mano del autor en su trato cotidiano con Allende a lo largo de ocho años, con las malignas diatribas en su contra propaladas por sus opositores y enemigos.

La imagen de Allende que Agnic va presentándonos en estas páginas es la de un hombre incansable, profundamente preocupado por el bienestar y futuro de su pueblo, así como el de sus colaboradores inmediatos, con un gran sentido de la moralidad y la dignidad, lo que se manifiesta en cada uno de los detalles de su vida de hombre, de político en campaña y de senador. Esto es, la visión de un Allende «de elevada conducta ética, hecha de honorabilidad y rectitud humana», para decirlo en frase prestada del historiador Julio César Jobet.

Descontando la inevitable cuota de idealización, partidismo y simpatía hacia su persona, la figura de Allende que ha ido emergiendo de los testimonios contenidos en los libros más arriba referidos, se nos revela como sumamente creíble y consistente, puesto que se ha formado a partir de relatos escritos independientemente, por personas que conocieron o trabajaron junto al líder en distintas épocas de su vida y en diferentes oportunidades y circunstancias, y que en su mayoría tuvieron acceso a documentos, libros y archivos personales. En cuanto a esto, el libro de Agnic es diferente, porque fue escrito por entero a partir de sus recuerdos, pues, según nos revela, toda documentación que pudo ser utilizada en la redacción de estas *Memorias* le fue, intencionadamente, robada o destruida, por los esbirros de la dictadura.

Al desarrollar su relato, Agnic se encarga también de iluminar y refutar algunos mitos acerca de Allende, que han circulado persistentemente.

temente y que aún hoy siguen siendo irreflexivamente repetidos, tanto en Chile como en el extranjero. Por ejemplo, Agnic nos informa que el líder popular no se llamó nunca Salvador Isabelino del Sagrado Corazón de Jesús Allende Gossens, sino que esta serie de nombre piadosos le fueron colgados, con malévolos intención satírica, por Oscar Waiss, quien en realidad nunca fue amigo de Allende, como se ha dicho y repetido, sino su encarnizado opositor dentro del Partido Socialista.

Otra interesante y significativa revelación del autor de estas *Memorias* se refiere a un hecho que no quedó registrado en la historia política de la época, y del que muy pocos fueron testigos, o supieron, en su momento. Ocurrió en 1958, cuando el presidente Carlos Ibáñez, con motivo de la derrota de Allende en las elecciones presidenciales de aquel año, ante el derechista Jorge Alessandri, le propone al candidato del Frente de Acción Popular (FRAP), por medio del general Horacio Gamboa actuando como emisario, que no respete el resultado de las urnas, y con el apoyo y anuencia de Ibáñez, se tome el gobierno por la fuerza. La respuesta de Allende a aquella insólita propuesta, conservada y reconstruida gracias a la buena memoria de Agnic, merece ser citada aquí en su totalidad, porque representa una nueva confirmación del sentido de *fair play* (juego limpio) y profundo espíritu democrático de Allende:

General, jamás, nunca en mi vida he oído tamaña insensatez y monstruosidad... Me extraña sobremanera que un general de la República se preste para ser el recadero de esta infame maniobra que me está proponiendo Ibáñez a través suyo. Tenga usted muy claro que mi vida personal es intachable y que jamás prestaré mi nombre ni mi posición para que corra sangre inocente en Chile. Lo aberrante de su mensaje es la antítesis de mis convicciones. ¿Han perdido ustedes la razón? Si el señor Ibáñez ha creído por un solo instante que puedo ser su pelele, se ha equivocado rotundamente. Por esencia, por filosofía, demostrada en la trayectoria de toda mi vida política, soy profundamente demócrata. Regresen [ustedes] por donde vinieron y díganle al señor Ibáñez que seré el primero en respetar el veredicto de la urnas, así como seré el primero en combatir cualquier intentona sediciosa en Chile, tal como denuncié en su oportunidad la actuación golpista del general y su conocida Línea Recta. Señores, han pasado 43 años y el señor Ibáñez sigue

siendo el mismo golpista inmoral de 1924. No tenemos nada más que hablar. (2)

Luego de citar este importante pasaje, Ozren nos hace una solemne confesión, que revela, complementariamente, el respeto de Allende, y de su ex secretario, por la palabra empeñada:

Lo que acabo de mencionar es un hecho absolutamente inédito, solamente conocido por quienes estuvimos esa noche en casa de Salvador Allende. Rompo [aquí] el voto de silencio que [él] nos exigió, considerando los tantos años transcurridos y con el único propósito de demostrar y reafirmar que Allende era un hombre de profundas convicciones democráticas; que jamás pensó ni actuó en busca del quebrantamiento de la legalidad vigente, sean cuales fueran las razones (3).

Nos parece atingente destacar aquí que las *Memorias* de Ozren Agnic, así como los libros de otros autores que antes denunciaron la co-participación de la derecha demócrata cristiana en la preparación del Golpe contra el gobierno de Allende, encontraron en Chile la oposición de las fuerzas del ocultamiento y la falsificación histórica. En un número considerable de pasajes de su libro Ozren Agnic se refiere a los dineros recibidos por la Democracia Cristiana chilena de manos de la CIA, y de otros organismos norteamericanos, privados y públicos, con el fin de crear las condiciones necesarias para el derrocamiento del gobierno popular. Debemos decir aquí que estos pasajes, sólidamente apoyados en citas pertinentes de los documentos desclasificados, dados a conocer por las investigaciones del senado norteamericano cuyos resultados se reunirían en el Informe Church, provocaron los intentos de censura y final rechazo de la publicación de este libro por parte de Julio Silva Solar, director del CESOC, Ediciones ChileAmérica, como lo hemos denunciado antes en varias oportunidades.

La parte final del libro que reseñamos aquí contiene un detallado relato de las terribles experiencias de su autor, a manos de sus sádicos carceleros de la Armada, en la Isla Quiriquina, junto a otros cientos de «prisioneros de guerra», que tuvieron la desgracia de ir a parar a aquel infierno. Conociendo los marinos fascistas la estrecha

vinculación de Ozren Agnic con Allende, fue interrogado allí en varias oportunidades acerca de la vida y «propiedades» del Presidente, buscando, sin duda, obtener de él información comprometedora que les permitiera desprestigiar públicamente al líder popular.

A partir de la lectura de los últimos capítulos de este libro, es posible comprender que el ficticio Plan Zeta no fue, en realidad, un puro ejercicio de guerra psicológica en contra de los partidarios de la Unidad Popular, como generalmente se lo entiende, sino una maquiavélica fabulación hecha realidad por las sistemáticas acciones criminales de los propios golpistas, al servir simultáneamente como justificación del Golpe y motivación interna de los responsables de los interrogatorios, torturas y asesinatos de miles de partidarios del gobierno de Allende.

En fin, no cabe duda que al escribir, publicar y difundir sus *Memorias*. El ex secretario de Allende ha hecho una importante contribución, no solo al conocimiento de la vida, personalidad y obra del Presidente, sino también al conocimiento de importantes capítulos y detalles de la historia del movimiento popular chileno (4).

NOTAS

- (*) Publicado originalmente, el 23 de marzo de 2008, en el periódico electrónico *piensachile.com*
- ¹ Ozren Agnic, *Allende. El Hombre y el Político. Memorias de un secretario privado* Santiago, RIL Editores, 2008. Prólogo del Juez Juan Guzmán Tapia.
 - ² Ozren Agnic, Op. Cit, pág. 61.
 - ³ Ibidem. Contrariamente a lo que supone Ozren, la información, supuestamente secreta, sobre aquel encuentro entre Allende y el general Horacio Gamboa en 1958 debió ser ampliamente conocida en los círculos izquierdistas de la época. Recuerdo que en 1963, es decir, solo cinco años después de aquellos hechos, siendo yo estudiante de sexto año del liceo Experimental Darío E. Salas, de Santiago, escuché por primera vez, de boca de mi profesor de filosofía, el escritor Armando Cassigoli (hoy fallecido), el relato de que el presidente Carlos Ibáñez le había hecho a Allende aquella insólita propuesta.
 - ⁴ Ozren Agnic Krstulovic falleció, luego de una larga enfermedad, el 24 de agosto de 2010, en Santiago, a la edad de 75 años. Lo sobreviven un hijo y una hija.

12. Las últimas fotos de Allende con vida ^(*)

«En estos instantes pasan los aviones. Es posible que nos acribillen. Pero que sepan que aquí estamos, por lo menos con nuestro ejemplo, que en este país hay hombres que saben cumplir con la obligación que tienen».

9:03 Cuarta alocución del Presidente por Radio Corporación

En un interesante artículo publicado el año pasado en el diario *La Nación*, de Santiago(1), el periodista Camilo Taufic afirma haber desentrañado de modo definitivo uno de los tantos enigmas que rodean la muerte del presidente Salvador Allende, ocurrida, como se sabe, aquella trágica tarde del 11 de septiembre de 1973.

Lo que Taufic ha hecho es revelar públicamente, aunque sin exhibir otra prueba más que su palabra, que el verdadero autor de aquellas fotos históricas de Allende en La Moneda, con su fusil al hombro y casco, flanqueado por dos miembros del GAP portando sendos fusiles AK, que recorrieron el mundo casi desde aquel mismo día, no habría sido otro que el fotógrafo oficial de Palacio, el «legendario» «Chico Lagos».

Según lo que nos indica Taufic, por razones de seguridad personal, y otras circunstancias un tanto oscuras, el propio Luis Orlando Lagos Vásquez se habría encargado de ocultar celosamente la paternidad de tan extraordinarias fotografías, pero al fallecer recientemente en un hogar de ancianos de Santiago, a los 94 años de edad, quienes creían conocer el secreto desde hacía mucho tiempo decidieron que ya no existía ninguna razón para no revelar la verdad (2).

Sacar a la luz información como esta pudiera parecerle a más de alguien un asunto de escasa importancia, pero en un hecho de singular trascendencia histórica como es la muerte de Allende, y en donde, debo decirlo, ha dominado la superficialidad y la falta de rigor científico, el conocimiento, incluso de un detalle aparentemente

menor, pudiera abrir nuevas e insospechadas posibilidades de investigación y descubrimiento, como esperamos ponerlo de manifiesto a continuación.

En uno de los párrafos iniciales del referido artículo escribe Taufic lo siguiente:

El Chico Lagos retrató desde dentro el drama que se desencadenaría en La Moneda, con una cámara *Leica*, a primeras horas del 11-S-73. Registró así para la historia el último recorrido de Salvador Allende por las dependencias de Palacio, rodeado de miembros del GAP y de carabineros hasta ese momento leales, cuando ya los aviones golpistas sobrevolaban el centro de Santiago, eligiendo el trayecto posterior de sus bombas contra la sede del gobierno. (3)

Como hombre profundamente interesado en el tema, me llamó especialmente la atención el pasaje arriba citado, porque plantea al investigador un cierto número de interesantes problemas interpretativos. En primer lugar, ¿cómo supo Taufic que la foto en cuestión fue tomada «a primeras horas» del 11 de septiembre? La respuesta es sencilla: porque los carabineros no abandonaron La Moneda, y al Presidente, antes de las 10 de la mañana de aquel día (4). En segundo lugar, ¿cómo supo él que aquella foto histórica capturó «el último recorrido de Salvador Allende por las dependencias de palacio»? Mi opinión es que Taufic no lo sabe, ni tiene modo de saberlo, por lo menos a partir de lo que hoy se conoce acerca de las últimas horas del Presidente. En tercer lugar, ¿cómo supo él que en ese preciso momento, uno o varios aviones golpistas sobrevolaban La Moneda con el específico propósito de preparar el ulterior bombardeo?

Creemos que lo primero puede establecerse mediante una simple deducción hecha a partir de lo que muestra la fotografía, en la que se ve al Presidente y a sus escoltas armados mirando atentamente hacia el cielo (5). Pero en cuanto a lo segundo, Taufic tuvo que haber recurrido a alguna fuente escrita, el libro de Pierre Kalfon, por ejemplo.

Basados en dichas consideraciones se nos ocurrió preguntarnos si acaso sería posible establecer, con mayor precisión, la hora en que fue tomada aquella fotografía. Por suerte contamos con algunos indicadores indirectos del momento en que uno, o varios, aviones Hawker Hunter sobrevolaron La Moneda aquella mañana. La primera indica-

ción nos la da el propio Allende, cuando en su cuarta comunicación radial a través de las ondas de CB 114, Radio Corporación, hecha a partir de las 9:03 de la mañana, comienza señalando: «En estos instantes pasan los aviones. Es posible que nos acribillen, pero que sepan que aquí estamos, por lo menos con nuestro ejemplo, que en este país hay hombres que saben cumplir con la obligación que tienen».

Pero existe, además, otro testimonio, aunque mucho menos conocido, que permite confirmar la hora indicada por Allende en aquella comunicación radial, y es el que entrega el propio aviador golpista que comandó el ataque aéreo a La Moneda, el general ® Mario López Tobar, en su librito *El 11 en la mira de un Hawker Hunter. Las operaciones y blancos aéreos de septiembre de 1973* (Santiago, Editorial Sudamericana, 1999).

En las páginas finales de este librito justificatorio del Golpe y de los ataques aéreos y terrestres al palacio presidencial, el hoy ex piloto de la FACH relata con lujo de detalles técnicos y con manifiesta satisfacción y orgullo, cómo destruyó las antenas de las radios Corporación y Luis Emilio Recabarren, mediante el disparo de cohetes, del mismo tipo de los que más tarde serían lanzados contra las puertas, muros, ventanas y techos del antiguo edificio de La Moneda. López Tobar relata, a continuación, que una vez destruidos aquellos «blancos», recibe órdenes radiales de subir con su avión a una altura superior a los 20 mil pies:

... para permanecer media hora sobre la capital y luego si no hay nuevos objetivos por batir, aterrizar en Los Cerrillos. Nuevamente se me informa que no hay novedades con lo que pasa en La Moneda, pero que en general la situación está tranquila. En la casa presidencial de la calle Tomás Moro hay gente, probablemente del GAP o miembros de la guerrilla (?) que está parapetada, resistiendo. Me dedico a observar las poblaciones donde vive mi personal y mi familia, y puedo constatar que no se ve gente por los alrededores. Solo en el sector del centro de Santiago, en especial en las cercanías del Palacio de Gobierno, se detectan soldados casi como puntos vistos desde aquí arriba, los que se mueven en las plazas y avenidas. También puedo observar con toda claridad a los vehículos del Ejército, tanques y transportes blindados de tropa, camiones y jeeps, como igualmente algunos cañones, probablemente

de esos sin retroceso y otros menores. Hay humo en la zona producto de los disparos. *Son casi las nueve de la mañana*, y me parece que llevo horas desde que despegamos desde Concepción. (6)

Pareciera entonces no haber duda de que la foto del Presidente y sus escoltas mirando al cielo debió haber sido tomada en los mismos momentos en que el Hawker Hunter, pilotado por López Tobar, volaba a baja altura por sobre La Moneda, minutos antes de la 9 de la mañana (7). Pero, además, la descripción del aviador golpista resulta especialmente iluminadora, porque permite comprender que el avión que Allende debió ver y escuchar en el momento en que se tomaba aquella fotografía, no se disponía a atacar el Palacio Presidencial, como pudiera creerse, sino que era un Hawker Hunter que casi tres horas antes del bombardeo, procedió a sobrevolar el centro de Santiago con fines de reconocimiento y muy probablemente, también, con el propósito de intimidar al «enemigo». El hecho de que en la foto, supuestamente tomada por Orlando Lagos, aparezcan varios carabineros detrás de Allende, sirve como una suerte de confirmación adicional de que el avión en cuestión tiene que haber sobrevolado La Moneda antes de que las tanquetas de Carabineros abandonaran sus posiciones de defensa del Palacio, es decir, cerca de las 10 de la mañana, y no poco antes del bombardeo aéreo, lo que ocurrirá casi dos horas después.

De modo que a partir de estas observaciones puede afirmarse, con un alto grado de certeza, que las fotos (8) del Presidente con fusil al hombro y casco debieron haber sido tomadas pocos minutos antes de las 9 de la mañana del 11 de septiembre. Pero, además, aquí se nos plantea una pregunta que por mucho tiempo han venido haciéndose periodistas e historiadores: ¿fue esta la última fotografía de Allende con vida? Premunidos de las conclusiones arriba indicadas, creemos que es posible dar ahora una respuesta definitiva a esta cuestión.

En un artículo escrito por el afamado fotógrafo argentino Amadeo Bécquer Casaballe, fechado en 1997, se relatan las circunstancias en que otro fotógrafo transandino, Horacio Villalobos, de la United Press Internacional (quien había llegado a Santiago el 10 de septiembre con el fin de tomar algunas fotografías del Presidente durante una entrevista que le haría al día siguiente la revista norteamericana *Times*), abandona su hotel y decide salir a tomar algunas fotos en torno a

La Moneda, en los momentos mismos en que el Golpe se encuentra en plena marcha. Bécquer Casaballe relata así lo que vivió Horacio Villalobos aquella mañana:

En ese momento las tanquetas se retiran y los carabineros dejan la Plaza. Fue entonces cuando por una de las ventanas del primer piso [*sic*] [en realidad se trataba del segundo como se ve en la foto] Allende se asoma para constatar que lo estaban abandonando a su suerte. Yo tenía dos cámaras, una con un zoom y la otra con un gran angular. Me pongo a correr y grito: «Allende, Allende». Al lado mío corría Arielo Netto, un camarógrafo amigo, uruguayo, que era más respetuoso y gritaba: «Señor Presidente, Señor Presidente». Esa cuadra de La Moneda había estado realmente desierta y entonces sucede algo mágico: justo aparecen caminando unos chicos que nos habían escuchado, Allende vuelve a abrir el balcón y hace un saludo fugaz. Yo tomo dos fotografías con el gran angular, para que se vean los chicos. Uno de ellos se dirige a Allende y le dice: «Deles duro compañero Presidente». (9)

Como conocemos la hora en que las tanquetas de Carabineros abandonaron los alrededores de La Moneda («poco antes de las 10 de la mañana [*sic*]»), podemos sostener con entera confianza que la foto de Horacio Villalobos, tomada después de aquella hora, al Presidente saludando a varios estudiantes, desde una de las ventanas del Palacio Presidencial, es efectivamente, su última foto con vida. Mientras que las fotografías tomadas dentro del viejo edificio de Toesca, con ser de un valor expresivo y dramático mucho mayor, son anteriores, por lo menos en una hora.

Pero aún queda un detalle por aclarar, porque en el artículo citado de Bécquer Casaballe se contiene una afirmación, basada sobre información equivocada, que es preciso corregir. Dice el fotógrafo argentino que la foto que hemos estado examinando «en realidad había sido obtenida varios meses antes, en junio de 1973, durante el fallido golpe militar conocido con el Tancazo». Esto, manifiestamente no es así, porque no cabe duda que aquellas famosísimas fotos fueron tomadas la mañana del 11 de septiembre, tal como lo hemos demostrado aquí por medio de evidencias indirectas, entre las que se cuentan las propias declaraciones del fotógrafo Horacio Villalobos,

citado por el propio Casaballe. Pero si a alguien le quedara alguna duda al respecto, bastaría con observar con algún detenimiento la también conocida foto aquella en que se ve a Allende muerto sobre una camilla militar de lona (10), en la que a pesar de su insuficiente iluminación y baja resolución pueden distinguirse claramente la chaqueta de *Tweed* y el *sweater* de dibujos romboidales, que el Presidente se puso temprano aquella fría mañana, luego de haber sido informado que el Golpe ya se había puesto en marcha en el puerto de Valparaíso.

NUEVAS CONSIDERACIONES SOBRE LAS ÚLTIMAS FOTOS DE ALLENDE CON VIDA

Mientras escribía la presentación del relato contado por los hijos del fotógrafo Leopoldo Vargas, quien efectivamente tomó aquellas fotos históricas de Allende en el interior de La Moneda la mañana del Golpe (véase el anexo a este libro), mi amigo Iván Tamayo, luego de leer el presente artículo, me hizo saber, vía Internet, que mi conclusión de que la foto de Horacio Villalobos habría sido la última tomada al Presidente con vida, no podía ser correcta. Entre otras razones porque

si la primera foto, la de Allende hablando por teléfono, fue tomada por Vargas alrededor de la tercera alocución (8:45) y él ya tiene el casco puesto, no tiene sentido que se lo hubiera quitado para salir al balcón. Así es que la primera foto, en el interior de La Moneda, habría sido tomada alrededor de las 8:45, por lo que sitúo la del balcón, tomada por Villalobos, antes de esa hora.

Esta consideración de Iván Tamayo me pareció correcta (no así su estimación de la hora en que habría sido tomada la foto de Allende en el balcón), y me motivó a reexaminar mi conclusión acerca de cuál fue la última foto de Allende con vida. En primer lugar, creemos que es posible corregir y refinar la cronología de aquellos hechos, haciendo uso de otros testimonios aparecidos más recientemente. Por ejemplo, las declaraciones de Benito Jaramillo Arancibia, un ex alumno del Instituto Comercial No. 9 de Santiago, y uno de los jóvenes que aparecen en la fotografía tomada por Horacio Villalobos, quien 35 años después ha contado su propia versión de aquellos instantes en que Allende se asoma por uno de los balcones de La Moneda y los saluda. Según estima Jaramillo, esto tuvo lugar cerca de las 9 de

la mañana, lo que al parecer habría calculado él a partir del hecho de que aquel día el director del Comercial No.9 los hace abandonar el colegio a las 8:30 hrs., y dada la proximidad del local de aquel establecimiento, ubicado en la calle Amunátegui, con el Palacio Presidencial, los alumnos no podrían haberse demorado más de media hora en llegar a La Moneda (10).

Por su parte, el fotógrafo Villalobos, en el documental titulado «*Looking for an Icon*», declara que él habría tomado su foto de Allende a las 9:20 de la mañana. Mientras que el altamente preciso Pierre Kalfon señala, en la completa cronología de su excelente libro, que Allende se habría asomado al balcón a las 8:55 de la mañana. Cito el pasaje completo, que he traducido de la edición original francesa de 1998, por no tener a mano una versión castellana:

8:55 hrs: En torno a La Moneda, se escuchan ruidos de motores. Son los tanques de Carabineros, apostados frente al Palacio para defenderlo, que se retiran. Allende abre una ventana del segundo piso para darse cuenta de la situación. Da rápidas miradas de derecha a izquierda. Algunas docenas de personas en la plaza, frente al Palacio, se dan cuenta de su presencia y lo aplauden. El responde con un breve saludo, y vuelve a la oficina. (Pierre Kalfon, *Allende. Chili: 1970-1973. Chronique*, Atlantica, Biarritz, 1998, págs 265-266)

Estimamos como más próximos a la realidad, los testimonios confluyentes de Benito Jaramillo y Pierre Kalfon (separados por una diferencia de solo 5 minutos), mientras que la hora indicada por el fotógrafo Villalobos (9:20) nos parece demasiado tardía, porque como se sabe en aquel momento se había iniciado ya el ataque militar a La Moneda, y Allende, como lo indica Iván Tamayo, no pudo haber sido tan imprudente como para asomarse, sin casco y desarmado, por una ventana de La Moneda asediada, exponiéndose a ser alcanzado por las balas de algún francotirador. Es decir, él debió haberse asomado entre las 8:55 y las 9 de la mañana de aquel día, y por lo tanto Villalobos debió haberle tomado a esa misma hora aquella foto en que aparece saludando. Ahora bien, si esta estimación es correcta, las fotos de Leopoldo Vargas serían posteriores, y por tanto las últimas que se le tomaron al Presidente, aunque con una

diferencia de unos cuantos minutos, dado que en la más conocida de ellas, aparece él, así como sus escoltas armados, mirando al cielo, en una expresión que no puede interpretarse de otro modo sino como una reacción natural al estruendoso paso de, al menos un Hawker Hunter, por sobre los techos de La Moneda. Esto, como indicamos, pareciera haber ocurrido «casi a las 9 de la mañana», pero también pudo haber tenido lugar minutos después, dado que el o los aviones golpistas, no hicieron una sino varias pasadas sobre el palacio presidencial cerca de aquella hora.

Finalmente, respecto a mi errónea conclusión original, en cuanto a que la última foto de Allende con vida habría sido tomada por Horacio Villalobos, se explica por la información incorrecta en que se basaba acerca de la hora de partida de las tanquetas de Carabineros de enfrente al Palacio de La Moneda. Esto no ocurrió a las 9:45, como yo lo registro erróneamente en la cronología que figura al final de mi libro (pág. 230), sino a las 8:55, como lo indican Kalfon y otros. *De manera que las últimas fotos de Allende con vida no las habría tomado el argentino Villalobos, sino el chileno Leopoldo Vargas, fotógrafo de la Presidencia de la República.*

NOTAS

- (*) Versión modificada del artículo publicado originalmente en *piensaChile.com* el 25 de junio de 2007, y que fuera reproducido por la *Agencia Nova*, de Buenos Aires, el día 9 de julio de 2008.
- 1 Camilo Taufic, «La secreta historia del Chico Lagos», Diario *La Nación*, de Santiago, Domingo 4 de febrero de 2007.
 - 2 Véase el anexo al final de este libro.
 - 3 Camilo Taufic, Art. Cit.
 - 4 Como se mostrará más abajo, esta no es la hora a la que se retiran de enfrente de La Moneda las tanquetas de Carabineros, pues eso ocurrió casi una hora antes. Según Kalfon exactamente a las 8:55 de la mañana. Este error mío me hizo extraer la conclusión equivocada en lo que se refiere a cuál habría sido la última foto de Allende con vida.
 - 5 La foto completa, que a menudo se publica recortada, muestra, aparte del miembro del GAP Luis Fernando Rodríguez Riquelme, quien, unos pasos más adelante, flanquea por la izquierda a Allende con su fusil AK 47 listo para disparar, a otro escolta, Héctor Daniel Urrutia Molina, igualmente armado, que protege al Presidente por su derecha. En el fondo se ve, atravesando el umbral de una gran puerta, al doctor Danilo Bartulín, un poco más atrás a un oficial de Carabineros y la cabeza de otro uniformado que pareciera llevar casco.
 - 6 Mario López Tobar, Op. Cit, págs. 118-119.
 - 7 El siempre bien informado redactor de *Le Monde*, Pierre Kalfon, registra este hecho de manera admirable en su presentación cronológica de los hechos: «11 de septiembre, 9:00 hrs: Aviones de caza Hawker Hunter pasan en vuelo rasante [sobre La Moneda] con un ruido ensordecedor. Una forma de impresionar y a la vez de tomar las marcas [para el ulterior bombardeo]. Pierre Kalfon, *Allende. Chili: 1970-1973. Chronique*, Biarritz, Atlantica, 1998, pág. 266.
 - 8 Uso el plural porque la foto que hemos examinado y comentado aquí forma parte de una serie de varias que, evidentemente, fueron tomadas con segundos de diferencia una de la otra, según puede apreciarse, por ejemplo, en las páginas 196 y 197 del libro *Salvador Allende. Una época en blanco y negro*, de la escritora Alejandra Rojas, que contiene un gran número de notables fotografías de Allende.
 - 9 Véase: A Bécquer Casaballe, «La última fotografía de Salvador Allende», <http://www.chilevive.cl/homenaje/allende/allende-foto.shtml>. En su importante libro el embajador norteamericano Nathaniel Davis escribe, a propósito de esta foto: «En La Moneda, Allende aparece en un balcón abierto un poco después de las 8 A. M., y fue retratado en una foto publicada más tarde en todo el mundo». Véase: *The Last Two Years of Salvador Allende*, Ithaca, Cornell University Press, 1985, pág. 245. Dado que la hora de partida de las tanquetas de Carabineros está solidamente establecida (8:55), la hora indicada por Nathaniel Davis es, sin duda, incorrecta.
 - 10 Véase el correo de Benito Jaramillo al CEME, Centro de Estudios Miguel Enrique, <http://www.blogsuc.cl/2006/10/10/la-fotografia-de-prensa-testigo-involucrada-y-espejo-de-identidad/>.

13. Los infartos de Allende. Una nota médico-detectivesca ^(*)

«Anima sapiens non timet mortem»

Giordano Bruno

Muchos de los que no conocieron a Allende, o solo lo conocieron superficialmente, se sorprenden ante el valor, sangre fría y autocontrol demostrados por él, el día 11 de septiembre. En realidad estas cualidades estuvieron presentes desde siempre en la personalidad y la conducta del líder popular. Todo lo que, en cuanto a ello, hizo el Golpe fue crear las condiciones que pondrían ante los ojos atónitos de su pueblo aquellas virtudes heroicas, dignas y viriles, que adornaban la personalidad y figura del Presidente, las que no eran en absoluto desconocidas para aquellos que tuvieron el privilegio de tratar con él de muy cerca (1).

Si hay hechos de la vida de Allende que pusieron repetidamente en evidencia su extraordinario autocontrol, valor y sangre fría, aunque lo hicieran ante un reducido grupo de estrechos colaboradores, fueron las diferentes anginas, infartos o preinfartos, que debió sufrir por lo menos entre 1965 y 1972. Los datos de los distintos episodios cardíacos han estado allí, como quien dice, ante la mirada pública, ya por muchos años, pero por lo que sabemos, hasta ahora nadie se ha dado el trabajo de documentarlos, establecer su cronología, ni presentarlos en una narración coherente. Esto es, precisamente, lo que intentaremos hacer a continuación.

Gracias a los relatos de Ozren Agnic, del doctor Oscar Soto, Osvaldo Puccio, Carlos Jorquera y Eduardo Labarca, es posible establecer y documentar con un alto grado de verosimilitud la existencia de una serie de episodios cardíacos que habrían afectado a Allende a lo largo de siete años. Cuatro de estos cinco autores estuvieron vinculados estrechamente a él en diversas épocas de su vida, dos de ellos fueron sus secretarios privados, uno su cardiólogo, otro su

secretario de prensa en La Moneda, mientras que el quinto y último puede considerarse muy cercano a aquél, por ser el hijo de un gran amigo y colaborador de Allende, don Miguel Labarca (2). Por cierto, nos referimos aquí a aquellos episodios de los que quedó algún registro, porque es posible que Allende haya tenido otros, anteriores o posteriores a las fechas más arriba indicadas, de los que no habría quedado ningún informe oral, o constancia escrita conocida. Hubiera sido de gran ayuda en esta investigación haber podido consultar las fichas médicas del Presidente, pero, desgraciadamente, esto es algo que escapa enteramente a nuestras posibilidades actuales (3).

He aquí el relato que hace Ozren Agnic, quien fuera entonces secretario de Allende en el Senado, del episodio cardíaco que el Presidente tuviera en 1965, el primero que se le conoce:

A poco de asumido Frei Montalva, Salvador Allende concurrió a la Subsecretaría de Vivienda para alguna gestión propia de su cargo en el Senado de la República. El subsecretario era Juan Hamilton Depassier, amigo personal de Laurita Allende y nombrado muy joven por el presidente Frei en ese cargo al crear el Ministerio de la Vivienda. En el despacho de Hamilton inesperadamente Salvador Allende sufrió un desmayo. Fue trasladado con la mayor discreción y urgencia a una clínica que, si mal no recuerdo, era la Santa María. Allí lo atendió el doctor Armas Cruz, cardiólogo y buen amigo personal de Allende. Con inquietud por el estado de su colega y amigo, diagnosticó que el desmayo había sido producto de un infarto. Atendido muy a tiempo, la embolia no pasó a mayores. Afortunadamente nunca más se repitió. (4)

En realidad, aquel infarto no fue sino el primero de varios episodios que sufrirá Allende en años posteriores, pero al dejar de ser su secretario en aquel mismo año 1965, Ozren Agnic no alcanzará a enterarse de su existencia. En cuanto al siguiente infarto, el de 1970, en la introducción de su libro testimonial *El último día de Salvador Allende*, escribe el doctor Oscar Soto, cardiólogo del Presidente:

El tratamiento de su angina de pecho lo hicimos manteniendo casi todas las actividades electorales programadas. Diariamente Vera Weinstein pasaba por la casa de Guardia

Vieja y extraía la sangre que procesaba el químico Juan Varleta en el laboratorio del Instituto de Neurocirugía, y que nos daba la base para el tratamiento anticoagulante. Felizmente nunca más hubo una complicación ni tampoco se repitió el episodio de dolor de junio de 1970. (5)

Pero, ¿a qué angina se refiere exactamente aquí el doctor Soto? Algo, telegráficamente, unas cuantas páginas más adelante nos da la respuesta:

Mi relación médica y de amistad con Salvador Allende había comenzado en junio de 1970, cuando fue llamado a atender un episodio coronario agudo que se le había presentado una fría mañana en que caminaba por la calle Huérfanos acompañado por el Senador del Partido Radical Hugo Miranda. (6)

Por fortuna, en su libro reciente Eduardo Labarca describe este incidente con mucho mayor detalle, basado en información obtenida en una conversación telefónica, de octubre de 2007, con el ex senador radical. Aunque el mes por él indicado no sea junio, sino abril de 1970. Relata Labarca:

A fines de abril de 1970, faltando cuatro meses para la elección, la candidatura de Allende roza la catástrofe. Son las siete de la tarde, oscurece, Allende ha salido a pie desde el Senado, en compañía de su colega Hugo Miranda, en dirección a Radio Portales, donde debe grabar una alocución para el Primero de mayo. Cuando va a cruzar la calle Bandera a la altura de los tribunales, un microbús desbocado obliga al candidato a dar un salto tenso hacia delante para no ser arrollado. Miranda ha quedado atrás y se le reúne frente al restorán El Rápido, donde Allende se afirma en un kiosco de diarios. «Si yo sé algo de medicina, acabo de tener un infarto», dice Salvador Allende con la mano en el tórax. Pasa por allí el periodista Carlos Cruz Arjona, y Allende le pide que le compre pastillas de nitroglicerina en una farmacia cercana. Con la pastilla salvadora bajo la lengua, aguantando el dolor, devolviendo el saludo de los transeúntes, llega con Hugo Miranda a la Radio Portales, en Ahumada con Agustinas, donde explica al gerente Raúl Tarud que no puede grabar ese día. Desde

la radio, Miranda llama disimuladamente al cardiólogo Gonzalo Sepúlveda Dagnino, cuya consulta queda a pocas cuadras. Hacia allá se dirigen a pie. Desde la consulta Hugo Miranda avisa a la Payita. Allende es llevado al Hospital José Joaquín Aguirre, donde el electrocardiograma pone en evidencia una crisis coronaria aguda. En el círculo íntimo del candidato saltan las alarmas. La noticia sería una bomba: ¡Allende incapacitado para gobernar! En Guardia Vieja, se instala en secreto una clínica de emergencia. El doctor Oscar Soto, joven cardiólogo llamado por Beatriz, dirige el tratamiento a base de reposo y anticoagulantes. Las muestras de sangre las toma a domicilio la bioquímica Vera Weinstein y los análisis de laboratorio los efectúa discretamente el químico Juan Varleta en el Instituto de Neurocirugía. Salvador Allende permanece en cama atendido por dos enfermeras de lujo: la Payita de día y Beatriz de noche. Allende ha suspendido sus apariciones públicas y los rumores vuelan. Un periodista da la noticia del infarto, pero cae el desmentido: el candidato guarda cama debido a un resfriado. El tratamiento de urgencia se prolonga un par de semanas y la buena salud de Allende termina imponiéndose. Como médico, Tati se opone a recortar drásticamente la agenda de su padre, pues estima que la hiperactividad que lo caracteriza contribuye a vitalizar su organismo y que él no puede vivir de otra manera. En Guardia Vieja la situación es singular: al marido lo cuidan la hija y la vecina, mientras la esposa se desplaza en puntillas. El 26 del mes de junio, el cumpleaños del convaleciente candidato se celebra en casa de un médico amigo. (7)

Carlos Jorquera, asesor y amigo del Presidente, se refiere conjuntamente a los siguientes episodios cardíacos que lo afectaron, durante julio de 1970, es decir, un mes después de que se produjo el anterior:

... un par de meses antes de las elecciones [presidenciales] el corazón le anduvo jugando una mala pasada. Al parecer el problema comenzó con una tremenda mojada que se dio en Concepción cuando en plena noche penquista, salió corriendo a colaborar con los bomberos que trataban de apagar un incendio en uno de los locales de la campaña. *Días después sufrió una especie de infarto en pleno centro de Santiago.* Felizmente iba acompañado de Osvaldo Puccio,

quien enfrentó la situación con gran entereza y eficiencia. Ninguno de los muchos transeúntes que saludaban al candidato se dio cuenta de lo que le estaba sucediendo. Tuvo que guardar reposo algunos días. Como era de prever, el hecho de que estuviera en su casa sin salir a la calle dio pie para un carnaval de especulaciones, avivado por la imaginación y los malos deseos de sus adversarios. (8)

La forma como Jorquera presenta estos episodios induce a confusión, de modo que es necesario separarlos y ponerlos en el orden adecuado. Es decir, *el tercer infarto se produjo en Concepción, y continuó en Chillán*, en algún momento del mes de julio de 1970. Mientras que *el cuarto tuvo lugar en Santiago*, pocos días después del anterior.

En su libro testimonial titulado *Un cuarto de siglo con Allende, recuerdos de su secretario privado*, Osvaldo Puccio describe el episodio cardíaco ocurrido en Concepción, y su secuela en la ciudad de Chillan, de la siguiente manera:

En concepción se organizó una gran concentración. Después había una comida en el Comando. Recién empezábamos cuando se nos avisó que muy cerca se [estaba] incendiando un Comando de la candidatura de Allende. Salimos corriendo. Ya habían llegado los bomberos y trataban de apagar las llamas que destruían la vieja casa de madera. Pasó un bombero y mojó a Allende por completo, fue una cosa absolutamente casual. No se había dado cuenta quien estaba ahí. Después de haber tomado algunas fotos volvimos a la comida. Yo aconsejé a Allende que se fuera a cambiar ropa, pero estábamos bastante lejos del hotel.

Al poco rato el doctor se puso muy colorado. Dijo que mejor se iba a cambiar ropa y que volvería después. Evidentemente no se sentía bien. Se le notaba una cara afebrada. Yo calculé cuánto tiempo necesitaba para llegar al hotel y lo llamé por teléfono. Allende se había acostado y me pidió que lo excusara ante los compañeros. Con un médico me fui al hotel. El médico examinó a Allende. Tenía fiebre, pero me insistió en tomarse solo unas aspirinas.

Al otro día debíamos seguir a Chillán. Salimos al medio día. Ahí recorrimos algunas poblaciones. Era un día extraordinariamente helado. Para la tarde se había organizado un acto en la plaza frente a la sede de la Universidad de Chile en Chillán. Era vicerrector de la Universidad, en ese momento, Julio Estuardo. Y cuando saludó a Allende, habló de los compañeros profesores y alumnos. Fue la primera vez que vi una actitud tan valiente [de parte de una autoridad académica]. Se había montado un estrado en una parte donde golpeaba el viento muy fuerte. El doctor dijo su discurso con voz ronca y se fue de inmediato al hotel. Se sentía mal. Habíamos previsto volver a Santiago el día siguiente en auto. Pero Allende prefirió irse esa noche en tren. Una vez en casa no guardó cama; pero, por lo menos, se quedó dos días en la casa.

Esto dio lugar a diversos rumores con respecto a la salud de Allende. Unos decían que Allende tenía un cáncer a la garganta. Otros hablaban de cáncer a los pulmones.

Y a continuación Puccio procede a relatar el cuarto episodio cardíaco del Presidente, ocurrido en Santiago:

Un día en el mes de julio [de 1970], el doctor tenía que hacer una diligencia en el centro. Yo me había quedado un poco atrás para comprar cigarrillos. Cuando volví a su lado se había afirmado en un kiosko. Estaba muy pálido. Volvimos muy lentamente hacia el auto. Deseché mi primera idea de ir a buscar el coche, para no dejarlo solo. No se afirmó en mí, pero respiraba entrecortadamente al caminar, como si le faltara un poco de aire. Después de unos 20 o 30 metros comenzó revivir. A cada rato pasaba gente que lo saludaba, y él contestaba como lo hacía habitualmente. Nadie se dio cuenta de que algo no andaba bien. En la esquina de Compañía con Bandera, el doctor me pidió que trajera rápido el auto.

Cuando llegamos a su casa, lo estaban esperando dos personas. Las hizo pasar al escritorio, pero después les pidió que se fueran, porque [supuestamente] tenía que hacer un llamado de larga distancia que duraría bastante tiempo.

Esa noche los dolores le volvieron nuevamente y, tal vez, más fuertes. Hizo llamar al doctor Oscar Soto. Este

hombre tenía entonces unos 31 años, con la apariencia de ser incluso más joven, muy deportivo, con el estetoscopio en el bolsillo. A mí no me daba la impresión de que fuera el médico indicado para el compañero Allende y le pregunté a Tati por qué había llamado a ese mocoso, y no al mejor cardiólogo que había en Chile. Me contestó que [él] era el mejor cardiólogo, además de ser el médico en el que Allende tenía confianza. Ella tenía razón, Allende pasó la noche no muy bien. Estábamos dudando si había que hospitalizarlo, pero finalmente lo evitamos.

Nunca contamos que Allende había tenido un ataque cardíaco. Dijimos que era una gripe. A pesar de esto, su enfermedad se prestó para todo tipo de especulaciones. Incluso algunos dirigentes de la Unidad Popular iniciaron gestiones para retirar la candidatura de Allende. Sostenían que un hombre que había tenido un infarto no podía ser elegido presidente.

Pocos días después, un jueves, Allende tenía que grabar un programa de televisión. No ir significaba activar los rumores de una grave enfermedad. Acababa de [verse] un programa con Alessandri, donde le temblaban las manos. El programa le causó mucho daño. Su propia gente lo abandonó al ver que ya no podía controlar sus manos. Teníamos que considerarlo al decidir si Allende iba o no iba a la televisión.

El doctor Soto dio su consentimiento, pero subrayó que tenía que hacerlo con mucho cuidado. Esta aparición en las pantallas fue seguramente una de las más duras pruebas por las que pasó Allende. El programa duraba más de una hora y él tenía que responder muchas preguntas. ... Nadie notó que el doctor estaba enfermo, debe haberle costado un enorme esfuerzo. Lo que hizo Allende se día fue admirable. (9)

Buscando algunas pistas que nos indicaran otros posibles infartos, volvemos a leer el libro de Osvaldo Puccio y encontramos el siguiente y sospechoso pasaje, referente a lo ocurrido en el mes de marzo de 1971, un día de mucho calor en la ciudad de Punta Arenas:

Llegamos en la tarde para participar en una reunión en la estrecha sala de sesiones de la Municipalidad. Yo estaba con el doctor Oscar Soto, médico de Allende y los edecanes. De repente noté que Allende se puso pálido y empezó a respirar muy fuerte. Allende comenzó su discurso... (10)

Curiosamente, en los pasajes siguientes se contiene una detallada descripción del contenido del discurso que Allende pronunció en aquella oportunidad, pero no se dice una sola palabra acerca del supuesto episodio cardíaco, que obviamente, tiene que haber afectado entonces al Presidente. Es como si Puccio, luego de comenzar a describir aquel hecho, se hubiera olvidado de él, o hubiera cambiado de parecer. Por cierto, hay aquí dos pistas sumamente significativas: 1. la referencia al doctor Oscar Soto, y 2: la descripción de dos síntomas característicos de algún tipo de problema cardiovascular que en ese momento experimentó Allende, es decir, la palidez súbita y la hiperventilación. Pero lo más extraordinario, casi sobrehumano, es que Allende haya podido no solo continuar, sino incluso dar término a su discurso de aquel día.

Sin embargo, sorprendentemente, en su libro testimonial Carlos Jorquera nos relata un episodio ocurrido Punta Arenas, pero que resulta ser enteramente diferente:

Al atardecer del primer día [en Punta Arenas], Chicho, cuando iba a comenzar a subir hasta el último piso de la Intendencia [según Puccio se habría tratado de la Municipalidad] tuvo un disgusto con el Intendente. No fue nada muy grave, sólo [algo] motivado por las innovaciones al programa de la visita que habían introducido los puntarenenses con un criterio exageradamente regionalista y contrario a lo que habían diseñado los edecanes. Chicho hizo un notorio gesto de disgusto y se lanzó a subir corriendo por la escalera. Al llegar al final lanzó un grito y cayó de espaldas. Inconsciente y con una palidez que presagiaba lo peor. Fueron momentos impresionantes. Cuando sus acompañantes todavía no se ponían de acuerdo acerca de qué era lo primero, el Presidente se levantó de un salto y riéndose les dijo:

¡Ajá... Si solo quería saber lo que eran capaces de hacer en caso de apuro! (11)

Puesto que los relatos de Puccio y Jorquera son tan claramente diferentes, aunque ambos ocurrieran en Punta Arenas, creemos que debió tratarse de dos episodios cardiovasculares diferentes. Una caída puede simularse, pero ni el más grande de los actores profesionales hubiera conseguido imitar la súbita palidez del rostro. Por lo demás, las causas externas inmediatas estaban presentes allí aquel día: el calor excesivo, un disgusto, el esfuerzo que demanda subir una escalera. Por cierto que Allende tenía que buscar el modo de evitar que todos los allí presentes se dieran cuenta que había sido afectado por un problema cardíaco. Como siempre, su autocontrol, sangre fría y presencia de ánimo le permitieron salir del paso y ocultar, ante partidarios y opositores, la existencia de aquel episodio.

Aunque nos parece dudoso que los hechos relatados más arriba por Carlos Jorquera hayan correspondido a una simple humorada, existe al menos en un caso conocido en el que Allende le juega una broma algo macabra a uno de sus médicos al simular un ataque cardíaco. He aquí como lo cuenta Max Marambio:

Una vez que el doctor Girón [*sic*], su cardiólogo (12) entró a su despacho para chequearlo, Allende calló muerto como un pollo. Girón salió pidiendo ayuda a gritos y todos nos movilizamos sorprendidos y asustados. Pero cuando reingresamos a la habitación Allende estaba allí riéndose a pleno pulmón de su ocurrencia. (13)

A continuación Carlos Jorquera relata así otro posible episodio cardíaco, el séptimo que Allende habría tenido, y que lo afectó en el segundo año de su gobierno:

Tiempo después, a mediados del 72, [el Presidente] sufrió otra especie de *shock*, durante una concentración en Talca. El estadio estaba repleto, no cabía nadie más, ni en la cancha. Ya era de noche cuando Chicho comenzó a hablar.

El Negro Jorquera relata la escena:

Estaba sentado cerca de la tribuna de madera desde la cual el Presidente inició su discurso. De pronto advertí que algo andaba mal. Incluso me dio la impresión de que había estado a punto de perder el equilibrio. Haciéndome el de las chacras, y corriendo el gravísimo riesgo de aparecer

como un abyecto cortesano, me paré y me puse a su derecha, para que me viera. Me hizo un gesto muy rápido, pero que equivalía a todo un mensaje. Tratando de que nadie más se diera cuenta, pedí a uno de los escoltas que hiciera traer el auto del Presidente (un Fiat 125) a los pies de la tribuna, con las puertas abiertas y con el motor encendido. No sé como pudo terminar su discurso. Lo cierto es que lo hizo y nadie se dio cuenta de que no se sentía bien. ¡Cómo sería lo mal que estaba que me dijo: «Negrito... Y puso su brazo derecho en mi hombro y así empezamos a abrirnos paso entre toda esa multitud que quería abrazarlo, felicitarlo, en fin expresarle su cariño. Llegamos al auto y Chicho en vez de meterse inmediatamente, se apoyó elegantemente en una de las puertas del Fiat, y comenzó a responder los aplausos y a estimular a sus partidarios. Estoy seguro que si no nos ponemos «duros» hubiera comenzado ahí mismo otro discurso... (14)

A la luz de los antecedentes hasta aquí examinados, cabría preguntarse si acaso Allende habrá tenido algún infarto o preinfarto, durante el curso del año 1973, tan lleno de tensiones para él, a causa del empecinamiento del Imperio y de la derecha tradicional y demócratacristiana chilenas, por conseguir el derrocamiento de su gobierno. Si tuvo algún nuevo episodio cardíaco en el año del Golpe, hasta donde sabemos, no ha quedado registrado en ninguno de los relatos conocidos que fueron escritos por sus amigos y partidarios más leales.

Recapitulemos, finalmente. En las páginas precedentes hemos mostrado que Allende habría tenido 7 episodios cardíacos en el espacio de siete años, pues contamos la caída en Punta Arenas como un infarto encubierto. El *primero* ocurrió en 1965, en Santiago; el *segundo*, también en Santiago, en abril o junio de 1970; el *tercero* en julio de ese mismo año, en Concepción y Chillán; el *cuarto* en el centro de Santiago, en Julio de 1970, el *quinto* y *sexto* en marzo de 1971, en Punta Arenas, y el *séptimo* y último a mediados de 1972, en Talca. Desde el punto de vista médico, puede observarse como la frecuencia de aquellos episodios se fue incrementando a partir del momento en que Allende es nombrado candidato y luego asume la presidencia. Pasaron cinco años entre el primero y el segundo infarto, pero menos de un año entre el segundo y el tercero; y el cuarto ocurrió en el mismo mes del anterior. Significativamente,

transcurrieron 8 meses entre el cuarto y el quinto infarto, pero debieron pasar cerca de 15 meses antes de que se produjera el sexto episodio cardíaco, el último y más cercano a la fecha del golpe. Por cierto, no tiene nada de sorprendente que se haya producido un incremento de la frecuencia y el número de episodios cardíacos del Presidente, dadas las enormes tensiones a las que se vio sometido a lo largo de los casi tres años de su gobierno. Lo curioso es que no se haya producido un solo episodio al acercarse la fecha del Golpe. Pero lo más extraordinario es que fuera capaz de resistir, dominar, ocultar y sobreponerse a cada uno de aquellos episodios cardíacos, siempre gracias a su extraordinario autocontrol, sangre fría y presencia de ánimo. Hombres menos voluntariosos y empecinados hubieran sido dominados por el dolor y el malestar, y se hubieran hecho internar por largos períodos en una clínica. Si Allende no hubiera tenido aquellas capacidades en grado superlativo, con toda seguridad, la historia reciente de Chile hubiera sido completamente diferente.

Finalmente diremos algo sobre una última cuestión conexas. No faltarán, entre sus detractores y enemigos, quienes argumenten que al no haber revelado públicamente Allende aquellos problemas de salud habría engañado a su pueblo. Pero esta consideración es sumamente discutible, puesto que estas dolencias podían, y fueron, tratadas médicamente, no eran inhabilitantes, y como lo ha demostrado la historia, no le impidieron a Allende cumplir con ninguna de sus tareas y responsabilidades, como líder de la izquierda y como Presidente de la República.

Es así, entonces, que al producirse el anunciado golpe de Estado el 11 de septiembre de 1973, el hombre que decide enfrentar el alzamiento militar con las armas en la mano, y que cuando ya no queda ninguna esperanza, en un acto de suprema dignidad y valor se quita la vida en el Salón Independencia, no es alguien cuya valentía y determinación le hubieran brotado allí como por arte de magia, sino el mismo infatigable luchador social de cualidades casi sobrehumanas, capaz de sobreponerse a las más duras pruebas, físicas y políticas, que sus más cercanos colaboradores y amigos habían conocido, y admirado, a lo largo de su tan agitada como productiva existencia.

NOTAS

- (*) Publicado originalmente, el 5 de septiembre de 2008, en el periódico electrónico *piensaChile.com*
- 1 Véase, por ejemplo, lo que al respecto escribiera el escritor y político Volodia Teitelboim sobre Allende: «Lo vi muchas veces agigantarse ante los más diferentes riesgos. Tenía pasta de valiente. Asumía las situaciones extraordinarias con impávida serenidad... su impasibilidad ante el peligro era como una emanación de una cierta virtud heroica que había en él». V. Teitelboim, «Salvador Allende: presencia en la ausencia», Revista *Araucaria de Chile*, No. 23, 1983. Este penetrante artículo ha sido reeditado más recientemente como frontispicio de una colección de 24 escritos sobre el Presidente, titulada: *Salvador Allende. Presencia en la ausencia*, que fuera editada en el 2008 por LOM, CENDA, las fundaciones Salvador Allende, de España, y Gabriel Peri, de Francia.
 - 2 Don Miguel Labarca nació en Chillán en 1909. Conoció a Allende en la Federación de Estudiantes Secundarios. Años después se vuelven a encontrar en los combates universitarios en contra de la dictadura de Carlos Ibáñez, la que lo obliga a exiliarse en Ecuador. Labarca regresa a Chile a comienzos de los años cincuenta y se produce su encuentro definitivo con Allende. A partir de ese momento abandona toda otra actividad y se dedica enteramente a colaborar con Allende en sus cuatro campañas presidenciales. Según observara en sus *Memorias*, Orlando Millas, Ministro de Hacienda y Economía bajo la UP, Labarca fue el secretario de Allende «de mayor confianza y [de] más largo tiempo».

Al llegar al poder el gobierno popular Allende lo nombra director del consejo de administración y gerente general de la Sociedad Química y Minera de Chile (Soquimich), puesto desde el cual lleva a buen término la nacionalización del salitre.

Al producirse el Golpe, Labarca y su mujer deberán partir a su exilio en París, Francia, donde finalmente fallecerá en 1989.
 - 3 Por cierto, la totalidad de la información en la que aquí nos basamos ha sido extraída de fuentes escritas conocidas y públicas, como son los libros más abajo citados. De manera que no creemos haber cometido ningún atropello a la privacidad de Allende o de su familia, a la que tienen derecho hasta los muertos. A propósito de esto, el doctor Juan Carlos Menares, quien gentilmente me ha asesorado, vía Internet, en los aspectos médicos de esta investigación, me informa que en Francia solo un juez puede autorizar la divulgación de la información contenida en la historia clínica de una persona, aunque esta ya haya fallecido.
 - 4 Ozren Agnic, *Allende, el hombre y el político. Memorias de un secretario privado*, Santiago, RIL Editores, 2008, pág. 156.
 - 5 Oscar Soto, *El último día de Salvador Allende*, Aguilar, 1998, pág. 22
 - 6 Oscar Soto, Op. Cit, pág. 49. Nos parece algo completamente inexplicable que el cardiólogo del Presidente diga aquí que Allende no volvió a experimentar posteriores episodios cardíacos dolorosos, cuando incluso el doctor Hernán Ruiz Pulido (que también era cardiólogo) estaba, sin duda, mucho mejor informado, según nos cuenta Patricia Verdugo: «El Presidente tenía

- fibrilación auricular paroxística, lo que produce arritmia cardíaca. Y eso podría jugarle una mala pasada en cualquier momento. De hecho, *sucedio tres veces durante su mandato* y por eso teníamos cerca suyo, siempre, una especie de Unidad Coronaria móvil—recuerda el doctor Hernán Ruiz Pulido». Patricia Verdugo, *Interferencia Secreta. 11 de septiembre de 1973*, Santiago, Editorial Sudamericana, 1998, pág. 60. El doctor Pulido estaría en lo cierto al afirmar que Allende habría tenido tres infartos durante su gobierno, pero, como veremos más adelante, ello depende de cómo se entiendan, y cuenten, los episodios ocurridos en Punta Arenas.
- ⁷ Eduardo Labarca, *Salvador Allende. Biografía Sentimental*, Santiago, Catalonia, 2007, páginas 223-224. Nos parece que junio, el mes indicado por el doctor Oscar Soto, debe ser el correcto. Por dos razones: 1. en el Santiago de aquellos tiempos rara vez se producían mañanas frías en abril, las que son muy comunes en junio; 2. entre abril y el mes de las elecciones, es decir, septiembre, no hay cuatro meses, como indica Labarca, sino cinco.
- ⁸ Carlos Jorquera, *El Chicho Allende*, Santiago, Ediciones BAT, 1990, pág. 317. Orlando Millas, quien, como se ve, también estuvo enterado de al menos uno de los episodios cardíacos de Allende, en este caso el de abril de 1970, escribe: «Sus colaboradores difícilmente lograban seguir su impetuoso tren de trabajo. Cuando en sus últimos años preocupaba a los facultativos cierta alteración en sus funciones cardíacas, al conversar esto con su hija Tati, médico también, me pareció acertada su opinión de que la actividad que lo caracterizaba contribuía a vitalizar su organismo, y que él no podía vivir de otra manera». Véase: Orlando Millas, *Memorias, 1957-1991 Una digresión*, Santiago, Ediciones ChileAmérica –CESOC, 1996, pág. 102.
- ⁹ Osvaldo Puccio, *Un cuarto de siglo con Allende. Recuerdos de su secretario Privado*, Santiago, Editorial Emisión, 1985, páginas 208-209.
- ¹⁰ Osvaldo Puccio, Op.Cit., pág. 23.
- ¹¹ Carlos Jorquera, Op. Cit., páginas 316-317.
- ¹² Se equivoca Marambio, porque el doctor Jirón no era el cardiólogo de Allende, sino el doctor Soto.
- ¹³ Max Marambio, *Las armas de ayer*, Santiago, *La Tercera/Debate*, 2007, páginas 77-78.
- ¹⁴ Carlos Jorquera, Op. Cit., páginas 317-318.

14. 35 años después del golpe aparece el primer estudio científico de la muerte de Allende (*)

«Toda autopsia criminal busca responder a cuatro preguntas fundamentales: la causa, el mecanismo, la naturaleza y la data de la muerte de una persona».

Doctor Luis Ravanal Z.

Desde el día 9 de septiembre de 2008 ha circulado profusamente, tanto en los medios impresos como electrónicos chilenos, la noticia de que el doctor Luis Ravanal Zepeda, un experimentado médico forense, ha puesto en duda que el presidente Allende se hubiera suicidado en La Moneda, aquella tarde el 11 de septiembre de 1973. Esta revelación fue dada a conocer por primera vez en las páginas de la revista política chilena *El Periodista* (1), donde se publicó un extenso extracto del documento en el que se contiene aquella revelación, el: Informe Pericial Analítico del Informe de Autopsia No. 2449/73, del Instituto Médico Legal de Chile correspondiente a Salvador Allende Gossens.

Las reacciones no se hicieron esperar, y aparte de algunas expresiones de apoyo y satisfacción de parte de los eternos partidarios dogmáticos del magnicidio, predominaron las opiniones contrarias a la revelación precedente. Por ejemplo, la diputada Isabel Allende, hija del Presidente, calificó la afirmación del doctor Ravanal como simplemente «absurda e incapaz de resistir el [menor] análisis». Por su parte, el doctor Patricio Guijón, que como se sabe fue el testigo clave de la muerte de Allende, declaró con gran desatino y manifiesta beligerancia: «No sé que querrá conseguir este señor Ravanal, [que] no sé si es chileno, no sé si es japonés. Médico no creo que sea... Pero yo estuve el 11 de septiembre en ese lugar [es decir, en el Salón Independencia de La Moneda], y este señor no sé siquiera si había nacido en esa fecha».

En realidad, no debieran sorprendernos tan airadas expresiones de rechazo de las conclusiones del examen metapericial hecho por el doctor Ravanal, de parte de los defensores de la «versión oficial» de la muerte del Presidente, quienes hace ya mucho tiempo, exactamente en septiembre de 1990, consideraron el caso como definitivamente cerrado, a pesar de que nunca se hizo una verdadera investigación que permitiera establecer con fundamento, las causas inmediatas y circunstancias de aquel hecho. Lo que se ofreció entonces como suceso de una investigación, la así denominada «identificación» de los restos inhumados secretamente en el Cementerio Santa Inés de Viña del Mar el día siguiente al Golpe, hecha por el doctor Arturo Jirón en la medianoche del 17 de agosto de 1990, no solo no estuvo a la altura de las mínimas exigencias científico-forenses, sino que, además, evidenció el temor de los partidarios de la «verdad oficial», de que se sometieran los restos de Allende a un nuevo y verdadero examen pericial.

Pero ocurre que desde diversos sectores de la sociedad chilena se venía planteando, desde el término de la dictadura, la necesidad de que se someta aquellos restos a un imparcial y completo examen forense, que es exactamente la petición con la que el doctor Ravanal finaliza su análisis metapericial del informe de la autopsia de Allende, que, como se sabe, fue practicada por médicos militares entre la noche del 11 y la madrugada del 12 de septiembre de 1973, por orden directa de Pinochet.

Como es manifiesto, el estudio del doctor Ravanal ha venido a demostrar, una vez más, que el caso no está cerrado, que no puede estarlo hasta que se sometieran los restos del Presidente a un imparcial y completo examen, que debe ser hecho por los más calificados tanatólogos, chilenos o extranjeros, mediante el uso de la más moderna tecnología de que se dispone en este campo.

Pero, hay que preguntarse, en primer lugar, ¿quién es el doctor Ravanal? El doctor Luis Orlando Ravanal Zepeda es un hombre de solo 43 años de edad, pero con un impresionante *curriculum* y una amplia experiencia forense. Extraemos de sus antecedentes profesionales los datos que nos parecen más importantes y significativos:

Médico Cirujano, titulado en las Universidades de Los Andes (Venezuela) y de Chile, de Santiago; investigador clínico y perito forense, con 14 años de experiencia en Medicina Legal y Forense; ha trabajado 10 años como pe-

rito forense del Servicio Médico Legal, lo que en términos prácticos significa que ha efectuado miles de autopsias y redactado otros tantos informes periciales; Master en Medicina Forense por la Universidad de Valencia, España. Ha sido profesor de las cátedras de Medicina Legal en las Universidades ARCIS, Mayor, de La República y Los Andes; ha asesorado al Juez Guzmán Tapia como perito de la Corte de Apelaciones de Santiago, y es miembro fundador de la Sociedad Científica de Medicina Legal y Criminalística de Chile.

En lo que sigue nos dedicaremos a describir, explicar y comentar lo que constituye la razón y fundamento de las referidas sorprendentes declaraciones. Es decir, el estudio metapericial de los documentos relacionados con la autopsia de Allende, realizado recientemente por el doctor Ravanal, según nos cuenta él mismo, a petición de los abogados señores Roberto Celedón Fernández, un respetado abogado de D.D.H.H., y Matías Coll del Río, quienes requirieran sus servicios a título meramente personal, de acuerdo con lo declarado por el primero de estos, en una reciente entrevista concedida a la Radio Cooperativa, de Santiago.

En la introducción del examen se nos informa que los abogados Celedón y Coll solicitaron al doctor Ravanal se encargara de hacer un análisis del informe de la autopsia de Allende, en razón de que el doctor José Luis Vásquez F., un ginecólogo del Hospital Militar, no un forense, quien estuvo a cargo de la autopsia y rubricó su informe, cayó en el descrédito como consecuencia de su participación en los casos de Carmelo Soria (1976) y del niño de 6 años Rodrigo Anfruns (1979), que fueron asesinados por miembros de los aparatos represivos de la dictadura.

En el primero de estos casos, actuando como forense, Vásquez concluyó que Soria habría muerto en un accidente de tránsito, lo que le habría provocado una severa contusión cervical, con seccionamiento de la médula espinal, cuando en realidad se estableció posteriormente que Soria fue asesinado por agentes de la DINA, la policía secreta de Pinochet, quienes lo torturaron, intentaron envenenarlo con gas Sarin, y finalmente le quebraron el cuello.

En el segundo de los casos referidos, el informe forense de José Luis Vásquez concluyó que la muerte del niño Rodrigo Anfruns había

sido provocada por sofocación, lo que era consistente con la falsa explicación de que el niño habría sido asesinado por Patricio Pincheira V., un adolescente de 16 años, quien, en un ataque de locura, lo habría asfixiando aplastándole la cara contra el suelo, luego de intentar abusar sexualmente de él. Investigaciones posteriores demostraron que, en realidad, el niño había sido torturado y asesinado por la CNI, es decir, por la misma organización represiva que asesinó a Carmelo Soria, pero con un nuevo nombre.

Es decir, en los dos importantes casos en los que el doctor José Luis Vásquez participó como médico forense, peritajes posteriores refutaron las conclusiones de sus informes de autopsia, lo que pone en entredicho la objetividad y validez de aquellos peritajes, no solo en los dos egregios casos relatados, sino evidentemente, también, en el caso de la muerte del Presidente Allende.

En cuanto a los propósitos que se buscaba conseguir con esta revisión, el doctor Ravanal ha declarado que: «los abogados requirentes del presente informe han advertido que éste no está destinado a fines de carácter judicial, sino que [ellos] fueron motivados por un interés histórico en cuanto a contribuir al esclarecimiento de un hecho tan relevante como el determinar científicamente la causa de la muerte del Presidente Salvador Allende» (Ravanal, pág. 3).

Explica el doctor Ravanal: «El método de análisis... empleado en el presente informe consiste en evaluar los antecedentes documentales existentes sobre la autopsia, para determinar si los procedimientos autópsicos empleados se han ajustado al método científico, de acuerdo a la *Lex Artis* médico forense *Ad hoc* y si las conclusiones médico legales encuentran sustento en los hallazgos descritos y documentados de la autopsia y del sitio del suceso. Este método de análisis constituye propiamente una pericia autópsica, lo que en la doctrina se define como análisis metapericial». (pág 4)

Con el fin de realizar su análisis el doctor Ravanal tuvo a la vista los siguientes antecedentes documentales:

1. Informe de la autopsia No. 2449/73, practicada a Salvador Allende la noche del 11 de septiembre de 1973, y que fuera firmado por los doctores José Luis Vásquez y Tomás Tobar Pinochet.
2. Informe escrito de la Cuarta Comisaría de la Brigada de Homicidios de la Policía de Investigaciones. Servicio de Guardia de los días 11

- y 12 de septiembre de 1973. Folio No. 31, párrafo No. 1, escrito a las 16: 20 horas.
- 3 Fotos de los restos de Allende, tomadas el 11 de septiembre de 1973, por un fotógrafo forense de la Policía Técnica de Investigaciones, en el Salón Independencia de La Moneda.
 - 4 Croquis No. 15254 dibujado por el planimetrista Alejandro Osandón, de la Policía Técnica de Investigaciones.
 - 5 Foto 1416/73 del cuerpo de Allende.
 - 6 Acta del peritaje de la Policía Técnica de investigaciones, según se reproduce en el libro *Las muertes de Salvador Allende. Una investigación crítica de las principales versiones de sus últimos momentos*, Santiago, RIL Editores, 2006, pp. 126 a la 130.
 7. Declaraciones del doctor Patricio Guijón Klein al Diario *El Mercurio*, 11 de septiembre de 1974.
 - 8 Informe de la Brigada de Homicidios, de la Policía de Investigaciones, en el sitio de la muerte de Allende, de fecha 11 de septiembre de 1973.

El análisis del informe de la autopsia, se inicia con una enumeración de las omisiones técnicas e imprecisiones detectada en él por el doctor Ravanal, a saber:

1) No se fotografió el cuerpo; 2) Se omitió [enteramente] la descripción del cuello, abdomen, genitales y extremidades. Al no dejar registros fotográficos de estas zonas corporales, se hizo imposible verificar, o descartar, la existencia de lesiones en ellas; 3) fue improcedente y antirreglamentario haber realizado la autopsia en un recinto hospitalario militar, y no en el Servicio Médico Legal. El doctor Ravanal observa que este hecho impidió a los peritos poder hacer su tarea con la debida autonomía e independencia; 4) Se constatan, asimismo, una serie de fallas en la realización del procedimiento autópsico, que van desde la falta de precisión en la descripción de las prendas del vestir del Presidente, las que no fueron descritas en detalle en lo referente a su color, composición, talla, textura, etc. La misma falta de precisión pudo constatarse en lo referente a las «alteraciones debidas a depósitos de sustancias y/o restos biológicos, que pudieran provenir del cuerpo o del uso de armas de fuego». Evidentemente estas omisiones descriptivas no pueden sino afectar los datos

forenses. La misma imprecisión se observa en la descripción externa del cadáver y de las manos, que se hace en el informe de autopsia, de gran importancia para la evaluación de disparos por armas de fuego. En el mismo sentido, más adelante, entre las páginas 26 y 27 de su Informe, el doctor Ravanal se refiere a la «deficiente recolección de muestras para el análisis de residuos de pólvora, fundamentalmente a nivel de manos y de otros sitios que pudieran corresponder a orificios de entrada de proyectiles, como por ejemplo, el desgarró descrito del dorso nasal».

Haciendo una suerte de «deconstrucción» del documento bajo estudio, detallemos en primer lugar sus cuatro conclusiones finales, que a continuación procederemos a explicar y contextualizar.

1. Las lesiones descritas en el informe de autopsia del Presidente Salvador Allende Gossens, no son compatibles con un disparo de tipo suicida.
2. Se constata la existencia de a lo menos dos impactos de bala ocasionados por armas de fuego diferentes, uno que provoca un orificio de salida redondeado en la zona posterior de la bóveda craneana y el otro que hace estallar el cráneo.
3. Dado que no se describen signos de vitalidad en la herida submentoniana, es posible concluir que se trata de una herida post-mortem.
4. Se confirma que el disparo en [la] región submentoniana corresponde a los llamados de corta distancia, lo que demuestra que no ha sido un disparo efectuado a boca de jarro o con apoyo, y por lo tanto no corresponde a una lesión típica de tipo suicida.

RECOMENDACIÓN FINAL

Se recomienda altamente la realización de un segundo análisis forense de los restos por expertos, a fin de establecer con precisión la causa y la naturaleza de la muerte.

COMENTARIO

Lo que aquí aparece como la *conclusión No.1*, es en realidad, la conclusión final, y por lo tanto más general, del análisis hecho por el doctor Ravanal. Se ha llegado a ella luego de remontar una verdadera cadena de observaciones y deducciones extraídas de una atenta y detallada lectura del texto del informe de la autopsia. Basado en

las propias descripciones hechas allí de las heridas encontradas en la cabeza del Presidente, el forense descubre que, en realidad, lo que se describe en aquel no es uno sino dos orificios de bala, claramente distinguibles por presentar características contrastantes. *Conclusión No.2:* el primero correspondería a un orificio de salida de bala, de forma redondeada, ubicado en la parte posterior del cráneo; mientras que el segundo se ubicaría en la región submentoneana y sería de forma irregularmente estrellada. Estos orificios (que no solo fueron descritos en el Informe de la autopsia sino también en el Informe de la Policía Técnica de Investigaciones, redactado en forma enteramente separada), habrían sido provocados por armas de distinto calibre. El primero lo habría causado un arma de bajo o mediano calibre, probablemente una pistola, mientras que el segundo lo habría provocado un arma de alto calibre, como el fusil AK del Presidente.

La *conclusión No. 3* establece el orden temporal de las lesiones y por lo tanto de los disparos: la herida que provocó la explosión del cráneo, es decir, la que se produjo bajo el mentón, habría sido causada con posterioridad a la muerte del Presidente. La bala que lo mató correspondería a una disparada con un arma de bajo o medio calibre (con salida) en la parte posterior del cráneo.

La *conclusión No.4* establece que el disparo que siempre se ha creído causó la muerte del Presidente, es decir, aquel cuyos efectos habrían visto los doctores Guijón y Quiroga, no fue un disparo de contacto, esto es, uno efectuado con un arma apoyada directamente sobre la piel, de manera que no correspondería a un disparo de tipo suicida.

No entendemos por qué el doctor Ravanal no incluyó una quinta conclusión final, referente a una tercera herida ubicada en el segmento superior nasal y la zona ciliar interna derecha del cráneo, que podría corresponder a una lesión causada por un proyectil distinto de los anteriores. Esta parece ser una herida de entrada de proyectil, que además coincide linealmente con el orificio de salida que se encuentra en la parte posterior del cráneo.

¿Por qué, según Ravanal, las lesiones descritas en el Informe de la autopsia no serían compatibles con un disparo de tipo suicida, tal como lo señala en Informe de la autopsia? Porque de acuerdo con su análisis en el cráneo del Presidente quedaron registrados dos impactos de bala provenientes de dos armas de fuego diferentes. El proyectil que lo hizo estallar, es decir, el submentoniano, efectuado

(presumiblemente) con el fusil AK, habría provenido de un segundo disparo. Mientras que el primero habría penetrado por el entrecejo y salido por la parte posterior del cráneo. Pero lo que descarta la posibilidad que este disparo pudiera haber sido autoinflingido, es que de acuerdo con el doctor Ravanal, no habría sido hecho presionando el arma directamente sobre la piel, como ocurre, generalmente, en el caso de disparos de tipo suicida. ¿Cómo puede saber esto el médico forense? Postergaremos el examen y respuesta a esta pregunta a los pasajes finales de este anexo.

Ahora bien, ¿cómo ha podido llegar a establecer Ravanal el orden de los disparos? Es decir, ¿cómo sabe él cuál de los disparos se produjo antes y cuál después? Sin duda que basándose en un importante detalle registrado en el Informe de la autopsia, que el médico explica así:

En la descripción de los pulmones podemos constatar un hallazgo que no es concordante con una muerte instantánea, la que ocurre cuando existe una destrucción cerebral masiva por estallido de cráneo, específicamente me refiero al hallazgo que describe en los pulmones «...pequeñas hemorragias por aspiración sanguínea», tal hallazgo solo sería posible de observar en caso de sobrevida, aunque breve, pero suficiente para mantener la actividad de las funciones pulmonares respiratorias, que hubiesen permitido la aspiración de sangre al interior de los pulmones, hecho que no habría podido acontecer en el caso de una muerte fulminante por estallido de cráneo y encéfalo por disparo único. Por ello no se pudo descartar la posibilidad de sobrevida a una lesión cerebral o en otra localización, distinta a la originada por un impacto de bala con estallido de cráneo, lo que refuerza la posibilidad de la ocurrencia de a lo menos dos impactos de bala, separados por un breve lapso de tiempo, suficiente para permitir la aspiración sanguínea pesquisada al interior del pulmón. (Ravanal, pág. 24)

En otras palabras, si hubo aspiración sanguínea es porque no hubo muerte instantánea (la que hubiera sido provocada por un proyectil único que habría hecho estallar el cráneo), sino que el Presidente recibió el primer disparo (de un arma corta, es decir, de mediano calibre) y luego de un breve espacio de tiempo, recibió el segundo disparo, el que sí le provocó la explosión del cráneo.

Hagamos, ahora, una comparación término a término, que por cierto tiene un carácter interpretativo, entre las conclusiones del Informe de la autopsia y las del Análisis metapericial del doctor Ravanal, siguiendo la forma del primero de estos documentos:

CONCLUSIONES

- *Informe de autopsia*: 1. Allende fue muerto por una bala que le entró por debajo de la barbilla.
- *Análisis de Ravanal*: 1. Allende no fue muerto por una bala que entró bajo su barbilla, sino de una que, presumiblemente, penetró por la base de la nariz, saliendo por la parte posterior del cráneo.
- *Informe de autopsia*: 2. La trayectoria de la bala mortal fue de abajo hacia arriba, de adelante hacia atrás, casi sin desviación lateral.
- *Análisis de Ravanal*: 2. La trayectoria de la bala mortal no fue de abajo hacia arriba, sino de adelante hacia atrás.
- *Informe de autopsia*: 3. La muerte de Allende fue causada por un disparo «de corta distancia», es decir, uno con apoyo directo del arma sobre la piel.
- *Análisis de Ravanal*: 3. La muerte del Presidente no fue causada por un disparo de corta distancia, sino por uno de media distancia.
- *Informe de autopsia*: 4. Los residuos carbonosos encontrados en el orificio de entrada del proyectil permiten concluir que se trató de un disparo hecho con un arma directamente apoyada sobre la piel.
- *Análisis de Ravanal*: 4. Los residuos carbonosos no demuestran que se haya tratado de un disparo a corta distancia.
- *Informe de autopsia*: 5. Por lo tanto, el disparo mortal ha podido ser autoinflingido, esto es, de tipo suicida.
- *Análisis de Ravanal*: 5. Las lesiones descritas en el Informe de autopsia no son compatibles con uno (o dos) disparos de tipo suicida.

Es evidente que el papel del doctor Ravanal se limitaba, en este caso, al examen del informe de autopsia, y que no le correspondía a él formular hipótesis acerca de los posible escenarios alternativos de la muerte del Presidente. Es más, aunque se revelan allí importantes detalles forenses hasta ahora desconocidos, las conclusiones del aná-

lisis de Ravanal, aun en el caso de que fueran enteramente correctas, no pueden considerarse por sí mismas suficientes para poder resolver el enigma de la muerte de Allende. Este solo podrá, en principio, ser resuelto a partir de una especie de síntesis de la totalidad de la información relevante, correspondiente a cinco tipos de antecedentes:

1. Segunda autopsia de los restos.
2. Declaraciones de testigos, presenciales o remotos.
3. Descripción pormenorizada del estado del lugar de los hechos (Matriz)
4. Documentos forenses: Informe de autopsia, Informe de la Policía Técnica de Investigaciones
5. Escritos testimoniales e interpretativos: cartas, artículos y libros sobre la muerte de Allende.

Haciendo uso de una imagen concebida por Cristián Silva, el talentoso diseñador de la portada de mi libro sobre la muerte del Presidente, podría decirse que el puzzle de sus últimos momentos solo podrá llegar a ser completado una vez que cada una de sus piezas, forenses, testimoniales y documentales, calcen adecuadamente en el lugar que les corresponde. Pero no nos cabe duda que el doctor Ravanal ha aportado importantes, nuevas y hasta ahora desconocidas piezas a este complejo rompecabeza.

Como autor de un libro sobre la muerte de Allende, es natural que me pregunte ¿de qué manera las conclusiones del análisis del doctor Ravanal afectarían, en general, sus planteamientos centrales, y en particular la hipótesis formulada en su epílogo, según la cual el Presidente se habría dado muerte utilizando un arma corta? A ello nos referiremos a continuación.

Nos parece que en nuestra investigación hemos sido certeros en cuanto a señalar que en la muerte del Presidente hay todavía muchos misterios irresueltos, y que por tanto nadie ha dicho aún la última palabra al respecto; y podría agregar ahora, ni siquiera el doctor Ravanal.

Como lo escribiera en el 2006 al cierre del epílogo de mi libro:

... me conformaría con que la lectura de este libro consiguiera despertar la curiosidad y el interés del más amplio número de personas, tanto dentro como fuera de Chile, en torno a la necesidad de reexaminar lo ocurrido en La Mo-

neda, la tarde de aquel terrible 11 de septiembre de 1973, pues sobre la muerte del Presidente Allende aún no se dicho, ni escrito, la última palabra, ni tampoco acerca de muchos otros enigmas que rodearon el Golpe y que continúan sin haber sido resueltos.

Hace algunos días, escuchando una entrevista al abogado Roberto Celedón en la Radio Cooperativa, de Santiago, fui gratamente sorprendido por una referencia suya a algunos datos contenidos en mi libro, lo que me hizo pensar que, probablemente, aquellas palabras mías no habían caído en oídos sordos, y que tal vez mi propia investigación pudo haber contribuido en más de algo a que no se diera por cerrado el caso, y a que dicho abogado, junto con Matías Coll, hayan tomado la iniciativa de solicitar los expertos servicios del doctor Ravanal.

Un buen número de pasajes de su examen metapericial se refieren, como ya lo hemos indicado, a deficiencias y omisiones técnicas cometidas en el Informe de la autopsia, entre las que se destacan aquellas referentes a la descripción y toma de muestras de residuos carbonosos y nitrosos de las manos del Presidente, de gran importancia para poder establecer la naturaleza del o de los disparos que le causaron la muerte. Al respecto escribimos en el 2006:

Existen dos observaciones contenidas en el informe policial que es necesario examinar y explicar a la luz de nuestra hipótesis. La primera de ellas se refiere a la existencia de restos carbonosos de cierta consideración que fueron encontrados en el arco índice-pulgar de la mano izquierda del Presidente, lo que los detectives atribuyeron al hecho de que aquél habría sostenido con esta mano el cañón de su rifle AK en el momento de dispararse. Ya nos habíamos preguntado antes en relación a esto ¿cuán confiables podían ser tales indicios, y su interpretación, en el caso de una persona que ha estado disparando con armas automáticas por un espacio de casi cinco horas? Lo más curioso, y que pareciera confirmar nuestras dudas al respecto, es que en la parte del Informe de autopsia titulada: Informe No. 2782, en el que se consigna el resultado del examen de pólvora de una muestra de piel de la palma de la mano izquierda de Allende, se lee: «Piel palma mano izquierda. CARBON en pequeña cantidad. NITRATOS, negativos», es decir, la

palma de la misma mano que en el informe de la policía civil aparece impregnada de residuos carbonosos, aquí apenas si revela la existencia de vestigios de este origen. (*Las muertes de Salvador Allende*, pág. 210).

Significativamente, el doctor Ravanal hace una consideración muy semejante en una de las páginas centrales de su Informe: «Adicionalmente el informe [de autopsia] describe la presencia de otro tipo de mancha: ‘En la parte externa de la palma de la mano izquierda hay una zona de impregnación de sustancia negruzca, que cubre un área de 2 por 4 centímetros’».

No es posible establecer cuál es el origen y composición de esta sustancia «negruzca» presente exclusivamente en la palma de la mano izquierda; no obstante, pudiera asociarse a residuos o restos de deflagración de pólvora o de humo. En tanto, la mano contralateral, es decir, la mano derecha, revela una condición atípica si lo correlacionamos, no solo con disparos de armas de fuego o manipulación de armas de fuego, sino que con las circunstancias y escenario en el cual se encontraba el presidente Salvador Allende, durante las últimas horas de vida, las que transcurrieron en el Palacio de La Moneda, que ardía en llamas, un ambiente donde los residuos de pólvora, fuego y humo abundaban, lo que hacía altamente probable que existiesen en el cuerpo y en especial en ambas manos, residuos de carbón y nitritos. Curiosamente, de acuerdo al informe de autopsia, no se encontraron rastros de estos elementos en la mano derecha ni tampoco en el dorso de la mano izquierda. (Ravanal, pág. 13).

De más está decir que es satisfactorio para este autor constatar cómo su observación acerca de la poca confiabilidad del procedimiento de recolección de muestras de restos de pólvora en las manos del Presidente, así como sus posibles efectos sobre el establecimiento del tipo de muerte sufrida, han sido hechas también por el doctor Ravanal.

En lo que se refiere a nuestra hipótesis del suicidio con un arma corta, por desgracia las cosas no son tan claras ni tan simples. Basados en las observaciones del Informe de autopsia, según lo entendimos entonces, concluimos en el 2006 que «el Presidente se suicidó mediante un disparo bajo el mentón [porque] así lo demuestran la posición y características de la herida de entrada del, o de los, proyectiles mortales, el halo carbonoso que lo rodeaba, etc., etc. Sin embargo, ninguna de las observaciones o evidencias contenidas en estos documentos

demuestran satisfactoriamente que el arma suicida haya sido el fusil AK del Presidente. En realidad la indebida interferencia militar en el escenario de la muerte, junto con la omisión del calibre de las armas mortales, hacen completamente imposible esta demostración, al menos por el momento, dando pie así a la posibilidad de que en el suicidio se haya utilizado otra arma, presumiblemente un arma corta, que luego de ser disparada debió haber saltado lejos de la mano de Allende, para terminar reposando el piso alfombrado del Salón, a una cierta distancia del referido sillón» [color granate sobre el que se encontraba sentado aquél] (*Las muertes de Salvador Allende*, pág. 212).

En cuanto a esto último, encontramos en el análisis del doctor Ravanal algunos pasajes en los que se alude indirectamente a dicha arma, y otros en los que se refiere directamente a ella. Entre los primeros, véase por ejemplo, el siguiente:

Las lesiones existentes a nivel de la cara, descritas en el Informe de Autopsia de Salvador Allende, son compatibles con aquellas originadas por proyectiles donde el orificio de bala de salida de aspecto redondeado, es altamente probable que haya sido originado por un proyectil de baja o media energía, y [que] por lo tanto no coinciden con el disparo y proyectil de alta energía que provocó la lesión submentoniana». (Ravanal, pág. 25).

Significativamente, el doctor Ravanal cita en apoyo de las consideraciones precedentes los mismos párrafos del Acta del peritaje de Investigaciones que yo había destacado y examinado antes en la página 136 y en otros lugares de mi libro:

Sobre su abdomen y antebrazo derecho, se encuentra colocada un arma automática con el cañón dirigido hacia la derecha (ver anexos). Al lado izquierdo del cadáver y sobre el sofá se encontraba un cargador de arma automática sin munición y un casco con las iniciales J.M.F., en una de las cintas interiores de suspensión.

Destacando, además, en dicho informe, el siguiente texto:

El croquis No. 15.255 y foto S, señalan la posición en que los peritos ubicaron *diversas vainillas y proyectiles*. Además la foto R, muestra *un cartucho para pistola*.

No se pueden proporcionar mayores antecedentes sobre estos elementos, por cuanto fueron entregados a personal militar a las órdenes del señor general Javier Palacios R., conjuntamente con el arma antes citada. (Destacados del doctor Ravanal).

Sin embargo, y sorprendentemente, la conclusión final de esta parte del análisis del doctor Ravanal cierra de manera categórica toda posibilidad de que el arma suicida hubiera sido la pistola arriba mencionada, cuando escribe:

Sumadas las descripciones autópsicas, con los antecedentes del sitio del suceso, se puede perfectamente establecer que el cuerpo ha sido impactado en distintas ocasiones por proyectiles de diferente calibre y velocidad, no siendo ninguna de las heridas faciales existentes compatibles con lesiones de tipo suicida. (Ravanal, pág. 26)

Esta conclusión, que indicamos al principio, no nos parece adecuadamente fundada, por las razones que expondremos a continuación. Preguntándose por al proveniencia del proyectil que originó el orificio de salida, es decir, el que se encuentra ubicado en la parte posterior del cráneo, y luego de señalar que «una respuesta definitiva a esta interrogante podría surgir de un estudio directo de los restos», señala el doctor Ravanal que su procedencia podría encontrarse en *una herida contusa irregular en el dorso nasal y área palpebral derecha, descrita en el Informe de autopsia como un desgarro cutáneo que compromete el dorso de la nariz en su mitad superior y [en] la región cilio-palpebral interna derecha.*

Y luego de constatar que esta herida ha sido descrita, también, en el Informe de la Policía Técnica de Investigaciones, procede a reproducir la totalidad de su texto, al término de lo cual concluye lo siguiente:

La herida descrita en ambos informes (autopsia y sitio del suceso), a nivel nasal derecho, es concordante con un orificio de entrada de proyectil balístico, puesto que además en proyección lineal coincide con el orificio de salida descrito en la línea media interparietal posterior (sagital)... (Ravanal, pág. 20)

A partir de estos antecedentes cabe preguntarse: ¿dónde, en el Informe de autopsia, o en el de la Policía Técnica, se encontraría la información que permitiría establecer que la herida en el nacimiento de la nariz no es de carácter suicida? Como se ve, los autopsistas militares le asignaron tal peso explicativo al disparo que provocó la explosión del cráneo, que incluso aquella herida nasal es descrita en su informe como siendo, simplemente, un efecto externo más del paso de aquel proyectil. De allí que no incluyan ninguna información acerca de las características específicas de aquella herida (3). Esto me hace pensar que las conclusiones y descubrimientos del doctor Ravanal, hasta donde me es posible interpretarlos adecuadamente, parecieran no haber refutado mi hipótesis de un suicidio con arma corta, más allá de lo que pudiera parecer a simple vista.

CONSIDERACIONES FINALES

Nos ha llamado la atención que entre las omisiones detectadas por el doctor Ravanal en el Informe de autopsia, se haga solo una referencia casual al hecho de que en aquel documento (y también en el Informe de la Policía Técnica) se omitan completamente los calibres de las armas mencionadas, así como su identificación específica, incluso en el caso del fusil AK (4), con el que, supuestamente, se habría dado muerte el Presidente. Esto nos parece una irregularidad mayor de aquellos documentos, de la que habíamos dejado constancia en nuestro libro en los términos siguientes:

Ninguna de las armas allí mencionadas, ni el rifle AK de fabricación soviética del Presidente, ni la misteriosa pistola nombrada en el apartado 2.1.4., aparecen identificadas de modo preciso, es decir, indicando su calibre, número de serie, procedencia y manufactura. Lo mismo ocurre con los cartuchos y vainillas, indicados en el referido apartado, de las que ni siquiera se señala su número o cantidad exacta, así como el cargador de «arma automática» que fue encontrado sobre el sofá, al costado izquierdo del cuerpo de Allende. (*Las muertes*, pág. 141)

Tampoco pareciera concederle gran importancia el doctor Ravanal al hecho, que yo también destaco en mi libro, de que en el Informe de la Policía Técnica quedó registrada la interferencia militar en el

escenario de la muerte del Presidente, así como la indebida apropiación de evidencia balística en la que incurrieron los soldados golpistas. El doctor Ravanal cita estos pasajes, como lo mostramos más arriba, pero no le concede a aquellos hechos la importancia y significación que evidentemente tienen; y que pudieran llegar a afectar la totalidad de las observaciones y conclusiones de ambos documentos.

Para terminar, es manifiesto que los custodios de la «versión oficial» han preferido denostar el trabajo del doctor Ravanal, en vez de reconocer públicamente que la muerte de Allende no ha sido hasta ahora adecuadamente investigada y estudiada, y que en 18 años de democracia tutelada no han tenido, ni demostrado, el menor interés en que se establezca científica y definitivamente la verdad de tan importante hecho.

En vez de denigrarlo, deberíamos felicitar al doctor Ravanal por haber aportado a la investigación sobre la muerte de Allende una serie de nuevos e importantes elementos de juicio forenses que, esperamos, nos ayuden en el mediano o largo plazo a resolver, por fin, los principales enigmas de este extraordinario caso.

(*) Publicado originalmente, el 21 de septiembre de 2008, en el periódico electrónico *piensaChile.com*

NOTAS

- ¹ En el último número de la revista *El Periodista*, el 157, del 26 de septiembre de 2008, páginas 33 a la 38, se ha reproducido en su totalidad el capítulo IV de nuestro libro, bajo el título de: ¿Qué ocurrió el 11 de septiembre en La Moneda?
- ² Como lo hemos señalado antes, ni siquiera existe certeza de que el fusil de asalto encontrado en el Salón Independencia, y requisado con posterioridad por los golpistas, haya sido, efectivamente, un AK 47. Yo me inclino a pensar que el arma de Allende no era un AK 47, sino un AKMS, fusil de asalto modernizado (1959). Max Marambio quien, evidentemente, sabe de armas, se refiere al fusil del Presidente como a un AKM, lo que yo interpreto como una manera abreviada de referirse al AKMS. Al respecto, véase el libro autobiográfico de Marambio, titulado: *Las armas de ayer*, Santiago, *La Tercera/Debate*, 2007, pág. 87, que comentamos más adelante.
- ³ En un intercambio vía Internet, el doctor Ravanal ha replicado a esta observación mía del siguiente modo: «Algo sí es altamente improbable, que el disparo en la zona nasal hubiera sido con apoyo directo. Dada la proximidad del globo ocular, hubiese dejado un mayor número de lesiones que no se describen en el Informe [de autopsia] (con la reserva respecto a las numerosas omisiones que existen) en esa zona y sin evidencias de residuos de pólvora en torno a esa lesión paranasal».

15. Últimas reflexiones en torno a la muerte del presidente Allende (*)

«Nadie lo vio sentarse en el sofá de terciopelo rojo y tomar la metralleta. El detective Garrido dice que lo escuchó gritar «¡Allende no se rinde!». El doctor Guijón dice que volteó la cabeza y vio que el cuerpo del Presidente se movía en un espasmo vertical. Nadie escuchó los disparos».

Patricia Verdugo

I.

Es indiscutible que los detalles revelados recientemente por el doctor Luis Ravanal en su análisis metapericial del informe de la autopsia de Allende han venido a suministrar nueva munición a aquellos que en Chile, y en el mundo, y por diversas razones, siempre rechazaron la versión del suicidio, manifestándose en favor de la tesis del magnicidio, es decir, de un Allende que muere asesinado en La Moneda a manos de los militares golpistas.

En cuanto a la actitud cerrada e intransigente de los partidarios de lo que hace ya tiempo apellidamos como la «versión oficial» de la muerte del líder popular, ante las sorprendentes revelaciones del doctor Ravanal, no es muy difícil de explicar. Porque ellos se aferrarán a aquella versión contra todo argumento o evidencia, pues se dan cuenta que la única manera que esta pueda conservar algún vestigio de credibilidad y legitimidad, es presentándola como invariable y definitiva. Pero en realidad las cosas distan mucho de ser así, pues desde el Golpe hasta 1990 esta versión se vio sometida a diversos y significativos cambios, que es necesario recordar aquí una vez más.

El 15 de septiembre de 1973, asilada en la Embajada de México en Santiago, Tencha Bussi declaró, en el curso de una entrevista telefónica de larga distancia concedida a la televisión Azteca, que Allende se había suicidado en La Moneda. Al desembarcar en Ciudad de

México al día siguiente Tencha reitera ante la prensa que Allende se había quitado la vida. Sin embargo el 19 de septiembre dará ella un giro completo a sus declaraciones originales, al anunciar que «sobre la base de nueva información, ha cambiado de opinión, porque ha llegado a su conocimiento que su esposo tenía heridas de bala en el pecho y el estomago, además de la perforación en la boca, reportada por la Junta» (1).

Como creo haberlo demostrado en mi libro, estos cambios de una a otra versión de la muerte del presidente pueden explicarse a partir de la situación de incertidumbre que se vivió posteriormente al Golpe, por dificultades de obtener información confiable, y en una importante medida, también, por obra del relato apócrifo de los últimos momentos de Allende difundido *orbi et urbi* por el joven miembro del GAP, Renato González, y presumiblemente, también, por otros sobrevivientes del Golpe. Pero es manifiesto que esta incertidumbre fue facilitada por la concepción dual de la política, propia del Partido Socialista y de otros sectores de la izquierda chilena, para la cual el suicidio aparecía como incongruente. La versión del asesinato suscrita por Tencha Bussi, se mantuvo como la explicación cuasi-oficial de la muerte de Allende, y fue creída, difundida y repetida por la izquierda durante 17 largos años, hasta septiembre de 1990, cuando con motivo de la llegada al poder del primer gobierno de la democracia tutelada, se procedió a reemplazarla, luego del lanzamiento de una compleja operación comunicacional que terminó con el Funeral Oficial de los restos de Allende, por lo que en realidad constituye un retorno a la versión original del suicidio.

Por cierto, la Concertación desde el gobierno le impuso su particular visión y *tempo* al proceso de revelación y supuesta confirmación de la identidad de los restos del Presidente –alojados en el mausoleo de la familia Grove, en el Cementerio Santa Inés de Viña del Mar– con el fin de asegurar la viabilidad de su «transición pactada» con los militares y la derecha pinochetista. Tales motivaciones, centralmente de conveniencias política, subyacentes a todo este proceso, predeterminaron una actitud inadecuada de parte de los antiguos izquierdistas hacia la verdad histórica de la muerte de Allende, que encontraría su expresión más reveladora en el así denominado «reconocimiento y reducción» de los restos de Allende, hecho «a toda velocidad» por el doctor Jirón, la medianoche del 17 de Agosto de 1990, en el

Cementerio Santa Inés, previamente a los funerales oficiales, hechos igualmente «a la carrera», el día 4 de septiembre de aquel año.

Dado que las nuevas observaciones, descubrimientos y conclusiones aportadas por la investigación forense del doctor Luis Ravanal, sin duda refutan y deslegitiman la versión oficial del suicidio, mostrando al mismo tiempo la falta de seriedad científica con que han procedido sus custodios a lo largo de 17 años, no tiene nada de sorprendente que estos hayan reaccionado de manera tan airada en contra de las declaraciones del perito forense.

Como lo mostramos antes en un extenso artículo en dos partes reproducido en la prensa electrónica alternativa (2), las conclusiones del estudio del doctor Ravanal contradicen punto por punto las conclusiones del informe de autopsia redactado y firmado por el ginecólogo del Hospital Militar, el doctor José Luis Vásquez, quien en la madrugada del 12 de septiembre de 1973 hizo las veces de médico forense, en cumplimiento de una orden, impartida por el propio Pinochet, de someter el cuerpo sin vida de Allende a un examen *post mortem*. Porque de acuerdo con el doctor Ravanal, el Presidente no fue muerto por una bala que le penetró por la barbilla, de tal forma que la trayectoria del proyectil mortal no fue de abajo hacia arriba, como se sostiene en el informe, sino de adelante hacia atrás. La muerte no habría sido causada, tampoco, por un disparo hecho a corta distancia, es decir, con apoyo directo sobre la piel, sino por uno hecho a media distancia. Estas observaciones de Ravanal demostrarían que: 1) Allende no recibió uno, sino dos disparos en el cráneo; y 2) las lesiones descritas en el informe de autopsia no corresponderían a disparos de tipo suicida, sino a disparos provocados por terceros.

Tales conclusiones se presentan como categóricas e inapelables, pero como es obvio, su verdad o falsedad dependen enteramente de que el texto del informe haya reflejado correctamente la realidad de los hechos allí descritos, y su confirmación o refutación definitiva (al menos en principio) está condicionada a la realización de un nuevo examen forense de los restos de Allende. Mientras esto no se haga aquellas conclusiones permanecerán en suspenso, como «entre paréntesis». Porque las observaciones y descripciones registradas en aquel documento forense bien pudieran ser incorrectas, o incluso haber sido premeditadamente alteradas o falsificadas. Esto no es, por cierto, una suposición del todo descabellada, puesto que el propio doctor

Ravanal (y yo mismo en mi libro publicado en el 2006) (3) detectamos un considerable número de errores, omisiones e imprecisiones en el texto del informe de autopsia. Por no decir nada del completo descrédito en que ha caído el trabajo pericial del doctor José Luis Vásquez, en los dos casos emblemáticos en que ha vuelto a participar como forense: el de Carmelo Soria y del niño Rodrigo Anfruns. Por desgracia estos hechos son rutinariamente olvidados, o silenciados, por casi todos lo que en Chile, o en el extranjero, han comentado el estudio del doctor Ravanal, transformando sus precisas, ponderadas y cautelosas conclusiones en simples y categóricas afirmaciones en favor de la tesis del asesinato del Presidente.

II.

Situándonos del lado opuesto, supongamos, ahora, con fines argumentales, que un nuevo examen forense de los restos de Allende llegara a demostrar que la totalidad de las conclusiones del examen metapericial del doctor Ravanal eran correctas. En este caso, ¿Cuáles serían las conclusiones que tendrían que extraerse respecto de los testimonios conocidos acerca de los últimos momentos del Presidente? En primer lugar, que la totalidad de las declaraciones del doctor Guijón, testigo clave del suicidio de aquél, así como los testimonios del resto de los sobrevivientes del combate de La Moneda, serían enteramente falsas. Es decir, las declaraciones de la *Payita*, (la primera en insistir en el suicidio de Allende, posteriormente a las declaraciones hechas por Hortensia Bussi a la prensa mexicana el día 19 de septiembre de 1973); así como las del doctor Jirón, Enrique Huerta, Arsenio Pupín, el doctor Oscar Soto, Enrique Ruiz Pulido, Patricio Arrollo, los doctores Alejandro Cuevas y Víctor Hugo Oñate, a los que habría que agregar al doctor Danilo Bartulín, quien, según refiere Max Marambio, recién escapado por milagro de las garras fascistas el día del Golpe, también reportó que Allende se había suicidado (4). Serían igualmente falsas las declaraciones del doctor José Quiroga, hechas en su casa de Los Angeles, California, el 31 de de diciembre de 2002, en las que el médico confirmó la veracidad del invariable testimonio del doctor Guijón, e hizo un tardío *mea culpa* por no haber salido a apoyarlo públicamente, cuando fue duramente impugnado por los partidarios de la tesis del asesinato de Allende.

Es, por cierto, difícilmente creíble que ni uno solo de los referidos testigos, todos ellos valientes y leales seguidores de Allende, nunca hubiera revelado la «verdad» sobre su muerte. Es, asimismo, casi imposible de aceptar que ellos pudieran haberse puesto de acuerdo, en lo que hubiera tenido el carácter de una verdadera conspiración para mentir y ocultar la verdad de la manera más caza, consistente y prolongada, acerca de un hecho de tanta importancia personal, política e histórica. Es igualmente imposible de creer que en 35 años, luego del fin de la dictadura, y de cuatro gobiernos de la Concertación, ninguno de los referidos testigos hubiera dado un paso adelante y revelado la supuesta verdad del asesinato del Presidente.

Habiendo examinado y seguido en detalle el testimonio del doctor Guijón a lo largo de muchos años, como investigador me asiste la más profunda convicción de que su relato del cuerpo de Allende elevándose por efecto de uno o varios disparos, es enteramente cierto y confiable. Hay que destacar que esta parte de las declaraciones de Guijón no ha variado jamás, ni cuando se encontraba sometido a las más fuertes presiones por parte de los golpistas, ni cuando su testimonio fue impugnado por sus propios amigos y colegas. Lo que sí varió con el tiempo en sus declaraciones fue aquella parte en la que sostiene que él habría visto el disparo salir del fusil AK del Presidente. Pero como el propio Guijón lo reveló de manera completamente ingenua años después, en una entrevista publicada en *The Clinic*, que en realidad él nunca vio que Allende se hubiera disparado con dicha arma, sino que esta parte de sus ulteriores declaraciones fue la personal «contribución» de los funcionarios de la Policía Técnica de Investigaciones, quienes hicieron los peritajes en el Salón Independencia durante la tarde del 11 de septiembre de 1973 (5).

De manera completamente independiente de Guijón, en septiembre del 2003, el doctor José Quiroga, quien en los momentos que relata se encontraba en la fila formada en el pasillo que conducía a la escalera que lleva a la entrada de Morandé 80, ha reportado que vio, desde la puerta de entrada del Salón Independencia, como «el rostro del Presidente desaparece, como si se desvaneciera dentro del humo» que invadía completamente el lugar. Es manifiesto que la descripción de Quiroga no es exactamente igual a la de Guijón, pero perfectamente confluyente con la de él. Debe recordarse, además, que Quiroga había hecho ya una casi idéntica declaración ante

el periodista Juan Gonzalo Rocha, en una entrevista que le hizo en Santiago en marzo del 2001. (6)

Desde el punto de vista de nuestra propia interpretación de los hechos, es significativo que ni Guijón, ni Quiroga, hagan alguna referencia, al menos en sus declaraciones originales (que evidentemente, deben ser consideradas como teniendo mayor valor evidencial que las posteriores), al famoso fusil AK del Presidente, que como sabrán los que han leído mi libro, yo no considero como el arma utilizada por él para quitarse la vida. Frente a esta circunstancia, un amigo que leyó una versión preliminar de este artículo comentó: «me parece muy extraño que alguien afirme que vio cuando el Presidente se disparó, y en el mismo acto no haya visto el arma con que lo hizo.» En primer lugar, ni Guijón ni Quiroga han afirmado haber «visto» cuando el Presidente se dispara, sino que ambos describen los efectos de algo que, «deducen» debió haber sido un disparo. Pero, en realidad, no tendría nada de extraño que ni Guijón ni Quiroga hayan visto, ni originalmente hayan declarado haber visto, el arma que habría provocado aquel movimiento de elevación y como de desaparecimiento del cuerpo del Presidente, porque en aquel momento el Salón Independencia se encontraba sumido en la semi-oscuridad, producto del humo del incendio del edificio y de los gases lacrimógenos lanzados por los golpistas a su interior. Además, es necesario considerar que los testigos contemplaban aquella escena, según podemos calcular, desde algunos metros de distancia del sillón de color granate sobre el que se encontraba sentado Allende en el momento de su muerte. En tales circunstancias, no era extraño, sino perfectamente posible, para los médicos de La Moneda, haber visto el violento movimiento del cuerpo de aquél, pero no el arma que lo provocara, en especial si esta fue un arma corta, es decir, una pistola o un revolver, que hubiera sido casi invisible en aquel lugar sumido en la semi-oscuridad y el humo.

Por otro lado, ¿es acaso posible, que antes de que el doctor Guijón ingresara al Salón Independencia, uno o varios soldados golpistas hubieran conseguido ingresar allí, por la puerta que accede directamente a la escalera que desciende hacia la salida de Morandé 80, y dado muerte al Presidente? Esto nos parece altamente improbable, porque en ese momento había allí varios médicos, e incluso algunos detectives, esperando, en frente de la oficina presidencial, ninguno de los cuales ha reportado nunca la presencia de otra persona que no fuera

Allende. Por lo demás, no es muy difícil comprender cuán diferente hubieran sido sus últimos momentos, y el escenario de su muerte, si algunos de los soldados golpistas hubieran conseguido penetrar en aquel recinto por la vía de acceso antes indicada.

¿Puede creer alguien, asimismo, que si algún soldado golpista hubiera disparado sobre el Presidente, consiguiendo darle muerte, su nombre no se hubiera dado a conocer públicamente, o no hubiera sido declarado héroe por los militares alzados?

Finalmente, habría que decir que es muy posible que nunca se haga un nuevo examen forense de los restos de Allende, y que por lo tanto nunca lleguemos a saber de manera definitiva y categórica, exactamente cómo murió, pero nuestra obligación como ciudadanos conscientes y como investigadores es hacer el mejor uso posible de los antecedentes y evidencias, incompletas, defectuosas y posiblemente adulteradas, que disponemos hasta el momento acerca de este trascendental hecho. Que en cualquier caso nuestra obligación moral, política e histórica, es luchar incansablemente por el esclarecimiento de la verdad, junto con combatir por todos los medios a nuestro alcance aquella tan poderosa como difundida tendencia humana a la credulidad y al pensamiento confuso, que tiene su antítesis, y su némesis, en el uso adecuado y sistemático de la razón esclarecedora y crítica.

NOTAS

- (*) Publicado originalmente, el 28 de diciembre de 2008, en el periódico electrónico *piensaChile.com*.
- ¹ Nathaniel Davis, *The Last Two Years of Salvador Allende*, Ithaca, Cornell University Press, 1985, pág. 285.
 - ² Véase en este mismo libro: «Aparece en Chile el primer estudio científico de la muerte del Presidente Allende».
 - ³ Véase: *Las muertes de Salvador Allende*, Capítulo 7, titulado: El Informe de la autopsia de Allende.
 - ⁴ Véase: Max Marambio, *Las armas de ayer*, Santiago, La Tercera/Debate, pág. 114. 2007. En declaraciones posteriores el doctor Bartulín parece haber cambiado de opinión.
 - ⁵ Véase: *Las muertes de Salvador Allende*, pág. 112.
 - ⁶ Véase: Juan Gonzalo Rocha, *Allende Masón*, pág. 275.

16. Muerte de Allende ¿un caso cerrado? (*)

*«El cuerpo simbólico de Allende, su iconografía,
se revela en buena parte destruido,
secuestrado, escondido».*

Alejandra Rojas.

La próxima exhibición en la televisión española del documental, de Juan Antonio Socaluga, titulado *Allende, caso cerrado*, en el que se muestra por primera vez el video grabado durante la exhumación de los restos mortales de Allende (y tomado por el camarógrafo chileno Pablo Salas, la medianoche del 17 de agosto de 1990, en el interior del mausoleo de la familia Grove, en el cementerio Santa Inés de Viña del Mar), abre una vez más el prolongado y persistente debate en torno a las verdaderas circunstancias y causas inmediatas de la muerte del líder popular chileno.

Tenemos que decir que no hemos visto el documental en su totalidad, solo algunas imágenes escogidas que se han mostrado en Internet, pero a partir de su título, y de la descripción sumaria de su contenido hecha en varios Blogs y periódicos electrónicos, es posible formarse una idea bastante aproximada de sus principales aspectos, así como de lo que constituye su planteamiento central. Según se ha relatado, el documental reconstruye los últimos minutos de la vida de Allende [mediante] el testimonio de aquellos que compartieron con él el asedio a La Moneda: su médico personal Oscar Soto, el único testigo (1) del momento en que el Presidente se suicida, el doctor Patricio Guijón, y los doctores Patricio Arroyo y Arturo Jirón, [último] quien identificó el cadáver aquella noche.

Evidentemente, lo que el documental se propone mostrar es que la muerte de Allende, ocurrida la tarde del 11 de septiembre de 1973, se habría producido tal y como lo han venido afirmando, desde septiembre de 1990, los custodios de la «versión oficial». Es decir, que el Presidente se habría suicidado pegándose un tiro bajo la barbilla

con el fusil AK, que le obsequiara el Fidel Castro; que en cuanto a estos dos grandes detalles (el tipo de muerte y el arma utilizada) no existiría la menor duda posible, porque al inspeccionar el doctor Jirón, la medianoche del 17 de agosto de 1990, los restos exhumados en el Cementerio Santa Inés de Viña del Mar, habría demostrado dos cosas: 1) que el cuerpo enterrado secretamente por los golpistas el 12 de septiembre de 1973, en el mausoleo de la familia Grove –en presencia de Tencha Bussi de Allende, Laura Allende, tres de sus sobrinos y el Comandante Sánchez– era efectivamente el de Salvador Allende; y 2) que en ese mismo acto de reconocimiento se habría confirmado, simultáneamente, que su muerte se habría producido a causa de un disparo suicida (2).

De ahí la importancia que cobran en el documental de Socaluga las imágenes registradas aquella noche por la cámara de video de Pablo Salas. Porque se las ha investido de antemano con la capacidad para suministrar una demostración aparentemente irrefutable de que el fallecimiento de Allende ocurrió tal y como viene afirmando, por casi dos décadas, la versión oficial.

No se necesita una gran imaginación para darse cuenta que este documental pretende ser una especie de refutación tardía de los descubrimientos y conclusiones del estudio metapericial del informe de la autopsia de Allende hecho por el doctor Luis Ravanal Z. y que fueran dados a conocer por primera vez el nueve de septiembre del 2008, en la revista política chilena *El Periodista*. Por eso que no es ninguna casualidad que en el documental los médicos encargados de suministrar las supuestas pruebas sean los mismos que descalificaron «a priori» las investigaciones del doctor Ravanal, y trataron de impugnar la legitimidad y cientificidad de sus peritajes, por medio de distintos argumentos *ad hominem*.

Pero es necesario ser categórico en este punto, ni el sumario reconocimiento de los restos de Allende hecho por el doctor Jirón, ni la supuesta confirmación de su suicidio que, además de carecer de todo valor científico, tienen la menor fuerza refutatoria de los descubrimientos y conclusiones del doctor Ravanal, que se basan en un examen e interpretación altamente rigurosas de las observaciones y descripciones estampadas en aquel viejo informe por los médicos militares que practicaron la autopsia de los restos de Allende, entre

la noche del 11 y la madrugada del 12 de septiembre de 1973, en el pabellón de otorrinolaringología del Hospital Militar de Santiago.

Porque más allá del hecho de que el documento en cuestión adolezca de una serie de fallas, errores, imprecisiones y omisiones, y haya sido firmado y avalado por el doctor José Luis Vásquez, un ginecólogo cuya objetividad ha caído en el más completo descrédito a causa de su desafortunada participación en la investigación forense de los casos de Carmelo Soria y del niño Rodrigo Anfruns, el informe de la autopsia de Allende contiene importantísimos y hasta ahora inexplicables detalles, descripciones y conclusiones que deben ser examinadas e investigadas. La más importante de las cuales es, por cierto, la que revela la existencia de una perforación de salida de proyectil en la parte posterior del cráneo.

Estos hechos parecieran estar pidiendo a gritos que, por fin, se haga aquello que desde la instalación de la democracia tutelada nadie ha tenido interés de realizar, esto es, un verdadero examen científico de los restos del Presidente, utilizando la más moderna tecnología forense de que hoy se dispone.

Como lo pone el propio doctor Ravanal en las recomendaciones finales de su estudio metapericial:

... que se haga un segundo análisis de los restos a fin de establecer con precisión la causa y la naturaleza de la muerte y los elementos que han originado las lesiones; estudios de residuos de pólvora y reconstitución del cráneo, a fin de evaluar las fracturas, orificios y trayectos balísticos, conjuntamente con los estudios genéticos de identificación de los restos. Asimismo, sería del mayor interés pericial contar con la totalidad del material documental y fotográfico contenido en el expediente que contiene el sumario instruido por la Primera Fiscalía Militar, en cuyo contexto se ordenó la realización de la autopsia del Presidente Allende y la investigación llevada a cabo por la Policía de Investigaciones de Chile (3).

De manera que mientras no se hagan dichos estudios sigue siendo infundado y prematuro concluir, como lo hace ya desde el mismo título el documental de Juan Antonio Socaluga, y como cree poder demostrarlo por medio de la simple proyección de las imágenes de

la exhumación de los restos hace 19 años, que la muerte de Allende debiera considerarse hoy un caso definitivamente cerrado.

NOTAS

- (*) Publicado originalmente, el sábado 28 de marzo de 2008, en el periódico electrónico *piensaChile.com*
- ¹ Esto es manifiestamente un error, porque no fue el doctor Soto, sino los doctores Guijón y Quiroga, quienes presenciaron el momento en que Allende debió haberse disparado. Sin embargo, el «testigo clave» es el doctor Guijón, pues fue único de los que en ese momento se encontraban en el pasillo, frente a la puerta del Salón Independencia, que tuvo el valor de ingresar allí, e intentó socorrer, tardía e inútilmente, al Presidente.
 - ² Para un detallado análisis crítico del «reconocimiento» hecho por el doctor Jirón aquella noche, véase: *Las muertes de Salvador Allende*, págs. 169 a la 172, así como su Epílogo, págs. 207 a la 215.
 - ³ Dr. Luis Ravanal Zepeda, Informe Pericial Analítico del Informe de la Autopsia No. 2449/73 del Instituto Médico Legal de Chile, correspondiente a Salvador Allende Gossens, págs. 32-33.

17. Los verdaderos nombres de Allende (*)

Hermes H. Benítez y Juan Gonzalo Rocha. (1)

«Empezaremos con el capitán del equipo... por Salvador Allende Gossens. Hay quienes sostienen que su nombre completo es Salvador Isabelino del Sagrado Corazón de Jesús Allende Gossens. Yo, sinceramente, no he tenido el valor suficiente para preguntarle si ello es efectivo. Podría ser cierto, y una cosa así es terrible».

Eugenio Lira Massi, *La cueva del Senado y los 45 senadores* (1968)

Si uno se da el trabajo de revisar la biografía del presidente Allende de la afamada enciclopedia virtual *Wikipedia*, así como la menos conocida enciclopedia *VisWiki*, se encontrará con que la broma del legendario periodista de *Clarín* y *Puro Chile* sigue siendo tomada en serio, porque allí se continúa afirmando que el nombre completo de aquél habría sido Salvador Isabelino Allende Gossens, mientras que en la *Biography Research Guide*, a la que también puede accederse por Internet, se consigna que su nombre era exactamente como lo indica Lira Massi, es decir, Salvador Isabelino del Sagrado Corazón de Jesús Allende Gossens.

En la página 191 de la breve pero documentada *History of Chile*, de Simon Collier y William F. Sater, cuya segunda edición fuera publicada en el 2004, como parte de la serie Cambridge Latin American Studies, de la prestigiosa casa editorial de la universidad inglesa, escriben sus autores, buscando una explicación de aquella serie de curiosos nombres: «No había nada de inusual en que la devota esposa de un librepensador le pusiera nombres religiosos a sus hijos, como es el caso del niño nacido en 1908, que fuera bautizado Salvador Isabelino del Sagrado Corazón de Jesús Allende».

Por su parte, en su biografía de la familia, titulada *Los Allende, con ardiente paciencia por un mundo mejor*, publicada por la editorial Tebar de Madrid, también en el 2004, su autor, Gunther Wessel

escribe: «En esta ciudad portuaria [Valparaíso] nació el 26 el junio de 1908, Salvador Allende –Salvador Isabelino del Sagrado Corazón de Jesús Allende Gossens».

Como puede verse, casi treinta y siete años después de la muerte del Presidente, en escritos de diferente intención y calado, más comúnmente en Chile, pero también en el extranjero, se sigue repitiendo, como si se tratara de la verdad más obvia, que aquellos habrían sido sus nombres completos y verdaderos. Manifiestamente, esto le plantean, tanto al historiador acucioso como al biógrafo serio, dos preguntas elementales que nadie pareciera haberse hecho hasta ahora: ¿eran aquellos, efectivamente, los verdaderos nombres de Allende? Y si no fuera así, ¿quién, o quienes, y con qué motivos, le habrían atribuido al líder popular chileno aquella serie de piadosos nombres?

En las páginas iniciales de su libro testimonial *Allende. El hombre y el político. Memorias de un secretario privado*, Ozren Agnic, quien se desempeñara como tal entre los años 1957 y 1965, escribe lo siguiente:

Mi anhelo de unidad [del Partido Socialista] se vio cumplido a comienzos del año 1957. Los Socialistas de Chile y los [Socialistas] populares hablaban de reunificación, pese a voces opuestas como las de Oscar Weiss [*sic*]. Weiss escribió un libro titulado Socialismo y nacionalismo en América Latina (1), teóricamente perfecto. Sin embargo al referirse a Chile cometió el desatino de descalificar a Salvador Allende como «un pije relamido y calambriento», por haberse opuesto a la candidatura de Ibáñez y levantar la propia con el apoyo de los Socialistas de Chile, Comunistas y algunos [otros grupos] menores, en busca de satisfacer –a su juicio– ansias de poder.

A falta de argumentaciones sólidas, su odiosidad personal en contra de Allende lo llevó a ridiculizarlo, afirmando que «ese pije desubicado» había sido bautizado e inscrito en el Registro Civil con el nombre de Salvador Isabelino del Sagrado Corazón de Jesús Allende, patraña que incluso transmitió en la columna que habitualmente escribía en el diario *El Clarín*.

Hasta el día de hoy tengo que sacar a mucha gente del error acerca del verdadero nombre de Salvador Guillermo Allende. Es increíble que después de todo lo que se conoce

sobre él, haya personas que aún crean y difundan lo de «Isabelino del Sagrado Corazón de Jesús».

Nunca he escuchado ni leído ninguna aclaración [al respecto], de quienes se han manifestado íntimos o cercanos a Salvador Allende. En realidad [esto] no tiene mayor importancia, solo demuestra que cualquier método de descalificación surte efectos cuando se repite insistentemente. Pareciera una tontería, pero el apelativo que le colgó Weiss siempre molestó a doctor Allende (3).

Como puede verse, el planteamiento de Ozren Agnic no puede ser más categórico: en realidad el nombre completo de Allende era Salvador Guillermo Allende; Salvador Isabelino del Sagrado Corazón de Jesús no fue otra cosa que un nombre ficticio profusamente difundido, y quizás concebido por Oscar Waiss, a comienzos de los años sesenta, con manifiestos fines de ridiculización del líder popular, en los momentos en que este se encontraba embarcado en su primera campaña presidencial.

Respecto del verdadero creador de aquellos nombres, afortunadamente, fue el propio Oscar Waiss quien revelaría la verdad, al relatar cómo, desde las páginas del semanario *La Calle* (4), que él mismo dirigía, se dedicaba en aquella época a atacar públicamente a Allende, cuya candidatura competía con la del ex dictador Carlos Ibáñez del Campo, apoyado por el partido Socialista Popular, en el que entonces militaba Waiss:

Escribía [yo, entonces] con el pseudónimo de Amauta y dirigíamos la artillería contra Allende, candidato presidencial a quien llamábamos Isabelino, porque Eugenio González aseguraba que el certificado de nacimiento de del Chicho daba como su nombre el de Salvador Isabelino del Sagrado Corazón de Jesús Allende Gossens. No sé si esta versión es o no efectiva pero en momentos de aguda acción política no vacilamos en usar tal antecedente... (5)

No teniendo, en cuanto a esto, motivo alguno para dudar de la palabra de Oscar Waiss, no podemos sino aceptar como verdadero lo que afirma en el sentido de que no habría sido él, sino don Eugenio González (6), Ministro de Educación de la República Socialista

de 1932, y uno de los «padres fundadores» del socialismo chileno, el creador de aquellos nombres ficticios de Allende. Por lo demás, es explicable que don Eugenio González, conocido por su especial sentido del humor, y quien era como Allende un connotado masón (7) haya satirizado el nombre de su «hermano», haciéndolo aparecer como de raíz católica, con lo que lo hería así, simultáneamente, en su dignidad familiar y masónica.

Es curioso que, hasta ahora, nadie pareciera haberse dado el trabajo de ubicar y consultar los documentos oficiales en los que se registran los verdaderos nombres de Allende (8), para poder resolver así, definitivamente, la cuestión que nos ocupa. De allí que los autores de este artículo hayan procedido a ubicar, reproducir y examinar tres de los documentos pertinentes, es decir, el acta o partida de nacimiento de Allende, su certificado de bautismo, y su certificado de defunción: junto con un poco conocido documento masónico que nos ha permitido confirmar un curioso detalle de la biografía de Allende, hasta el momento no resuelto.

LOS DOCUMENTOS

El acta de nacimiento, fechada el 17 de julio de 1908, suscrita en la Oficina Portales, de Santiago, que ya no existe pero cuyos documentos se encuentran alojados en la Oficina Estación Central del Registro Civil de Identificación, consigna textualmente:

- Nombre: Salvador Guillermo
- Sexo: Masculino
- Fecha de Nacimiento: junio 26 de 1908
- Hora: Una y media de la mañana
- Lugar: España 615 [Actualmente Avenida España]
- Padre: Salvador Allende Castro
- Nacionalidad: Chilena
- Domicilio: El anterior
- Profesión: Abogado
- Domicilio: El anterior
- Compareciente: Salvador Allende Castro
- Edad: 36 años
- Testigo de su identidad: Conocido del Oficial
- Observaciones y firmas: Salvador Allende y una firma indescifrable.

Como puede verse, por sí misma, el acta de nacimiento refuta el mito, que como hemos visto habría sido inventado por don Eugenio González y difundido por Oscar Waiss, de que el nombre completo de Allende habría sido Salvador Isabelino del Sagrado Corazón de Jesús Allende Gossens. Demostrando, asimismo, que Allende llevó toda su vida los nombres de Salvador Guillermo, aunque hasta donde sabemos, nunca usó públicamente el segundo de éstos.

Pero, además, el hecho de que el acta de nacimiento haya sido suscrita no en el puerto de Valparaíso sino en la ciudad de Santiago, nos plantea un inesperado problema, puesto que su texto desmentiría la difundida creencia de que Allende habría nacido en la ciudad puerto. Porque sería sumamente curioso que si Allende hubiera nacido en Valparaíso su padre, que era abogado y notario, no le hubiera comunicado al funcionario del Registro Civil que su hijo no había llegado a este mundo en la capital de Chile, sino en su principal puerto. Es posible, sin embargo, que aunque Allende haya nacido en Valparaíso hubiera sido simplemente inscrito en Santiago, pero, por cierto, esta consideración va más allá de lo indica expresamente el documento. Allende siempre manifestó con gran orgullo que había nacido en Valparaíso y hasta hoy nadie había puesto en duda la palabra del Presidente en cuanto a esto, pero, como es manifiesto, la partida de nacimiento desmentiría categóricamente tal afirmación.

Buscando información de primera mano acerca de este curioso enigma, el día 9 de julio de 2009, Juan Gonzalo Rocha, coautor de este trabajo, se reunió con la entonces diputada Isabel Allende Bussi, en su casa de la calle Guardia Vieja No. 390, ubicada en la comuna de Providencia, y en la que residieron sus padres por muchos años. Consultada acerca del lugar de nacimiento de Allende, Isabel señaló que era la ciudad de Valparaíso, agregando que esto no constituía materia de discusión en su familia, porque el propio Allende afirmaba que era «porteño», y porque, además, había estudiado en el liceo Eduardo de la Barra de Valparaíso. Relata Juan Gonzalo:

Quando le mostré a Isabel los documentos reproducidos en este artículo, ella reconoció que, efectivamente, sus abuelos habían vivido durante un corto tiempo en la Avenida España, de Santiago, pero, insistió en que ella y el resto de la familia, respetaban lo que expresaba su padre, en cuanto a que él se sentía como natural de Valparaíso».

Finalmente, Isabel le manifestó a Juan Gonzalo Rocha que muchas veces la han preguntado por el lugar de nacimiento de su padre, y que ella ha respondido siempre que fue Valparaíso, respetando así los sentimientos de aquel, aunque los documentos oficiales digan otra cosa. Desgraciadamente, las respuestas de la hija del Presidente no disipan la duda que nos plantea la inscripción del nacimiento de su padre en la ciudad de Santiago. Por el contrario, las incrementan, pues aquellas parecieran indicar, aunque veladamente, que ella estaría al tanto del verdadero lugar de nacimiento de Allende.

Por fortuna existe otro documento, que hemos podido ubicar y examinar, que viene a confirmar que Allende no nació en Valparaíso, sino en Santiago, y es el que forma parte de la carpeta de postulación del joven médico a la Orden Masónica, fechada en 18 de julio de 1935, que lleva su firma y la de su amigo y patrocinante, el dentista Jorge Grove Vallejo, hermano del Marmaduke Grove, líder máximo de la República Socialista. En dicha carpeta, de la Logia Progreso No. 4, de Valparaíso, se contiene la ficha de Allende, en la que se consigna que su nombre es Salvador Allende Gossens, su edad 26 años, su nacionalidad es la chilena, y su lugar y año de Nacimiento es SANTIAGO, 1908. Junto con estos datos se deja allí constancia que la profesión del patrocinado es la de «Médico Cirujano», y que su lugar de residencia, entonces, es la ciudad de Valparaíso.

EL CERTIFICADO DE BAUTISMO DE ALLENDE

«Archivo Historico del Arzobispado de Santiago»
Parroquia San Lazaro

Certificado

Certifico que en la página 34 del libro No.54 de Bautismos de la Parroquia San Lázaro, a 12 de julio de mil novecientos ocho, con mi licencia al Señor Presbítero Don Vicente Lascasas bautizó y puso óleo y crisma a Salvador Guillermo, nacido el veintiséis del pasado, hijo legítimo de Don Salvador Allende Castro y de Doña Laura Gossens, feligreses de esta parroquia. Fueron padrinos Don Guillermo Allende Castro y doña Josefina Lascasas de Allende; de que doy fe. Luis Antonio Iglesias, Cura Rector. (Hay una rúbrica)

Concuerta con el original citado, y para constancia sello y firma en Santiago de Chile a 5 de mayo de 2009.

Original

Firma: Arlette Libourel Silva

Notario Eclesiástico

Como es manifiesto, este documento demuestra, más allá de toda duda, que Allende no fue bautizado con aquellos nombres satíricos que le inventó don Eugenio González. Porque si hay un documento en el que debieron haberse consignados la serie de nombres católicos de Allende que le imputa la leyenda, es el recién citado. Sin embargo, no es así. El certificado de bautismo, que tampoco ha sido de conocimiento público hasta ahora, permite establecer, además, el origen del segundo nombre del Presidente: Guillermo, que evidentemente le fue puesto en honor a su padrino, don Guillermo Allende Castro.

El certificado de defunción

Circunscripción: INDEPENDENCIA

No. de inscripción: 593

Nombre del inscrito: SALVADOR ALLENDE GONSSENS

R.U.N: 000

Fecha de nacimiento:[en blanco]

Sexo: Masculino

Fecha de defunción: 11 de septiembre de 1973

Lugar de Defunción: Santiago

Causa de muerte: herida de bala cervice buco craneo encefalica

Como puede verse, este documento solo indica el único nombre públicamente conocido de Allende, carece de fecha de nacimiento así como de número de Rol Único Nacional. De allí que no contenga ninguna información de utilidad para la investigación que nos ocupa. Pero era importante haber podido examinar y reproducir aquí el texto de este certificado, para poder cerrar toda posibilidad de que pudieran haber aparecido en él los nombres apócrifos de Allende.

Hasta donde se sabe, la inscripción del fallecimiento del Presidente fue oficialmente registrada recién el 7 de julio de 1975, es decir, un año y diez meses después de su deceso. Al parecer aquel documento habría sido expedido solo a petición del abogado de la familia Allende-Bussi, don Enrique Schepeler, con el fin de que Hor-

tensia Bussi, la viuda del Presidente, pudiera obtener la «posesión efectiva» de sus bienes, y realizar otros trámites legales.

En un artículo del periodista Pedro Ramírez, publicado en el diario *La Nación*, del 9 de septiembre de 1990, bajo el título: «Recortaron la partida de defunción de Allende», se consigna que el certificado de defunción original, así como los documentos de la autopsia de los restos del Presidente, realizada entre la noche del 11 y la madrugada del 12 de septiembre, «se extraviaron [misteriosamente] en el Instituto Medico Legal, y según trascendió, aquel certificado se habría perdido, al ser enviado al Ministerio de Justicia, en los primeros tiempos de la Dictadura militar».

CONCLUSIONES

Creemos, que a partir del examen de los documentos legales más arriba reproducidos, hemos demostrado, de manera definitiva e inapelable, que la creencia de un Allende bautizado, o inscrito, con aquella serie de nombres piadosos, es enteramente infundada y apócrifa. El producto de la imaginación satírica y el sentido del humor, de don Eugenio González, pero que debió su amplia difusión pública al talento polémico, casi siempre cargado de vitriolo, de Oscar Waiss.

A nuestro juicio, el establecimiento de este hecho, a pesar de constituir un pequeño detalle, una suerte de simple nota al pie de la biografía de Allende, no deja de tener su importancia, por tratarse del nombre de quien debiera merecer todo nuestro respeto y admiración como individuo y como presidente de Chile. Pues a pesar de una larga y tendenciosa campaña de desprestigio derechista de su figura y ejecutoria política, sigue siendo considerado por su pueblo como uno de los más grandes hombres que ha producido la historia de Chile, y «el único político chileno que ha alcanzado la estatura de figura histórica universal» (9).

Secundariamente, nuestra investigación de los documentos oficiales existentes nos ha permitido, primero, identificar, y luego resolver, el problema de cuál habría sido, en realidad, el lugar de nacimiento del líder popular, yendo, por cierto, más allá de sus propias declaraciones al respecto, así como las de su hija Isabel.

Es cierto que la información contenida en la partida de nacimiento de Allende, en el sentido de que el mismo habría nacido en Santiago, podría descartarse, puesto que bien pudo haber ocurrido que Allende

fuera inscrito por su padre en la Capital, habiendo nacido en realidad en Valparaíso. Pero la declaración firmada por el propio Allende en aquel casi olvidado documento masónico, de que él llegó a este mundo en la capital de Chile, confirma de manera definitiva que la ciudad de Santiago fue su verdadero lugar de nacimiento (10).

Pero, además, esta algo modesta pero necesaria investigación documental ha venido a demostrar que Ozren Agnic, el fiel secretario de Allende, estaba en lo correcto en los dos grandes detalles del asunto. Es decir, en que el Presidente se llamaba en realidad Salvador Guillermo, y en que Oscar Waiss había sido el difusor de la especie de que habría sido bautizado con aquella serie de nombres católicos. Lo que Agnic no sabía, ni tampoco los autores al comienzo de esta investigación, es que el creador de aquellos falsos nombres fue nada menos que una de las más grandes figuras del socialismo chileno, lo que nos parece definitivamente establecido por las propias declaraciones de Waiss en este sentido.

Creemos, finalmente, que más allá de la necesidad de establecer la verdad acerca de sus nombres, junto con determinar que no nació en Valparaíso, sino en Santiago, Allende merecía ser póstumamente reparado de esta suerte de agravio infringido a su honra por quienes le colgaron aquellos nombres ficticios, que como revelara quien fuera su secretario privado por varios años, le provocaban al Presidente, como hombre de honor, una considerable y justificada molestia.

NOTAS

- (*) Este artículo, que en realidad es una especie de «informe de investigación», fue investigado y escrito en colaboración con mi amigo el periodista Juan Gonzalo Rocha, y se publicó originalmente el 12 de mayo de 2010, en el periódico electrónico *piensaChile.com*
- 1 Juan Gonzalo Rocha es autor del libro *Allende masón. La visión de un profano*, que fuera publicado originalmente, en el 2000, por la Editorial Sudamericana Chilena.
 - 2 Ozren Agnic debe, sin duda, referirse aquí al libro de Oscar Waiss titulado: *Nacionalismo y socialismo en América Latina*, publicado en Buenos Aires, en 1961, por Editorial Iguazú. Oscar Waiss Band nació en Concepción el 16 de noviembre de 1912. Abogado y periodista de profesión, firmaba sus artículos de *El Clarín* con el pseudónimo de Lord Callampa. Durante la época de la Unidad Popular llegó a ser director del Diario *La Nación*, al ser nombrado en aquel cargo por el presidente Allende, quien, como se ve, nunca le guardó rencor. Socialista de larga data, en los años 30 fue uno de los fundadores del grupo Avance, del que, como se recordará, Allende fue expulsado por oponerse a la creación de *Soviets* en Chile. De tendencia

trotskista Waiss se incorporó al PSCH solo en su Tercer Congreso, es decir, en 1936. Muchos años más tarde, en 1967, se contaría su nombre entre los fundadores del Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR.

Waiss debió pasar un largo exilio en la República Democrática Alemana, y en otros países europeos. Retornó a Chile con el advenimiento de la «democracia tutelada», falleciendo cuatro años más tarde, de un ataque cardíaco, a los 82 años de edad, en el barrio Ñuñoa de Santiago, el día 19 de septiembre de 1994, según consta en su certificado de defunción.

³ Véase: Ozren Agnic, *Allende. El hombre y el político. Memorias de un secretario privado*, Santiago, RIL Editores, 2008, pág. 33. Como hemos podido confirmarlo documentalmente, la forma correcta de escribir el apellido no es Weiss, sino Waiss.

⁴ Según nos informa el historiador Julio Cesar Jobet, el seminario «*La Calle*» fue publicado, con interrupciones, entre fines de 1949 y 1955. Véase la: *Historia del Partido Socialista de Chile*, Santiago, Ediciones Documentas, 1987, pág. 428.

⁵ Citado por Jorge Arrate y Eduardo Rojas en su: *Memoria de la Izquierda Chilena*, Tomo 1 (1850-1970), Santiago, Javier Vergara Editor, pág. 275. Es muy posible que el pasaje aquí reproducido corresponda al libro de Waiss titulado: *Chile vivo: Memorias de un socialista. 1928-1970* (publicado en Madrid por el Centro de Estudios Salvador Allende en 1985) y no, como lo indican Arrate y Rojas, a *El drama socialista*, que es de 1948.

⁶ Don Eugenio González Rojas nació en Santiago el 23 de enero de 1903, hizo sus estudios secundarios en el Instituto Nacional, al término de los cuales ingresó al Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, donde estudió Castellano y Filosofía, titulándose profesor de estas disciplinas en 1925. Fue iniciado en la Orden Masónica el 3 de septiembre de 1923, en la Logia Renacimiento No. 8, de Santiago. Por su combativa oposición al gobierno dictatorial de Carlos Ibáñez, en 1928 estuvo desterrado por seis meses en la isla Más Afuera, en el Archipiélago de Juan Fernández. Cumplido este castigo regresó a Santiago, donde pasó a desempeñarse como profesor del Liceo Miguel Luis Amunátegui y del Internado Nacional Barros Arana, siendo nombrado en 1931 como profesor de filosofía del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile.

Durante la efímera República Socialista de 1932, con apenas 29 años de edad, don Eugenio González fue designado su Ministro de Educación, siendo posteriormente uno de los dirigentes de la campaña presidencial de Marmaduke Grove. Como militante de la Acción Revolucionaria Socialista, organización de inspiración anarquista, le correspondió a Eugenio González el honor de ser uno de los fundadores del Partido Socialista de Chile, de cuyo programa redactó, en 1947, su importante preámbulo teórico; formando parte de su Comité Central entre 1946 y 1948, y siendo elegido Secretario General entre los años 1948 y 1950. Posteriormente, entre 1949 y 1957, fue Senador por Santiago. Hombre de serias inquietudes intelectuales, escribió importantes ensayos de carácter político y literario, produciendo cuatro obras de ficción: *Más afuera* (1930), *Los Hombres* (1935), un libro de cuentos titulado *Destinos* (1940), y su última Novela *Noche* (1942).

Entre 1957 y 1959 se desempeñó como Director del Instituto Pedagógico, y entre 1959 y 1963 como Decano de la Facultad de Filosofía y Educación, llegando a ser, finalmente, Rector de la Universidad de Chile, entre aquel año

y 1968. He aquí lo que declaró Salvador Allende ante la elección de Eugenio González como Rector de la Casa de Bello:

«Como ciudadano chileno estoy satisfecho por el resultado de esta elección, porque deja la Rectoría en manos de un hombre justo, de un auténtico maestro, cuya acción y pensamiento enaltecen a la inteligencia y a la cultura del país. Es importante que se premie a quien posee una vida generosa. Es la victoria de una línea consecuente sobre el oportunismo» *Noticias de Última Hora*, Santiago, 12 de agosto de 1963. Citado por Alejandro Witker, en su ensayo: «Eugenio González Rojas: las huellas de una vida ilustre», que forma parte del libro colectivo titulado: *Eugenio González. Maestro del socialismo chileno*, México D.F., Centro de Estudios del Movimiento obrero Salvador Allende, 1981, págs. 190-191.

Durante el segundo año de su gobierno el presidente Allende lo nombrará Gerente General de Televisión Nacional. Don Eugenio González falleció, en Santiago, el día 31 de agosto de 1976, a los 73 años de edad.

⁷ Véase, Juan Gonzalo Rocha, *Allende Masón*, pág. 104.

⁸ Posteriormente a la publicación de este trabajo, descubrimos que ya en abril del 2006 la escritora Virginia Vidal había ubicado y examinado los documentos legales que permiten establecer el verdadero lugar de nacimiento de Allende. En unos pasajes de su extenso y valioso ensayo sobre el Presidente escribe ella: «¿Dónde nació Salvador Allende? Aunque Valparaíso se disputa su cuna, quise salir de dudas y fui a buscar al Registro Civil los certificados de nacimiento y muerte del Presidente Allende: Salvador Guillermo Allende Gossens nació el 26 de junio de 1908 a la una y media de la madrugada en Avenida España 615, Santiago, como lo demuestra el Certificado firmado por su propio padre que los inscribió en la Circunscripción No 2 del Registro Civil de Santiago, el 17 de julio de ese mismo año, bajo la partida [No.] 1754. Sin embargo, es indiscutible que Salvador sentía como suyo ese puerto de donde procedían sus antecesores, es así como él mismo afirmó: ‘Soy porteño y soy el primer Presidente porteño’. Véase: Virginia Vidal, «*El Presidente Allende y su raro valor*», en *Le Monde.fr* Blog abonné. Salvador Allende. Allende en el mundo. *Archives de catégorie: Testimonios*.

⁹ Véase, Manuel Riesco, «*Allende, un chileno universal*», en *Salvador Allende, Presencia de la ausencia*, Miguel Lawner, Hernán Soto, Jacobo Achatan (eds.), Santiago, LOM, CENDA, Fundación Salvador Allende, España, Fondation Gabriel Peri, 2008, pág. 73.

¹⁰ En su libro testimonial escribe don Miguel Labarca: «Allende experimentaba por Valparaíso una devoción profunda. Se identificaba íntimamente con los vericuetos urbanos del estrecho sector plano y de los cerros que estrangulaban la bahía y cuya densa población vivía en sus faldas en un abigarrado e intrincado hacinamiento de casas que derogaban la ley de la gravedad. No había para Allende ciudad más seductora. Se podía conversar con él durante horas acerca de las tradiciones de nuestro puerto, repasando el anecdotario histórico de la actividad mercantil que había correspondido a Valparaíso en el itinerario del imperialismo en Chile. ... varias veces observé que Allende vibraba de emoción al contemplar desde el alto de Agua Santa el espectáculo de la bahía en la noche de Año Nuevo. Los fuegos artificiales y los reflectores de los barcos, el ulular de las sirenas y el estruendo de las salvas traducían, tal vez, la grandeza que el estadista

imaginaba para su tierra». Miguel Labarca, *Allende en persona*, Santiago, Ediciones ChileAmérica-Cesoc, 2008, págs. 32-33.

18. El presidente Allende, ese héroe incomprendido (*)

*«The hero carries human dignity for
all of us who cannot».*

John Lash (1)

Constituye una curiosa ironía de la muerte de Allende que su sacrificio final no haya sido adecuadamente comprendido por muchos de aquellos a quienes dirigiera sus últimos mensajes radiales, esto es, los hombres y mujeres de su propio pueblo que votaron por él y apoyaron su gobierno. Porque, en realidad, todavía hoy, a ciento dos años de su nacimiento y a casi treinta y siete de su muerte, un número considerable de chilenos y chilenas de izquierda se niegan a aceptar la posibilidad de que Allende se hubiera quitado la vida en La Moneda, luego de más de cuatro horas de encarnizado y desigual combate contra las fuerzas golpistas de aire y tierra.

Inexplicablemente, aquellos chilenos siguen creyendo que el suicidio, de algún modo, le restaría mérito, o valor moral, a su vida, a su combate final, y a su legado. Los descubrimientos hechos recientemente por el doctor Luis Ravanal en su examen metapericial del informe de la autopsia del Presidente, hechos públicos en el mes de septiembre de 2008, aunque condicionados y aún no confirmados, han contribuido, por cierto, a crear una suerte de reflorecimiento de esta persistente y difundida opinión. Pero más allá de lo que pudiera llegar a establecerse científicamente acerca de la forma en que efectivamente murió Allende, lo que nos interesa examinar brevemente en esta oportunidad no es si él se suicidó o fue muerto, eso lo hemos hecho ya en un libro y en más de una docena de artículos, sino tratar de encontrar y comprender el origen de la generalizada actitud de muchos de nuestros compatriotas frente al posible suicidio del Presidente.

El escritor Ariel Dorfman ha descrito, de modo especialmente perceptivo, en uno de sus más logrados ensayos autobiográficos,

aquella actitud de tantos chilenos hacia la muerte del Presidente, a la que nos referimos, cuando escribe:

Durante muchos años negué obstinadamente la posibilidad de que Salvador Allende se hubiese suicidado (...) más tarde, durante mi exilio, la certeza de que trataban de escabullir su responsabilidad por el homicidio de Allende no pudo ser examinada: era la pieza clave, primordial, de la historia sobre el bien y el mal que repetíamos una y otra vez en nuestra campaña mundial de solidaridad con Chile. Puesto que la muerte de Allende venía a ser la primera muerte de la dictadura, la muerte preeminente, con que el terror se había inaugurado, necesitábamos que fuera una muerte arquetípica, una muerte de la que todas las otras muertes fluirían como ríos; hacía falta que viviéramos un canto épico, trágico tan solo en su simplicidad: el buen rey asesinado por los generales que le habían jurado lealtad. Y en esa epopeya, nosotros nos representábamos como los hijos metafóricos de Allende, que saldrían de las sombras para vengarlo, con la determinación de resurreccionar [*sic*] a nuestro líder ultimado. Es una historia que todavía encuentro donde vaya, como un eco que me devuelven tantos seres humanos que no están dispuestos –como no lo estuve yo durante mis años de exilio- a enfrentar la ambigüedad enmarañada de un héroe que se mata a sí mismo; prefieren entregarme la versión que mi propia boca reiteró constantemente, aun cuando ya comenzaba a sospechar que podía ser falsa. Es más fácil matar a los seres humanos que a los mitos que los sobreviven.

Pero no fue tan solo la eficacia política que nutrió durante tantos años la leyenda de un Allende que peleó hasta el final, las armas en la mano, alevosamente ultimado. En mi caso, por lo menos, la presunción automática de que lo habían asesinado permitía darle un sentido, quizás una perspectiva, a su muerte; me ayudó a sanar el dolor de nuestra pérdida, entender mi propia supervivencia.

Él moría para que nosotros pudiéramos vivir». (2)

Como lo comprende y expresa tan bien nuestro compatriota Ariel Dorfman, el rechazo del suicidio por muchos de sus viejos par-

tidarios no es, en la mayoría de los casos, algo que esté basado en consideraciones lógicas, o en un juicio ponderado acerca de los hechos ocurridos en el Salón Independencia aquella trágica tarde, sino que es el producto de una suerte de actitud irracional, originada en una necesidad puramente subjetiva, profundamente sentida, de aquellos que así piensan, que nos les permite aceptar la muerte del Presidente tal como ocurrió, en razón de que el suicidio pareciera no calzar con la representación que ellos se han hecho de lo que, a su juicio, debió haber sido la conducta de un líder en aquellas circunstancias.

En los años que llevo leyendo, investigando y escribiendo acerca de la muerte de Allende, me he encontrado varias veces con una afirmación inspirada en una actitud similar, que me interesa examinar y refutar en el presente contexto, y es aquella según la cual carecería de toda importancia que el Presidente hubiera sido asesinado en La Moneda, o que se hubiera dado muerte allí por su propia mano (3). Afirmación que se propone, por cierto, desalojar «a priori» la cuestión, y la incertidumbre, de la muerte de Allende.

Generalmente, los que así piensan, no advierten que hay por lo menos dos sentidos distintos en que esto puede ser entendido: 1) que sería *en sí mismo* irrelevante cómo hubiera muerto Allende; y 2) que sería irrelevante *saber* cómo pudo haber muerto. Por otro lado, esta supuesta irrelevancia puede ser conceptuada de diferentes maneras, porque podría ser políticamente, moralmente o históricamente sin importancia la forma cómo el presidente haya abandonado este mundo.

Si entendemos la afirmación bajo examen como postulando que sería políticamente irrelevante, o quizás también moralmente, de qué manera murió Allende aquella fatídica tarde del 11 de septiembre, puesto que muy pocos pondrán en duda que, desde un punta de vista puramente histórico, este es un detalle sumamente importante de los acontecimientos de aquel día. Tanto como lo sería, por ejemplo, la forma en que Arturo Prat encontró la muerte sobre la cubierta del monitor Huáscar, el día 21 de mayo de 1879, aunque en este caso los historiadores, tanto chilenos como peruanos, creen saber con entera certeza la manera exacta, y el lugar preciso, donde el capitán de la Esmeralda ofrendó su vida en la bahía de Iquique.

Pero, ¿por qué, según se afirma, no sería políticamente importante, es decir, daría lo mismo, que Allende hubiera muerto por efecto de las balas enemigas, o que hubiera fallecido a consecuencia

de un disparo auto-inflingido? Sin duda que todo el mundo sabe que hay una obvia diferencia entre morir por mano ajena y morir por mano propia (4), pero también a casi todo el mundo se le escapa aquí un detalle muy importante, que en las circunstancias en que se encontraba el Presidente se deriva de aquella diferencia. Y es que en el primer caso Allende habría sido simplemente asesinado, mientras que en el segundo habría muerto como consecuencia de una decisión ético-política propia. Para ponerlo de un modo más claro aún: si el Presidente hubiera caído en La Moneda por efecto de las balas golpistas, la decisión de su muerte la habrían tomado sus enemigos; mientras que si murió por efecto de un disparo suicida, la decisión de su fin no le fue impuesta por otros, sino que la tomó el propio Presidente, enfrentado a una situación límite, en un acto de libertad suprema, que corresponde a la forma más alta de conducta moral a la que puede aspirar un ser humano.

Por cierto, subyacente a aquel juicio común se encuentra una estimación o juicio moral implícito, manifiestamente erróneo, según el cual en aquellas circunstancias la muerte por mano ajena sería considerada como éticamente superior a la muerte por propia mano. Pero al poner la muerte por propia decisión moralmente por debajo de la muerte por asesinato, quienes así piensan no consiguen comprender el carácter ético del último sacrificio del Presidente. De allí que muchos de sus partidarios continúen aún porfiadamente aferrados al mito del magnicidio, y se niegan a aceptar, con idéntica porfía, e independientemente de toda posible evidencia, que Allende se hubiera suicidado.

Es muy común que quienes creen en el magnicidio entiendan, incorrectamente, también, el combate y el suicidio como si se tratara de dos hechos desconectados, o simplemente contrapuestos. Lo que, ciertamente, constituye una falsa dicotomía, porque el Presidente adoptó la decisión de quitarse la vida luego de más de cuatro horas y media de encarnizado y desigual combate en contra de las fuerzas golpistas, en los momentos en que estos ingresaban a La Moneda y se había prácticamente agotado la munición. Esto significa que la autoinmolación de Allende no puede ni debe entenderse como lo opuesto, sino como la continuación de su actitud y decisión de luchar hasta el fin.

De allí que muchos de los partidarios, así como de los detractores del Presidente, sigan creyendo, casi 37 años después del Golpe, que

una muerte «verdaderamente heroica», habría exigido que aquél hubiera muerto en combate, es decir, que hubiera sido asesinado por los soldados golpistas. Es indudable que en el origen de esta falsa opinión deben haber influido, por un lado, la visión cristiana del suicidio como un acto moralmente negativo, un verdadero pecado contra Dios, y por otro, el hecho de que en la mente de quienes subscriben aquella difundida representación del suicidio pareciera haber tenido lugar una suerte de inconsciente identificación del sacrificio de Allende con el martirologio de Cristo. Al primero de los cuales, incluso, se lo vería como teniendo en Pinochet su propio Judas. Tal sentimiento es recogido, entre otros, por Juan Gonzalo Rocha, quien, en un artículo suyo publicado recientemente describe la muerte del Presidente como un «sacrificio crístico» (5).

Como ya lo hemos argumentado antes, un héroe, o un mártir, es aquel que lucha hasta la muerte en defensa de sus principios éticos e ideales, sin que sea esencial a su definición si en esta lucha termina siendo asesinado por sus enemigos, como Cristo, o se haya visto moralmente obligado a quitarse la vida, en un acto de supremo sacrificio y consecuencia. Alternativa esta última, por cierto, rechazada de plano por la concepción moral cristiana dominante.

Ahora, en cuanto al segundo posible sentido de la afirmación que criticamos, es decir, que sería irrelevante saber cómo murió Allende en La Moneda, no cabe duda que se trata de una opinión enteramente falsa, porque es solo a partir del conocimiento de la verdad de lo ocurrido aquella tarde en el Salón Independencia, que podemos llegar a comprender el verdadero significado, moral, político e histórico, de aquel sacrificio, y atinar con el verdadero legado del Presidente a las futuras generaciones. Ha sido, precisamente, la incomprensión de las profundas motivaciones morales de su conducta, lo que ha hecho que muchos chilenos de izquierda continúen hasta hoy buscando el modo de compaginar en sus mentes la acción final de Allende con aquel falso concepto de lo que se supone ser la conducta heroica en el martirologio cristiano, privándose así de toda posibilidad de comprender la grandeza y la profunda moralidad de su conducta aquella trágica tarde del 11 de septiembre de 1973.

A nuestro juicio, la razón de esta inadecuada estimación del verdadero valor moral de la conducta del Presidente se encontraría, en última instancia, en la falta de percepción del carácter libre que

puede tener la conducta humana frente a una situación aparentemente sin salida. Como lo señala Víctor Frankl:

... incluso la víctima de una situación sin esperanza, enfrentando al destino que no puede cambiar, puede alzarse sobre sí mismo, puede crecer más allá de sí mismo y al hacerlo cambiarse a sí mismo. *Puede transformar una tragedia personal en un triunfo.* (6)

Esto es, precisamente, lo que hace Allende el 11 de septiembre. Según lo escribimos antes:

lo que Allende no podía cambiar en su situación... era la voluntad golpista de derrocar su gobierno, lo que sí estaba en su poder era rendirse o combatir hasta el final a sus enemigos. Allende eligió el combate y cuando comprendió que ya era inútil toda resistencia, se quitó la vida, privando a aquellos del placer sádico de humillarlo y vejarlo. Pocos actos hay de mayor dignidad y valor. (7)

El breve relato siguiente nos permitirá ilustrar y comprender mejor el significado moral del suicidio de Allende, enfrentado a una situación límite:

El día 26 de marzo de 1978, María Victoria Walsh, la hija del escritor Rodolfo Walsh, le gritó a los esbirros de la dictadura argentina, que la acosaban en su casa de la calle Corro, en Buenos Aires: «Ustedes no me matan, yo elijo morir, carajos», y entonces ella y otro combatiente llamado Alberto Molina, se suicidaron allí mismo con sus propias armas, frente a sus enemigos, para no darles el placer de que los torturaran y asesinaran. (8)

No cabe duda que hay pocas conductas humanas más valerosas y heroicas que las de estos jóvenes, y cualquiera que posea un verdadero sentido del honor y la moralidad comprenderá el valor supremo de aquel terrible sacrificio. Significativamente, más allá de sus respectivas circunstancias y diferencias de tiempo y lugar, la conducta de Allende en La Moneda el 11 de septiembre es, desde un punto de vista ético, esencialmente idéntica a la elegida por Victoria Walsh y Alberto Molina, aquel trágico día de 1978. En ambos casos se trató

de una decisión adoptada en el contexto de una situación límite, es decir, de vida o muerte. Quizás si la única diferencia entre uno y otro sacrificio se encuentre en el hecho de que Allende eligió con mucha anticipación el lugar donde enfrentaría a sus enemigos, mientras que Victoria y Alberto debieron haber sido sorprendidos en aquella casa por los agentes de las fuerzas represivas. Pero en ambos casos los héroes trágicos prefirieron la muerte por mano propia a morir asesinados por sus enemigos.

La tragedia de Allende es mundialmente conocida, por lo menos en sus aspectos esenciales, mientras que el verdadero significado de su muerte evade a muchos. Con su heroica resistencia y muerte en el palacio de La Moneda el Presidente transformó su derrota político-militar en una gran victoria moral sobre sus enemigos golpistas, convirtiéndose en el acto en una figura mítica que pareció alzarse de su tumba secreta para denunciar ante el mundo los crímenes de la dictadura militar. La decisión digna y viril de Allende de no rendirse ni de entregarse vivo a sus enemigos, demostró en un mismo acto la bancarrota moral de aquellos que se revelaron en contra su legítimo gobierno. La altura ética de la conducta del Presidente puso de manifiesto la bajeza de los motivos y de la acción de los golpistas, a los que deslegitimó para siempre, política y moralmente, ante la historia.

Tal como lo hemos argumentado en muchas oportunidades, me cuento entre los que sostienen que Allende se suicidó, aunque no creo que ello haya ocurrido como lo afirma la versión oficial de su muerte. Mis propias investigaciones me han llevado a postular la hipótesis de que el Presidente se quitó la vida en el Salón Independencia, pero no con aquel fusil AK que le obsequiara Fidel Castro, sino probablemente con una arma corta que habría sido posteriormente sustraída por alguno de los soldados golpistas que, pasadas las dos de la tarde, ingresaron a la oficina presidencial al mando del general Javier Palacios; como quedó algo confusamente registrado en el informe de la pericia hecha allí por personal de la Policía Técnica de Investigaciones, posteriormente a los hechos.

Sin embargo, esta opinión mía, formada a partir de un prolijo examen e interpretación de la totalidad de las evidencias forenses y testimonios orales y escritos existentes, no puede, por cierto, implicar de manera alguna una actitud de cierre y rechazo ante los nuevos elementos de juicio aportados por el doctor Luis Ravanal. Sus sorpren-

dentes revelaciones acerca de la existencia de un segundo proyectil de baja velocidad, que habría sido disparado horizontalmente, y a media distancia, en el entrecejo del Presidente, nos confronta con un serio predicamento. Porque si se llegara a demostrar que tales observaciones no son palabras vacías, registradas en el papel por observadores absolutamente deficientes, o sin ningún respeto por la verdad científica, sino que corresponderían al reporte de hechos reales, entonces ni la versión oficial de la muerte de Allende, ni la mía propia, ni ninguna otra conocida, serían capaces de resistir la fuerza persuasiva de aquellas revelaciones, simplemente porque ellas no conseguirían explicar adecuada y satisfactoriamente lo ocurrido aquella tarde.

Como lo ha señalado el propio doctor Ravanal, en principio esta confirmación es posible mediante la realización de un segundo examen forense de los restos, pero por desgracia los custodios de la versión oficial se han opuesto terminantemente a ello, sin duda porque perciben, y le temen como al Diablo, al efecto corrosivo que tales nuevos elementos de juicio pudieran ejercer sobre aquella tan precaria como insuficientemente fundada explicación de los hechos.

Este año, cuando se han cumplido 102 años del nacimiento del presidente Allende, no en el puerto de Valparaíso, como casi todo el mundo ha creído hasta ahora, sino en la ciudad de Santiago, según lo demuestran los documentos que hemos sacado recientemente a la luz con Juan Gonzalo Rocha (9), cabe preguntarse: ¿Cuántos años más tendrán que pasar para que, finalmente, se establezca de modo definitivo e inapelable la verdad acerca de su muerte?

NOTAS

- (*) Publicado originalmente, el 25 de junio de 2010, en el periódico electrónico *piensaChile.com*
- 1 «El héroe porta la dignidad humana por todos aquellos de nosotros que no podemos [hacerlo]». John Lash, *The Hero, Manhood and Power*, London: Thames and Hudson, 1955, pág. 47.
 - 2 Ariel Dorfman, *Rumbo al Sur, deseando el Norte. Un Romance en dos lenguas*, Buenos Aires, Editorial Planeta, 1988, págs. 75-76.
 - 3 He aquí un ejemplo notable, porque suscribe dicha errónea opinión como algo casi autoevidente: «Lo importante de la gente es su vida, no su muerte. A mí me da igual si [a Allende] lo mataron o se suicidó, porque para el caso viene a ser lo mismo, ya que en todo caso debió ser un suicidio forzado. Lo importante fue su vida: ejemplar». Comentario de un lector del artículo de Félix Población, titulado: ¿Mataron a Salvador Allende? *Diario del Aire*,

lunes 1 de diciembre de 2008. Es una verdadera lástima que aquel lector desconozca por completo la accesible obra de Víctor E. Frankl, más abajo referida.

- ⁴ En realidad esto no tan así, como lo explicaremos a continuación. Cotidianamente distinguimos entre:

- A. Morir por mano propia, lo que llamamos suicidio, y
- B. Morir por mano ajena, lo que llamamos crimen o asesinato.

Sin embargo, hay compatriotas que afirman que: «Cualquiera que haya sido la mano que apretó el gatillo (del arma que mató a Allende), el Presidente fue asesinado».

Como puede verse, quienes así argumentan violan aquella clara distinción, es decir, infringen el principio de no contradicción, sin el cual no hay discurso racional posible. Este principio fundamental de la lógica dice que una proposición y su negación no pueden ser verdaderas al mismo tiempo y en el mismo respecto.

Pero esta confusión de los sentidos de las palabras ‘suicidio’ y ‘asesinato’ no es inocente, pues se hace con el fin de «ganar el partido antes de haber chutgado una sola pelota». Es decir, lo que se busca es desalojar «a priori» la tesis del suicidio de Allende, en cualquiera de sus versiones, puesto que incluso si esta llegara a ser confirmada, de todos modos se diría que el Presidente fue asesinado por los golpistas.

- ⁵ Juan Gonzalo Rocha, «Salvador Allende, un masón consecuente», en *Salvador Allende. Fragmentos para una historia*, Santiago, Fundación Salvador Allende, 2008, pág. 187. En una tónica semejante, en su importante ensayo biográfico sobre el Presidente, Jesús Manuel Martínez califica el discurso de las grandes alamedas como el «ultimo sermón evangélico» de Allende. Véase, *Salvador Allende. El hombre que abrió las alamedas*, Santiago, Ediciones Catalonia, 2009, pág. 12.
- ⁶ Víctor E. Frankl, *Man's Search for Meaning. An Introduction to Logotherapy*, New York, Simon & Schuster, 1984, pág. 147. En castellano: *El hombre en busca de sentido. Una introducción a la Logoterapia*, Barcelona, Editorial Herder, 2009.
- ⁷ Véase: Hermes H. Benítez, *Las muertes de Salvador Allende*, pág. 187.
- ⁸ Rodolfo Walsh vino a encontrar la muerte en un tiroteo con miembros de las fuerzas represivas de la dictadura argentina, el 25 de marzo de 1977, casi justo un año después de que muriera su hija María Victoria, y al día siguiente de haber publicado su «Carta abierta a la Junta Militar». En los momentos en que hago las últimas correcciones a este libro, se cumplen los 35 años de la muerte del gran escritor y revolucionario argentino.
- ⁹ Véase el siguiente ensayo de esta colección.

19. «La firmeza serena de la dignidad hecha hombre» (*)

«Seguramente Radio Magallanes será acallada, y el metal tranquilo de mi voz no llegará a ustedes. No importa, me seguirán oyendo, siempre estaré junto a ustedes, o a lo menos mi recuerdo será el de un hombre digno que fue leal».

Allende proclamó a menudo en sus discursos y entrevistas, que él era el legítimo heredero y continuador de una centenaria tradición patriótica, que comenzaba con O'Higgins, seguía con Balmaceda y desembocaba en Pedro Aguirre Cerda. Muchos tomaron esto como una simple figura propagandística, que se prestaba muy bien para ser representada pictóricamente en el telón de fondo de los proscenios de los incontables actos multitudinarios en los que el líder se dirigiera a su pueblo, en sus distintas campañas senatoriales y presidenciales, pero que tal filiación histórica carecía de sustancia y realidad.

Pero si se conoce uno de los episodios centrales de la vida política de Allende durante el gobierno del Frente Popular, y se comprende el impulso moral subyacente a su decisión final en La Moneda, es posible llegar a entender fácilmente que aquella visión de sí mismo como el continuador de la obra de aquellos tres grandes patriotas, no era para Allende una simple frase, sino un verdadero compromiso personal contraído con su pueblo.

Joan Garcés, Juan Gonzalo Rocha, Diana Veneros y otros autores han destacado en sus respectivos libros, lo que, manifestamente constituye la experiencia crucial de la carrera política de Allende, que vendría, de algún modo, a predeterminedar, y que a la vez permite explicar, su decisión de morir luchando en La Moneda y, cuando ya no le quedaba otra opción digna, quitarse la vida.

En su biografía de Allende, la profesora Veneros reproduce el relato que hiciera aquel –en un discurso de noviembre de 1963, en homenaje al Frente Popular– de la conducta del presidente Aguirre

Cerda ante el alzamiento militar en contra de su gobierno, ocurrido el 25 de agosto de 1939, y denominado como «El Ariostazo», por el apellido del general Ariosto Herrera, que lo encabezara:

Ariosto Herrera, general de Chile, olvidando su juramento de lealtad a la Constitución, y a las leyes de la patria, sacó las tropas a la calle, y quiso derrocar al legítimo presidente elegido por el pueblo. Yo conocí de muy cerca la reacción de don Pedro. En la mañana al ser despertado, fue advertido por sus edecanes en el sentido de que las tropas marchaban contra el Palacio de La Moneda... Don Pedro, serenamente manifestó a sus edecanes: «Ustedes pueden y deben retirarse. Yo me quedaré aquí para que sepa Chile cómo muere un presidente constitucional cuando el Ejército olvida el cumplimiento de las leyes». Los tres oficiales [y] el edecán civil, ante esa lección tan parca, civil, espartana, de responsabilidad, contestaron: «No presidente, estaremos con usted». Y pocas horas después Santiago entero estaba convulsionado. Salieron los obreros de la Municipalidad. Yo llegué hasta la maestranza de San Bernardo y volví con los trabajadores apretujados en carros [de ferrocarril] y junto con densas multitudes de hombres y mujeres, sin armas, con el arma de la convicción, con la tremenda arma moral de su fe, rodearon los cuarteles.

Eran cincuenta, cien mil personas y La Moneda era un enjambre de chilenos y el general faccioso y los «heroicos» soldados rebeldes, sin disparar un solo tiro, se rindieron a un pueblo sin armas, pero con un arma que vale más que las armas: el respeto a la convicción ciudadana, a la voluntad popular; el respeto al Presidente elegido por ellos mismos: el respeto a Chile y a sus tradiciones» (1).

No cabe duda que Allende se equivocaba al concluir en su discurso que la pura fuerza numérica y moral del pueblo y su Presidente, desarmados, pudieron entonces más que la fuerza bruta y decidida de las armas, pero es igualmente innegable que en este relato, y en el que citaremos a continuación, aunque algo dispares en sus detalles, se contiene la doble lección, de política y moralidad, que Allende recibió de don Pedro Aguirre Cerda, aquel día de agosto de 1939, y que 34 años más tarde, enfrentado al golpe militar de 1973, Allende sabría aplicar digna y heroicamente.

El día 14 de abril de 1970, es decir, apenas seis meses antes de ser elegido Presidente, Allende volverá a relatar aquella experiencia de 1939, en un extenso discurso que improvisara ante sus hermanos masones en el Templo de la Gran Logia de Chile, en Santiago, y que en su parte central dice así:

¡Cómo fue combatido Pedro Aguirre Cerda!, ¡cómo se lo motejó de vendido al oro de Moscú!, ¡cómo el hermano Pedro Aguirre Cerda (2) fue artera y canallescamente combatido por las centenarias columnas del diario *El Mercurio*, para no hablar de las columnas de un diario confidencial, no tanto de esa época, pero de ahora, como *El Diario Ilustrado*!

Pero si al ataque verbal, si a la ponzoña destilada todos los días, había que agregar la nota que expresara lo que siempre se había hecho, no fue remisa la derecha chilena en demorarse y una tentativa de golpe militar se alzó por el delito increíble, en una manifestación del pueblo, al término de ella, cuando los ministros y el Presidente estaban en los balcones, y yo era ministro de Pedro Aguirre Cerda, se había apoyado en la Casa de Toesca, en el primer piso, un pendón rojo que llevaba algún obrero que tenía el derecho por sus convicciones de llevarlo. Y entonces nace la tentativa de Ariosto Herrera, y la derecha chilena se confabula y la amenaza se cierne...

Y el golpe militar se aplasta sin disparar un tiro, por la actitud consciente de las masas populares dirigidas por los partidos de vanguardia, los marxistas de ayer y de hoy, y por la actitud moral de firmeza de un Hermano que tuvo siempre sentido de la dignidad del cargo que desempeñaba.

Me tocó [a mí], y es un hecho que tiene ribetes de anécdota histórica, estar presente a las cinco de la mañana de ese día en La Moneda, junto a don Pedro. No estaba allí otro hombre que [Roberto] Wacholtz, quien fuera ministro [de Hacienda] de don Pedro, yo y misia Juanita, cuando el edecán, Venerable Maestro (3), vino a decirle al Presidente Aguirre Cerda que estaban listos los autos frente a la amenaza que se cernía de las tropas que avanzaban hacia La Moneda. Y yo oí y aprendí y nunca olvidaré lo que es

la firmeza serena de la dignidad hecha hombre. Don Pedro Aguirre Cerda le dijo [al edecán]: «Usted está formado para luchar, use los autos. Yo soy un hombre de derecho. Saldré de aquí con los pies hacia delante, pero jamás abandonaré este cargo que el pueblo me entregó».

Y Allende concluye su evocación vinculando al presidente radical con la otra gran figura de la tríada heroica de la historia de Chile, el Presidente Balmaceda:

Con esa respuesta quedaba definitivamente establecido el hecho de que don Pedro Aguirre, pequeño, moreno, chileno y masón, tenía un alma y una conciencia que ha hecho posible, además, que su recuerdo se incorpore al corazón agradecido del pueblo que sabe, sin saberlo, que muy distante de él, tan solo otro Presidente, Balmaceda, en otro recodo de la historia, puede compararse al gobierno de Pedro Aguirre Cerda que marcó una etapa en el proceso de desarrollo del pueblo chileno (4).

Existe otra versión de aquellos hechos a la que se agrega un significativo detalle, que suponemos Allende debió haber conocido, pero que, curiosamente, no menciona en su discurso en homenaje al Frente Popular, ni en el discurso de la Masonería, ni en ningún otro que conozcamos. El detalle a que nos referimos se consigna, sin embargo, en el libro *Chile entre dos Alessandri*, del político e historiador Arturo Olavarría Bravo. De acuerdo con este relato, es el propio Olavarría quien concurre a La Moneda aquella mañana del 25 de agosto de 1939, para pedirle al Presidente Aguirre Cerda que abandone el palacio –como lo había hecho Arturo Alessandri en 1924– ante lo cual el mandatario responde, al tiempo que saca una pequeña pistola de su bolsillo: «De aquí no me sacarán sino muerto. Mi deber es morir matando en defensa del mandato que me entregó el pueblo» (5).

Digamos, finalmente, que, como observara Joan Garcés, la situación y contexto del intento golpista del general Ariosto Herrera fueron completamente diferentes de las del golpe de Estado de 1973: «En 1939, el general Herrera estaba impulsando un putsch «a la chilena», con recursos y horizontes inminentemente locales. No tenía detrás el impulso y mediatización de los servicios del Pentágono de Estados Unidos, [ni] los imperativos de la política de Henry Kissinger» (6).

De allí, entonces, que no hayan sido suficientes ni el valor, ni la dignidad del Presidente para detener o derrotar el golpe de 1973. Sin embargo, y precisamente por obra de la fuerza de estos valores que Allende supo defender con su propia vida, al combatir y morir en La Moneda, su figura de hombre y de político se potenciaría hasta alcanzar la estatura de una especie de nuevo padre de la patria amenazada, que junto con devenir en el primer acusador de los crímenes de la dictadura, llegó a constituirse en la encarnación y el símbolo de las luchas populares tanto de hoy como del futuro de Chile.

NOTAS

- (*) Publicado originalmente, el 10 de septiembre de 2010, en el periódico electrónico *piensachile.com*
- ¹ Diana Veneros, *Allende. Un ensayo psicobiográfico*, Santiago, Editorial Sudamericana, 2003, págs. 391-392.
 - ² Tal como Allende, el Presidente Aguirre Cerda (1879-1941) fue un connotado masón. Fue iniciado a los 27 años de edad en la *Logia Justicia y Libertad No.5*, de Santiago. Hoy existe, incluso, una logia que lleva su nombre, la *Logia Educador Pedro Aguirre Cerda No.153*.
 - ³ Se llama Venerable Maestro al jefe de una logia masónica. Es costumbre que allí un orador se dirija al Venerable Maestro en sus intervenciones y discursos, como lo hace Allende en el suyo.
 - ⁴ Véase: Juan Gonzalo Rocha, *Allende masón, la visión de un profano*, Santiago, Editorial Sudamericana, 2000, págs.34-35.
 - ⁵ Citado por J.G. Rocha, Op. Cit., pág. 109.
 - ⁶ Joan E. Garcés, *Allende y la experiencia chilena. Las armas de la política*. Santiago, Ediciones BAT, 1990, pág. 381.

20. Crónica de una investigación judicial anunciada (*)

*«La verdad no se avergüenza de nada,
salvo de ser escondida».*

Tertuliano

La noticia irrumpió en forma inesperada, como un relámpago en día despejado, en medio del relajado verano santiaguino, al darse a conocer en la radio, televisión y prensa que por primera vez en 37 años se realizaría en Chile una investigación judicial de la muerte del presidente Salvador Allende, junto a la de más de otros 700 casos de violación a los derechos humanos cometidos bajo la dictadura, respecto de los cuales no se había abierto hasta ahora acciones legales.

La ironía de la historia, que por cierto no pasó inadvertida, es que haya sido bajo el gobierno derechista de Sebastián Piñera en el que, por fin, vaya a realizarse una investigación de este tipo. La obvia pregunta pareciera formularse sola: ¿qué hicieron en veinte años de gobierno el Partido Socialista y la Concertación con el fin de poder esclarecer científica y judicialmente la muerte de Allende? Evidentemente, no mucho, por lo que se conoce.

Todo el mundo sabe hoy que existen dos grandes versiones de la muerte del Presidente, la del asesinato y la del suicidio, y que ninguna de las dos ha podido, hasta ahora, ser demostrada, o refutada, de manera definitiva; a pesar de los empecinados esfuerzos y los litros de tinta consumidos por los partidarios de uno y otro lado, con el fin de probar sus respectivas interpretaciones. Las razones de este *impasse*, por desgracia no son igualmente conocidas, y son las siguientes: 1) la ninguna credibilidad de las informaciones propaladas por la dictadura acerca de la forma y circunstancias de la muerte de Allende en La Moneda; 2) la difusión, inmediata posterior al Golpe, de versiones contradictorias de aquel hecho por parte de Tencha Bussi, la viuda del Presidente; 3) el ocultamiento, primero, y posterior tardía apa-

rición, del informe de la autopsia de los restos del Presidente hecha por médicos militares entre la noche del 11 y la madrugada del 12 de septiembre; 4) el brillante discurso de Fidel Castro, en la Plaza de la Revolución, en la Habana, el día 28 de septiembre de 1973, que propagó mundialmente ciertos detalles míticos de los últimos momentos de Allende, en su mayoría salidos de la fértil imaginación de Renato González, un joven del GAP, sobreviviente del combate de La Moneda; 5) La manipulación de la muerte del Presidente por parte de la Concertación, con el fin de poner su figura y legado al servicio de su proyecto de transición pactada desde la dictadura a la democracia tutelada, que ha sido una importante fuente de desconfianza y confusión pública.

Con este propósito se realizaron en 1990, bajo el primer gobierno concertacionista, el de Patricio Aylwin, un conjunto de operaciones tanto de carácter semisecreto como público, consistentes en la exhumación y reducción nocturna de los restos de Allende alojados en el mausoleo de la familia Grove, en el Cementerio Santa Inés de Viña del Mar; la «sumaria» identificación, por llamarle de algún modo, de dichos restos por parte del doctor Arturo Jirón; y, finalmente, el así denominado Funeral Oficial del Presidente, cuyo féretro fuera transportado a alta velocidad por las calles de Viña del Mar, la Ruta 68 y las calles de Santiago, con el fin manifiesto de impedir las expresiones de luto, afecto y respeto popular hacia su líder, y a cuya ceremonia central, realizada en la plazoleta del Cementerio General, no tuvo acceso el pueblo, que se hizo presente en forma masiva, (siendo reprimido y apaleado aquel solemne día) sino solo los participantes oficiales y los invitados extranjeros (1). Fue en este contexto político y ceremonial que se difundiría y daría legitimidad oficial al suicidio como la verdadera causa de la muerte del Presidente, que llegaría a constituirse en lo que denomináramos hace ya mucho tiempo como su «versión oficial». (2)

A pesar de algunos cartuchos disparados cada cierto tiempo, y con escasa puntería, por los partidarios dogmáticos del magnicidio de Allende, posteriormente a aquellos actos, la versión oficial dominaría la conciencia pública chilena, casi sin contrapeso, por cerca de veinte años. Pero a partir del 2008 lo que parecía un «caso cerrado», como predicaba anticipadamente a los hechos desde su título aquel tendencioso documental español, nunca mostrado en Chile, fue violen-

tamente reabierto y de par en par, por los sorprendentes e inesperados descubrimientos y revelaciones hechas por el doctor Luis Ravanal, el primer perito forense chileno en darse el trabajo de examinar con mirada crítica el informe la autopsia de Allende, importantísimo documento que la periodista Mónica González consiguió sacar a la luz casi una década antes.

Las reacciones de los custodios de la «versión oficial» ante el peritaje del doctor Ravanal, que, literalmente, demolían aquella trabajosamente montada construcción (2), no se hicieron esperar. Por ejemplo, la entonces diputada Isabel Allende Bussi, hija del Presidente, calificó aquellas revelaciones como «simplemente absurdas e incapaces de resistir el [menor] examen».

Por su parte el doctor Patricio Guijón, testigo clave de los últimos momentos de Allende, declaró entonces con manifiesta beligerancia y desatino:

No sé qué querrá conseguir este señor Ravanal, [que] no sé si es chileno, no sé si es japonés, médico no creo que sea... Pero yo estuve en el 11 de septiembre en ese lugar [es decir, en el Salón Independencia de La Moneda] y este señor no sé siquiera si habría nacido en esta fecha.

Es evidente que Isabel Allende Bussi y el doctor Guijón, eligieron entonces denostar y descalificar el trabajo forense del doctor Ravanal, en vez de haber reconocido públicamente que, hasta entonces, la muerte del Presidente Allende no había sido adecuada y seriamente investigada, y que en casi dos décadas de hegemonía concertacionista nada efectivo se había hecho para poder llegar a establecer científicamente la verdad de aquellos transcendentales hechos.

Por ello que resulta curioso constatar como la senadora socialista se ha declarado hoy incondicionalmente a favor de la investigación judicial de la muerte de su padre, y que días atrás, el propio doctor Guijón haya concedido una entrevista a Radio Agricultura de Santiago, en la que contrastó casi amigablemente su testimonio de la muerte del Presidente con aquel mismo colega al que «ninguneara» tres años antes, el doctor Ravanal.

Pero más allá del giro completo en la posición de estas dos figuras públicas, que se explican, en última instancia, por su posicionamiento concertacionista ante la figura y legado del Presidente (es decir,

el de un Allende que no habría sido marxista, ni revolucionario, ni antiimperialista), a nuestro juicio, el significado e importancia de una investigación judicial pudiera entenderse como consistiendo centralmente, en dos grandes posibles contribuciones:

- A. Permitiría incorporar al estudio, investigación y debate del caso una serie de documentos, fotografías y otros testimonios hasta ahora desconocidos, especialmente aquellos generados bajo la dictadura, lo que nos ayudarán, tanto a legos como a expertos, a formarnos una visión más completa, detallada y exacta de los hechos de aquel trágico día.
- B. Que la investigación judicial hará posible, al menos en principio, que se puedan, eventualmente, llegar a establecer «más allá de toda duda razonable» las circunstancias exactas y las causas inmediatas de la muerte del Presidente.

Pero, independientemente de que una investigación de este tipo consiga llegar a resolver satisfactoriamente los principales misterios y dudas del caso, es manifiesto que hemos entrado en una nueva etapa que, indefectiblemente nos conducirá a nuevos y hasta ahora desconocidos territorios.

NOTAS

^(*) Publicado originalmente, el 1 de febrero de 2011, en *El Clarín* on line

¹ Este hecho quedó registrado, incluso, en una gran fotografía que figura entre las páginas 74 y 75 del libro conmemorativo editado con motivo del Funeral Oficial. Véase: *Por La Paz De Chile. Funeral Oficial del ex Presidente de la República de Chile, Salvador Allende Gossens*, Fundación Salvador Allende, Santiago de Chile, Primavera de 1990.

² Para una interpretación alternativa del suicidio de Allende, véase el epílogo de mi libro *La muertes de Salvador Allende*, págs 207 a la 215.

³ He aquí las cuatro grandes conclusiones del estudio metapericial del doctor Ravanal:

- 1. Las lesiones descritas en el informe de autopsia del Presidente Salvador Allende no son compatibles con un disparo de tipo suicida.
- 2. Se constata la existencia de al menos dos impactos de bala ocasionados por dos armas de fuego diferentes, uno que provoca un orificio de salida redondeado en la zona posterior de la bóveda craneana, y el otro que hace estallar el cráneo.

3. Dado que no se describen signos de vitalidad en la herida submentoneana, es posible concluir que se trata de una herida post-mortem.
4. Se confirma que el disparo [en] la región submentoneana no corresponde a los llamados de corta distancia, lo que demuestra que no ha sido un disparo efectuado a boca de jarro o con apoyo, y por tanto no corresponde a una lesión típica de tipo suicida.

21. La querrela sobre la muerte del Presidente Allende (*)

«La verdad podrá tener sus normas, pero el error es infinito en sus aberraciones».

H.W.B. Joseph

He leído con gran interés y atención, en este mismo periódico (*piensachile.com*), el texto de la querrela por el homicidio calificado del presidente Allende, recientemente presentada ante el juez Mario Carroza, por el abogado Roberto Avila Toledo. Me parecieron sumamente sólidos y convincentes los argumentos legales sobre los que se basa aquella petición. Creo que si residiera en Chile y se me hubiera ofrecido la honrosa oportunidad de suscribirla, la hubiera firmado con gusto.

Esto no significa, por cierto, que uno tenga que estar de acuerdo con la totalidad de lo afirmado y argumentado en aquel extenso documento legal. Porque por debajo de aquellos imbatibles argumentos jurídicos, se traslucen, también, errores de información, y una cierta infundada creencia acerca de la muerte del Presidente, de parte de quien, o quienes, redactaron la querrela. Esto es, precisamente, lo que nos interesa examinar y comentar brevemente a continuación.

Encontré dos pasajes en el texto del documento que me parecieron poco felices, para expresarlo con suavidad. El primero de ellos pudo perfectamente haberse omitido, por su falta de respeto hacia quien tuvo el valor de acompañar hasta el final al Presidente Allende en La Moneda. En cuanto al segundo pasaje, que fue incluido en el texto con el propósito de descartar la posibilidad del suicidio de Allende, manifiestamente, no tiene la fuerza necesaria para cumplir esta función, dado que se basa en una historia no solo indemostrada sino completamente falsa. A nuestro juicio, ninguno de los referidos pasajes contribuye a darle fuerza y contundencia al documento

legal, sino que, por el contrario, lo debilitan, restándole seriedad y credibilidad.

El primero de dichos pasajes se encuentra en la consideración No. 2, ubicada a continuación de la cita del texto del Bando No. 24 de la Junta insurrecta. Reproduciremos aquí el contexto mínimo en el que se sitúa y a partir del cual cobrará sentido lo que se afirma en sus dos últimas líneas:

Esta voluntad homicida [de los golpistas] queda ratificada por el destino que se da a todas las personas que fueron secuestradas ese día en el palacio de La Moneda, que fueron, como se sabe, asesinadas. Con la sola excepción de tres jóvenes, que por un error en el dispositivo represivo no fueron fusilados, y de *un médico que de manera entusiasta, sistemática y provechosa, confirma la tesis del suicidio.*

Es manifiesto que aquí se contiene una referencia ofensiva, apenas velada, al doctor Patricio Guijón, quien desde el primer momento, y sin contradecirse ni una sola vez en sus distintas declaraciones a lo largo del tiempo, ha sostenido que, desde el pasillo que daba al Salón Independencia, «alcanzó a ver como se movía el cuerpo [del Presidente] en un espasmo vertical. Subió y bajó» (1). Lo que él interpretó como el momento en que aquel se quita la vida.

Uno de los recursos más socorridos de los partidarios dogmáticos del magnicidio del Presidente, puesto en circulación por primera vez en el libro *Estos mataron a Allende* (1974), del periodista Robinson Rojas, ha consistido en el rechazo, hecho casi siempre por la vía de argumentos *ad hominem*, de todos aquellos testimonios, evidencias o pruebas, que contradicen o refutan la tesis de un Allende asesinado por los golpistas. Como Guijón ha declarado siempre que vio al Presidente en los momentos en que debió haberse quitado la vida, la forma más frecuente de deslegitimar su testimonio ha sido acusarlo de que él siempre dijo lo que los golpistas le ordenaron que dijera. Esto, por cierto, ha ido siempre acompañado de acusaciones profundamente ofensivas a su supuesta falta de valor, su supuesta traición, su supuesta inmoralidad, etc., etc. Al afirmar, sin nombrarlo, que Guijón habría testificado de manera «entusiasta, sistemática y provechosa» a favor del suicidio de Allende, los autores de la querrela no hace otra cosa que repetir aquella tan vieja como deleznable maniobra descalificatoria.

Además, lo que, evidentemente, desconocen, el o los autores del documento legal que comentamos, así como la gran mayoría de los chilenos, es que Guijón no fue el único que vio, y reportó, aquel movimiento del cuerpo del Presidente. Porque en forma enteramente independiente el doctor José Quiroga, otro de los médicos que aquella tarde se encontraban en el pasillo que conducía a la oficina presidencial, declaró en el 2000, ante el periodista Juan Gonzalo Rocha, lo siguiente:

Me encontraba en el segundo piso [de La Moneda], esperando salir por Morandé 80. Y entonces veo al Presidente Allende avanzar por el pasillo. Veo que entra en el Salón Independencia, solo. Yo creo que pasaron algunos segundos, cuando alguien pregunta ¿Qué esta haciendo [él] ahí solo?

...y otro, de los que estaban en la fila, abre la puerta del Salón y pudimos verlo.

¿Qué alcanza a ver Ud.? [Pregunta Juan Gonzalo Rocha]

Veo al Presidente. Está sentado. Veo su inconfundible figura en medio del humo y los gases que invaden el recinto. Está en su sillón, de frente. Y entonces, sin que se escuche nada, porque el ruido en el exterior es tremendo, su rostro desaparece, como si se desvaneciera dentro del humo.

¿Cree Ud. que ese es el instante en que mismo en el que se suicida [Pregunta J. G. Rocha].

Si, si, siempre lo he pensado así (2).

Es especialmente importante tener en cuenta este testimonio del doctor Quiroga, para poder establecer lo que efectivamente ocurrió aquella tarde en el Salón Independencia, y su sola existencia cierra la posibilidad que pudiera aplicarse a las declaraciones de Guijón aquella antigua regla jurídica latina que dice: «*Unis testis, nulus testis*», es decir, que «un solo testimonio es un testimonio nulo.

Porque los testimonios de Guijón y Quiroga se apoyan y confirman el uno al otro. Pero lo que muchos parecen no entender es que

para el establecimiento de la verdad sobre la muerte del Allende, estos testimonios no deben ser descartados, sino incorporados y explicados en términos de una gran hipótesis, dentro de la cual cobrarán pleno sentido. Hasta donde sabemos, esta gran explicación, o hipótesis, aún no ha sido explícitamente formulada por nadie.

En cuanto al provecho que le habría reportado al doctor Guijón haber declarado desde siempre que Allende se quitó la vida, no es más que otra ofensa infundada y gratuita, porque no existe prueba alguna conocida de que su invariable testimonio le haya traído el menor beneficio pecuniario. En realidad, hasta hoy no le ha reportado otra cosa que el escarnio y la descalificación, por parte de sus propios compañeros y colegas, durante los años de la dictadura, y el odio y la sospecha eterna de los partidarios dogmáticos de la teoría del magnicidio.

El segundo pasaje de la querrela que me ha parecido descaminado y objetable se encuentra en el siguiente párrafo:

Hay bastantes mentiras en la versión oficial de la muerte del Presidente como que se habría matado [*sic*] con el fusil AKA (3) regalado por el Comandante Fidel Castro, *hay sobreabundancia de pruebas que ese fusil nunca estuvo en La Moneda*. Las mentiras son el escudo de los culpables, los inocentes no necesitan mentir.

Es especialmente significativo que la frase subrayada aquí por nosotros haya sido tomada textualmente de uno de los dos o tres escritos que, desde hace algún tiempo, se encuentran circulando en Internet, y en los que sus autores, luchando desesperadamente contra el tiempo, se proponen darnos la «primicia» de anticiparse a los resultados y conclusiones finales de la investigación judicial de la muerte de Allende. De más está decir que estos escritos no valen el costo de la tinta con que fueron escritos. (4)

Pero el inventor de todo este mito del fusil AK de Allende que nunca habría llegado a La Moneda, precisamente cuando más se lo necesitaba, no fue otro que el periodista Camilo Taufic, quien lo viene repitiendo, con más o menos variaciones, desde hace ya varios años (5). Desgraciadamente, y más allá de sus declaraciones, Taufic no ha sido capaz de suministrar una sola prueba seria de lo que afirma. Por ejemplo, en uno de sus artículos publicado en *La Nación*, pone como testigo a don Víctor Pey, el gran amigo de Allende, pero al preguntarle

yo a Pey, en un correo de hace ya varios años, si acaso era cierto lo que sostenía Taufic acerca del fusil AK del Presidente, me contestó que «no estaba en condiciones de afirmar ni negar aquella historia».

Según he llegado a saber recientemente, por lo que me han relatado personas enteradas, Taufic invocó, también, como testigo de la verdad de su «teoría del fusil ausente», a Max Ropert Contreras, el hijo sobreviviente de la Payita, quien durante la época previa al Golpe residía en la casa de El Cañaveral, en uno de cuyos muros colgaba el fusil de asalto del Presidente, y donde, supuestamente, habría sido abandonado la mañana del 11 de septiembre. Pero ocurre que Max Ropert desmintió categóricamente las afirmaciones de Taufic, sin que hasta donde sepamos esto haya constituido el menor obstáculo para que el conocido periodista continúe difundiendo la apócrifa historia del fusil AK que no llegó a La Moneda.

Como puede verse, no solo no hay «superabundancia de pruebas» de que esta historia pudiera ser verdadera, sino una carencia absoluta de ellas.

NOTAS

(*) Publicado originalmente, el viernes 22 de abril de 2011, en el periódico electrónico *piensachile.com*

¹ Véase: Hermes H. Benítez, *Las Muertes de Salvador Allende*, pág. 91.

² Reproducido de: Juan Gonzalo Rocha, *Allende, masón*, pág. 275.

³ Las letras que identifican al famoso fusil de asalto soviético, y sus variantes, no son tres sino solo dos, que corresponden, en ruso, a las iniciales de las palabras *Avtomat Kalashnikova*, es decir, a [arma] Automática de Kalashnikov.

⁴ Las circunstancias especialmente complejas de la muerte del Presidente han dado origen a una suerte de nuevo género literario de carácter político-policial, accesible por Internet, cuyos cultores creen poder resolver los enigmas de los últimos momentos de Allende en La Moneda mediante una serie de geniales deducciones dignas de un Sherlock Holmes. Es común a todos estos intentos que, a diferencia de los métodos de carácter científico empleados por el gran detective de las novelas de Arthur Conan Doyle para resolver sus casos, que tales escritos nunca sean presentados como hipótesis, es decir, como explicaciones más o menos plausibles de aquellos hechos, sino que en ellos siempre se afirma que se trataría de simples descubrimientos, o deducciones, basadas en información hasta ahora desconocida que solo sus autores manejarían.

⁵ Véase, por ejemplo: Camilo Taufic, «Revisión de una historia adulterada: fue otra el ‘arma suicida’ de Allende», Blogger DICAP, 15 de enero de 2007. Taufic falleció inesperadamente el sábado 9 de junio de 2012, en la sureña ciudad de Chillán, a los 74 años de edad, víctima de un infarto al miocardio, en los momentos en que los originales de este libro se encontraban ya en poder de la editorial.

22. ¿Podemos confiar en la investigación judicial de la muerte de Allende?

No cabe duda que la inesperada noticia, difundida en los últimos días del mes de enero, de que por primera vez luego de 37 años se realizaría en Chile una investigación judicial de la muerte del presidente Allende –junto con la de otras más de 700 casos de víctimas de violaciones de sus derechos humanos cometidos bajo la dictadura– fue recibida con beneplácito y optimismo por amplios sectores de la ciudadanía. Entre otras razones, nos parece que esto se explicaría porque los resultados y conclusiones del estudio metapericial del doctor Luis Ravanal, dado a conocer en el 2008, habían penetrado profundamente en la conciencia pública, terminando por restarle casi toda credibilidad a la «versión oficial» de la muerte de Allende. De manera que el anuncio de que, por fin, se realizaría aquella investigación que nunca se hizo en 20 años de gobiernos concertacionistas, vino a producirse en un momento especialmente oportuno.

Con el correr de los días, sin embargo, aquel optimismo colectivo inicial fue dando paso a una actitud de cautela hacia la capacidad de las instituciones judiciales chilenas, y sus organismos técnicos, de poder llegar a establecer de manera definitiva las causas inmediatas de la muerte del Presidente Allende. Después de todo, la justicia chilena, tanto bajo la dictadura como posteriormente a ella, actuó en muchos casos como cómplice y encubridora de incontables atropellos a los derechos humanos de miles de chilenos, y por medio de la acción de jueces obsecuentes y prevaricadores, defendió al tirano, así como a centenares de miembros de las FF.AA involucrados en hechos criminales.

Si hay un organismo público capaz de despertar desconfianza ese es el Servicio Médico Legal, que pareciera haber cambiado muy poco desde los tiempos de la dictadura, y al que le corresponderá realizar la totalidad de los peritajes a partir de los cuales se buscará determinar de qué modo preciso murió el Presidente. Este organismo

tiene una negra historia que, por cierto, comenzó el mismo día 11 de septiembre de 1973, cuando sus autoridades, cediendo a las presiones de los golpistas, o por simpatía con su ideología y conducta fascistas, hicieron la vista gorda antes múltiples irregularidades cometidas por aquellos, entre las que se cuentan: el ocultamiento de cadáveres, la mezcla de los restos de diferentes personas, la realización de autopsias incompletas, y la inhumación ilegal de cuerpos no identificados, tanto en el patio 29 del Cementerio General de Santiago como en otros lugares del país.

Como lo declarara Juan Pavín, abogado de los dirigentes de la Asociación de Funcionarios del Servicio Médico Legal, gran parte de los problemas que han venido afectando por largos años a este servicio se originaron en la severa intervención política a la que fue sometido bajo la dictadura. Desde aquel momento se rompió allí la antigua y respetable tradición de nombrar directores del Servicio Médico Legal (SML) a médicos de carrera, procediendo a designar doctores que eran enteramente ajenos al campo de la Medicina Legal. Significativamente, los gobiernos de la Concertación no modificaron esta anómala situación, sino que la mantuvieron, entre otras razones porque facilitaba la asignación de cargos por medio del cuoteo político.

El primer jefe del SML en ser designado, en 1975, por aquel procedimiento anómalo, fue el doctor Claudio Molina Fraga, bajo cuya gestión se registraron la mayor cantidad de irregularidades cometidas en aquel organismo. Recordemos que fue este director, quien, al ser encontrado los restos de varios detenidos-desaparecidos en los hornos de cal de Lonquén, decidió trasladarlos personalmente hasta el Cementerio Parroquial de Isla de Maipo, donde los arrojó en una fosa común, mientras los familiares de aquellas víctimas esperaban infructuosamente la recuperación de las osamentas de sus muertos, en la Iglesia Franciscana de Recoleta, en total desconocimiento de la terrible y despiadada acción de Molina Fraga.

Es atingente recordar aquí, que este mismo médico, cuya especialidad es la psiquiatría, fue uno de los especialistas del SML que evaluó y certificó el estado mental del dictador Augusto Pinochet, permitiendo así que fuera sobreseído en el caso conocido como la Caravana de la Muerte.

Otra funcionaria del SML, la doctora América González, que se desempeñó como coordinadora de aquella comisión de especialistas

que facilitaron que Pinochet lograra evadir la acción de la justicia, fue quien realizó el peritaje forense del cadáver de Cecilia Magni, la Comandante Tamara, muerta en 1988, en un ataque al Retén de Carabineros de Los Queñes. La doctora González determinó que las múltiples lesiones que la combatiente frentista presentaba en su cuerpo se habrían producido al ser arrastrada ella por las aguas del río Tinguiririca, en cuya rivera fue encontrada muerta, en circunstancias de que como se estableció posteriormente, estas lesiones le fueron provocadas a Cecilia, quien fue capturada viva, por las torturas que le infringieron miembros de los aparatos represivos de la dictadura. (1)

La misma doctora González, contratada por el SML en los tiempos de la dictadura, certificó como «muerte súbita», a consecuencia de una afección cardíaca, el fallecimiento de Carlos Gody Etchegoyen, brutalmente torturado con electricidad en febrero de 1985, en la Comisaría de Quintero. Según lo registra el Informe Rettig, los antecedentes de salud previos de la víctima, así como el protocolo de la autopsia que se le practicó, no dejan dudas de que la muerte de Carlos Godoy fue causada por las torturas a las que lo sometieron agentes del estado.

En lo referente a la identificación de los restos de los siete presos que murieron calcinados en un incendio de la Cárcel de San Miguel, la doctora González ocultó los resultados de los análisis de ADN que daban cuenta de los errores cometidos en la identificación de aquellos, como también lo había hecho anteriormente con los casos Del Patio 29, a los que nos referiremos a continuación.

El historial del SML, durante la época de la dictadura y posteriormente a ella, contiene un número considerable de otras manchas. Por ejemplo, la serie de falsas identificaciones de restos óseos, entre los que se destacan aquellos que fueron encontrados en el Patio 29 del Cementerio General de Santiago. Los primeros reportes acerca de la utilización de aquel patio como lugar de sepultura ilegal de ejecutados políticos luego del golpe, corresponden a testimonios recibidos por el Comité Pro Paz, pero fue necesario el fin de la dictadura militar para que, 18 años después de los asesinatos, se procediera al inicio de las investigaciones judiciales en aquel lugar.

En septiembre de 1991, es decir, durante el segundo año de instalación del primer gobierno de la «Democracia Tutelada», se dio comienzo, por orden del Juez Andrés Contreras, a la excavación de

las tumbas marcadas con las letras NN en dicho patio. Se estableció que se trataba de 107 tumbas en las que encontraban enterrados 127 cuerpos, es decir, se había enterrado más de un cuerpo por tumba. Al hacerse público este hecho el dictador comentaría con su sádico y macabro sentido del humor: «Pero que economía más grande».

Los cuerpos desenterrados fueron entonces enviados al SML para su correspondiente identificación. Luego de dos años de trabajo y de espera de los deudos, se inició, por fin, la entrega de los cuerpos identificados a sus respectivas familias, lo que ocurrió durante la dirección del doctor Cesar Reyes. Las identificaciones continuaron durante los dos años siguientes, informándose que 30 de los 126 cuerpos encontrados no podrían ser identificados, a causa de su deteriorado estado. Al final se vino a saber, gracias al trabajo de peritos forenses escoceses, que 48 cuerpos, de un total de 96 potencialmente identificables, habían sido erróneamente identificados por el SML. En otras palabras, que prácticamente la mitad de las identificaciones hechas en Chile eran erróneas. Pero esta información, contenida en el así llamado «Informe Glasgow», entregada al SML en octubre de 1995, logró ser mantenida en secreto durante siete años por sus autoridades.

El escándalo público que provocaría el ocultamiento de los resultados de aquel informe, determinaría que la Fiscal Mónica Maldonado debiera ponerse en movimiento con el fin de investigar esta seria irregularidad.

Es necesario recordar aquí, también, que José Luis Vásquez, uno de los médicos que participaron en la realización de la autopsia de Allende en 1973, que no es médico forense sino ginecólogo, y que hasta hoy continúa trabajando en SML, muy probablemente participe en el nuevo peritaje forense de los restos del Presidente, que tendrá lugar como parte de las tareas de la investigación judicial en curso. Como se sabe, el doctor Vásquez adquirió notoriedad a consecuencia de su participación en los peritajes de la investigación de los crímenes de Carmelo Soria y del niño Rodrigo Anfruns. Según llegó finalmente a establecerse fueron asesinados por miembros de los aparatos represivos de la dictadura, pero en ambas instancias Vásquez dictaminó, actuando como forense, que en el primer caso la muerte de Soria se había producido a causa de un accidente automovilístico, mientras que en el segundo, el niño Anfruns había muerto al ser asfixiado por un joven con problemas mentales, quien lo habría agredido sexualmente.

No es posible poder establecer si aquellos errores los cometió Vásquez como consecuencia de la limitación de sus conocimientos forenses, o si no se trató de errores sino de acciones premeditadas, cometidas con el fin de proteger a asesinos a sueldo de la dictadura. Pero como es manifiesto, por sí mismos aquellos hechos ponen en entredicho no solo la capacidad profesional de Vásquez sino también su objetividad, imparcialidad e independencia, y así lo descalifican *a priori* para participar en el nuevo estudio pericial de los restos de Allende.

No sabemos si el doctor Vásquez vaya a tomar parte en la investigación judicial, lo que si es manifiesto es que él tiene muy claro cual sería su tarea, y conclusiones, en caso de llegar a participar en sus peritajes. Como lo declarara recientemente en una entrevista que concediera a la periodista Lilian Olivares, del diario *La Segunda*:

Esta mañana conversamos con el doctor José Luis Vásquez, quien afirmó que con la nueva tarea, encomendada al SML por el juez Mario Carroza «como se va a hacer un nuevo procedimiento, se va a certificar lo que se dice en el informe [de la autopsia de 1973].

En otras palabras, lo que Vásquez ha declarado es simplemente que no se haría otra cosa que confirmar las conclusiones de la autopsia de 1973. Lo sorprendente es que lo declare ante la prensa sin el menos empacho. Como puede verse, esta afirmación de Vásquez lo descalifica *a priori* de toda posible participación en las investigaciones en curso.

A continuación le pregunta la periodista: «Doctor, ¿Ud. pudo constatar, a ciencia cierta, si el cuerpo del ex presidente Allende tenía uno o dos orificios de bala?». Y Vásquez le responde: «Si hubiese habido un segundo orificio de bala no pudimos certificarlo. Se produjo un estallido en el cráneo que impedía la posibilidad de reconocer esta situación». (2)

La pregunta de Lilian Olivares es de gran importancia, porque apunta al centro mismo de una de las cruciales conclusiones del examen metapericial del doctor Ravanal: a saber, que existirían «al menos dos impactos de bala ocasionados por dos armas diferentes, uno que provoca un orificio de salida redondeado en la zona posterior de la bóveda craneana, y el otro que hace estallar el cráneo». Como se ha visto la respuesta de Vásquez busca desalojar la afirmación de Ravanal

mediante dos afirmaciones que son manifiestamente falsas porque: 1) la existencia del segundo orificio quedó claramente registrada en el Informe de la autopsia de 1973, y 2) el estallido de cráneo no impidió que esta perforación fuera detectada por los forenses militares.

La gran preocupación que nos asalta hoy se origina en las declaraciones del gobierno en el sentido de que pondrá a disposición todos los recursos del estado para que se establezca, finalmente, cómo murió Allende, y al mismo tiempo se anuncia que se va a convocar a peritos extranjeros, por supuesto elegidos y contratados por funcionarios del mismo estado, y que también van a participar en estas investigaciones peritos del Servicio Médico Legal. El problema es que forman parte de este organismo un número importante de médicos que, como el doctor Vásquez, se encuentran trabajando allí desde la época de la dictadura, y que comparten su visión política e institucional. Y al menos en un caso, el del doctor René López, del Departamento de Tanatología, existe una conexión militar y familiar directa, porque aquél es hijo de René Lopez Silva, que fuera segundo al mando del campo de Prisioneros de Tejas Verdes.

Ante esta situación los chilenos no podemos permanecer impasibles. En primer lugar, hay que poner en estado de alerta al movimiento popular acerca de los peligros que hoy se ciernen sobre la investigación de la muerte del Presidente Allende, en la que participarán, directa o indirectamente, los mismos que luego de practicarle un examen *post mortem* en 1973, ocultaron sus informes por 27 años, junto con las fotografías y muestras allí tomadas. Tras ellos se encuentran las mismas fuerzas políticas fascistas y conservadoras, e instituciones del estado, que colaboraron en el derrocamiento del Allende hace 38 años.

No podemos permitir que el doctor José Luis Vásquez participe en las investigaciones judiciales en curso, y debemos asegurarnos que un equipo de forenses de probada objetividad, imparcialidad y rectitud, entre los que debiera encontrarse el doctor Luis Ravanal Z., participen en los peritajes de los restos del Presidente Allende, junto a expertos internacionales de las más impecables credenciales profesionales y morales, y sin ninguna conexión personal o profesional con las autoridades judiciales o políticas chilenas.

Proponemos que la totalidad de los peritajes sean grabados, desde el primer al último minuto, y que a estas grabaciones se les asigne el carácter de monumentos históricos, con copias al Museo de

la Memoria y sean accesibles al público interesado. Asimismo, nos parece que el informe final en el que se contengan las conclusiones de la investigación, también debiera ser de conocimiento público y venir firmado por la totalidad de los médicos que participaron en la investigación

No podemos permitir que se repita aquella farsa realizada en 1990, bajo el gobierno de Patricio Aylwin.

NOTAS

- ¹ Al momento de escribir este artículo, as investigaciones de este caso aún se encontraban abiertas, lo que pudiera hacer variar algunos de sus resultados finales.
- ² Lilian Olivares: «Los exámenes a los restos de Salvador Allende. Habla el médico que hizo la autopsia en 1973», *La Segunda*, jueves 21 de abril de 2011.

Otras fuentes

Víctor Osorio, «El escándalo del Patio 29: los errores de identificación», *Patio 29*, 10 de marzo de 2009.

Jacmel Cuevas, «Servicio Médico Legal. ¿Purgatorio de la justicia? *El Periodista*, viernes 27 de febrero de 2004.

23. La centralidad de la dimensión moral del gesto final del Presidente Allende (*)

«Yo tengo mucho respeto por el cargo de Presidente. Por respeto a mi propia dignidad de Presidente, no me veo en el exilio golpeando puertas. Pidiendo ayuda para algo que no supe defender o que no estuve dispuesto a defender hasta las últimas consecuencias.

... No es que yo no ame la vida. La vida me ha dado muchas satisfacciones. Soy un hombre que ha sabido disfrutar de ella. (...) Pero también entiendo que hay cosas superiores a esto».

Presidente Salvador Allende, Agosto de 1973.

Nos parece altamente significativo que, tal como lo evidencian estas extraordinarias declaraciones, rescatadas del olvido por el periodista Ignacio González Camus (1), el Presidente Allende visualizara su situación, en la eventualidad de un alzamiento militar en contra de su gobierno, no desde un punto de vista centralmente político, como se lo ha creído siempre, sino desde uno fundamentalmente moral. Es decir, Allende entendía su predicamento ante un golpe de Estado como la elección entre vida y honor, o entre vida y dignidad. De allí que no tenga nada de sorprendente que estos conceptos morales aparezcan, por ejemplo, en la cortante respuesta que, como a las 10 de la mañana del 11 de septiembre, el Presidente le da por teléfono al alzado general Baeza, cuando este lo conmina a rendirse: *«Ustedes como generales traidores que son, no conocen a los hombres de honor»*. Mientras que el segundo de aquellos conceptos morales es empleado por Allende en las últimas palabras de su discurso final: *«... a lo menos mi recuerdo será el de un hombre digno, de un hombre que fue leal»*.

Es claro que Allende, confrontado a la eventualidad de un golpe de Estado, supo desde siempre que su elección no podía ser otra

que su honor y su dignidad de hombre y de Presidente, siguiendo así el valeroso ejemplo del presidente Pedro Aguirre Cerda, cuando el 23 de agosto de 1939, supo enfrentar dignamente en La Moneda el alzamiento militar contra su gobierno dirigido por el general Ariosto Herrera (2).

Algunos compatriotas que han escrito sobre el Presidente, pero que no han comprendido el carácter centralmente moral de su conducta aquel trágico día, han creído ver en ella la manifestación de una supuesta «tendencia suicida» suya (3), o un gesto puramente político.

En sus *Lecciones de ética*, de 1780-1781, Manuel Kant, uno de los más grandes filósofos morales de todos los tiempos, explica, con gran simpleza y claridad, la valoración subyacente al dilema moral que Allende enfrentaba el día del golpe:

Porque la vida por sí misma no debe ser considerada como lo más alto. Yo debo aspirar a preservar mi vida solo mientras sea digno de vivirla.

...hay en el mundo mucho que es más importante que la vida. Atenerse a la moralidad es mucho más importante. Es mejor sacrificar la vida que la moralidad de uno. Vivir no es una necesidad; pero vivir honorablemente mientras dura la vida es una necesidad. (4)

No cabe duda, y Allende lo demostró a lo largo de su productiva y agitada vida no solo con palabras, sino lo que es más importante, con hechos, que suscribía la misma posición moral en favor de la cual argumenta Manuel Kant en estos importantes pasajes. Significativamente, ellos se encuentran en la sección titulada «El suicidio», de sus *Lecciones de Ética*.

En una obra posterior, y en un contexto diferente, Kant nos presenta aquella misma disyuntiva moral de una manera mucho más expresiva:

... cada cual tiene la libertad de elegir entre la vida y los trabajos forzados; yo digo que el hombre de honor elige la muerte, mientras el bellaco elige los trabajos forzados. (...) Porque el primero conoce algo que aprecia incluso más que la vida misma, esto es, el honor; mientras que el segundo prefiere una vida ignominiosa a no existir. (5)

Nos parece algo digno de especial atención, que, tanto quien estuvo hasta el final con Allende en La Moneda, como quienes han escrito valiosas páginas sobre sus momentos finales, hayan sido completamente ciegos ante el carácter centralmente moral de la decisión final del Presidente. He aquí tres ejemplos:

1. En una entrevista que la periodista Faride Zerán hiciera al doctor Guijón, se destaca como título de aquella una frase suya, sin duda que considerada como especialmente certera: «El suicidio de Allende fue un gesto político» (*Revista Rocinante*, Santiago, No. 58, agosto de 2003, pág. 3)
2. Por su parte, la escritora Carmen Castillo Echeverría declaró lo siguiente en una entrevista concedida hace algunos años al periódico de Agustín Edward: «Allende pensaba que era posible llegar al socialismo por la vía pacífica. Su confianza en la democracia fue total..., su acto de suicidarse fue un acto político magistral; está diciendo que la democracia vale su vida, aunque sea una utopía». (*El Mercurio*, 20 de octubre de 2007, entrevista de Raquel Correa.)
3. El sociólogo Tomás Moulian, que ha articulado tantas reflexiones brillantes sobre Allende, pareciera ignorar enteramente la dimensión moral del gesto final del Presidente cuando escribe: «El análisis global de la trayectoria de Salvador Allende (...) permite interpretar de manera adecuada el término de su vida. No fue este un acto romántico que buscaba forzar una entrada heroica en la historia, ni tampoco un acto desesperado. Constituyó en realidad un gesto que prolonga la trayectoria de Allende como gran político realista. En medio de la desolación y la metralla supo buscar la mayor eficacia para su acto final». (Tomás Moulian, «Compañero Presidente», *Le Monde Diplomatique*, Septiembre, 2003, pág. 6.) (6)

A nuestro juicio la visión que subyace a estas tres expresiones es inadecuada, y en su reduccionismo político, e incompletitud, es incapaz de explicar correctamente las más profundas motivaciones de la conducta del Presidente enfrentado a una situación límite aquel 11 de septiembre, así como su decisión de resistir el Golpe en La Moneda, la que solo puede ser cabalmente comprendida a partir de la postura moral de Allende. Por cierto, aquella crucial decisión no

fue adoptada por el presidente en el último minuto, sino con meses de anticipación, como lo evidencia el siguiente testimonio:

Hurgando en sus recuerdos, Renato Moreau, uno de los responsables del Aparato Militar [del Partido Socialista] señala: A mediados de 1972, cuando se detectó el intento de Golpe de Estado por el general [Alfredo] Canales [Márquez], la Comisión de Defensa se vio obligada a reexaminar la planificación, ante lo cual surgió el [así] denominado Plan Santiago. Fue una determinación clave, pues se constató que la posibilidad del Golpe de Estado era ya una realidad que se debía enfrentar junto con la decisión de Allende de permanecer en La Moneda. El Presidente había rechazado la posibilidad de salir de la sede gobierno para trasladarse a un Barretín VIP, desde donde se podría conducir, con posibilidades de éxito, una defensa del gobierno. Allende desechó una y otra vez las sugerencias de abandonar lo que consideraba el bastión democrático por excelencia. No hubo más alternativa que pensar en la defensa del gobierno desde La Moneda, y se consideró que el contingente debía defenderla mínimo un par de días. (7)

Por cierto que Allende sabía que parapetarse en La Moneda, «como en una fortaleza sitiada» (Kalfon), en caso de un Golpe, no era, militarmente hablando, una buen elección, pero así lo decidió porque consideraba que aquel viejo edificio era el único lugar a la altura de su dignidad presidencial. «Su puesto de mando, el centro del poder del estado, y el símbolo histórico del régimen institucional», como lo describe certeramente Joan Garcés. Es decir, para Allende La Moneda constituía una suerte de materialización del poder legítimo del Presidente, de manera que la defensa del antiguo Palacio frente a un alzamiento militar aparecía a sus ojos como un gran símbolo de defensa de la legalidad presidencial frente a la ilegitimidad golpista.

Pero la decisión de resistir hasta el final en La Moneda era algo más compleja de lo que hasta ahora se ha creído, porque fue contemplada por Allende como la alternativa final entre dos escenarios golpistas posibles, según lo revelara Gloria Gaitán en su libro de 1973. Dice el Presidente:

Cuando llegue el momento escogido por los golpistas para acabar con este gobierno, tendré dos alternativas: si

para entonces, parte de las fuerzas armadas y Carabineros están decididas a defender el gobierno, por ser el único constitucional, yo me iré a resistir a San Miguel, junto al pueblo. De lo contrario, si el golpe proviene unánimemente de todos los cuerpos armados, le pediré a las masas que no se movilicen para que no se inmolen inútilmente y yo combatiré hasta el final. De la presidencia de Chile no saldré sino muerto, o al final del período por el cual he sido elegido. (8)

Es decir, Allende tenía decidido con una gran anticipación que, en caso de un alzamiento militar generalizado en contra de su gobierno, lo enfrentaría en La Moneda (9), que no haría un llamamiento a sus partidarios civiles para que salieran a las calles a defender su gobierno y que él combatiría hasta el fin. Frase esta última que debe ser entendida tanto en el sentido de que pudiera encontrar la muerte en combate, como en el sentido de que si aquello no llegaba a ocurrir, se quitaría la vida, antes de rendirse a los golpistas.

Como efectivamente ocurrió el día 11 de septiembre, Allende, que desconfiaba –con mucha razón– de la capacidad militar de la izquierda para hacer frente a un golpe unificado de la FF.AA, 1) no llamó al pueblo en defensa de su gobierno, porque anticipaba que aquello no terminaría más que en una masacre; 2) combatió por más de cuatro horas y media, junto a un puñado de sus partidarios precariamente armados, hasta que se terminó la munición, y luego conminó a entregar sus armas a aquellos que fielmente lo acompañaron, que de otra manera hubieran sido inútilmente asesinados por los soldados golpista; 3) eligió la muerte por propia mano, antes de dejarse vejar por sus enemigos en su dignidad de hombre y de Presidente.

Como es manifiesto, lo central en estas tres decisiones de Allende no se encuentra en su posible efecto político, o militar, sino en su moralidad. Es decir, en el respeto por la vida de sus partidarios, en la defensa irrestricta de su dignidad de hombre y Presidente, y en el suicidio como la única salida moral posible enfrentado a una situación límite. Curiosamente, al parecer, habría sido el brillo y la lucidez política e histórica del discurso final, la causa de que la mayoría de los que han leído, o que han escrito acerca de los últimos momentos de Allende, hayan perdido casi enteramente de vista el sustrato moral de su conducta aquel día.

NOTAS

(*) Publicado originalmente, el 18 de mayo de 2011, en el periódico electrónico *piensaChile.com*

¹ Ignacio González Camus, *El día en que murió Allende*, Santiago, CESOC, Ediciones ChileAmérica, primera edición de 1988, pág. 404. La segunda edición aumentada de 1990 tiene 24 páginas más que la primera. La cita completa del pasaje es la siguiente:

Cayeron en el tema permanente: la posibilidad de golpe de Estado.

Allende cambió ligeramente de aspecto. Se distendió, pareció estirar sus piernas para estar más cómodo.

—Ustedes saben lo que yo he planteado, dijo. Estoy dispuesto a morir en el desempeño de mi cargo.

Quiero que me entiendan: no es, como lo he dicho otras veces, que yo tenga vocación de mártir o pasta de apóstol, sino que entiendo perfectamente cuál es mi obligación con el movimiento popular y, además, con el cargo que desempeño.

Yo tengo mucho respeto por el cargo de Presidente. Por respeto a mi propia dignidad de Presidente, no me veo en el exilio golpeando puertas, pidiendo ayuda por algo que no supe defender o que no estuve dispuesto a defender hasta las últimas consecuencias.

No es que yo no ame la vida. La vida me ha dado muchas satisfacciones. Soy un hombre que ha sabido disfrutar de ella (e hizo un gesto con la copa de licor que tenía en la mano, como si la saborease con el movimiento).

Pero también entiendo que hay cosas superiores a esto.

² En su extraordinario discurso improvisado del 14 de abril de 1970, en el templo de la Gran Logia de Chile, Allende dirá que el Ariostazo fue aplastado, sin disparar un solo tiro, gracias a la decidida acción de las masas populares y sus partidos y «... por la *actitud moral* de firmeza de un Hermano [es decir, el presidente Pedro Aguirre Cerda] que tuvo siempre *sentido de la dignidad del cargo* que desempeñaba». Véase, Juan Gonzalo Rocha, *Allende Masón*, pág. 35.

³ En este común error cae, por ejemplo, la profesora Diana Veneros, en la que, sin embargo, es una meritoria biografía de Allende. Me refiero, por cierto, a su libro *Allende. Un ensayo psicobiográfico* (Santiago, Editorial Sudamericana, 2003), que parece ser una reelaboración de su tesis doctoral de 1998 para la Brandeis University, de EE.UU, titulada *Salvador Allende: Anatomy of a Leadership*.

⁴ Emmanuel Kant, *Lectures on Ethics (1780-1781)*, Louis Infield (Transl.) New York: Harper & Row Publishers, 1963, págs 150 y 152. Respecto del duelo a pistola entre Allende y Raúl Rettig, que tuvo lugar en la madrugada del 6 de agosto de 1952, observa certeramente Carlos Jorquera en su libro testimonial: «La gracias de estos lances –si es que alguna gracia tienen– es que debe aparecer muy claramente que los contrincantes coinciden en una cosa:

la vida vale menos que el honor», C. Jorquera, *El Chicho Allende*, Santiago, Editorial BAT, 1990, pág. 285.

- ⁵ Immanuel Kant, *La metafísica de las costumbres* (1797), Barcelona, Ediciones Altaya, 1996, pág. 169.
- ⁶ En su *Conversación Interrumpida con Allende*, tampoco hace Moulian la menor referencia al impulso moral que subyace a la conducta del Presidente: «El gesto de Allende no fue pues la decisión desesperada de alguien que buscaba eludir un juicio. Rechazó con rabia todos los ofrecimientos de exilio, los aviones puestos a su disposición. La lógica de su gesto fue política: buscó poner en evidencia la traición de los generales que le habían jurado lealtad y buscó poner en evidencia el *impasse*, la situación sin salida. Pero también su gesto puede interpretarse como la denuncia de la irresponsabilidad de quienes en su propio bando se habían dejado arrastrar por la retórica». (Op. Cit., págs. 26 y 27).

Joan Garcés parece haber sido uno de los pocos que comprendieron cabalmente que subyacente a la decisión final del Presidente se encontraba un impulso moral, según puede verse en el siguiente pasaje:

Había, asimismo, en la opción de Allende, la voluntad de asumir plenamente la responsabilidad que le incumbía en su calidad de principal portavoz de los trabajadores y de máxima autoridad del estado. Desde un punto de vista ético, le resultaba inaceptable que un dirigente gobernante desconociera sus deberes y compromisos, abandonando a sus seguidores a la persecución y al país a la violencia desenfrenada a cambio de garantizar su seguridad personal.

Era [para él] un problema de consecuencia consigo mismo, con sus convicciones íntimas y sus planteamientos públicos. J. E. Garcés, *Allende y la experiencia chilena. Las armas de la política*, Santiago, Ediciones BAT, 1990, pág. 400.

- ⁷ Véase: Patricio Quiroga Z., *Compañeros. El GAP: la escolta de Allende*, Santiago, Aguilar Chilena de Ediciones, 2001, pág. 82. Una confirmación adicional de aquella temprana decisión de Allende nos la da Julio Hernán Soto Céspedes, miembro del GAP, y su chofer, quien luego de 35 años contó a Prensa Latinoamericana algunos detalles de sus experiencias junto al Presidente, los que son parcialmente reproducidos en el siguiente pasaje de un interesante artículo de Jorge Luna:

Julio Soto, el chofer de Allende, declaró que «mucho antes del 11 de septiembre Allende había insistido en la necesidad de que, como presidente constitucional, debía permanecer en La Moneda, especialmente tras el intento golpista conocido como el «Tanquetazo» (29 de junio de 1973) Vivimos con mucha tensión en esos días, prácticamente, dormíamos vestidos, preparados para salir en cualquier momento. Pero el destino sería siempre La Moneda. Nunca escuché hablar que en una emergencia saliéramos hacia otro lado que no fuera La Moneda». Jorge Luna,

«Salvador Allende», *La Red 21*, Viernes 12 de septiembre de 2008. Puede ingresarse al artículo mediante su enlace: Salvador Allende – LR21.com.uy.

- ⁸ Pasaje citado por Eduardo Labarca del libro testimonial de Gloria Gaitán, titulado *El Compañero Presidente*, Bogotá, Editorial Colombia Nueva, 1973. Véase, Eduardo Labarca, *Salvador Allende. Biografía sentimental*, Santiago, Catalonia, 2010, pág. 319.
- ⁹ A la luz de estas consideraciones cobra un nuevo significado aquello que recordara Pedro Vuskovic, en el sentido de que «...apenas dos semanas después [del Tancazo]. Allende se lamentaba de no haberse encontrado el 29 de junio en La Moneda y haber obligado [a los militares constitucionalistas] a disparar sobre la unidad insurrecta». P. Vuskovic, *Una sola lucha*, México, D.F., Editorial de Nuestro Tiempo, 1978, pág. 77.

24. Quiénes fueron los pilotos golpistas que bombardearon La Moneda el 11 de septiembre? (*)

«Seguramente ésta sea la última oportunidad en que pueda dirigirme a ustedes. La Fuerza Aérea ha bombardeado las torres de radio Portales y radio Corporación. Mis palabras no tiene amargura sino decepción, y serán ellas el castigo moral para los que han traicionado el juramento que hicieron».

Presidente Salvador Allende. 11 de septiembre, 1973

El día martes 8 de marzo del año en curso, se informó por la prensa chilena que el Juez Mario Carroza, a cargo de la causa que investiga la muerte del Presidente Allende, ordenó a la Fuerza Aérea y al Ejército dar a conocer los nombres de los pilotos de los aviones y helicópteros que atacaron la Moneda el 11 de septiembre de 1973. Esta noticia nos hizo pensar que sería francamente increíble que en casi 38 años, en un país como Chile en el que «no se cuecen peumos», y en donde, tarde o temprano, «todo se sabe», no se hubiera llegado a saber, o siquiera a sospechar, cuáles eran los nombres de los pilotos que, la mañana del Golpe, bombardearon el palacio presidencial sin la menor vacilación ni contemplación, destruyendo e incendiando así uno de los edificios históricos y patrimoniales más valiosos e importantes de nuestro país.

Impulsado por esta inquietud decidí ponerme a la tarea de investigar, tanto en la escasa literatura existente, como en Internet, si acaso era posible encontrar allí los nombres de aquellos pilotos. He aquí los resultados de esta sumaria y rápida investigación nuestra.

Como era de esperarse, durante los años de la dictadura los nombres de los referidos pilotos fueron mantenidos en secreto por los golpistas, tal como ocurrió con los de los autores y cómplices de muchas otras tropelías cometidas a lo largo de 17 años, por miembros de las FFAA; a pesar de que desde el primer momento se rumoreó,

dentro y fuera de Chile, que el bombardeo de La Moneda había sido realizado por pilotos de la USAF, es decir, de la Fuerza Aérea Norteamericana que, como se sabe, prestó apoyo al Golpe bajo la cobertura de la Operación UNITAS. Pero hasta el momento aquel rumor no ha sido confirmado, y si hoy alguien sigue creyendo en su veracidad es simplemente a causa del hecho de que los nombres de los pilotos de la Fuerza Aérea Chilena que destruyeron La Moneda no son *ampliamente* conocidos, ni en Chile ni en el extranjero.

Pero aunque dichos nombres no hayan sido oficialmente revelados hasta ahora, se han ido filtrando lentamente a lo largo del tiempo, al menos los de quienes comandaron los aviones que dispararon docenas de cohetes sobre el viejo Palacio de Toesca, hasta el punto de que hoy es posible identificarlos, con un alto grado de probabilidad, mediante el examen de fuentes impresas y electrónicas que, desde hace mucho tiempo, se encuentran al alcance de cualquiera. Hasta el momento pareciera no saberse nada acerca de los pilotos de los helicópteros que, aparentemente, no atacaron La Moneda, sino que se limitaron a disparar sobre los francotiradores de la Unidad Popular apostados en el edificio del Ministerio de Educación, en la Alameda, así como contra los francotiradores del GAP, que se emplazaron en el edificio del Ministerio de Obras Públicas, en la calle Morandé, con el fin de repeler el ataque militar golpista sobre La Moneda.

Sabemos, en primer lugar que los aviones Hawker Hunter que bombardearon La Moneda fueron solo dos, mientras otros dos atacaron la residencia presidencial de Tomas Moro 200, aquel nefasto día. (1)

De manera que también serán cuatro los pilotos cuyos nombres intentaremos extraer, o deducir, de fuentes escritas o electrónicas hoy disponibles, la más importante de las cuales es, sin duda, (tanto por lo que dice, como por lo que silencia), el librito del general retirado de la FACH Mario López Tobar, titulado *El 11 en la mira de un Hawker Hunter. Las operaciones y blancos aéreos de septiembre de 1973*, publicado en 1999.

Es especialmente significativo el año de publicación de este libro justificatorio del Golpe y de la destrucción de La Moneda, porque corresponde a uno de los momentos de mayor incertidumbre de la democracia tutelada, a causa de la detención de Pinochet en Inglaterra en octubre del año anterior. La aparición del libro de Tobar provocó una polémica interna en la FACH, tal como puede apreciarse leyendo la prensa de la

época, porque habría encontrado oposición en los altos mandos de esta rama de las FF.AA., los que temían que el general retirado pudiera revelar nombres y otros secretos del Golpe hasta ese momento no divulgados.

Según lo relata, lleno de orgullo y satisfacción, en las primeras páginas de su librito, el general Mario López Tobar fue el piloto líder del grupo (unidad operativa, en jerga militar) de cazabombarderos Hawker Hunter de la FACH que, entre otros «blancos» bombardearon La Moneda aquel nefasto día. La totalidad de los aviones que participaron en estas operaciones pertenecían al Grupo 7, con base en el aeropuerto de los Cerrillos, habiendo sido reforzados por 4 pilotos del grupo 9. Estos aviones habían sido entonces secretamente trasladados, a principios del mes de agosto, al aeropuerto Carriel Sur, de Concepción, ubicado algo más de 500 kilómetros más al sur de Santiago, por órdenes del general Gustavo Leigh Guzmán, Comandante en jefe de la FACH, quien temía que en caso de un golpe de Estado el aeropuerto militar santiaguino pudiera ser atacado por trabajadores del Cordón Cerrillos .(2)

López Tobar nos informa, además, que ninguno de los pilotos del grupo 9 participaron en el bombardeo de La Moneda, sino solo en el de la casa presidencial, lo que nos ayuda y simplifica la tarea, porque si descontamos al propio líder del grupo, quien, como se verá posteriormente, no tomó parte en aquel ataque aéreo, nos restaría poder establecer la identidad de solo tres pilotos.

Ahora bien, aquellos cuatro aviones Hawker Hunter se encargaron de realizar tres diferentes «misiones de combate»: 1) destrucción de las antenas de Radio Corporación, Del Pacífico, Magallanes, Portales y Luis Emilio Recabarren. 2) bombardeo de la residencia presidencial de Tomas Moro 200; y 3) bombardeo de La Moneda.

Se desprende del propio relato de López Tobar que él no participó personalmente en la destrucción de ninguno de los edificios presidenciales, sino solamente en la voladura de las antenas de 3 de las radios recién indicadas, operaciones que describe en su librito con lujo de detalles técnicos y manifiesto beneplácito. Esta circunstancia nos ayuda a reducir a dos la nómina de los pilotos que bombardearon La Moneda.

Resulta curioso que el líder del grupo no haya elegido para sí el «blanco» más importante, es decir, el palacio presidencial, a menos que haya tenido alguna poderosa razón para hacerlo. Por ejemplo, que entre los miembros de su grupo se encontrara un piloto de especiales dotes como bombardero.

Puesto que López Tobar no participó en el bombardeo de La Moneda, ¿Quiénes habrían sido, entonces, los dos pilotos restantes que lo hicieron? Por fortuna el día 3 de agosto de 2003, es decir, al acercarse la fecha del trigésimo aniversario del alzamiento militar de 1973, en el diario *La Tercera* se publicó un reportaje (sin autor y sin mención específica de fuentes) titulado: «Diez episodios desconocidos del Golpe», en el que encontramos, entre otras revelaciones, el siguiente extraordinario pasaje:

«El piloto que bombardeó La Moneda el 11 de septiembre de 1973 se llamaba Ernesto Amador González Yarra. [Entonces] era teniente y tenía 24 años de edad. Murió, en Santiago, 22 años después, el 12 de mayo de 1995, víctima de un severo cáncer a la médula. Había nacido el 4 de febrero de 1949» (3).

¿De dónde pudo haber provenido esta sorprendente información revelada en *La Tercera*? No lo sabemos, ni tenemos forma de poder confirmarla ni negarla. Pero es indudable que se trata de información fidedigna, que incluso pudo haber sido filtrada desde la propia FACH. Pero lo más significativo para nuestros propósitos presentes, es que Amador González Yarra pudo haber sido aquel verdadero «As» del aire, en cuyas manos el general López Tobar decidió dejar la principal responsabilidad del bombardeo de La Moneda. La prueba de esta suposición nuestra la encontramos en lo que se dice a continuación en el texto del mismo reportaje recién citado:

González Yarra se graduó en la Escuela de Aviación en 1970, dentro de las primeras generaciones de pilotos formados en aviones de alta tecnología. Según varios de sus amigos (¿) a los que contactó *La Tercera*, a estas alturas ya mostraba una habilidad superior para volar. Destinado al Grupo de Aviación No.7 de la FACH, apostado en la base aérea de Los Cerrillos, pasó los siguientes tres años perfeccionándose al mando de un [Hawker] Hunter. Su capacidad, para quienes lo conocieron en esa época, sobresalía.

Era uno de los mejores pilotos de la Institución y solía demostrarla en las prácticas en los polígonos que efectuaba en el desierto de Atacama. Disparando sobre pequeños puntos en la pampa, rara vez fallaba los blancos, al extremo de que durante su carrera cultivaría la fama de ser capaz «de meter un rocket dentro de un tarro de leche condensada. (4)

Como puede apreciarse, González Yarra es un insuperable candidato para haber participado en el ataque aéreo de La Moneda. Otro candidato para formar parte del dúo de pilotos que bombardeó el Palacio presidencial es el aviador que actuó de «segundo hombre» a cargo de los ataques aéreos del 11 de septiembre, el hoy general Fernando Rojas Vender, cuyo nombre de guerra era «Rufián». Habría sido él quien recomendó a López Tobar el uso de cohetes, en vez de bombas, en el ataque de La Moneda. En su librito, aunque no revela su nombre, López Tobar pareciera referirse a Rojas Vender cuando escribe:

Uno de los pilotos, un oficial muy profesional y de probado criterio, me dijo que pensaba que se deberían emplear cohetes y no bombas contra la sede presidencial, dada la proximidad de los edificios altos en el área céntrica. Estuve de acuerdo con él. (5)

Al preguntarle la periodista Mónica González a Rojas Vender (el 5 de septiembre de 1999), cuál habría sido su participación en el ataque aéreo a La Moneda, le contestó, enigmática y elusivamente: «Yo debo haber volado ese día, pero lo que hice, o no [hice] no se dice: es un secreto profesional» (6).

Un tercer y último piloto que pudo haber participado en el bombardeo del palacio presidencial es Gustavo Leigh Yates, hijo del Comandante en Jefe de la FACH, que también pertenecía al Grupo Aéreo No. 7, pues parece impensable que, dada su relación con el jefe máximo de la Fuerza Aérea, no hubiera participado en una misión tan importante.

Recapitulando, digamos, entonces, que a partir de un cierto número de informaciones conocidas acerca de la FACH, y de algunas deducciones elementales, podemos concluir que los pilotos que bombardearon La Moneda habrían sido, muy probablemente: *Ernesto Amador Gonzalez Yarra*, y *Fernando Rojas Vender*. La participación de Gustavo Leigh Yates nos parece mucho menos probable, y pudo haberse limitado a pilotear alguno de los aviones que bombardearon la Residencia Presidencial de Tomás Moro 200 (7).

¿Llegaremos a confirmar, o desmentir, estos nombres, por obra de la investigación judicial de la muerte de Allende en curso? Por cierto que todo depende de que ellos sean entregados al juez Mario Carroza por el Comandante en Jefe, o por alguna otra alta autoridad

de la FACH, y de que estos nombres sean revelados públicamente. Pero nos asiste la íntima convicción de que González Yarra y Rojas Vender son los mejores candidatos a haberse ganada la dudosa distinción de haber bombardeado y destruido el símbolo máximo de la antigua democracia chilena, contribuyendo así a crear las condiciones inmediatas de la muerte del Presidente Allende, así como de toda la barbarie que azotara a nuestro pueblo durante 17 largos años.

NOTAS

- (*) Publicado originalmente, el jueves 26 de mayo de 2011, en *El Clarín*.
- 1 Véase: General @Mario López Tobar, *El 11 en la mira de un Hawker Hunter. Las operaciones y blancos aéreos de septiembre de 1973*. Santiago, Editorial Sudamericana Chile, 1999, págs 104 y 126.
 - 2 La orden de atacar y destruir La Moneda, así como el resto de los «blancos», fue dada por el propio general Gustavo Leigh, uno de los principales organizadores del Golpe y posteriormente miembro de la Junta Militar. Pero a consecuencia de un fuerte conflicto con Pinochet, su participación allí duraría solo hasta el 24 de julio de 1978, cuando este lo expulsa de la Junta mediante un verdadero Golpe interno, que terminaría en una completa purga y descazamiento de la plana mayor de generales de la FACH, algo completamente inédito en la historia de ésta, o de cualquier otra institución armada chilena.
 - 3 «Diez episodios desconocidos del Golpe», *La Tercera*, 3 de agosto de 2003, Archivo Salvador Allende.
 - 4 Ibidem.
 - 5 Lopez Tobar, *Op. Cit.*, pág. 126. Digamos que, técnicamente hablando, La Moneda no fue «bombardeada», porque no se arrojaron bombas sobre su edificio, sino cohetes Sura P3. La diferencia entre una bomba y un cohete es que la primera es lanzada sobre un blanco por efecto de la gravedad y la aceleración del avión, mientras que un cohete es autopropulsado. Desde el punto de vista de su efecto, el cohete pone una poderosa y concentrada carga explosiva en un área circunscrita, de allí su capacidad para penetrar blindajes, por ejemplo; mientras que la onda expansiva y destructiva de una bomba cubre un área mucho más amplia que un cohete. Aquel día los aviones golpistas hicieron 9 pasados sobre La Moneda, lanzando sobre su viejo edificio un total de 36 cohetes.
 - 6 Mónica González, «Los detalles secretos del bombardeo de La Moneda», *Clarín.com*, 5 / 9 / 1999.
 - 7 Por lo que se ha sabido recientemente, a Gustavo Leigh Yates le corresponde el dudoso honor de haber disparado el rocket que, en vez de acertarle a la casa presidencial de Tomás Moro 200, dio en medio del edificio del Hospital de la Fuerza Aérea, ubicado en Avenida Las Condes, provocando su incendio. Véase: Eduardo Labarca, «Estos pilotos bombardearon La Moneda», *El Mostrador*, 6 de Julio de 2011. Labarca también revela que el otro piloto que atacó Tomás Moro, y que nos faltaba identificar, fue Eitel Von Mühlenbrock.

25 Por qué es importante saber cómo murió Allende (*)

«... ante la fuerza [Allende] tuvo derecho a elegir la manera de enfrentarla.»

Miguel Labarca L.

Muchas veces, a lo largo de los años, he leído en sus escritos, o escuchado de boca de muchos izquierdistas chilenos, repetir aquella irreflexiva cantinela según la cual carecería de toda importancia poder saber exactamente cómo murió el Presidente Allende en La Moneda, aquel aciago 11 de septiembre. Paradójicamente, hoy mismo, en los momentos en que se está realizando la investigación judicial que se propone, precisamente, acceder a este conocimiento, la he visto reaparecer en un comentario al pie de un artículo de este mismo periódico.

Quizá si el primero en haber puesto por escrito esta discutible afirmación fue Jorge Arrate, cuando en un libro suyo de 1985, señala: «Sus enemigos, creyendo disminuirlo, pretenden atribuir la muerte de Salvador Allende a su propia decisión en vez de a sí mismos. Para la historia esta será una cuestión banal, aunque se comprenda que no lo sea para los verdaderos responsables». (1)

Pero fue nada menos que Carlos Jorquera, el Secretario de Prensa de La Moneda y gran amigo del Presidente, quien, cinco años más tarde, expresara aquella opinión de manera aún más categórica, cuando en el último capítulo de su importante libro testimonial sobre Allende, escribe, a la hora de las conclusiones, lo siguiente: «Y ese es todo el misterio. Y quienes se interesan por saber si Chicho se mató o lo mataron simplemente no pueden entender lo que pasó en La Moneda». (2)

En respuesta a Jorquera, se pregunta uno: ¿cómo sería posible comprender lo que ocurrió aquella tarde en La Moneda, sin saber si Allende fue muerto por sus enemigos o si acaso se quitó la vida?

Dado que, hasta donde sabemos, nadie ha intentado examinar seriamente, ni refutar, esta errónea opinión, ella vuelve a reaparecer cada cierto tiempo. Su expresión más reciente y elaborada la encontramos en un artículo de Ricardo Candia, publicado en *El Clarín*, del día 6 de marzo del presente año. Allí se argumenta que carecería de toda importancia llegar a determinar si la muerte de Allende se produjo por efecto del suicidio, o fue causada por balas disparadas por alguno de los soldados que asaltaron La Moneda.

O como lo expresa Candia:

Determinar si la bala vino de allá o de acá sería un ejercicio estéril. Acorralado por el Ejército, bombardeado por la Fuerza Aérea, con su escolta de Carabineros abandonando el palacio y resistiendo solo con un grupo de valientes, saber si él apretó el gatillo o una bala perdida le voló la cabeza corresponde a un detalle insignificante.

El Presidente murió de traición, no importa de donde haya venido la bala que le voló la cabeza... (3)

Aunque ya hemos examinado críticamente algunas otras variaciones de esta incorrecta opinión en un artículo relativamente reciente (4), nos parece importante y necesario volver a examinar y refutar dichas aparentemente obvias afirmaciones, basadas sobre una lógica defectuosa, como lo mostraremos a continuación, y así intentaremos demostrar que no es un ejercicio intelectual estéril, ni un detalle insignificante, poder llegar a saber de manera definitiva el cómo y el porqué de la muerte del Presidente.

Es simultáneamente curioso y significativo que Ricardo Candia haya hecho públicos sus planteamientos en los precisos momentos en que, por primera vez en 37 años, la justicia chilena ha manifestado su voluntad de realizar una investigación judicial de la muerte del Presidente, conjuntamente con la de más de 700 otros casos de compatriotas cuyas vidas fueron brutalmente cercenadas bajo la dictadura militar.

En una entrevista reciente el doctor Luis Ravanal se refirió a tres diferentes tipos de verdades que la investigación judicial en curso debiera llegar a descubrir y establecer: la verdad científica, la verdad jurídica y la verdad histórica, de la muerte de Allende. Es evidente

que la verdad tanto jurídica como histórica dependen enteramente de que se consiga establecer científicamente, es decir, más allá de toda duda razonable, exactamente cómo murió Allende. Solo una vez que llegue a saberse científicamente esto será posible establecer responsabilidades legales y asignar penas al o a los culpables, en caso de que Allende hubiera sido asesinado. Asimismo, es a partir de esta información precisa acerca de este hecho central que los historiadores podrán relatar, contextualizar, explicar e interpretar, con completo conocimiento de causa, los hechos de aquel día.

Como puede apreciarse, la más sumaria descripción de estos tres tipos de verdades pone en evidencia la debilidad, y completa falsedad, de todo este alegato acerca de la supuesta banalidad, esterilidad e insignificancia del conocimiento de los grandes detalles de la muerte del Presidente.

Pero aquella consideración, con ser contundentes, no nos releva de la obligación de examinar en cierto detalle el referido planteamiento de Ricardo Candia. Porque, en primer lugar, si se lee el artículo en comento con algún detenimiento y sentido crítico, se pone de manifiesto que todo su argumento se sostiene sobre la confusión de dos distintos planos o niveles causales: a. el de las causas inmediatas de la muerte de Allende; y b. el de las causas mediatas, o remotas, de ella. A partir de esta confusión Candia incurre en una inferencia incorrecta, en un verdadero *Non Sequitur* [no se sigue], cuando afirma que puesto que Allende «murió de traición», carecería de toda importancia llegar a conocer los detalles de su deceso. O en otras palabras, que puesto que las causas mediatas de su muerte habrían sido la traición, o traiciones, de las que habría sido víctima, carecería de toda significación, e importancia, poder llegar a conocer sus causas inmediatas.

Evidentemente, las referidas causas mediatas tienen un carácter socio-político, es decir, corresponden a acciones del Imperio y de sus aliados civiles y militares internos, diseñadas con el fin de crear las condiciones para el Golpe; así como a las acciones de las organizaciones políticas de la izquierda chilena, de sus dirigentes, parlamentarios, y del propio gobierno popular, con Allende a la cabeza, en respuesta a aquellas amenazas. Como es igualmente manifiesto, las causas mediatas pueden llegar a comprenderse por obra del análisis histórico, o socio-político, mientras que las causas inmediatas de la

muerte del Presidente tienen un carácter fundamentalmente médico-forense. Una vez que se entiende la distinción entre estos dos tipos de causas, es claro que cualquiera que hayan sido las causas mediatas de la muerte de Allende, éstas, por sí mismas, no determinan nada en forma automática respecto del carácter específico y el significado de sus causas inmediatas.

Pero, además, Candia es totalmente ciego ante el hecho autoevidente de que frente a la traición un hombre, en especial uno valeroso y de sólidos principios morales como Allende, tuvo ante sí la posibilidad de adoptar diferentes conductas o actitudes. En otras palabras, los hechos de aquel día, si bien pusieron al Presidente en medio de las más adversas circunstancias, no predeterminaron su conducta frente a ellas, sino que le presentaron diferentes opciones morales, políticas y militares, entre las que él eligió de acuerdo con su estimación de la situación, y sus principios o valores éticos.

En cuanto a la traición, se la puede denunciar públicamente, o se puede guardar silencio ante ella. Allende optó por la denuncia, pero no de supuestas traiciones por parte de los propios cuadros políticos de la izquierda, sino de las traiciones a la Patria cometidas por los militares golpistas y sus aliados civiles tanto de la vieja derecha, como de la derecha demócrata-cristiana. No cabe duda de que el Presidente debió haberse sentido profundamente decepcionado de la conducta de la mayoría de los partidos de la Unidad Popular aquel día, pero aunque no haya hecho la menor referencia a ello en ninguna de las cinco alocuciones radiales de aquella mañana, esto no debe entenderse como si Allende se hubiera abstenido enteramente de dar expresión a toda crítica a las organizaciones de la izquierda. Como lo observara perceptivamente hace ya mucho tiempo, Pedro Vuskovic, su primer Ministro de Economía, Allende:

... deja como claves enigmáticas de su testamento político dos interrogantes que no siempre son advertidas, acaso por la misma emoción con que se lo lee.

La pregunta de por qué, en tales circunstancias, el hombre, el dirigente que las pronuncia, no olvida referirse a los trabajadores, a la modesta mujer, a la campesina, al intelectual; pero al mismo tiempo no las refiere en momento alguno a sus compañeros de lucha política, ni los convoca

a ocupar el papel de dirección que deja. ¡Ni una palabra [acerca de ellos] en su mensaje final.

Y la pregunta de por qué, cuando anuncia en su comunicación esperanzadora la apertura de las grandes alamedas del futuro, y expresa su seguridad de que el momento gris y amargo será superado, siente la necesidad de decir sobre quienes se harán cargo de esa superación: Vendrán otros hombres... (5)

Es decir, lo que Allende hace aquel día es omitir, premeditadamente, es sus distintas comunicaciones radiales, y especialmente en su discurso final, toda referencia a quienes le fallaron, o lo abandonaron, en aquellos momentos cruciales, esto es, los partidos de la izquierda y la propia Unidad Popular, concluyendo su comunicación de despedida con un revelador: ¡Viva Chile, viva el pueblo, vivan los trabajadores!

Pero por otro lado, como lo han hecho otros antes, la visión de Allende que Candía proyecta en su artículo es la de una simple víctima pasiva de las circunstancias, sobre las que no habría tenido ningún control, ni el menor margen de maniobra. Pero como lo muestra su conducta aquel día, Allende en ningún momento se vio a sí mismo de esta manera, pues desde que ingresó, por propia voluntad, a La Moneda, a las 7:35 de la mañana, el Presidente se dedicó a recabar información acerca de la magnitud del alzamiento militar, de boca de sus colaboradores civiles y militares, intentó poner en pie de lucha a las organizaciones populares; barajó sus posibilidades de poder controlar el Golpe; rechazó airadamente cada una de las presiones y ultimátums golpistas (6); se encargó personalmente de organizar la mejor resistencia armada al asedio militar del palacio presidencial que le permitieran los limitado recursos bélicos disponibles; se preocupó de proteger y salvarle la vida a las mujeres que se encontraban en el Palacio presidencial; y a cuanto partidario que quiso abandonar el lugar; combatió como valiente por cerca de cuatro horas y media, y como si todo esto no hubiera sido suficiente, nos dejó para la posteridad el «discurso de las grandes alamedas», que puede ser considerado como su despedida y testamento político.

Porque aquel día Allende tuvo el valor, la presencia de ánimo y la visión de preocuparse del significado y la trascendencia moral, política e histórica de cada una de sus palabras, conductas y gestos, y ello

no solo porque comprendió desde el primer momento que se estaba jugando allí su lugar en la historia de Chile y América, sino también porque supo anticipar con gran lucidez que su combate y muerte en La Moneda se constituiría en una poderosa bandera de lucha en contra de la dictadura, y en un ejemplo y guía de los futuros combates populares.

Finalmente, cabría preguntarse, si acaso la tesis central del artículo de Candia, de que la izquierda habría traicionado a Allende el 11 de septiembre tiene alguna validez. En otras palabras, ¿podemos hablar con propiedad aquí de una verdadera traición? Como testigo contemporáneo algo remoto de los hechos de aquel día, y simultáneamente en el rol de un estudioso de su historia, lo que a nuestro juicio se manifestó en el momento del Golpe fue fundamentalmente desorganización, pasividad, inacción, cobardía y derrotismo, de parte de muchos hombres y organizaciones de la izquierda chilena. Pero traición, con mayúscula, esto es, en el sentido de acciones que buscaran consciente y activamente la derrota del gobierno popular, que yo sepa, no han sido registradas en ningún recuento testimonial o histórico medianamente serio de aquellos nefastos días.

La verdadera traición, por cierto, se produciría muchos años después de la muerte de Allende, a fines de los años ochenta, cuando la antigua izquierda chilena abandona todo programa de recuperación de una verdadera democracia y se embarca en una alianza sin principios con los antiguos enemigos del Presidente. Esto con el fin de transitar, sin ruptura, desde la dictadura militar a la democracia tutelada, que no solo asimilaría el modelo económico neoliberal, sino que, además, dejaría prácticamente intactas la Constitución de 1980, así como el resto de las estructuras políticas establecidas por la dictadura. Por cierto, en esto último estamos enteramente de acuerdo con Ricardo Candia.

NOTAS

(*) Publicado originalmente el 2 de junio de 2011, en el periódico electrónico *piensaChile.com*

¹ Jorge Arrate, *La fuerza democrática de la idea socialista*, Barcelona, Ediciones Documentas/Santiago, Ediciones del Ornitorrinco, 1985, pág. 20

² Carlos Jorquera, *El Chicho Allende*, Santiago, Ediciones BAT, 1990, pág. 331.

³ Ricardo Candia C, «Morir de traición», *El Clarín*, 6 de marzo de 2011.

⁴ Véase, en este mismo libro *El Presidente Allende, ese héroe incomprendido*.

⁵ Cito del capítulo 3 del libro de Pedro Vuskovic, titulado *Una sola lucha*, México, D. F., Editorial de Nuestro Tiempo, 1978, especialmente, págs 74 a la 80.

⁶ En realidad, el plural de *ultimatum* es *ultimata*, pero casi nadie lo usa.

26. El fusil del Presidente Allende no era un AK 47^(*)

«Fue mucha la razón y premonición que tuvimos al obsequiarle ese fusil al Presidente. ¡Nunca un fusil fue empuñado por manos tan heroicas de un presidente constitucional legítimo de su pueblo. Y nunca un fusil defendió mejor la causa de los humildes, la causa de los trabajadores y campesinos chilenos!».

Del discurso de Fidel Castro, el 28 de septiembre de 1973, en la Plaza de la Revolución

Hace ya varios años, mientras investigaba y escribía mi libro sobre la muerte de Allende, me pareció que era necesario decir algo acerca del arma con la que, supuestamente, se habría quitado la vida el Presidente. Porque, curiosamente, en ninguno de los muchos testimonios y un gran número de libros sobre el tema que leí, consulté y utilicé, se hacía la menor referencia a los aspectos técnicos o balísticos de dicha arma. De modo que en la extensa nota No. 126, que se encuentra en el recuadro de la página 141 de aquel libro mío, publicado en el 2006, introduje el siguiente pasaje técnico acerca del fusil automático de fabricación soviética de Allende:

Técnicamente hablando, no se trata de un fusil ametralladora, sino de un «rifle de asalto» AK, letras que corresponden a las iniciales de las palabras rusas: Avtomat Kalashnikova, que en español significan: [Arma] Automática de Kalashnikov, que fue diseñada en 1947 por el legendario, y aún vivo, Mijail Timofeyevich Kalashnikov (1919-), para las tropas aerotransportadas soviéticas. Como AK es una denominación genérica de las diferentes armas del mismo diseñador, contando solo con fotografías, no es posible determinar con certeza si el rifle del Presidente era un AKS 47, un rifle liviano de asalto, o un AKMS, fusil de asalto modernizado, de 1959, porque todos ellos son

esencialmente idénticos, con pequeñas variantes de peso y longitud. El rifle original, el AKS 47, es un arma plegable, cuya longitud, en la posición extendida es de 87 centímetros, y de 64.5 centímetros, en la posición plegada. Su calibre es de 7.62 milímetros.

Esta información la extraje yo, entonces, de dos fuentes principales: el *Catálogo de Armas Kalashnikov*, al que puede accederse por Internet, y el libro de Duncan Long, titulado *The Complete Kalashnikov Family of Assault Rifles*, publicado en London en 1988, por Paladin Press.

A la luz de la información de que dispongo en este momento, puedo afirmar que aquel pasaje contiene dos grandes errores, que reflejan una importante confusión de mi parte, la que, como veremos más abajo, es compartida casi universalmente. Fue dicha confusión la que no me permitió resolver entonces de manera satisfactoria, la duda que siempre tuve acerca de cuál habría sido, efectivamente, el arma con la que combatió el Presidente Allende, aquel heroico y trágico día de septiembre de 1973, hasta que solo recientemente vine a descubrir en qué, y por qué, me había equivocado.

Pero aquella duda no me abandonaría nunca, y la dejé yo registrada en mi libro, en el que nunca escribí «AK 47», sino solo «AK», cada vez que debí referirme al rifle de asalto del Presidente. Pero, además, al leer y comentar, en el año 2007, «*Las armas de ayer*», el libro autobiográfico de Max Marambio, me llamó la atención que un hombre que, evidentemente, sabe de armas, se refiriera al rifle de Allende como a un «AKM». (1)

Sin embargo, aunque tardíamente, he venido a descubrir que incluso Marambio estaba equivocado, porque las letras AKM corresponden, en ruso, a las iniciales de las palabras *Avtomat Kalashnikov Modernizirovanniy*, es decir, a [Arma] Automática de Kalashnikov Modernizada, que aunque es de una denominación más cercana, no corresponde exactamente al rifle del Presidente. La verdadera arma de Allende, aquella misma que le obsequió el Comandante Fidel Castro, era un rifle AKMS, producido solo a partir de 1959. En este caso su denominación corresponde a las iniciales de las palabras rusas *Avtomat Kalashnikov Skladnoy*, que significa [Rifle] Automático Modernizado Plegable. Es aquí, en esta última palabra, donde se encuentra la clave de este pequeño enigma, porque esa es

precisamente, la característica especial y distintiva del rifle automático de Allende, el que en vez de la culata de madera del AK 47, tenga una culata plegable de metal, que permite reducir su tamaño si así se desea. Por cierto que el AKMS es una variante, o modificación del AK 47 original, o como indica su nombre, una «modernización» de él. Pero estos rifles no deben ser confundidos, y fueron concebidos y fabricados con 12 años de diferencia por el gran diseñador soviético.

De manera que aquella nota de mi libro citada más arriba contenía dos grandes errores. Primero, afirmaba que las diferentes variantes de aquella arma son difíciles de diferenciar, porque serían esencialmente iguales, lo que es falso, porque un rifle AK con la culata fija de madera y uno con la culata plegable de metal son perfectamente distinguibles. El segundo error se derivaba del hecho de que, en realidad, el rifle original de la serie no era plegable sino de culata fija.

Tan universalmente difundida es la confusión entre aquellas armas que, incluso, vino a aparecer en el texto del informe, dado a conocer recién el 19 de julio de 2011, de los peritajes realizados a los restos de Allende, por el equipo internacional de forenses, en el contexto de la investigación judicial de su muerte que dirige el juez Mario Carroza. En este documento se alude, erróneamente, en cada una de las partes que lo constituyen, al arma del Presidente como a un rifle AK 47.

En la parte balística de dicho informe, escrita en inglés por David John Pryor, el consultor británico en balística forense que participó en la investigación judicial, puede leerse, una vez traducido al castellano, lo siguiente:

El 27 de mayo de 2011 se me mostró una fotografía del arma, que entiendo es el AK 47, (Kalashnikov), rifle de asalto involucrado en este incidente. Vi una clara imagen de la palanca del selector de cambio [de disparo], la que reconocí como estando en posición completamente automática. Yo, además, entiendo que el rifle ha estado equipado con una culata plegable metálica, la que se encontraba en posición extendida. (2)

Es decir, a pesar de que el experto «sabe» que el arma de Allende era de culata plegable, no consigue «internalizar» suficientemente este detalle y le sigue llamando AK 47, es decir, con la denominación equivocada.

La nota técnica que Pryor agrega a continuación no hace sino confirmar su error en la identificación del arma, así como en su fecha de diseño: «El AK-47 es un rifle de asalto de fuego selectivo, operado a gas, con recámara para cartucho 7.62 x 39 mm M43, y fue diseñado entre 1944 y 1946 en la ex Unión Soviética por Mikhail Kalashnikov» (3).

En otro de los referidos documentos este error de identificación llega a adquirir una dimensión gráfica, porque en la sección titulada S.A.G. Protocolo 57-11-1F, Causa Rol No. 77-2011, *ESTUDIO PERICIAL DE LA MUERTE DE ALLENDE*, página 19, bajo el subtítulo *Balística*, aparece una foto de Allende muerto con su AKMS entre las piernas, donde se destaca que este fusil se encontraba en posición de disparo automático, al que se sobrepone un dibujo de dos rifles AK 47, es decir, de culata fija, apuntando hacia lados opuestos, con la indicación de su longitud, sin advertir que este no fue el fusil con el que, supuestamente, se habría quitado la vida Allende, aunque en la foto puede verse claramente que el arma que aparece sobre las piernas del Presidente es un fusil de culata plegable, es decir, un AKMS.

Como puede apreciarse, el perito balístico inglés es incapaz de diferenciar entre una y otra versión de aquella arma diseñada por Kalashnikov, lo que puede ser aceptable en un lego, o en el habla cotidiana, pero es completamente imperdonable en un profesional a cargo de la redacción de un documento que se supone tener un carácter científico.

Pero esta confusión es de mucha más antigua data, puesto que hasta los propios golpistas se equivocaron en la identificación del rifle del Presidente, tal como quedó registrado en una fotografía que aparece en aquel nauseabundo engendro redactado para Pinochet por algún mercenario escritor fantasma, titulado *El día decisivo*, que fuera publicado en 1982 por el Estado Mayor del Ejército. Allí, en su página 142, puede verse la fotografía de un rifle AK 47, esto es, uno de culata fija de madera, en el centro de una especie de parrilla vertical sobre la que se exhiben un gran número de armas que supuestamente habrían sido utilizadas por partidarios del gobierno constitucional el día del Golpe. Al lado izquierdo de aquel rifle puede verse un rústico letrero escrito a mano con el siguiente texto: «FUSIL RUSO AK DEL EX PRESIDENTE S. ALLENDE G.» (4).

NOTAS

- (*) Publicado originalmente, el día 25 de julio de 2011, en el periódico electrónico *piensaChile.com*
- 1 Véase: Max Marambio, *Las Armas de Ayer*, pág. 87. También puede verse en esta colección mi reseña de dicho libro.
 - 2 Traducción nuestra de los pasajes del Informe Balístico, escritos en Inglés por el perito David John Pryor, que fuera publicado el 20 de julio de 2011, en el Diario *La Nación*, de Santiago.
 - 3 Ibidem.
 - 4 Agradezco al escritor Eduardo Labarca no solo por haber llamado mi atención hacia esta fotografía sino, además, por haber tenido la gentileza de enviarme una copia de ella vía Internet.
 - 5 Para un examen detallado de otros serios errores cometidos por el perito balístico inglés, véase, del doctor Julián Aceitero: «Consideraciones acerca del disparo ‘a contacto incompleto’ establecido en el informe forense de la muerte de Allende», periódico electrónico *piensaChile*, 1 de octubre de 2011; y «El hallazgo del fusil en las manos de Allende como indicador de suicidio en el reciente informe forense», *piensaChile.com* 10 de diciembre de 2011.

ANEXO

Al fin es revelada la identidad de quien tomó aquellas históricas fotografías de Allende en el interior de La Moneda el 11 de septiembre

Presentación de Hermes H. Benítez.

En las primeras líneas del capítulo tercero de su «*best seller*» titulado «*Interferencia secreta. 11 de septiembre de 1973*», Patricia Verdugo se pregunta acerca del posible orden cronológico de los acontecimientos de aquel día: «¿Qué fue lo primero? ¿Qué fue después? No hubo cámara que registrara la acción del Presidente en el último día de su mandato y en las últimas horas de su vida. Los recuerdos de los testigos se hilvanan con dificultad...».

Obviamente, la periodista pensaba en ese momento en las cámaras de filmación cinematográfica, o de televisión, pero curiosamente, se olvida ella por completo de la cámara del fotógrafo desconocido que tomó aquellas extraordinarias fotos del Presidente Allende en el interior de La Moneda, en los momentos en que los golpistas se disponen a atacarla por aire y tierra. Fotos que, adecuadamente interpretadas, nos permiten establecer con considerable precisión la cronología de algunos de los más importantes hechos de aquel día (1). Pero, lo que es más importante: fue gracias a esta cámara, y al fotógrafo que la accionó, que Chile y el mundo pudieron llegar a formarse una imagen visual de los dramáticos acontecimientos ocurridos aquella mañana dentro del palacio presidencial. De allí la extraordinaria importancia, histórica y política de dichas fotografías.

Porque es manifiesto que si ellas no hubieran sido tomadas, o hubieran sido descubiertas y destruidas por los golpistas, los relatos de aquellos momentos hechos por los partidarios de Allende que permanecieron junto a él hasta el final, y que sobrevivieron, no solo perderían gran parte de su realismo y efecto dramático, sino que incluso podrían ser considerados como exagerados, o sospechosos.

Por mucho tiempo nadie supo, o quiso revelar, la verdadera identidad de quien tomó aquella foto del Presidente con su fusil al hombro y casco militar, flanqueado por dos de sus escoltas portando sendos fusiles AK 47 (2), en los momentos en que se asoman, mirando al cielo, por una de las grandes puertas interiores de La Moneda; o aquella otra en la que se ve a Allende hablando por teléfono en una de las oficinas del palacio presidencial, mientras junto a él un suboficial de ejército (3) sostiene, cubierto con ambas manos, el auricular de otro teléfono, indicando así con su gesto una llamada que espera.

Estas fotografías recorrerían, entonces, el planeta a la velocidad de la luz, poniendo a la humanidad al tanto de la magnitud y brutalidad del golpe militar en contra del gobierno constitucional del Presidente Allende, junto con mostrar ante la faz de Chile y del mundo su conducta valiente y decidida, pero sin que llegara a saberse hasta hoy el verdadero nombre del fotógrafo que las tomó.

Muchos años más tarde, en el 2007, al fallecer a los 94 años de edad Luis Orlando Lagos Vásquez, jefe de los fotógrafos de la Presidencia de la República durante el gobierno de la Unidad Popular, el periodista Camilo Taufic publicará un artículo –como luego podrá verse, casi enteramente ficcional– en el que presenta como una revelación, pero sin ofrecer ninguna prueba, que «el chico Lagos»(como todos lo conocían) había sido quien tomó aquellas fotos históricas, la más conocida de las cuales fue distinguida, en Holanda, con el Premio Internacional *World Press Photo of the Year* 1973 (WPP 1973). (4) Sin embargo, el verdadero ganador de este prestigioso premio no murió en el 2007, sino que falleció en el anonimato en el Hospital de la FACH, de Santiago, el sábado 26 de marzo de 2011, luego de una lucha de más de diez años contra la diabetes.

Por fin, hoy, los hijos de aquel fotógrafo desconocido han decidido romper su largo silencio y relatarnos en detalle las precisas circunstancias en que su padre tomó, ocultó y reveló los negativos de aquellas fotografías y lo que hizo posteriormente con ellas; poniendo en evidencia al mismo tiempo las razones que tuvo aquél para guardar el secreto por casi 38 años. Su nombre era Leopoldo Víctor Vargas.

NOTAS

- ¹ Véase, en este mismo libro: «Las últimas fotos de Allende con vida».
- ² Se trata de Luis Fernando Rodríguez Riquelme (Mauricio), que aparece a la derecha de la fotografía y de Héctor Daniel Urrutia Molina (Miguel), a su izquierda.
- ³ Tal como ocurre con muchos otros detalles de lo ocurrido esa mañana en La Moneda, se desconoce el nombre de aquel militar, existiendo diferentes versiones acerca de su identidad. De acuerdo con el breve texto que acompaña a dicha fotografía en el libro testimonial de Osvaldo Puccio antes citado (foto superior opuesta a la pág 193), se trataría de un suboficial de apellido Jorquera, según otros aquel militar sería el Edecán Presidencial Sergio Badiola Bromberg.
- ⁴ Esta es la fotografía que gana, en Holanda, el premio a la Mejor Foto de Prensa del año 1973 del *World Press Photo* (WPP), y que fuera publicada por primera vez en la primera página del *New York Times*, el 26 de enero de 1974.

La historia del fotógrafo Leopoldo Vargas el día del Golpe, y después.

Según el relato recogido y recontado por sus hijos Polo, Marcos y Alex.

La mañana del Golpe, luego de salir de su casa del centro de Maipú, Leopoldo Vargas, como de costumbre, se dirigió al paradero del bus que lo llevaría a su trabajo en el palacio de La Moneda, pero muy pronto se dio cuenta que la locomoción colectiva se encontraba prácticamente suspendida.

Leopoldo era entonces suboficial, Sargento Segundo, de la Fuerza Aérea de Chile, especializado en fotografía aérea, pero había sido destinado por sus superiores para que trabajara, no en uniforme, sino vestido de civil, de traje y corbata, como fotógrafo de la Presidencia, en La Moneda, llegando a desempeñarse en dicha tarea durante dos meses bajo el mandato del Presidente Jorge Alessandri Rodríguez (1958-1964), el período completo del Presidente Eduardo Frei Montalva (1964-1973), y los tres años del Presidente Salvador Allende Gossens (1970-1973), hasta el momento de su derrocamiento.

Luego de una considerable espera de locomoción colectiva, Leopoldo consigue llegar a las inmediaciones del edificio de La Moneda, en los momentos en que las calles se encontraban ya casi vacías de vehículos y peatones, pasando a ser ocupadas por las tropas golpistas que tomaban posiciones de combate. Mientras camina hacia La Moneda, por la calle Teatinos ve aproximarse las tanquetas de Carabineros. Desde el interior de una de ellas, lo saludó con la mano el capitán de la primera tanqueta. Luego hicieron lo mismo, al pasar junto a él, el teniente y el subteniente que comandaban las otras tanquetas, gesto que, por cierto, no le sorprende, pues por haber trabajado tantos años en el palacio presidencial ya casi todo el mundo lo conoce allí.

Como ya las grandes puertas de madera de La Moneda se encontraban cerradas, Leopoldo debe golpear una de las pequeñas, ubicadas al pie de una de ellas, en la calle Moneda. Le abre el teniente Pérez, de la Guardia de Palacio quien, sorprendido de verle allí, le

pregunta con total familiaridad: ¿Qué estas haciendo aquí, Guatón? ¿Acaso no sabes lo que está pasando? A lo que fotógrafo responde de forma igualmente coloquial: «Vengo a trabajar, Poh». Al ingresar al palacio lo primero que ve es una ametralladora punto 30, emplazada sobre el suelo y apuntando hacia la entrada, con sus tiras de balas esparcidas en rededor.

Leopoldo se dirige inmediatamente a la Oficina de Informaciones y Radiodifusión de la Presidencia (OIR), lugar donde estaba su laboratorio fotográfico, ubicado al noreste del Patio de los Naranjos. El laboratorio se encontraba desierto en ese momento, lo que no le pareció extraño porque él era siempre el primero en llegaba allí por las mañanas. A los pocos instantes suena el teléfono, responde y se le informa que se necesita un fotógrafo y que debe presentarse inmediatamente ante el Presidente. Recoge su cámara de servicio Canon y se dirige a cumplir con la tarea asignada.

En la sala de Edecanes procede a tomarle la primera foto al Presidente Allende, en los momentos en que se encuentra hablando por teléfono, con su casco y fusil al hombro. Leopoldo recuerda las palabras exactas con que el Presidente puso término a aquella llamada: «Hagan lo que quieran, chuchas de su madre», obviamente dirigidas a algún general golpista, luego de lo cual procedió a colgar violentamente el auricular (1). Recuerda también que en el momento en que salía de aquella oficina el Presidente le mira y le dice: «Compañero, en vez de andar con una cámara fotográfica, mejor debiera andar con una ametralladora». Esas serían las únicas palabras que el Presidente le dirigiera aquel día.

En el posterior recorrido de inspección que el Presidente hace por el Palacio de La Moneda, con su comitiva compuesta, entre otros, por dos miembros del GAP, (Grupo de Amigos Personales), el doctor Danilo Bartulín y algunos oficiales de Carabineros, Leopoldo Vargas le tomará otras fotos. Tomará una justo cuando el Presidente y sus escoltas del GAP ven y escuchan el estruendoso paso de los primeros aviones Hawker Hunter de la FACH que, a aquella temprana hora de la mañana, vuelan amenazantes a baja altura sobre los techos de La Moneda (2). Momento en el que escucha decir al Presidente: «Hasta aquí no más llegamos, compañeros». Es en este preciso instante en el que Leopoldo Vargas, luego de encomendarse a Dios, comprende que debe salir del palacio presidencial cuanto antes.

Leopoldo Vargas nunca olvidó algo que le pareció relevante: cuando el Presidente Allende bajó al primer piso, acompañado de toda su comitiva, aparentemente tuvo la intención de salir armado por la puerta de calle Moneda, ante lo cual los miembros de su guardia personal le dijeron que él nunca saldría vivo de tal intento. Leopoldo Vargas tomará entonces una última foto al Presidente, poco antes de que termine su paseo de inspección por el Palacio.

Una de las preguntas recurrentes en esta historia ha sido: ¿existen otras fotos? Es decir, ¿cuántas fotos le tomó Leopoldo Vargas al Presidente ese día? En realidad solo fueron seis, nada más. Pero... ¿por qué tomó solo seis fotos al Presidente?

Para responder a esta pregunta habría que considerar el ambiente de inquietud y nerviosismo que se vivía en ese momento al interior del Palacio de La Moneda. Como ejemplo de ello consta el momento en que el Presidente cuelga indignado el teléfono, cuando ya sabe que la guerra estaba declarada y no había vuelta atrás. A partir de ese instante, probablemente, el Presidente o cualquier miembro del GAP, hubieran disparado contra cualquier persona que se interpusiera en forma sorpresiva. Precisamente por esta tensión reinante, Leopoldo Vargas debió ser cauteloso al tomar sus fotos, ya que naturalmente tenía que adelantarse y ponerse en frente del grupo que acompañaba a Allende. Por esa misma razón, solo encontró seis momentos propicios para tomar aquellas fotos, por eso fueron solo seis instantes los que registran los últimos momentos del Presidente Allende durante el derrocamiento de su gobierno.

Recordemos, además, que el Presidente ya le había dicho a Vargas que en vez de andar tomando fotos, mejor tomara una metralleta. También hay que considerar que en esa época, las cámaras fotográficas no eran de «apuntar y disparar», como lo son ahora. Había que ajustar manualmente la apertura del lente y el tiempo de exposición. Piense el lector que, primero, hay que correr a posicionarse delante del Presidente para disparar la foto. Considere, también, que en la tensión de aquellos momentos el fotógrafo debía hacer su trabajo procurando interferir lo menos posible, atento a los movimientos del grupo que escoltaba al Presidente, y sin poder detenerlos ni distraerlos un solo instante. Si bien se trató de un trabajo difícil, señaló Leopoldo Vargas, recordando años después, fue gracias a que le conocían como miembros del equipo de fotógrafos de la Presidencia, que pudo

registrar esas pocas imágenes, en circunstancia que cualquier otra persona hubiera corrido un serio riesgo en aquellas circunstancias.

El equipo de fotógrafos de la Presidencia estaba compuesto, entonces, por las siguientes personas:

- Luis O. Lagos Vásquez, Jefe de fotógrafos
- Gabriel Amado, fotógrafo
- Guillermo Hidalgo, fotógrafo
- Hugo Pueller, fotógrafo
- Leopoldo Víctor Vargas, fotógrafo
- Manuel Díaz Moreno, laboratorista
- Juan Quiroz Bravo, laboratorista

Este pequeño grupo, además de su trabajo en La Moneda, compartía una oficina en Amunátegui 21 para trabajos que realizaban como reporteros gráficos *freelance*, y cuyos servicios ofrecían a diarios, revistas y agencias noticiosas, nacionales y extranjeras. La mayoría de ellos, incluido Leopoldo Vargas, eran miembros de la Unión de Reporteros Gráficos y Camarógrafos de Chile (UNGRACH). Dos miembros destacados de aquella organización sindical, eran: el camarógrafo Enrique Mella, que también trabajaba en La Moneda, y Gastón Franco Campos, quien fuera fotógrafo oficial del Presidente Eduardo Frei Montalva (3).

Pero, ¿cómo logró Leopoldo Vargas salir de La Moneda aquella mañana? A esa hora, cerca de las 10 de la mañana, el Palacio de Gobierno se encontraba cerrado y ya nadie podía entrar o salir sin autorización. Momentos antes, el Presidente había dado la orden de que todos los uniformados abandonaran el Palacio y retornaran a sus cuarteles. Con su cámara fotográfica bajo el brazo Leopoldo Vargas se dirige a su laboratorio en la OIR, donde se encuentra con su colega Juan Quiroz, encargado de los revelados fotográfico, a quien le hace entrega de su cámara de servicio, junto con el rollo de película recién tomado, con el fin de que lo rebobine y se lo entregue posteriormente en Amunátegui 21, como tenían por costumbre hacerlo en su labor de reporteros gráficos. Quiroz solo supo que aquel rollo había sido tomado por Vargas, pero ignoraba completamente las fotos que podía contener.

Cuando se dirigía al laboratorio de la OIR, Vargas se había dado cuenta que la guardia de Carabineros de Palacio ya no estaba

en su puesto, y que la puerta pequeña por la que había ingresado a La Moneda se encontraba semiabierta; es entonces cuando decide aprovechar la última oportunidad que tiene de abandonar el Palacio. Al salir se encuentra cara a cara con un tanque Sherman del Ejército posicionando su cañón en la dirección del despacho presidencial, ante lo cual solo atinó a sacar su TIFA (Tarjeta de Identificación de la Fuerza Aérea), levantarla en alto y salir corriendo hacia la esquina de Moneda con Morandé, tomando la dirección del Ministerio de Defensa. Desde los jardines de la Plaza de la Constitución los periodistas allí parapetados le piden a gritos que les cuente lo que está ocurriendo en el interior del viejo edificio, pero Vargas no detiene su carrera. «No me iba a parar a conversar, y seguí corriendo», diría posteriormente. En la esquina de las calle Moneda y Morandé, frente al edificio de la Intendencia, algunos miembros del GAP apostados en las ventanas, le preguntan lo mismo: «¿Qué está pasando dentro de La Moneda? Pero Leopoldo Vargas, sin tiempo para responder, continúa su carrera hacia el Ministerio de Defensa. Es en ese momento cuando ve, unos 50 metros más adelante, al Edecán Naval y su chofer, ambos de uniforme, corriendo también hacia el Ministerio. Los alcanza cuando se disponen a cruzar un puente provisorio de madera, que servía entonces para pasar por sobre las excavaciones del Metro en la Alameda, en plena construcción en ese tiempo.

Al llegar los tres juntos a las inmediaciones del Ministerio de Defensa comienzan los disparos. La guardia del Ministerio les grita que se agachen y esperen ahí mientras un pelotón de soldados armados de fusiles se moviliza para protegerlos, ya que desde el Banco del Estado se está disparando hacia ellos. En los momentos en que el grupo se aproxima a las puertas del Ministerio Leopoldo Vargas ve caer herido un soldado que disparaba una ametralladora Punto 30, emplazada sobre la parte trasera de un *Jeep* militar. Todo transcurre muy rápido, de pronto, el intenso tiroteo proveniente del lado opuesto de la Alameda deja de escucharse. Según relata Vargas: «la balacera no se detuvo hasta que un tanque militar le disparó a una ventana del Ministerio de Relaciones Exteriores, y de ahí la balacera se fue con todo».

Así fue su salida de La Moneda, durante la cual nadie lo detuvo para controlar su identidad, revisarlo o tomarle detenido. Además, salió sin cámara, para que nadie fuera a confundirla con un arma.

Una vez dentro del Ministerio de Defensa, Leopoldo Vargas se presenta a la Comandancia en Jefe de la Fuerza Aérea, siendo recibido por su secretario, el coronel Eduardo Fonet, quien muchos años antes había sido su profesor en la Escuela de Especialidades de la Fuerza Aérea. Momentos después, al retirarse el coronel, le encarga atender los teléfonos y le recomienda no acercarse a las ventanas, ni menos abrir las cortinas.

La única llamada que Leopoldo Vargas atenderá ese día será la de don Aurelio Celedón Palma, tío del comandante Roberto Sánchez, Edecán Aéreo del Presidente, quien llamaba con el fin de averiguar el paradero y estado de su sobrino. Muchas horas más tarde, casi al anochecer, regresará el coronel Fonet. Vargas le pide autorización para hacer una llamada a su esposa, Erika Caroca A., y poder informarle que se encuentra bien. Por razones de seguridad todos los teléfonos se encontraban intervenidos. El coronel Fonet le autoriza a hacer una llamada, pero le recomienda no salirse de lo estrictamente familiar.

En el Ministerio de Defensa Leopoldo Vargas fue provisto de uniforme, casco y una subametralladora Garant M2, permaneciendo allí toda la noche del día 11, mientras en las calles continuaba el Golpe y la intensa balacera.

Cinco días después del Golpe Leopoldo Vargas recogerá en Amunátegui 21 los negativos, de manos del laboratorista Juan Quiroz. Temiendo por su seguridad personal y la de su familia, decide ocultar los negativos en su casa de Maipú. Será posteriormente, en el laboratorio fotográfico del Edificio Diego Portales, al que ha sido asignado luego del Golpe, donde, completamente solo, procederá a revelar y sacar las primeras copias de aquellas seis fotografías históricas del Presidente Allende, haciendo unas de tamaño grande (20x25 centímetros) y otras de tamaño más pequeño (13x18 centímetros).

Tiempo después, conversando con Enrique Mella, hombre de toda su confianza, y a quien conocía por muchos años, Leopoldo Vargas le revelará que tiene en su poder un conjunto de fotos que había tomado en el interior de La Moneda el día del Golpe, manifestándole su interés de poder venderlas secretamente. Posteriormente, cuando se vuelven a encontrar con Mella, este le informa que ya tiene un comprador para sus fotos, quien lo estaría esperando con el dinero en una casa del Barrio Alto, donde Vargas debería llevar personalmente las fotos, junto

con sus respectivos negativos. Así lo hizo, concurriendo a la dirección indicada. Ya en el living de aquella casa, se encontrará con un norteamericano, probablemente Jonathan Kandell, o uno de sus colaboradores (4), quien se encargará de hacer llegar las fotos al *New York Times*. Será a este norteamericano, desconocido para Vargas, a quien le hará entrega de las seis copias en papel (de tamaño 20x25), junto con los negativos, a cambio de US\$ 3.000 dólares. Curiosa y proféticamente, en el momento de realizar el intercambio, esta persona le dirá que con aquellas fotos Vargas ganaría un premio internacional de fotografía, luego de lo cual los hombres se despiden, para nunca más volverse a ver. Es importante consignar aquí que no hubo entre ellos ningún acuerdo del mantener en secreto el nombre del fotógrafo, porque ninguno de los dos se conocía, ni se dieron sus respectivos nombres, lo que en ese momento hubiera sido algo sumamente peligroso y de impredecibles consecuencias para Leopoldo Vargas. Pero él no entregó entonces la totalidad de las copias de aquellas fotografías, sino que conservó para sí otro conjunto de fotos de pequeño tamaño (13x18), que son las mismas que él, su esposa e hijos mayores, guardaron, junto con el secreto, por muchos años.

Luego de haber hecho aquella transacción, Vargas continuó trabajando como fotógrafo para la Junta Militar en el Edificio Diego Portales, pero especialmente para el general Gustavo Leigh. Debido al fuerte estrés del ambiente de trabajo, Vargas solicita ser trasladado a su unidad original, el Servicio Aéreo Fotogramétrico (SAF), ubicado en el aeropuerto de Los Cerrillos, donde finalizará su carrera en la Fuerza Aérea. Años después de haberse retirado, se desempeñará como empleado civil en la sala de ventas del SAF, para pasar de allí a su retiro definitivo.

¿Por qué hemos decidido romper el silencio ahora y no antes? El día sábado 16 de junio de 2007, los hijos de Leopoldo Vargas nos enteramos de que la autoría de aquellas fotografías había sido atribuida a otra persona, en el artículo titulado: «Ex fotógrafo de Allende recibió homenaje póstumo por imagen de 1973», publicado *online* en el periódico chileno *La Tercera*. Ello nos motivó a reunir y organizar la información sobre la que se basa este relato, y poder así revelar públicamente, por primera vez, la verdad de esta historia personal, y familiar, de manera de corregir la versión errónea que se

ha difundido acerca de este detalle de un momento tan importante de la historia reciente de Chile (5).

En el seno de nuestra familia solo se sabía que una de las fotos tomadas por Leopoldo Vargas había ganado un premio en Holanda, al que no pudo acceder por mantener su identidad en secreto. Pero nunca nos imaginamos la dimensión que había tomado el trabajo fotográfico de nuestro padre, hasta que comenzamos nuestra investigación.

Descubriendo, por ejemplo, que las fotos tomadas por él el día 11 de septiembre en la Moneda, ocupan un lugar destacado en varios libros acerca de las más importantes fotografías del siglo XX. Que pueden encontrarse, también, páginas Web, en diferentes lenguas, en las que se hace referencias a estas fotografías, existiendo, asimismo, películas y documentales basados parcialmente en la fotografía premiada (6).

El domingo 17 de junio de 2007, los hermanos Polo, Marcos y Alex Vargas Caroca, conseguimos la aprobación familiar para romper el silencio, 34 años después de los hechos que motivan esta revelación. Sin embargo, por diversas razones, pospusimos la realización de este deseo hasta el día de hoy, 26 de marzo de 2011, en el que queremos recordar la memoria de nuestro padre mediante este pequeño reconocimiento, a un año exacto de su partida. Pero, junto con ello, el interés principal de nuestra familia es establecer la verdad de los hechos. Hemos callado por largo tiempo, y ya es hora de que se sepa públicamente, en Chile y en mundo, que el verdadero autor de aquellas últimas fotos del Presidente Allende con casco y fusil al hombro, tomadas en el viejo edificio de La Moneda poco antes de ser atacado y bombardeado por las fuerzas golpistas, se llamaba Leopoldo Víctor Vargas.

NOTAS

- ¹ Esta llamada debió haberse producido inmediatamente después del cuarto mensaje radial de Allende, que coincide con el paso del Hawker Hunter pilotado por el comandante Mario López Tobar por sobre La Moneda, cerca de las 9 de la mañana, y que quedó registrado en las palabras del presidente cuando dice: “En este momento pasan los aviones...”. El Vicealmirante

- Carvajal era en 1973 el jefe del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas, quien desde el Ministerio de Defensa coordinaba las acciones de los golpistas de las tres ramas. Véase: Patricia Verdugo, *Interferencia Secreta*. 11 de septiembre de 1973, Santiago, Editorial Sudamericana, 1999, pág. 75. Véase también: Mario López Tobar, *El 11 de septiembre en la mira de un Hawker Hunter*. Las operaciones y blancos aéreos de septiembre de 1973, Santiago, Editorial Sudamericana, 1999.
- ² Esta es la foto que ganó el premio a la Mejor Foto de Prensa del Año 1973 del World Press Photo (WPP), de Holanda. Fue publicada por primera vez en la primera página del New York Times, el 26 de enero de 1974; y reimpressa en la página 8 del mismo periódico el 28 de marzo de este mismo año. La foto del Presidente Allende, con casco y fusil al hombro, hablando por teléfono, apareció, también por primera vez, en el NYT, junto con la foto premiada, el 26 de enero de 1974. Es decir, ninguna de ellas fue publicada tres semanas después del Golpe, como se ha señalado repetidamente, sino 16 semanas después de que fueron tomadas.
 - ³ Don Enrique Mella era en esa época camarógrafo de Cine de La Moneda. Mantuvo su puesto de trabajo por más de 50 años, a pesar de los periódicos cambios de gobierno, y del advenimiento de la Dictadura. Fue socio fundador de la Unión de Reporteros Gráficos y Camarógrafos de Chile (URGRACH), que se constituyera el 2 de enero de 1938. El “Maestro Mella” fue el formador de numerosas generaciones de camarógrafos, en especial de los que fueron parte de la primera generación de camarógrafos de los noticieros de la televisión chilena. Don Gastón Franco Campos, quien fuera fotógrafo oficial del presidente Eduardo Frei Montalva (1964-1970), falleció el 12 de noviembre del 2000. Tanto Mella como Franco, que llegaron a ser presidentes de la URGRACH, ayudaron a Leopoldo Vargas en su formación en el mundo de los reporteros gráficos.
 - ⁴ La señora Marvine Howe fue enviada por el NYT para ayudar a Jonathan Kandell, jefe de la oficina del periódico en Santiago de Chile, desde su designación en Río de Janeiro, Brasil. Otros corresponsales del NYT en el Cono Sur, en ese tiempo, eran: Kathleen Teltsch, Steven R. Weisman y Eric Pace. De acuerdo con John G. Morris, editor gráfico del NYT entre 1967 y 1975, fue Marvine Howe quien se encargó de hacer llegar las fotos al periódico neoyorquino. Véase, *Looking for an Ikon (Buscando un ícono) a Film by Hans Pool and Maaik Krigsman*, 2005. *A First Run/Icarus Film Realise*.
 - ⁵ En el año 2007 varias personas se adjudicaron, o les fue atribuida, la autoría de la foto ganadora del Premio World Press Photo 1973. Entre ellos. Luis Orlando Lagos, “El Chico Lagos” y Alberto Bravo, “El Chiruco”, los que nunca llegaron a reconocer que ellos eran los autores de aquella imagen. No ocurrió así con Samuel Mena Orell, fotógrafo chileno de la Associated Press (AP) en La Moneda desde 1972, quien declaró haber sido él quien tomó aquella foto. Pero al ser interrogado cayó en tal cantidad de errores y contradicciones que terminó por autodescalificarse. Véase: *El mundo tras el lente*, World Press Photo, Amsterdam; *El Mercurio*, Santiago de Chile, sábado 3 de marzo de 2001, y Taufic, Art. Cit.
 - ⁶ Como ejemplo de esto tenemos el libro de la renombrada periodista francesa Marie-Monique Robin, titulado: *Les cents photos du siècle (Las cien fotos del siglo)*, Editions du Chêne, Paris, 1999; *Photos That Changed The World*

(Fotos que cambiaron el mundo), Peter Stepan (editor), Prestel Publishing, Munich-London, 2006. Entre otros films, tenemos el documental Looking for an Icon, ya referido, y el largometraje del cineasta chileno Patricio Guzmán, titulado: Salvador Allende, del 2004, que fuera premiado en el Festival de Cannes del 2006.

Bibliografía escogida

Para aquellos, o aquellas, que tengan interés en ampliar y profundizar sus conocimientos acerca de los diversos aspectos de los temas centrales de este libro, incluimos aquí la siguiente bibliografía, especialmente seleccionada por el autor, a partir de los criterios de importancia y disponibilidad.

LIBROS DE CARÁCTER BIOGRÁFICO

1. Amorós, Mario, *Compañero Presidente. Salvador Allende, una vida por la democracia y el socialismo*, Valencia, Publicaciones de la Universidad de Valencia, 2008.
2. Labarca, Eduardo, *Salvador Allende. Biografía Sentimental*, Santiago, Catalonia, 2005.
3. Lavretski, J., *Salvador Allende*, Moscú, Editorial Progreso, 1978.
4. Martínez, Jesús Manuel. *Salvador Allende. El hombre que abrió las alamedas*, Santiago, Catalonia, 2009.
5. Rocha, Juan Gonzalo, *Allende Masón*, Santiago, Editorial Sudamericana, 2000.
6. Veneros, Diana, *Allende. Un ensayo psicobiográfico*, Santiago, Editorial Sudamericana, 2003.

LIBROS TESTIMONIALES

7. Agnic, Ozren, *Allende. El hombre y el político. Memorias de un secretario privado*, Santiago, RIL Editores, 2008.
8. Jorquera, Carlos, *El Chicho Allende*, Santiago, Ediciones BAT, 1990.
9. Labarca, Miguel, *Allende en persona. Testimonio de una intensa amistad y colaboración*, Santiago, Ediciones ChileAmérica, CESOC, 2008.
10. Millas, Orlando, *Memorias*, Cuarto Volumen, 1957-1991, *Una Digresión*, Santiago, Ediciones ChileAmérica – CESOC, 1996.
11. Puccio, Osvaldo, *Un cuarto de siglo con Allende. Recuerdos de su secretario Privado*, Santiago, Editorial Emisión, 1985.
12. Soto, Oscar, *El último día de Salvador Allende*, Santiago, Aguilar Chilena de Ediciones, 1998.
13. Suárez, Jaime, *Allende. Visión de un militante*, Santiago, Editorial Jurídica Cono Sur, 1992.

CRONOLOGÍAS DEL GOLPE

14. Cavallo, Ascanio, y Margarita Serrano, *Golpe. 11 de septiembre de 1973*, Santiago, Aguilar Chilena de Ediciones, 2003.
15. Kalfon, Pierre, *Allende. Chile 1970-1973*, Madrid, Ediciones Foca, 1999.

ANÁLISIS DEL GOBIERNO POPULAR Y LA VÍA CHILENA

16. Bruna, Susana, *Chile: la legalidad vencida*, México, D.F., Serie popular ERA, 1976.
17. Corvalán, Luis, *El gobierno de Salvador Allende*, Santiago, LOM Ediciones, 2003.
18. Garcés, Joan E., *Allende y la experiencia chilena*, Santiago, Ediciones BAT, 1990.
19. -----, *El estado y los problemas tácticos en el gobierno de Allende*, México D.F., Siglo XXI editores, 1974.
20. Martner, Gonzalo, *El Gobierno del Presidente Salvador Allende, 1970-1973. Una evaluación*, Santiago, PEDNA y Ediciones LAR, 1988.
21. Moulian, Tomás, *Conversación interrumpida con Allende*, Santiago, LOM/ Universidad ARCIS, circa 1998.
22. Smirnow, Gabriel, *La revolución desarmada. Chile 1970-1973*, México, D.F., 1977.

ESTUDIOS SOBRE EL GOLPE DE 1973

23. Corvalán Marquéz, Luis, *Los partidos políticos y el golpe del 11 de septiembre de 1973*, Santiago, Ediciones ChileAmérica-CESOC, 2000.
24. González, Mónica, *Chile. La Conjura. Los mil y un días del Golpe*, Santiago, Ediciones B/Grupo Z, 2000.
25. Verdugo, Patricia, *Allende. Cómo la Casa Blanca provocó su muerte*, Santiago, Catalonia, 2003.
26. -----, *Interferencia secreta. 11 de septiembre de 1973*, Santiago, Editorial Sudamericana, 1998.

COLECCIONES DE LAS OBRAS DE ALLENDE

27. Allende Gossens, Salvador, *Obras Escogidas*, Vol I, 1933-1948: Vol II, Editado por Patricio Quiroga Z., Concepción, IEC/Ediciones LAR, 1988. *Obras Escogidas 1970-1973*, Edit. por Patricio Quiroga, Editorial Crítica, Barcelona, 1989.

28. Allende, Salvador, 1908-1973, *Obras Escogidas*, Compilación de Gonzalo Martner, Edics. del Centro de Estudios Políticos Latinoamericanos Simón Bolívar / Fundación Presidente Allende (España), 1992.

INTERVENCIÓN YANKI EN CHILE

29. Kornbluh, Peter, *Los EEUU y el derrocamiento de Allende. Una historia desclasificada*, Santiago, Ediciones B Chile, 2003.
30. -----, *Pinochet: los archivos secretos*, Barcelona, Editorial Crítica, 2004.
31. Soto, Hernán, y Sergio Villegas (Trad.), *Archivos Secretos. Documentos desclasificados de la CIA*, Santiago, LOM Ediciones, 1999.
32. Uribe, Armando, y Cristián Opaso, *Intervención norteamericana en Chile. Dos textos claves*, Santiago, Editorial Sudamericana, 2001.

OTROS LIBROS IMPORTANTES

33. Quiroga Z., Patricio, *Compañeros. El GAP: la escolta de Allende*, Santiago, Aguilar Chilena de Ediciones, 2001.
34. Rojas, Paz, et al, *Páginas en blanco. El 11 de septiembre en La Moneda*, Ediciones B/Grupo Z, 2001.

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres digitales de

RIL® editores

Teléfono: 2223-8100 / ril@rileditores.com
Santiago de Chile, febrero de 2013

Se utilizó tecnología de última generación que reduce el impacto medioambiental, pues ocupa estrictamente el papel necesario para su producción, y se aplicaron altos estándares para la gestión y reciclaje de desechos en toda la cadena de producción.

Hermes H. Benítez

PENSANDO A ALLENDE

A pesar de que este año van a cumplirse cuatro décadas desde que se produjera el derrocamiento de su gobierno por medio de un golpe cívico-militar, incitado y financiado por EE.UU., la figura de Salvador Allende no ha dejado de potenciarse y engrandecerse, llegando a adquirir las dimensiones de un personaje cuasi mítico que ha sido, incluso, proclamado por un amplio sector de sus compatriotas como el chileno más universal y como el personaje más importante de toda la historia patria.

Pero Allende es más que un simple personaje histórico, es decir, alguien que pertenece puramente al pasado de Chile y a quien se recuerda y rinde homenaje una vez al año, porque su ideario político y legado están cada vez más vivos y presentes en la conciencia y en el corazón de quienes luchan hoy por la abolición de la democracia tutelada de origen dictatorial, y su reemplazo por una verdadera democracia igualitaria y participativa.

De allí la necesidad de pensar, y repensar, a Allende, porque en su personalidad, vida, muerte y ejemplo, se encuentran las claves necesarias no solo para comprender el pasado reciente de Chile, sino también para poder visualizar, y construir, su futuro.